Yo no soy una mujerzuela

LIU ZHENYUN

刘震云







YO NO SOY UNA MUJERZUELA

LIU ZHENYUN

Yo no soy una mujerzuela

LIU ZHENYUN

刘震云

Traducción de Liljana Arsovska







siglo xxi editores
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS, 04310, CIUDAD DE MÉXICO
www.sigloxxieditores.com.mx

siglo xxi editores, argentina
GUATEMALA 4824, C1425BUP, BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

anthropos editorial
LEPANT 241-243, 08013, BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

PL2879.C376
W618
2019 Liu, Zhenyun
Yo no soy una mujerzuela / Liu Zhenyun; traducción de Liljana Arsovska. — Primera edición. — Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2019.

270 p. — (El país del centro).
Traducción del libro *Wo bu shi Pan Jinlian*

e-ISBN: 978-607-03-0997-7

1. Novela china. I. Arsovska, Liljana, traductor. II. t., III. Ser.

diseño de portada e interiores: sehacenlibros.com

primera edición en español, 2019

e-isbn 978-607-03-0997-7

primera edición en chino, 2012
segunda edición en chino, 2016



título original: *Wo bu shi Pan Jinlian*

EL COMPONENTE CULTURAL EN LA TRADUCCIÓN DE *YO NO SOY UNA MUJERZUELA* DE LIU ZHENYUN

Mucho se ha dicho y se ha escrito sobre el tratamiento de las diferencias culturales en la traducción, y abunda la bibliografía sobre esto entre las lenguas indoeuropeas que, además de tener en común una misma raíz lingüística, comparten sellos culturales cercanos, evidenciados en sus dichos, metáforas, alegorías y otras expresiones del lenguaje. Aunque menos en comparación, también hay bibliografía sobre el tratamiento del componente cultural (entiéndase histórico, social…) en el proceso de traducción entre lenguas lejanas, como es el caso del chino al español. En otros trabajos he escrito sobre el tratamiento particular de palabras aisladas y frases compuestas del chino al español.

Durante el último año me dediqué a la traducción de la novela *Yo no soy Pan Jinlian*, de Liu Zhenyun, para la cual propongo el título en español *Yo no soy una mujerzuela*.

La traducción de esta obra maestra del gran escritor chino representó para mí innumerables retos en muchos niveles, tales como el léxico y la gramática, y en un mayor grado el desafío de la diferencia cultural.

El nivel léxico (tipos de comida, denominación de puestos y servidores públicos, nombres propios, metáforas, alegorías, expresiones lingüísticas fijas, etc.) y el gramatical los resolví preponderando la fluidez de la lectura, lo cual me obligó a sacrificar algunos elementos propios de la cultura cotidiana relacionados con la comida, la vestimenta, etcétera.

Al terminar la traducción y pedirles a algunos amigos leerla, recibí comentarios favorables sobre la historia narrada, sobre el personaje central, destacando su fuerza y su valentía, e incluso sobre la lectura fluida y amena en español. Lo extraño para mí fue que todos los lectores de una u otra manera cuestionaron: “¿Cómo es que el divorcio de una simple campesina incide en todas las estructuras: local, estatal y central del gobierno de la República Popular China?”

Entonces me di cuenta de algo que antes no consideraba. Debido al hecho de haber trabajado por casi treinta años con la lengua china y sus diferentes expresiones culturales, como es el caso de la literatura, me familiaricé con las diferencias culturales en el chino, incluso al grado de perderlas de vista. Decidí entonces realizar una nueva lectura de mi traducción, pero esta vez con ojos de un lector ajeno a la lengua y la cultura chinas. Aunque no con mucha facilidad, esa lectura se puede lograr por medio de un rígido escrutinio de palabras, frases y párrafos enteros.

Entonces me percaté de que las diferencias culturales no sólo eran de forma sino de mucho fondo. A continuación, una breve reseña de la obra. Li Xuelian, una mujer provinciana, casada y con un hijo, a raíz de las estrictas políticas de planificación familiar de un solo hijo impuestas en la República Popular China desde 1989 y vigentes hasta el 2015, embarazada por segunda vez, convence a su marido para firmar un acta de divorcio falsa. El plan era casi perfecto: ellos se divorciarían, el marido se quedaría con el hijo mientras que ella viviría sola durante el embarazo y el parto. Después del nacimiento ella, ya con su segundo hijo, se casaría de nuevo con su mismo marido. Y así ellos no violarían la ley que permitía a dos divorciados con hijos casarse. El marido no perdería el trabajo ni la pareja pagaría la multa que el Estado imponía a todos los segundos embarazos que no se sometían al aborto. Li Xuelian estaba a punto de lograr su sueño de una familia ideal con dos hijos, un varón y una niña, cuando a los tres meses del divorcio el marido embaraza y desposa a una joven peluquera. Y de pronto el telón se levanta y la tragicomedia de Li Xuelian comienza. Ella dedica su vida entera a exigir justicia. A su paso ve caer a jefes de aldeas, jueces, comisionados de la corte, alcaldes, comisarios del partido e incluso gobernadores. Esta simple campesina cimbra el sistema político y judicial de China, y hace temblar a funcionarios de todos los niveles de gobierno mientras busca una sola cosa: rehacer su vida hecha pedazos.

¿Por qué mis lectores coincidieron en hacer la misma pregunta? ¿Por qué les pareció extraño que un simple divorcio tuviera tantas consecuencias y tan inesperados desenlaces?

Efectivamente, en Occidente, donde la línea entre lo público y lo privado se delimitó hace ya varios siglos, el divorcio es estrictamente del segundo dominio. Pasa por los tribunales de derecho civil para su registro y cuando se complica la custodia y la crianza de los hijos interviene el derecho familiar y, por lo general, todo termina allí.

Pero ¿qué pasa en China? Durante siglos e incluso milenios la familia era el núcleo en el que se desenvolvía un individuo poco consciente de su individualidad. La célula básica de la sociedad china era la familia extendida, compuesta de muchas generaciones de

hombres y mujeres cuyas relaciones interpersonales se regían por el estricto código del gran maestro Confucio y sus múltiples discípulos a lo largo de la historia. Los criterios fundamentales de la jerarquía confuciana eran el sexo y la edad. Las familias extendidas, además de los miembros de un mismo linaje sanguíneo, en el caso de las clases alta y media, las conformaban también el séquito de la servidumbre doméstica. En la cúspide de la pirámide estaba el hombre mayor, responsable de la vida y la muerte de todos los miembros de su clan y de la relación con el mundo externo a su familia. En la casa mandaba la mujer mayor, "la madre" de todos bajo el mismo techo. En ese núcleo se tejían todo tipo de relaciones humanas, desde el nacimiento hasta la muerte. Mucho más importante que el nombre propio era la denominación, consecuencia del orden que el individuo ocupaba dentro de la familia.

La complicada urdimbre de relaciones interpersonales que partía del orden cronológico natural arrojaba infinitas posibilidades, como hermano mayor, el segundo hermano, el quinto hermano, la tercera hermana, la séptima cuñada, la tercera tía paterna, el doceavo tío materno, el quinto primo de la tercera hermana, el segundo tío, esposo de la segunda hermana, etc. Estas denominaciones, tan ajenas a nosotros los occidentales e incluso a los chinos del siglo XXI, al traductor y, sobre todo, al lector les generan grandes confusiones. ¿Por qué simplemente no les pusieron nombres: Liljana, Pedro, Roberto, Juan, María…?

Porque Liljana, Pedro, Roberto, Juan, María no dicen nada ni tampoco regulan las relaciones entre estas personas. Las denominaciones en la familia tradicional china, no obstante, reglamentan con mucha rigidez los vínculos entre los miembros de la familia. Ellas determinan, en el caso de los varones, el orden de desposar, de sentarse a la mesa del comedor y la jerarquía del poder en el seno familiar. En el caso de las mujeres era lo mismo; la hermana mayor después de obedecer a todos los varones de su clan, podía ejercer un gran poder sobre el resto de las mujeres de su familia. Debía someterse ante los hombres y su madre, pero podía desquitarse con todas las mujeres menores de edad, con las cuñadas, a veces compradas y otras regaladas, y con todas las sobrinas y sirvientas. Podía tramar, generar intrigas, conspirar en contra de alguien y también beneficiar a sus allegados.

En la sociedad tradicional china todos de una u otra manera sometían y estaban sometidos. Los patriarcas sometían a los miembros de su familia y estaban sometidos por el emperador. El emperador sometía al pueblo y estaba sometido por el mandato del cielo. Las matriarcas estaban sometidas por sus maridos y sus suegras, y a la vez sometían a sus hijas y al resto de las mujeres en su hogar: hijas,

nueras, nietas y sirvientas. Y la cadena seguía sin fin, reproduciéndose de generación en generación. Las cadenas de favores y rencores transcendían a las generaciones y se heredaban a hijos, nietos y discípulos hasta el infinito. En esta rueda casi perfecta, el individuo era el hijo de alguien, el padre de alguien, el tío de alguien, el marido de alguien, el empleado de alguien, y si era de cierta clase social, podía gozar de un nombre propio, como el Baoyu de la familia Jia de la obra maestra *El sueño del pabellón rojo*. La mujer era la hija de alguien, la madre de alguien, la esposa de alguien, la tía de alguien, la patrona de alguien o la sirvienta de alguien. A veces podía ser Daiyu la hija de los Ling, como la Ling Daiyu de la misma obra cumbre de la literatura china, y otras veces sólo era la sexta hermana o la sirvienta de la sexta hermana o la mujer de Chen o simplemente "ésa" que ni a nombre propio llegaba. Aunque visto desde nuestra perspectiva ese orden parece algo cruel y despiadado, esas familias extendidas se preocupaban por sus miembros. En ese entorno y en tiempos de estabilidad el individuo tenía comida, casa, empleo y, llegado el momento, una esposa o un marido. El individuo no tenía que despertar y pensar en qué comer, qué vestir, en qué trabajar para tener dinero, con quién, cuándo y cómo casarse, pues todo estaba arreglado, a veces incluso con mucha anticipación. El individuo, como eslabón de esa perfecta cadena confuciana, sólo tenía que cumplir con los designios de su destino predeterminado por el sexo, la edad y la clase social de su familia.

Si nuestra Li Xuelian hubiese vivido en aquellos tiempos, si hubiera nacido antes del siglo XIX, tendría a todos los hijos que el cielo le hubiera mandado; si su marido se hubiese metido con la peluquera (aunque nada probable, puesto que los peluqueros solían ser hombres), su madre, su padre, todo su clan, sus conocidos y los vecinos lo hubiesen reprimido, regañado y puesto en su lugar. Si nuestra Li Xuelian hubiese nacido a finales del siglo XIX o en la primera mitad del siglo XX, entonces hubiese vivido en una época de gran caos político, económico y social de franca descomposición del sistema tradicional chino, de mera decadencia de la familia confuciana. Tal vez sus padres la hubieran vendido para darle de comer a sus hermanos mayores o hubiera sido una joven en franco proceso de "emancipación", educada en el extranjero y en feroz lucha en contra del matrimonio arreglado. Pero nuestra Li Xuenian nació y vivió en la República Popular China, fundada en 1949 por el Partido Comunista de China y su gran líder, el presidente Mao Zedong.

El Partido Comunista y el emblemático Mao fundaron la nueva China, un país regido por la ideología marxista, leninista y el pensamiento de Mao Zedong. Los revolucionarios chinos lucharon contra los japoneses y todos los occidentales que pretendían

apoderarse de partes del vasto territorio chino. Ellos le dieron a su pueblo un país y le devolvieron su perdido orgullo nacional. Pero no restituyeron el sistema tradicional, no abrazaron los valores confucianos; en cambio, construyeron un estado soberano fundamentado en la ideología marxista. Alrededor de esta ideología, irguieron el Partido Comunista y el Estado socialista, construyeron modernas instituciones de orden político (el Consejo de Estado y muchos ministerios), económico (un sistema de economía planificada) y social (escuelas, universidades, teatros, estadios). Por razones económicas y políticas, el Estado chino preponderó la familia nuclear por encima de la tradicional familia extendida. Poco a poco la complicada urdimbre de relaciones sociales basadas en los lazos de parentesco familiar comenzó a menguar dando lugar a nuevas estructuras sociales.

Al disolverse la familia tradicional, el individuo de cierto modo quedó "huérfano" de padre y madre. Ese papel de pronto fue ocupado por el Partido Comunista y por el Estado chino.

En la escritura china la familia y el hogar comparten el mismo carácter 家*jia*, y el estado es 国家*guojia*. Al disolver las estructuras tradicionales, alguien tuvo que asumir el papel de familia 家, y el más natural para sustituir al padre era el Partido Comunista y a la madre, el Estado. El partido, entonces, en su función de padre, es el encargado de señalar el rumbo de la gran nación china y el Estado es la bondadosa madre que garantiza la vivienda, el trabajo, la educación y todos los pormenores de la vida cotidiana del individuo. En la nueva China todos gozan de nombre propio y se ha hecho un gran trabajo para elevar el estatus político, económico y social de la mujer; en la nueva China los años cincuenta, los sesenta y los setenta, excepto en algunos periodos de severas sequías, la inmensa mayoría tenía comida, vestimenta, trabajo y un sueldo.

No había personas inmensamente ricas, pero tampoco hubo pobreza extrema. Mao, convencido de la ideología marxista, trabajaba para llevar a su país socialista con paso firme hacia el comunismo.

Hay que considerar la muerte de Mao en 1976 y los diversos acontecimientos de orden político, producto de desviaciones ideológicas y la imperfección del hombre mas no del sistema. En 1978, a partir del XI Congreso del Partido Comunista de China, el líder visionario Deng Xiaoping emprendió una serie de reformas en el partido y en el Estado con las que se inauguró la era de "reformas económicas y apertura hacia el exterior", vigente hasta la actualidad.

A la era de reformas y apertura la acompaña una estricta política de control familiar basada en un solo hijo por familia. El incumplimiento de esta política, rígida e incluso algo despiadada, implicaba grandes castigos, como la pérdida del trabajo, el detrimento

de oportunidades de desarrollo laboral y adquisición de una mejor vivienda, enormes multas monetarias, la negación del registro civil del segundo hijo, lo cual implicaba no educación, no trabajo ni vivienda para un ser “legalmente inexistente”, etc. Nosotros, los occidentales, siempre mostramos una actitud ambigua y algo hipócrita ante esa política. Algunos públicamente le agradecen a China por poner en práctica leyes y políticas rígidas para salvar al mundo de la sobrepoblación; otros, en público y en privado, critican a China por violar los derechos humanos y el derecho natural de la mujer a decidir cuántos hijos tener, por obligar a las mujeres a abortar…; pero la doble moral es afín a la naturaleza humana.

Nuestra Li Xuelian justo nació y vivió en esa China. Al ser traicionada por su marido, ¿a quién podía acudir? Sus padres biológicos eran anónimos, los únicos que ella conocía eran el Partido Comunista y el Estado. Es así como nuestra heroína emprende un peregrinaje por China en busca de justicia y reivindicación. Comenzó con el juez del condado donde vivía. Le explicaron que el acta de divorcio que ella y su esposo firmaron era legal y que su divorcio era real y no una mentira como ella suponía. Le dijeron que en el Estado moderno su exmarido podía volver a casarse después del divorcio, pero ella no quedó convencida. Decidió escalar hacia otros niveles del gobierno local y al no recibir el apoyo que esperaba, siguió escalando niveles del gobierno estatal hasta llegar a Pekín, a las puertas de la Gran Asamblea Nacional Popular de China, órgano legislativo de primer orden en el país. A su paso, se entrevistó con jueces, asesores legales, alcaldes, secretarios particulares, secretarios generales, pero jamás obtuvo apoyo para lograr su propósito; le quedaba casarse de nuevo con su marido sólo para poder pedirle el divorcio y así desquitar su coraje producido por el engaño y el abandono. Sí, muchos funcionarios fueron a hablar con su exmarido para persuadirlo, para convencerlo, pero ¿de qué? ¿De divorciarse de la peluquera con la cual ya tenía un hijo para volver a casarse con Li Xuelian y todo eso para divorciarse de nuevo?

Li Xuelian estaba decidida a seguir intentándolo. Lo que no entendía era por qué, a sabiendas de que sus demandas no prosperaban, todos los funcionarios, desde la provincia hasta la capital y el condado, le tenían tanto miedo. Por doquier veían peligro. Estaban tan asustados que el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, la llamaba “prima” y el jefe del poblado le decía “tía”.

Finalmente, cuando logró entrar con astucia al Gran Salón del Pueblo, los soldados y los policías vestidos de civiles la sometieron y enviaron a la cárcel. Pero ese incidente no pasó desapercibido; un alto funcionario del Partido Comunista vio la escena y comenzó a indagar. Con información a medias y con gran disposición de “servir al

pueblo", el hombre atendió la reunión de los funcionarios del partido y la provincia de donde venía Li Xuelian. Lleno de coraje, pronunció un gran discurso que hizo temblar a todos los servidores de esa provincia.

Li Xuelian, sin querer ni darse cuenta, destituyó de sus cargos a una veintena de funcionarios públicos de todos los niveles. El discurso del funcionario en la reunión anual de la Asamblea era claro: el deber primario del Partido Comunista y del Estado es cuidar, atender y, en pocas palabras, servir al pueblo. Al no existir una clara división entre lo público y lo privado, ante el derrumbe de la familia tradicional que cuidaba y protegía los intereses del individuo al estilo chino, los funcionarios del partido y del gobierno tienen que cumplir el papel de padres del pueblo. Pero ¿cómo lo pueden hacer si ellos de igual manera son pobres "huérfanos" que también esperan el cobijo del sistema?

A raíz de nuestra Li Xuelian y de muchos otros casos relatados por la prensa o la ficción literaria, China emprendió la campaña de "gobernar al Estado a partir de leyes" (依法治国).

Y aún está en ese camino. Aunque relativamente en corto tiempo, en menos de cien años, China logró minar la familia tradicional y su funcionamiento, que duró más de dos mil años. Pero levantar nuevas instituciones, reeducar a la gente y fundar nuevos hábitos toma mucho tiempo. De hecho, la tradición se niega a morir. En todos los niveles, en lo público y lo privado, todavía se resisten a divorciarse tajantemente, persisten vestigios muy evidentes de la familia tradicional expresados en las complejas relaciones interpersonales, basadas incluso el día de hoy en cadenas de favores y rencores.

Este trabajo pretende documentar las diferencias culturales en la traducción de obras de la literatura contemporánea china. Las diferencias culturales en *Yo no soy una mujerzuela* trascienden lo léxico y lo gramatical, transcienden la diferencia de las expresiones lingüísticas, las metáforas y las alegorías, y se colocan en lo más elemental de la comprensión: ¿cómo hoy en día, en alguna parte del mundo, pueden pasar esas cosas? Para contestar esa pregunta, mucho más que notas a pie de página o aclaraciones puntuales, "las abismales diferencias culturales" exigen un prólogo que pueda acercar al lector al entorno económico, político y cultural que vio nacer la obra literaria.

LILJANA ARSOVSKA

PRÓLOGO

La protagonista de esta historia, Li Xuelian, reúne en su personalidad a cuatro mujeres de la tradición clásica china, a las que metafóricamente se les compara con "lámparas que no ahorran energía", debido a su vida tortuosa y llena de trabas: Pan Jinlian, Dou E, Xiao Baicai —conocida como la Lechuguita— y la Novia Blanca, mujeres que provocaron en su momento problemas sociales relacionados con la belleza, la lujuria y la intriga. En todas las culturas del mundo, las lámparas se asocian con la luz, con la claridad; sin embargo, en China las lámparas se relacionan con el desgaste de energía, de ahí que ese término se les adjudique a las personas problemáticas.

Pan Jinlian es una mujer extremadamente hermosa, heroína de la novela *Jin Ping Mei* (*La ciruela en la vasija de oro*), cuya primera edición data de 1617. Estaba casada con Wu Zhi, un hombre chaparro y muy feo, vendedor de panes, a quien ella despreciaba por considerarlo un pusilánime. En el mismo condado vivía Ximen Qing, un hombre apuesto, acaudalado, de buena labia, lujurioso y sin escrúpulos, que tenía un negocio de plantas medicinales. Pan Jinlian y Ximen Qing se hacen amantes y son descubiertos después de un tiempo por Wu Zhi, quien los encuentra haciendo el amor. Ante el temor del escándalo, Pan Jinlian y Ximen Qing envenenan al esposo y sobornan al médico forense para ocultar la causa de la muerte. El hermano menor de Zhi, Wu Song, conocido por su valentía por haber matado a un tigre con sus propias manos, se encarga de vengar la muerte del marido ultrajado: asesina a los amantes. Desde entonces, a las mujeres adúlteras se les llama "Pan Jinlian", personaje que a la fecha ha sido objeto de numerosas referencias literarias y cinematográficas.

Dou E es la protagonista de la tragedia *Dou E Yuan* del dramaturgo Guan Hanqing (siglo XIII). Se trata de una mujer joven y hermosa, cuyo marido fallece a los dos años de casados. Ella es pretendida por un gángster de nombre Zhang Luer. Como Dou E se niega a casarse con él, en venganza, Zhang Luer trata de envenenar a la suegra de Dou E con arsénico, sin imaginar que el envenenado sería su propio

padre. Luer acusa a Dou E de asesinato. Bajo la tortura de oficiales corruptos, ella acepta haber cometido el crimen y es condenada a muerte el siguiente verano, pero durante la ejecución, el cielo y la tierra se conmueven y empiezan a caer copos de nieve del tamaño de plumas de ganso. Antes de morir, ella expone a los oficiales corrompidos y después de su muerte se convierte en un fantasma que persiste en su demanda de justicia. Finalmente se descubre la verdad y los corruptos son castigados. Desde la dinastía Yuan, a todas las personas que sufren una grave injusticia se les llama “Dou E”.

Otro término que se utiliza en China para referirse a las mujeres injustamente agraviadas es “Lechuguita”, en referencia a Xiao Baicai, personaje de la dinastía Qing. Su marido, quien se dedicaba a hacer tofu, enfermó y murió. El jefe del condado sospechaba que Xiao Baicai tenía relaciones con el maestro Yang Naiwu y que los amantes habían envenenado al marido, así que los capturó, los torturó y los condenó a la pena de muerte. Ya cometida la injusticia, el caso fue redimido por la emperatriz Ci Xi.

Otro personaje al que se hace referencia en *Yo no soy una mujerzuela* es la Novia Blanca, que procede de la leyenda china de *La serpiente blanca.*La bella doncella Bai Suzhen se enamora de Xu Xian, un erudito de la ciudad, se casa con él y le ayuda a abrir una farmacia propia. El monje Fa Hai, quien vivía en el templo Jinshan, la reconoce como una serpiente y trata de convencer al joven de abandonarla. Como éste no le cree que su esposa sea una serpiente, el monje lo convence de hacerla beber el vino de rejalgar en el Festival del Barco del Dragón, el único vino que puede actuar como veneno sobre la serpiente blanca. Bai Suzhen, a pesar del miedo que le tiene al líquido, se ve obligada a beberlo y regresa a su forma original. Xu Xian, horrorizado, muere del susto al ver a su esposa convertida en serpiente. Entonces Bai Suzhen viaja a la montaña de Hadas por el hongo ganoderma y regresa para revivir a su esposo, quien la acepta a pesar de su origen. Sin embargo, Fa Hai no cesa en su empeño y cuando el bebé de la pareja tiene apenas un mes de nacido, encierra a Bai Suzhen en la torre Leifeng, cerca del lago del Oeste. Xiao Qing, hermana de Bai Suzhen, conocida como la Serpiente Verde, derrota a Fa Hai y la rescata. Desde entonces, a las personas con capacidad de transformarse se les conoce como la “Novia Blanca”.

Esas cuatro mujeres han resucitado en la China de hoy. La luz de estas cuatro lámparas no ahorradoras, que gustan de buscar problemas, brilla de nuevo en la China actual: se unen en una sola persona, me refiero a la protagonista de mi novela *No soy una mujerzuela*, de nombre Li Xuelian. Los problemas que ocasiona esta joven compiten a la par con los que en sus tiempos provocaron aquellas cuatro mujeres. Claro, al igual que en el caso de sus colegas,

esos inconvenientes están relacionados con la belleza y la lujuria; aunque tampoco falta el veneno, sólo que aquí se trata de otro tipo de “veneno”, uno invisible pero mucho más poderoso.

Le doy las gracias a mi amiga Liljana Arsovska. Fue ella quien llevó a Li Xuelian, “la Buscapleitos”, al español. Le deseo a Li Xuelian una larga vida en los cauces del español.

LIU ZHENYUN
Diciembre de 2013

Cuando uno esparce granos de arroz en el camino,
aunque mil detrás vengan barriendo, no lograrán limpiarlos.

PROVERBIO POPULAR CHINO

CAPÍTULO I

AQUEL AÑO

1

Cuando Li Xuelian conoció a Wang Gongdao, éste apenas tenía 20 años; era flaco, con la cara blanca, el cuerpo blanco. Era un niño blanco con ojos grandes. Los de ojos grandes suelen tener cejas pobladas, pero él las tenía ralas, tanto que pasaban desapercibidas. Al verlo, a Li Xuelian le dieron ganas de reír; pero cuando se piden favores, no es momento de burlarse de la gente. Encontrar a Wang Gongdao de por sí no fue fácil: los vecinos le dijeron que estaba en su casa y ella tocó a su puerta con las manos temblorosas. Adentro todo era silencio. Li Xuelian cargaba medio saco de sésamo y acarreaba una gallina vieja, que cacareaba y también temblaba; fue ésta la que empujó la puerta. Wang Gongdao vestía su toga de juez, debajo de la cual solamente traía puestos unos calzones. Además de ver la blancura de su cuerpo, Li Xuelian vio en la pared un cartel que decía "doble felicidad". Eran las diez y media de la noche, razón suficiente para no abrir la puerta. Pero ella llegó de noche para encontrarlo en casa; no iba a caminar quince kilómetros en vano. Tenía que verlo. Wang Gongdao bostezó a sus anchas.

—¿A quién busca?

—A Wang Gongdao.

—¿Y tú, quién eres?

Ella, en lugar de responder, preguntó:

—¿Ma Dalian, de la aldea Ma, es tu tío?

Wang Gongdao, rascándose la cabeza mientras pensaba, asintió. Ella continuó con sus preguntas.

—¿La casa materna de la esposa de Ma Dalian son los tenderos de apellido Cui?

Wang Gongdao asintió de nuevo. Ella afirmó:

—La hermana menor de la esposa se casó en Hu Jiawan. ¿Te

enteraste?

Wang Gongdao seguía rascándose la cabeza y pensando, pero esta vez no confirmó. Li Xuelian continuó hablando.

—Una prima mía, hija de mi tía, se casó con el sobrino de la familia de los suegros de la hermana menor de la esposa de Ma Dalian, así que tú y yo somos parientes —concluyó.

Wang Gongdao arrugó sus cejas invisibles:

—Bueno, bueno, ¿qué quieres?

—Quiero divorciarme.

Por el medio saco de sésamo o por la vieja gallina que seguía cacareando, o más bien para despedir lo más pronto posible a la visita no anunciada, Wang Gongdao le pidió a Li Xuelian que se sentara en la sala nupcial. Una mujer se asomó desde la recámara para esconderse nuevamente.

—¿Cuál es el motivo? ¿Se llevan mal?

—Es más serio que eso.

—¿Hay un tercero?

—Es aún peor…

—La cosa no es de vida o muerte, ¿o sí?

—Si no me ayudas, regresaré y lo mataré.

Wang Gongdao se asustó un poco. Se levantó y le sirvió té:

—No hay que matarlo: si lo matas, ¿de quién te divorciarás?

—La tetera flotaba en el aire—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Me llamo Li Xuelian.

—¿Y tu esposo?

—Qin Yuhe.

—¿A qué se dedica?

—Es conductor en la fábrica de fertilizantes del condado.

—¿Cuántos años llevan de casados?

—Ocho.

—¿Traes el acta de matrimonio?

—Traigo hasta el acta de divorcio.

Mientras hablaba, Li Xuelian se desabrochó el abrigo y, del bolsillo de la camisa, sacó un acta de divorcio. Wang Gongdao se asombró:

—¿Te quieres divorciar de nuevo?

—Este divorcio es falso.

El juez tomó el acta, ya muy arrugada de tanto estrujar, y la miró con sumo cuidado.

—No parece falsa. Por un lado está tu nombre y por el otro dice “Qin Yuhe”.

—El acta no es falsa, pero el divorcio era *de mentiras*. Wang Gongdao alisó un poco el acta:

—De mentiras o no, desde el punto de vista legal, mientras exista este documento, el divorcio procede.

—Justo en eso radica la dificultad.

Mientras se rascaba la cabeza, el juez preguntó:

—¿Qué es lo que quieres hacer, mujer?

—Primero, quiero un juicio para demostrar que el divorcio es falso; luego, quiero casarme de nuevo con el patán de mi marido para después divorciarme de él.

—De cualquier manera, lo que quieres es divorciarte de Qin Yuhe —comentó el juez sin entender—. Hacer trámites para llegar a lo mismo, al divorcio, ¿acaso no es maltratarse en vano?

—Todos opinan lo mismo, pero yo no estoy de acuerdo.

2

El primer pensamiento de Li Xuelian no era maltratarse en vano para llegar al mismo punto de partida, es decir, el divorcio. Originalmente planeaba acuchillar a Qin Yuhe y terminar con todo. Pero Qin medía un metro ochenta y cinco, era corpulento y de cintura muy ancha. Si intentaba matarlo, era muy probable que no lo lograra. Cuando se casó con él, lo buscó precisamente por grandote; pero ahora que quería matarlo, la ventaja se tornó en desventaja. Luego consideró buscar ayuda. Primero pensó en su hermano menor, Li Yingyong, también fortachón y de uno ochenta y cinco. Li Yingyong montaba un tractor y cosechaba cereales que luego vendía. También se dedicaba a la compraventa de algodón y pesticidas. Li Xuelian fue a buscarlo a la casa materna a la hora de la comida. Alrededor de la mesa estaban su hermano, su esposa y su hijo de dos años. Justamente cuando sorbían los fideos, Li Xuelian, recargada en la puerta, le dijo:

—Yingyong, sal, tengo algo que decirte.

El hermano separó los ojos del tazón y la miró:

—Hermana, lo que sea que tengas que hablar conmigo, dímelo aquí.

Li Xuelian movió la cabeza:

—Sólo a ti puedo decírtelo.

Mirando a la esposa y a su hijo, Li Yingyong dejó su plato, se levantó y siguió a su hermana hasta la colina detrás de la aldea. Ya había entrado la primavera, pero el riachuelo que corría bajo la colina aún cargaba pedazos de hielo.

—Yingyong, ¿cómo te ha tratado tu hermana?

Intrigado, el hermano contestó:

—Muy bien. Cuando me casé, me prestaste veinte mil yuanes.

—Ahora vengo a pedirte un favor.

—Dime, hermana.

—Ayúdame a matar a Qin Yuhe.

Li Yingyong estaba enterado del supuesto divorcio de su hermana, pero jamás llegó a pensar en la posibilidad de matar al marido. Li Yingyong la miraba estupefacto.

—Hermana, si me pides matar a un puerco, seguro te ayudaré. Pero jamás he matado a un hombre…

—¿Quién se dedica a matar hombres a diario? Todo depende de las circunstancias —argumentó la mujer.

—Es fácil matar —respondió él—, pero a mí me fusilarán después.

—No quiero que tú lo mates, sólo te pido que me lo detengas para que yo lo acuchille. Así, a mí me fusilarán y tú saldrás limpio.

—Sostenerlo para que tú lo mates merece la pena de prisión —refutó el hermano lleno de dudas.

—¿Soy o no tu hermana? Ves cómo me humillan, ¿y tú te quedas tan tranquilo? Si no me ayudas, regresaré y me ahorcaré —dijo Li Xuelian enojada.

El hermano replicó asustado:

—Hermana, ¿acaso crees no te voy a ayudar? ¿Cuándo quieres que lo hagamos?

—No hay que esperar: mañana mismo.

—Pues que sea mañana; al fin y al cabo morirá. Y, como en todo, es mejor antes que después.

Pero al día siguiente, cuando Li Xuelian fue a buscar a su hermano, la cuñada le dijo que había salido la noche anterior para la provincia de Shandong a cosechar algodón. Acordaron matar a Qin, pero el hermano se fue a cosechar algodón, ¡qué raro! Nunca salía de la región y en esa ocasión se fue hasta Shandong. Lo más seguro es que hubiera huido. Li Xuelian suspiró al descubrir que su hermano no le hacía honor a su nombre Yingyong, que significa "valentón", pues no era valiente en lo absoluto. Además, se dio cuenta de que era falso el dicho que reza "Para matar al tigre, hay que buscar la ayuda de los hermanos; para pelear, hay que hacerlo unidos como padres e hijos".

Para conseguir ayuda, Li Xuelian pensó en el viejo Hu, quien mataba puercos en el poblado de Guaiwan. Hu era un macho chapado a la antigua que mataba puercos en la madrugada y luego vendía su carne en el mercado. Su puesto estaba lleno de carne colgada de los ganchos; en el cesto del piso yacían las cabezas y las vísceras. Antes, cuando Li Xuelian compraba carne en su puesto, Hu siempre aventaba un pedazo o unas tripas de más en su canasta, pero no lo hacía por buena gente, sino por interés: en cada visita de Li Xuelian, nunca

perdía la oportunidad para decirle “corazoncito”. A veces, incluso mientras cortaba la carne, con ardor en los ojos intentaba manosearla y ella lo insultaba. Ese día, Li Xuelian llegó al puesto de Hu y le dijo:

—Hu, ven, quiero decirte algo.

El carnicero primero dudó un poco, pero luego soltó el cuchillo. Caminaron juntos hasta la parte trasera del mercado y entraron en un molino abandonado.

—Hu, ¿cómo nos llevamos tú y yo?

A Hu le brillaron los ojos:

—Muy bien, corazoncito, ¿acaso no te regalo siempre pedacitos de carne?

—Entonces, quiero pedirte un favor.

—Dime.

Li Xuelian aprendió la lección de su hermano, así que no mencionó la palabra “matar”:

—Quiero que me detengas a Qin Yuhe para que yo le propine dos cachetadas.

Hu estaba enterado del divorcio falso. Sostener a una persona para él era fácil, así que asintió con gusto.

—Conozco tu asunto —afirmó entusiasmado—, Qin Yuhe es un animal. —Luego añadió—: No sólo puedo sostenerlo, sino que también puedo golpearlo por ti. —Y, mirándola con una mezcla de complicidad y morbo, preguntó—: ¿Y qué recibiré yo a cambio?

—Si me ayudas, cumpliré tus deseos —respondió Li Xuelian decidida.

Hu, quien desde hacía tiempo estaba interesado en ella, contentísimo, intentó manosearla:

—Corazoncito, con tal de tenerte, sería capaz de matar por ti.

—No lo mataremos —le dijo empujándolo.

Sin dejar de encimársele, Hu comentó gustoso:

—Está bien, lo golpearemos. Pero ¿qué te parece si primero hacemos eso y luego lo golpeamos?

Li Xuelian lo empujó de nuevo.

—Primero lo golpeamos y después lo hacemos. —Luego caminó hacia la puerta del molino—. Si no, no hay trato.

—Corazoncito, no te enojes —dijo Hu en un intento por detenerla —. Será como tú digas: primero lo golpeamos y luego lo hacemos —y añadió—; pero después tienes que cumplirme, ¡¡eh!!

—Yo nunca miento —afirmó Li Xuelian con tono decidido.

—¿Cuándo lo haremos? —le preguntó Hu golpeándose el pecho lleno de alegría—. Esos asuntos es mejor hacerlos temprano que tarde.

—Lo haremos mañana, entonces. Buscaré hoy a Qin Yuhe y lo

citaré para mañana.

Ese día por la tarde, Li Xuelian fue a la fábrica de fertilizantes de la cabecera del condado. Cargaba a su hija de dos meses. Con el pretexto de ir al gobierno del poblado para arreglar el asunto de manutención, pensaba llevarse a Qin Yuhe. La fábrica de fertilizantes tenía una chimenea de más de diez metros de alto que emitía harto humo hacia el cielo. Lo buscó por todas partes. Todos le dijeron que Qin Yuhe había salido para Heilongjiang en un camión lleno de fertilizante y que regresaría en diez o quince días. Qin Yuhe, al igual que el hermano de Li Xuelian, se había escondido. Buscarlo en Heilongjiang no tenía sentido, pues significaba recorrer cuatro o cinco provincias. Además, él siempre estaba en constante movimiento. Tal parecía que matar a alguien era fácil, siempre y cuando lograras encontrarlo. Ni modo, Qin Yuhe tendría que vivir otros diez o quince días. Li Xuelian, llena de coraje y con muchas ganas de orinar, salió de la fábrica, en cuya puerta había un baño de paga. Mear y cagar costaba dos maos. La vigilante era una mujer cuarentona con los cabellos de nido de gallina. Li Xuelian pagó los dos maos, le encargó a su hija a la señora y entró al baño. Cuando la orina salió, su vientre, en lugar de vaciarse, se llenó de aire. Al salir y ver que su niña lloraba en los brazos de la cuarentona, le soltó a la pequeña una buena cachetada.

—Todo es por tu culpa, cabrona. Mira todo el daño que me has hecho.

El pleito entre Li Xuelian y Qin Yuhe se debía por completo a esa niña. Tenían ocho años de casados. En el segundo año nació su hijo, quien ahora tenía siete. Pero en la más reciente primavera, ella se dio cuenta de que estaba embarazada. No supo cómo ni cuándo perdió la cuenta, o tal vez a Qin Yuhe se le olvidó ponerse el condón. El segundo embarazo era ilegal. Si Qin Yuhe fuera campesino, podría pagar algunos miles de yuanes y tendrían a la criatura; pero Qin Yuhe era empleado público, así que, además de tener que pagar una gran multa, seguramente lo despedirían de su trabajo y todos aquellos años laborales habrían sido en vano.

Juntos fueron al hospital del condado para abortar. Li Xuelian tenía dos meses de embarazada y no había sentido ningún cambio, pero cuando se quitó los pantalones y se subió a la plancha, al abrir las piernas sintió un golpe en el vientre. Entonces, cerró las piernas, saltó de la plancha y se puso los pantalones. El médico pensó que iría a orinar cuando la vio salir por la puerta del hospital. Qin Yuhe la detuvo.

—¿Adónde vas? Con la anestesia no te va a doler.

—Aquí hay mucha gente. Luego hablamos en la casa.

Durante los veinte kilómetros de regreso en el autobús local, ninguno de los dos habló. Una vez en el pueblo, caminaron hasta su

casa. Lo primero que hizo Li Xuelian fue entrar en el granero para ver a la vaca que había parido una becerra dos días atrás. Ésta, acurrucada al lado de su madre, mamaba leche. La vaca hambrienta, al sentir la presencia de Xuelian, mugió. Justamente cuando Li Xuelian le arrimaba pasto, Qin Yuhe entró en el granero:

—¿Qué pretendes hacer, mujer?

—La criatura en mi panza me pateó: debo tenerla.

—No puedes tenerla. Si nace, me despedirán.

—Tengo un plan que nos permitirá tener a la criatura sin que te despidan.

—No hay en el mundo un plan así.

—Vamos a divorciarnos.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el marido estupefacto.

—Zhao Huoche, quien vive en el poblado, así le hizo. Al divorciarnos, ya no habrá nada entre nosotros. La criatura será sólo mía y tú te quedarás con el hijo. Uno para cada quien, y así no violaremos la ley.

Qin Yuhe tardó en comprender:

—Tu plan no está mal, pero no creo que debamos divorciarnos sólo por la criatura.

—Le haremos como Zhao. Cuando la niña obtenga el registro, nos casaremos de nuevo. La criatura nacerá durante el divorcio, al volvernos a casar, cada uno tendrá un hijo. La política de control de natalidad no prohíbe que dos personas con hijos se casen y, al volver a hacerlo, ya no tendremos más hijos.

Qin Yuhe, rascándose la cabeza, elogiaba a Zhao Huoche.

—Ese Zhao Huoche sí que sabe aprovechar los huecos. Por cierto, ¿a qué se dedica?

—Es el veterinario del poblado.

—No debería ser veterinario; debería ir a Pekín para hacerse cargo de la política de planificación familiar. Con la cabeza que tiene, taparía todos los huecos para que los listos no se aprovechen de ellos —y, elogiando a Li Xuelian, continuó—. En tu vientre, además de una criatura, hay intestinos sabios. No me imaginaba que fueras tan lista.

Fue así como la pareja se divorció en el juzgado del condado. Luego de separarse, para no levantar sospechas, los dos evitaban verse. Pero después de medio año, cuando la criatura ya había nacido, Li Xuelian se enteró de que Qin Yuhe se había casado con la pequeña Mi, quien tenía en la cabecera del condado un salón de belleza, y no sólo se habían casado, sino que la mujer estaba embarazada. Aquel divorcio planeado, de pronto, ya era verdadero. Li Xuelian decidió seguir el camino de Zhao Huoche sin imaginar que el resultado sería tan diferente, por lo que fue a buscar al marido para reclamarle. Le

reclamó que el divorcio era una mentira, pero él afirmaba que era de verdad. Con el acta de divorcio en la mano, Li Xuelian tenía todas las de perder. Entonces se dio cuenta de que su marido no era de fiar. No le molestaba lo sucedido, sino el coraje que traía encima, y lo que más la enfurecía era que la idea del divorcio había sido suya. Ser engañada por otro da mucho rabia, pero caer una misma en su propia trampa, eso sí produce una gran congoja. Como el enojo no se le bajaba, decidió matarlo. Pero Qin Yuhe se había ido a Heilongjiang. Ella, por lo pronto, como no podía hacerlo, se desquitó con su hija de dos meses. Después de la cachetada, la criatura dejó de llorar. La cuarentona, al verla golpear a la niña, se enfureció:

—¿Qué te traes? ¿Por qué me haces eso?

—¿A qué te refieres? —dijo Li Xuelian estupefacta.

—Si quieres cachetear a tu niña, hazlo en otro lado. ¿Una niña tan pequeña aguanta esos golpes? Si quieres matarla, allá tú; pero, y luego, ¿quién vendrá a orinar a un baño donde mataron a una niña?

Li Xuelian entendió el mensaje. Tomó a su hija y, subiendo por las escaleras del baño, comenzó a llorar a todo lo que daba:

—Qin Yuhe, hijo de puta, ¡cómo me has perjudicado!

La niña, ya recuperada de la cachetada, también comenzó a llorar. La vigilante del baño, al oír el nombre de Qin Yuhe, se dio cuenta de que Li Xuelian era su exesposa. La historia del matrimonio y el divorcio, conocida por todos en la fábrica de fertilizantes, llegó hasta los oídos de la vigilante del baño, quien también profirió insultos:

—¡Ese Qin Yuhe es un hijo de puta, es un animal!

Li Xuelian, necesitada de compasión, la vio con ojos amigables.

—Nuestro divorcio fue de mentiras, ¿cómo es que ahora es una realidad?

—No me refiero a su divorcio —dijo inesperadamente la desconocida.

—Entonces ¿a qué? —respondió Li Xuelian sorprendida.

—Qin Yuhe es un patán. Este año, en enero, vino muy borracho a orinar. El baño se paga: toda mi familia vive de eso. El cabrón dijo que podía entrar sin pagar por ser empleado de la fábrica. Me le puse enfrente y comenzó a golpearme. Mira: me partió mi diente a la mitad.

La mujer abrió la boca y Li Xuelian vio que le faltaba la mitad del diente de enfrente. Antes, cuando vivían juntos, Li Xuelian pensaba que Qin Yuhe era un hombre razonable, nunca se imaginó que cambiaría después del divorcio.

—Hoy no lo encontré, pero cuando lo halle, lo mataré.

Al oír que Li Xuelian pensaba matarlo, la cuarentona no se sorprendió:

—Ése merece una muerte cruel. Matarlo así nada más es hacerle un favor.

—¿Qué quieres decir?

—Matarlo es resolverle todos sus problemas al instante. Si me preguntas, a los patanes como él no hay que matarlos: hay que joderlos sin tregua. El cabrón se casó con otra, ¿verdad? Pues haz que se revuelque en vida hasta que la mujer lo abandone y los hijos lo desprecien; haz que no pueda vivir a gusto ni morir en paz. Sólo así desquitarás tu coraje.

Li Xuelian, de pronto, recordó que hay más de una manera de castigar a alguien y concluyó que la cuarentona tenía razón. Lo importante ya no era el asunto en sí, sino la causa que lo originó. Li Xuelian, cargando a su niña, había venido originalmente a la fábrica para asesinar a su exmarido, pero al regresar a su casa tenía un plan completamente distinto: demandarlo. Aquello que nadie pensó, justo se le ocurrió a la vigilante del baño, quien le tenía mucho resentimiento a Qin Yuhe por el diente roto. De pronto, y sin querer, esa mujer le salvó la vida a Qin Yuhe.

3

Li Xuelian vio a Wang Gongdao por segunda vez en una sala del juzgado. Vestido de juez, él apenas intervenía en una disputa de bienes. Los hermanos Chao de la calle Este de la cabecera del condado, huérfanos desde niños, de grandes abrieron una fonda de caldo picante en la esquina de su calle. Trabajaban desde tempranas horas de la madrugada, la fonda estaba en un sitio muy transitado, por lo que el negocio marchaba viento en popa; pero hacía dos años que el hermano mayor se casó y, con la llegada de la cuñada, los conflictos entre los hermanos aumentaron hasta convertirse en un pleito legal. Dividir la casa era fácil: todo por la mitad, pero cuando el asunto llegó al negocio, ninguno de los dos quería ceder, y así fue como terminaron en la Corte. Wang Gongdao conocía al hermano mayor, puesto que habían estudiado juntos la primaria y, de vez en cuando, se saludaban en la calle. Cuando el juez determinó la cantidad de dinero que uno le debía pagar al otro por quedarse con la totalidad del negocio, el hermano mayor no protestó. Pero el menor argumentó que después de casarse, el mayor no madrugaba. Durante dos años, el menor había trabajado más, por lo que exigía una remuneración antes de la división de bienes. Ese reclamo hizo enojar al mayor, quien argumentó que el año anterior habían tenido que pagar ocho mil yuanes por una laparotomía que se le había practicado al hermano menor debido a un

sangrado abdominal, lo que había representado un fuerte gasto.

—¿Y quién cubrirá esa deuda? —preguntaba.

Entre más discutían, más se enardecían. De pronto, se levantaron de las sillas y comenzaron a golpearse. Wang Gongdao, al ver que la mediación no funcionaba, declaró un receso. Inesperadamente, el hermano menor protestó:

—Si no se hubiera tocado el punto de la laparotomía, ahí dejaría el asunto, pero ya que lo sacaste, la fonda de caldo picante ya no cuenta. Hoy no hablaremos del negocio, sólo de la cirugía. Si hoy no se resuelve el asunto por completo, nadie saldrá de este cuarto —y, golpeando el suelo con el pie, siguió gritando—: ¡¿Para qué abrí el negocio…?! ¿Para que estos dos me hagan sufrir?

—El porqué abriste el negocio es harina de otro costal, nada tiene que ver con el caso —frenó el escándalo Wang Gongdao.

De repente, el hermano menor enloqueció, se le puso al juez enfrente y, señalándolo con el dedo, le dijo:

—Mira, Wang, sé que ustedes eran compañeros de escuela. Si hoy te atreves a favorecerlo, te las verás conmigo —y, arremangándose la camisa, aclaró—: Déjame decirte que antes de venir me tomé unos tragos.

—¿Qué significa eso? ¿También me golpearás?

—Eso depende de ti —contestó el hermano menor, pálido del esfuerzo.

Wang Gongdao temblaba de rabia:

—Ustedes dos pelean por sus bienes; eso nada tiene que ver conmigo. De buena gana trato de aconsejarlos y tú quieres pegarme —después, golpeando la mesa con el mazo, remató—: ¡Buscapleitos, todos son unos buscapleitos!

Cuando llamó a gritos a los policías de la Corte para sacar a los hermanos, entró Li Xuelian.

—Hermano, ¿qué me dices de lo mío?

Como aún estaba ensimismado en el juicio de los hermanos, de momento, el juez no la reconoció.

—Tu asunto, ¿qué asunto?

—El del divorcio. Hace tres días fui a tu casa, me dijiste que viniera hoy y aquí estoy.

Hasta entonces, Wang Gongdao se acordó de ella y, poco a poco, desvió la atención del caso de los Chao para pasar al de aquella mujer. Pensó durante largo rato, suspiró y dijo:

—Difícil.

—¿Qué es difícil?

—Todo es difícil. Revisé tu caso por encima y me di cuenta de que es muy complicado. Veamos: tú ya estás divorciada, pero te quieres

divorciar de nuevo. Para hacerlo por segunda vez, primero debes demostrar que el primer divorcio es falso, luego debes casarte otra vez para volver a divorciarte. ¿A ti no te suena difícil?

—No me espantan las dificultades.

—Además, tu exesposo…, por cierto, ¿cómo se llama?

—Qin Yuhe.

—Si él fuera soltero, las cosas serían más fáciles. Ahora está casado. Si se demuestra que su divorcio fue una mentira, para que se casen de vuelta, él deberá divorciarse de la mujer actual; de lo contrario, incurriría en el delito de poligamia. Y si se casan de nuevo, tú te quieres volver a divorciar. ¿Eso no se te hace complicado?

—Pues eso es precisamente lo que quiero: causar complicaciones.

—Por otro lado, está la Corte, que jamás ha tenido un caso similar… En realidad, tu situación representa varios casos juntos, demasiados trámites para llegar del divorcio al divorcio. ¿No se te hace complicado?

—Hermano, ustedes están en una corte para resolver pleitos, por lo tanto, no deben temerle a las complicaciones.

—Pero las cosas no acaban allí.

—¿A qué te refieres?

—Supongamos que su divorcio del año pasado fue falso. Entonces, el grado de dificultad aumenta sustancialmente.

—¿Que qué?

—Si insistes en que su divorcio fue falso, hasta un ciego podría ver que se divorciaron para tener otro hijo. El divorcio en ese caso es una trampa para evadir la Ley de Planificación Familiar. ¿Sabes qué es la Ley de Planificación Familiar?

—Sé que no permite tener más de un hijo.

—Es mucho más que eso: es política de Estado. Cuando se trata de política de Estado las cosas son diferentes. Antes de determinar que su divorcio fue falso, hablaríamos de sus hijos. Aparentemente demandas a otro, pero en realidad abres una demanda en contra de ti misma y, aún peor, en contra de tu hija.

Estupefacta, Li Xuelian pensó un rato hasta que fue capaz de formular una pregunta:

—¿Estás diciendo que podrían sentenciar a muerte a mi niña?

—No, eso no —dijo el juez sonriendo.

—¿Y a mí me darían la pena de muerte?

—No, tampoco. Eso sí, entraría la ley y habría que pagar multas; podría haber despidos. ¿Eso no es añadirle aceite al fuego?

—Eso es justamente lo que quiero hacer: ¡echarle aceite al fuego! No me espantan las multas ni tampoco los despidos. Yo no tengo empleo, vendo soya en el mercado; si me prohíben vender, no pasa

nada. El cabrón de Qin Yuhe sí tiene empleo y quiero que lo despidan, ¡que se joda!

—Si aún insistes, no tengo más remedio que abrir el caso. ¿Trajiste los formularios de la demanda? —preguntó el juez rascándose la cabeza.

Li Xuelian sacó de su regazo un fajo de papeles y se los dio. La demanda había sido redactada personalmente por Qian, dueño del Despacho Legal Qian, quien le había cobrado trescientos yuanes por tres hojas, es decir, cien por hoja. Cuando le reclamó lo carero que era, el abogado la miró detenidamente y le dijo:

—El caso es difícil, sumamente difícil. En una demanda se suman varios casos, y yo te cobré como si fuera solamente uno. Si hacemos las cuentas a detalle, yo salgo perdiendo.

Wang Gongdao revisó la demanda.

—¿Traes dinero para pagar el trámite?

—¿Cuánto?

—Doscientos yuanes.

—Pides menos que el abogado. Si con doscientos se resuelve todo este lío, no es caro.

Wang Gongdao la miró de reojo mientras caminaba hacia la salida.

—Tienes que pagar el trámite en el banco. Luego vete a tu casa y espera la notificación.

—¿Cuánto tiempo tardará en llegar? —preguntó Li Xuelian corriendo tras él.

Wang Gongdao pensó unos instantes antes de responder.

—Una vez que llegue a la instancia correspondiente, entrará a revisión. Calcula unos diez días.

—Hermano, te buscaré de nuevo en diez días.

4

En diez días, Li Xuelian hizo siete cosas. Primero, se bañó. Desde que nació la criatura, ocupada en el asunto de matar a Qin Yuhe, llevaba más de dos meses sin bañarse y ya olía rancio. Las cosas comenzaban a caminar, así que decidió ir a los baños públicos del poblado. Después de dos horas en una tina de agua caliente, sudorosa y abochornada, se acostó en una cama para que le tallaran la mugre. El baño público del condado cobraba cinco yuanes y otros cinco por la tallada. En otras ocasiones, ella lo hacía sola, pero esta vez pagó para que le tallaran el cuerpo. Las talladoras eran chaparras y gorditas, todas de la provincia de Sichuan: chiquitas, pero de manos grandes.

Con la primera tallada, gritaron sorprendidas:

—En mi vida he visto tanta mugre.

—Mujer, tállame bien, pues me espera un asunto grande.

—¿Qué asunto?, ¿te vas a casar?

—Sí, me voy a casar.

La talladora miró el vientre de Li Xuelian.

—Por tu edad, serán tus segundas nupcias, ¿no?

—Sí, será mi segundo matrimonio.

Li Xuelian no mentía. El proceso legal que inició era para casarse de nuevo con Qin Yuhe y luego volver a divorciarse. Al salir de los baños, Li Xuelian se sentía mucho menos pesada y hasta su andar se aligeró. Al cruzar por el mercado, el carnicero Hu la vio. Como una mosca que huele sangre, aún con el cuchillo en la mano, corrió tras ella.

—Corazoncito, no huyas. Hace unos días querías golpear a Qin Yuhe, ¿por qué te perdiste?

—No comas ansias: aún no lo encuentro. Se fue a Heilongjiang.

Hu se la devoraba con la mirada. A Li Xuelian, recién bañada, con la cara rojiza, aún le escurría agua de su abundante cabello, recogido tras la nuca. Por haber parido hacía dos meses, sus frondosos pechos desprendían olor a leche, olor a carne tierna. Hu se apresuró.

—Corazoncito, ¿qué tal si primero lo hacemos y luego lo golpeamos?

—Mejor según lo acordado: primero lo golpeamos y luego lo hacemos.

Pero para eso simplemente no era necesario golpear a nadie. Unos días antes pensaba en golpearlo, incluso en matarlo; ahora, en cambio, ya no quería ni una cosa ni la otra, sino hacerlo ver su suerte hasta la muerte. Pero no se lo contó a Hu por temor a hacerlo enojar. Éste, por su parte, tenía otra preocupación:

—Si tardamos en encontrarlo, existe el peligro de que se nos muera, por eso insisto en que primero hagamos eso. Una vez terminado ese asunto, soy capaz de ir a Heilongjiang a matarlo.

Ya no era necesario. Li Xuelian miró el cuchillo lleno de sangre en las manos de Hu.

—No hay que matarlo. Si lo haces, te jodes. ¿No crees que te fusilarían? —y, tocando el pecho de Hu, añadió—: No comamos ansias; los impacientes se desesperan y se pierden lo bueno.

Hu, con las manos cruzadas en el pecho, insistió:

—Para ti es fácil decirlo, pero si yo sigo así, explotaré. —Luego se señaló los ojos—. Mira: llevo noches sin dormir por pensar en ti. Tengo los ojos enrojecidos. Si las cosas siguen así, en lugar de Qin Yuhe, mataré a otro.

—No nos apresuremos, Hu. —Li Xuelian le sobaba los hombros como consuelo—. La venganza debe cobrarse, pero aún no llega el momento adecuado.

Lo segundo que hizo Li Xuelian fue cambiarse el peinado. Después de dejar a Hu, entró en un salón de belleza. Sus cabellos largos, recogidos en una cola de caballo, decidió cambiarlos por el pelo corto. Ahora que estaba dispuesta a acabar con Qin Yuhe, tenía miedo de que, en su próximo encuentro, la discusión entre ellos se intensificara hasta llegar a una pelea. En otras ocasiones también habían peleado. El cabello largo es fácil de sujetar con las manos, en cambio, el corto se resbala. Una vez fuera de su alcance, ella se voltearía y le propinaría un golpe en las partes bajas. Después de cambiar su peinado, Li Xuelian no reconocía a la persona del espejo. ¡Qué bueno! La Li Xuelian de antes había dejado de existir.

Lo tercero fue comprarse un atuendo nuevo por noventa y cinco yuanes. Wang Gongdao tenía razón al decir que su caso no era nada sencillo. Más que un caso, eran varios juntos, y nadie podía prever la duración del juicio. Durante los pleitos legales, vería a Qin Yuhe en muchas ocasiones, y no sería adecuado aparecer siempre con la misma ropa. Las fachas harían que los demás pensaran que por eso la había dejado y complicaría explicar el divorcio “de mentiras”.

Su cuarta acción fue gastar cuarenta y cinco yuanes en unos tenis de suela alta, con dieciséis ojales en total y una cinta que permitía ajustar lo ancho del zapato. Los examinó por todos lados antes de comprarlos. Para maltratar al exmarido, ella también sufriría por tener que caminar de más.

La quinta fue vender los puercos. En la casa criaba una puerca y a sus dos puerquitos. Vendió los tres, primero, porque necesitaría dinero para el juicio y, segundo, porque al dejar la casa, no habría quien los cuidara. Con tantas complicaciones urgentes, los puercos pasaban a un lugar secundario. Decidió no vendérselos al carnicero Hu por miedo de que quisiera propasarse, así que los llevó a otro poblado donde negoció con el carnicero Deng.

Lo sexto fue encargar a su hija. En un autobús local recorrió más de veinticinco kilómetros para dejarla con Meng Lanzhi, una compañera de la secundaria. Primero pensó en dejársela a su hermano Li Yingyong, pero como éste, a la hora de pedirle ayuda, había huido, decidió que no era un hombre de fiar. Cuando los hermanos tienen problemas, las hermanas sí les ayudan; pero cuando son ellas las que los necesitan, desaparecen. En la secundaria, Meng Lanzhi y ella no eran grandes amigas, de hecho, al principio eran enemigas mortales, pues estaban enamoradas del mismo chico del salón; sin embargo, él las despreció y se juntó con una muchacha de dos grados arriba. Las despechadas lloraron con desesperación y desde entonces habían sido

inseparables. Cargando a su hija, Li Xuelian llegó a la casa de su amiga, quien había dado a luz a su hijo hacía apenas un mes. Encargarle a su hija tenía una doble ventaja, puesto que Meng Lanzhi aún estaba amamantando a su hijo. Cuando las amigas se encontraron no hubo necesidad de comentar detalles, puesto que el asunto de Li Xuelian estaba en boca de todo el mundo.

—Te dejo encargada a mi hija para tener menos preocupaciones. Durante dos meses sólo me dedicaré a joder a ese hombre para hacerle ver su suerte —y luego preguntó—: Meng Lanzhi, si estuvieras en mi lugar, ¿harías lo mismo?

Meng Lanzhi negó meneando la cabeza.

—Entonces, tú, al igual que los demás, ¿piensas que no vale la pena? —inquirió Li Xuelian y, al ver que Meng Lanzhi meneaba nuevamente la cabeza, insistió—: ¿Por qué no?

—Precisamente en eso reside la diferencia entre nosotras. Yo me rindo ante los problemas, pero tú no —contestó Meng Lanzhi y, descubriendo sus brazos, añadió—: Mira, estos golpes me los propinó mi marido Zang. Rendirse es para toda la vida; no rendirse también es para toda la vida. Aunque yo sea cobarde, admiro a los que no se dejan. Li Xuelian, eres mucho más fuerte que yo —concluyó.

Li Xuelian abrazó a su amiga y comenzó a llorar.

—Meng Lanzhi, al oírte decir eso, siento que todo mi esfuerzo vale la pena.

Su séptima acción fue visitar a Buda. Al principio no tenía planeado hacerlo, pero después de encargar a la niña, tomó el autobús de regreso a casa y, en el camino, pasó por Qietai, el Monte del Anillo, donde había un templo de bodhisattvas. Primero escuchó los rezos budistas que provenían del templo y luego vio a mucha gente escalar el monte para prenderle incienso al Buda. Cuando pensó que las cosas ya estaban en marcha, se dio cuenta de que sólo se había preocupado por los asuntos de los hombres y había olvidado rendir culto a las deidades espirituales. Le pidió al conductor detener la marcha, saltó del autobús y subió al monte. Fuera y dentro del templo había mucha gente. Pagó diez yuanes por el boleto de entrada y gastó cinco más en inciensos. Entró en el templo, los prendió, los elevó con ambas manos hacia el cielo y se arrodilló, entre un sinfín de creyentes, enfrente de la estatua de Buda. Por lo general, la gente pide bendiciones, pero Li Xuelian le pedía maldiciones. Cerró los ojos y comenzó a rezar:

—Buda misericordioso, ayúdame en este pleito: haz que el hogar del patán de Qin Yuhe se haga pedazos; haz que Qin Yuhe jamás encuentre consuelo —luego añadió—: Ni siquiera eso aliviará mi rabia: haz que el cabrón no tenga una muerte tranquila.

5

Li Xuelian pensaba que el pleito duraría dos meses, pero la primera audiencia acabó en veinte minutos. El caso lo examinó Wang Gongdao. Enfrente de él había una placa que decía “Juez”, a la izquierda estaba sentado otro juez y a la derecha un escribano. El acusado, Qin Yuhe, ni siquiera se presentó: mandó en su lugar al abogado Sun, quien tenía su despacho justamente al lado de Qian, el abogado que había redactado la demanda de Li Xuelian. Primero hablaron sobre los antecedentes del caso, luego presentaron las pruebas, leyeron declaraciones y, finalmente, llamaron a los testigos. La prueba era el acta de divorcio en dos tantos, validada por el juez como auténtica. Una de las declaraciones era de Li Xuelian, argumentando que el divorcio era una mentira, y la otra, leída por el abogado Sun, era de Qin Yuhe, quien juraba que el divorcio era de verdad. El testigo era el viejo Gu, asistente del Registro Civil del poblado Guaiwan, quien elaboró el acta de divorcio de Li Xuelian y Qin Yuhe un año atrás. Gu, recargado en el marco de la puerta del juzgado, oía atentamente el proceso. Cuando lo llamaron al frente, dijo que el divorcio era verdadero y que en más de treinta años de dedicarse a casar y divorciar gente jamás se había equivocado. Li Xuelian se angustió:

—Gu, estás muy viejo como para no darte cuenta de que este asunto fue planeado.

—Si insistes en que este divorcio es falso, entonces, ustedes dos se unieron para engañarme —dijo Gu—. No pasa nada con mentirme a mí, pero ¿al Gobierno? —y, señalando al abogado Sun, añadió—: Él acaba de leer la declaración de Qin Yuhe, en la que claramente afirma que el divorcio fue real.

—Qin Yuhe es un cabrón malnacido, ¿acaso sus palabras son de fiar? —dijo Li Xuelian.

—Si su palabra no es de fiar, creeré entonces en tu palabra —respondió Sun—. El año pasado, cuando me buscaron, él no abrió la boca: la única que hablaba eras tú. Cuando les pregunté la causa del divorcio, tú dijiste “ruptura sentimental”. ¿La ruptura del año pasado ya no lo es? En un año de no verse, ¿sus sentimientos se recuperaron de la nada? Hoy, Qin Yuhe ni siquiera se presentó, ¿acaso no demuestra eso la ruptura?

Li Xuelian, asombrada y boquiabierta, escuchaba al enojado Gu, quien seguía argumentando:

—En mis cincuenta años de vida, ¡jamás me han engañado así! Si este caso procede, ¿cómo podré seguir viviendo en mi poblado?

Tal parecía que el pleito de Li Xuelian no era con Qin Yuhe sino con el viejo Gu. Con todas esas pruebas, más el testigo estelar, Wang

Gongdao pegó en la mesa con el mazo y declaró cerrado el caso. Li Xuelian perdió.

Todos salían de la sala, cuando Li Xuelian se le acercó a Wang Gongdao:

—Hermano, ¿cómo es posible que ése sea el veredicto?

—Según el debido proceso, éste es el veredicto final —contestó el juez.

—Pero Qin Yuhe ni siquiera se presentó —insistía Li Xuelian.

—Según la ley, él puede enviar en su lugar a un abogado.

—No entiendo cómo una mentira de pronto puede convertirse en verdad —dijo Li Xuelian llena de asombro.

Wang Gongdao le regresó el acta de divorcio.

—Desde el punto de vista legal, el documento es auténtico. Te lo dije, pero no me creíste —y luego añadió—: Ni siquiera mencioné a tu hija, ¿eh? ¡Vaya favor que te hice!

—Según tú, perdí la demanda y, encima de eso, ¿debo de agradecértelo?

Wang Gongdao reflexionó y contestó:

—No, mujer, eso no.

6

Li Xuelian vio por primera vez a Dong Xianfa, cuyo nombre significa "Constitución", en la puerta del Tribunal de la cabecera del condado. Él era miembro especial de la Comisión Judicial del Tribunal. Tenía cincuenta y dos años, de los cuales había pasado veinte trabajando en el Tribunal; era chaparro, regordete y panzón. Veinte años atrás, al salir del ejército y reincorporarse a la vida civil, había tres vacantes en el condado: en la Administración Veterinaria, en la de Salud y en el Tribunal. El director de la Comisión del condado revisó su expediente:

—En su expediente no se ve ninguna cualidad especial, pero a juzgar por su nombre, ni la Administración Veterinaria ni la de Salud le quedan bien. Dong Xianfa alude a alguien que comprende la Constitución, es decir, las leyes.

Fue así como Dong Xianfa terminó trabajando en el Tribunal. En el ejército era comandante de batallón, por lo que, para respetar su grado, le asignaron el puesto de presidente de Sala. Diez años después, ascendió al puesto de miembro especial de la Comisión Judicial del Tribunal. Eso de ascender era una farsa, pues el puesto era nominal y no tenía ningún poder, pero sólo los del Tribunal lo sabían. Nominalmente, equivalía al del vicepresidente de la Corte, sin serlo en

realidad. En lo concerniente a examinar o dictaminar casos, utilizar autos oficiales, firmar para reembolsos, no llegaba ni a presidente de Sala. Finalmente, depende de cómo se quiera ver: se podía pensar que lo ascendieron o que lo degradaron, daba igual. Permaneció en el puesto de miembro especial otros diez años. Ya estaba cerca de la jubilación. Cuando entró en la Corte, todos sus superiores, el presidente del Tribunal y los vicepresidentes, eran mayores que él; ahora, de pronto, todos eran menores. Según la edad, él era un cuadro viejo que en veinte años sólo había llegado a ser miembro especial de la Comisión Judicial. En el camino no progresó, sino que descendió. Por esa razón, sus colegas lo despreciaban. Pero era más grave el desprecio que él se tenía a sí mismo. Sus colegas lo desairaban a diario, pero él lo hacía sólo en los momentos cruciales, como cuando no fue capaz de aprovechar las oportunidades para crecer en su carrera. En varias ocasiones, cuando estuvo a punto de convertirse en vicepresidente de la Corte, la oportunidad se le escapó de las manos. Según las reglas, un miembro especial de la Comisión Judicial está más cerca del puesto, pero muchos presidentes de Sala se le adelantaron y se lo arrebataron. Los momentos cruciales son más importantes que lo cotidiano. ¿Acaso la acumulación cotidiana de méritos no es para usarla en los momentos cruciales? Los colegas pensaban que no ascendía por mediocre, pero él consideraba que su fracaso se debía a su rectitud.

Dong Xianfa sentía que no dominaba el arte de ganarse favores de la gente, de hacer regalos caros o de ser corrupto y que por ello siempre perdía la oportunidad. Su vida estaba llena de tragedia y desánimo. Cuando la justicia se tornaba en decepción, de algún modo se las arreglaba para consolarse; pero, por encima de todo, Dong Xianfa odiaba su trabajo en la Corte. No era que le desagradara la ley, sino que desde pequeño le gustaba unir y no dividir las cosas. Sin embargo, el trabajo de los tribunales es dividir: nadie va a la Corte por buenas causas. Los hospitales son iguales: viven de los enfermos; y así también, los tribunales viven de los problemas y los pleitos. Sin enfermos y sin pleitos, los hospitales y los tribunales no existirían. Dong Xianfa sentía haberse equivocado de profesión, ése era el tema crucial. Los intermediarios en los mercados de ganado negocian bajo la manga: con los dedos escondidos, hacen señas para convenir precios, y así ayudan tanto a los compradores como a los vendedores. Dong Xianfa sentía que ese trabajo era mucho más significativo que el de la Corte. Un miembro especial de la Comisión Judicial no puede abandonar su puesto para ir a vender ganado en el mercado, lo que a él no le causaría ningún disgusto; sin embargo, los demás pensarían que se había vuelto completamente loco. Por ello, Dong Xianfa, sofocado y triste, permanecía en su actual puesto. Los demás, al verlo

así, pensaban que era por no haber ascendido, por ser eternamente un miembro especial de la Comisión Judicial. A veces, cuando lo invitaban a tomar, trataban de consolarlo. Y, efectivamente, Dong Xianfa estaba triste por permanecer estancado, pero mucho más porque odiaba su trabajo y de todo corazón deseaba vender ganado en el mercado. El colmo de su tristeza era no poder compartir con nadie sus sentimientos.

Así pues, Dong Xianfa se dedicó a sobrevivir, odiando todo lo que le rodeaba. Justo por aceptar que no servía para nada, afuera del trabajo lo que más le gustaba era tomar. Según las reglas, por su puesto también le tocaba revisar casos, por lo que al principio tanto los demandantes como los acusados lo invitaban a beber. Con el tiempo, cuando la gente se dio cuenta de que revisaba los casos pero que no tenía la facultad de decidir nada, es decir, que su opinión no llegaba ni a presidente de Sala o un juez cualquiera, la gente dejó de buscarlo. Si los de afuera no lo invitaban, él podía tomar con los colegas; pero éstos, al ver que estaba más cerca de la jubilación que de un ascenso, decidieron que no valía la pena gastar su tiempo con un fracasado. En la Corte, alguien invitaba los tragos diariamente, pero a Dong Xianfa nadie lo invitaba. Después de tantos días sin alcohol, cualquiera se desespera, así que llegó al grado de tratar de pegárseles a los bebedores. Diario, a las once de la mañana, se ponía a caminar por la puerta del Tribunal. Los demandantes y los acusados invitaban a otros jueces a comer y beber. Al salir por la puerta y ver a Dong Xianfa, a los colegas no les quedaba más remedio que invitarlo:

—Dong, vamos a comer.

Dong Xianfa primero se hacía del rogar:

—Aún tengo cosas que hacer —y luego, sin esperar respuesta, añadía—, pero las cosas también pueden hacerse por la tarde —y remataba—: Los patos también pueden bajar al agua por la tarde.

Entonces se iba a comer. Los colegas, con el tiempo, cambiaron de estrategia.

—Dong, sabemos que estás ocupado, así que hoy te dejaremos trabajar.

Dong Xianfa, apurado, contestaba.

—No estoy ocupado, ¿cómo saben que estoy ocupado? ¿Qué, acaso quieren comer solos? Más les vale que me tomen en cuenta. Déjenme decirles que ya tengo veinte años en el Tribunal: tal vez no pueda ayudarles, pero sí puedo perjudicarlos.

Los colegas, medio avergonzados, comentaban:

—Pero qué cosas dices, ni siquiera aguantas una broma.

Y de nuevo salían juntos a comer. Con el tiempo, con tal de no topárselo, todos se escurrían por la puerta trasera.

Li Xuelian lo encontró, justamente, paseando enfrente de la puerta del Tribunal. Ése era su primer juicio legal, así que no sabía quién era Dong Xianfa. Después de perder el caso en la Corte de Wang Gongdao, Li Xuelian no se dio por vencida, pero a la vez perdió la confianza en aquel juez. Entonces, decidió abrir un caso nuevo. Sabía que, para eso, primero debía revertir la decisión de Wang Gongdao; sólo así podría reiniciar su pleito con Qin Yuhe. Las cosas son muy diferentes antes y después de un pleito, y ella entendía que era necesario revocar la decisión de Wang Gongdao, sólo que no sabía cómo. Lo único que se le ocurrió fue buscar a los jefes de Wang Gongdao. Como éste era juez de la Sala Primera de lo Civil en el Tribunal del condado, Li Xuelian decidió buscar al presidente de la Sala Primera en materia civil. El presidente, de apellido Jia, sabía que su caso era difícil, que la demandante era incluso más complicada que el caso mismo, por tratarse de una mujer que no entendía nada de procesos legales, y el colmo de la complejidad era explicarle a alguien dichos procesos. Jia tenía miedo de enredarse en las explicaciones y convertirse en rehén de aquel caso. Li Xuelian lo encontró un día a las seis de la tarde, precisamente cuando se retiraba apresurado a un banquete. Jia aprovechó la oportunidad y la mandó con Dong Xianfa, no porque él le cayera mal, sino porque no se atrevía a asignarles el caso a sus superiores, como los vicepresidentes o el presidente del Tribunal. Además, él solía bromear con Dong Xianfa: cuando se veían, primero se insultaban y luego se saludaban. El día anterior, por la noche, incluso compitieron tomando licor, así que la intención de Jia era sencillamente seguir el juego. Jia, a propósito, tragó saliva:

—Éste es un caso difícil —le dijo a Li Xuelian.

—No lo era hasta que ustedes lo complicaron —le respondió ella.

—El caso ya fue juzgado. Mi cargo en el Tribunal no alcanza para revocar la sentencia de la Corte.

—Si tú no puedes, ¿quién sí?

—Te voy a recomendar a alguien, pero no le digas que yo lo hice —dijo Jia después de pensarlo un rato.

—Se trata de un pleito y no de un robo, ¿por qué hacerlo a espaldas de la gente? —preguntó algo confundida.

—Ese hombre atiende muchos casos difíciles. Pedirle que revoque otra sentencia, me temo que lo haga enojar.

—¿De quién se trata?

—Se llama Dong Xianfa, es miembro especial de la Comisión Judicial del Tribunal.

—¿Y qué hace un miembro especial?

—Si esto fuera un hospital, sería el médico especialista que atiende enfermedades difíciles.

Jia no mentía. En teoría, los miembros de la Comisión Judicial de la Corte se dedican a examinar casos difíciles y están por encima del presidente de Sala. En otras palabras, son los jefes de Jia. Pero internamente todos sabían que se trataba de un escaparate sin ningún poder. Li Xuelian, confiada en sus palabras, al mediodía siguiente encontró al miembro especial, quien ya había paseado enfrente de la puerta por más de una hora. Li Xuelian no sabía los pormenores de Dong Xianfa, sólo entendía que era miembro especial, experto en casos difíciles. Él tampoco sabía nada de Li Xuelian. Por no conocerlo, ella le guardaba gran respeto. Al principio, no se atrevía a interrumpirlo, pero después de verlo caminar por más de media hora, se le acercó.

—¿Tú eres Dong, el miembro especial?

Sorprendido y asustado, Dong Xianfa miró el reloj. Era la una de la tarde y, por lo visto, aquel día no podría pegársele a nadie para comer y beber. Giró y preguntó:

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Li Xuelian.

Dong Xianfa pensó largo rato hasta que aceptó que no sabía quién era esa mujer y, bostezando, le dijo:

—¿Qué quieres?

—La Corte se equivocó al sentenciar mi caso.

Sumamente confundido, de pronto no podía recordar de cuál caso se trataba ni si eventualmente lo habría revisado. Pero aunque lo hubiera hecho, todos los casos estaban revueltos en su cabeza, así que tuvo que preguntarle.

—Son muchos los casos de la Corte, ¿de cuál de todos me estás hablando?

Li Xuelian le explicó todo desde el principio. No llegó ni a la mitad cuando aquél se desesperó; además, el cuento sobre el divorcio, matrimonio y, de nuevo, el divorcio de Li Xuelian y Qin Yuhe se le hizo muy complicado. Dong Xianfa se dio cuenta de que jamás había examinado ese caso, porque le daban pereza, hasta hablar de ellos lo fatigaba. Era más interesante escuchar sobre el comercio de ganado.

Con impaciencia, interrumpió a Li Xuelian:

—Ese caso no tiene nada que ver conmigo.

—Contigo tal vez no, pero sí con Wang Gongdao.

—Si tiene que ver con él, ¿por qué veniste a buscarme?

—Tu puesto es más alto que el suyo. Él se equivocó en el fallo y a ti te toca enmendar el error.

—En la Corte hay muchos jueces por encima de Wang Gongdao, ¿por qué no buscas a otro?

—Tus colegas dicen que tu especialidad son los casos difíciles.

Dong Xianfa entonces se dio cuenta de que alguien en el Tribunal estaba cavando un hoyo a sus espaldas y le había delegado un caso que nadie más quería.

—¿Qué hijo de puta hizo esto? —exclamó furioso—. Pura gente podrida trabaja en los tribunales. ¡Claro que sus fallos son equivocados! Regresa con el que te mandó conmigo. Luego yo también iré a buscar al cabrón.

Después se dio la vuelta y comenzó a caminar. Como tenía hambre y sabía que ya nadie iba a convidarlo, pensó en buscar alguna fonda callejera para por ahí tomar unas copas de licor y comer un caldo de tallarines con carne de borrego, pero Li Xuelian le cerró el paso.

—Miembro especial Dong, no te puedes ir, tienes que hacerte cargo de mi caso.

—¡Vaya, qué enredo! ¡Tanta gente en la Corte y tú me buscas a mí! —le dijo pasmado.

—Yo ya cumplí —dijo Li Xuelian.

—¿Cumpliste con qué? —preguntó el hombre.

—Hoy por la mañana llevé a tu casa una paca de algodón y dos gallinas viejas.

La casa de Dong estaba en una aldea a tres kilómetros del condado. Dong se pasmó aún más.

—¿Piensas que con una paca de algodón y dos gallinas viejas ya me amarraste? Vete rápido por tu algodón y tus gallinas.

Otra vez intentaba escabullirse, cuando ella lo detuvo de nuevo.

—Tu mujer me prometió que te encargarías de mi caso.

—Esa criadora de cerdos sólo sabe de puercos. ¿Crees que entiende algo de leyes?

—Entonces, ¿todo fue en vano?

Señalándola con el dedo, Dong le contestó.

—Ni tanto, mujer, lo que hiciste se llama soborno, ¿entiendes? Yo nunca te busqué a ti y tú me quieres engatusar.

Intentó irse de nuevo y Li Xuelian volvió a detenerlo. Para entonces, muchos curiosos los habían rodeado con ganas de ver el espectáculo. Dong Xianfa, quien de por sí ya estaba muy enojado, al ver a la gente, se desesperó aún más.

—Aprovechados, puros aprovechados por todos lados. ¡Largo de aquí!

Con un fuerte empujón, se liberó y salió.

En la noche, Dong Xianfa regresó en bicicleta a su casa. Apenas llegaba cuando percibió el olor a caldo de gallina. De pronto recordó a Li Xuelian; entró en la cocina, destapó la olla y vio ocho piezas de carne bien cocidas. Su suegro estaba de visita. Dong Xianfa tuvo que regañar a su esposa.

—¿Cuándo vas a corregir tus defectos, mujer? ¿Sabes qué hiciste? A esto se le llama corrupción.

Al otro día, Dong Xianfa olvidó el asunto.

7

Li Xuelian conoció a Xun Zhengyi, cuyo nombre significa "buscar justicia", en la puerta del gran hotel Grúa Libre. Varios hombres cargaban escalera abajo a aquel hombre, ahogado en alcohol. Xun Zhengyi, con sólo treinta y ocho años, llevaba tres en el puesto de presidente del Tribunal; era el presidente más joven de todos los tribunales de alrededor. Justamente por ser tan joven, le esperaba un gran futuro, por lo que se conducía con más cuidado. Habitualmente no bebía. Debido a su puesto, se había fijado cinco prohibiciones: no beber estando solo, no beber en horas de trabajo, no beber en las oficinas del sistema judicial, no beber en su condado y no beber de lunes a viernes.

Aunque las prohibiciones autoimpuestas eran algo confusas y poco claras, todas se resumían en una sola: no beber sin pretexto ni causa. Ese día, Xun Zhengyi, en su condado, en las oficinas del sistema judicial, siendo miércoles y violando todas las prohibiciones, estaba ahogado en alcohol. Pero ese día bebió con causa: era el cumpleaños de Cao, el expresidente del Tribunal. Tres años atrás, cuando Cao se jubiló, le dejó el puesto a Xun Zhengyi. Cao era benefactor de Xun y, por ser su cumpleaños, no pudo sino acompañarlo en la mesa del banquete. El viejo jefe se emborrachó y Xun también. En cuanto al "gran favor" recibido de su exjefe, Xun Zhengyi en realidad tenía mucho coraje. Tres años atrás, cuando Cao estaba a punto de jubilarse, en la Corte había cuatro vicepresidentes. El preferido de Cao, en realidad, era el vicepresidente Ge. El presidente Cao, además de dirimir casos, lo que más disfrutaba era beber y, por encima de eso, jugar cartas. Ge también disfrutaba de la barraja, y es en la mesa del juego donde mejor se conoce a las personas. Después de conocer a fondo a su pareja de juego, Cao decidió dejarle el puesto a ese hombre, quien gozaba de toda su confianza. Pero a un mes de su jubilación, en una cena, Ge bebió de más con sus compañeros. Ebrio, se subió en su automóvil y se metió en sentido contrario. Borracho, manejando a toda velocidad, hizo que los demás conductores, asustados, se hicieran a un lado, mientras él profería insultos.

—¿Qué les pasa? ¿Por qué manejan en sentido contrario? Las leyes de este país son muy deficientes. Mañana los llevaré a todos a la Corte.

Mientras profería insultos, un camión de carga de siete ejes, que transportaba carbón, no alcanzó a virar y chocó de frente con él. El auto voló hasta los carriles del otro lado y Ge murió al instante. Su muerte le despejó el camino a Xun Zhengyi, y cuando Cao se jubiló, su puesto fue ocupado por Xun. De hecho, más que a Cao, Xun Zhengyi le debía su puesto a aquel camión de carga, y aún más al borracho de Ge y a sus compañeros de juerga. Xun pensaba así, pero Cao veía las cosas de otra manera. Él consideraba que quien heredara su puesto le debía gratitud eterna. Xun Zhengyi no tenía sino que darle por su lado, así que, cada vez que lo veía, le decía:

—¿Qué aptitudes tengo yo? Ninguna. Si no fuera por la guía y los consejos de mi antiguo jefe, yo no estaría en esta posición.

Cao le creyó y lo tomó por amigo. Cao tenía criterio, así que después de jubilarse ya no se metía en asuntos de la Corte. Sólo solicitaba algunos pequeños favores personales. Para que no se involucrara en su trabajo, Xun respetaba al viejo Cao, y en cuanto a los favores personales, todos se podían resolver con unos cuantos yuanes. En los últimos tres años, Xun había tratado a su viejo jefe con respeto y consideración. En cada cumpleaños, Xun invitaba a Cao a un banquete. Sus primeras palabras siempre eran:

—Todo el año estuve muy ocupado y descuidé a mi antiguo jefe, pero en su cumpleaños siempre estaré a su lado.

Aunque sólo eran palabras, escucharlas era mejor que no oírlas, por lo que Cao siempre se ponía muy feliz. El banquete de ese año se llevó a cabo en un salón privado del segundo piso del hotel Grúa Libre. Como era el festejado, naturalmente, se embriagó. Teniendo un pretexto sólido, Xun Zhengyi también lo hizo. Cuando aún contaba con algo de cordura, repetía:

—Jefe, usted sabe que, por lo general, yo no bebo. Me he autoimpuesto cinco prohibiciones, pero todos los años acompañaré a mi jefe hasta el final en este día especial.

Cao estaba feliz. Era un bebedor empedernido, mientras que Xun sólo lo hacía ocasionalmente. ¡Cuándo iba el joven a ser un contrincante digno del hombre!, quien pasó la vida entre vinos y licores. Él había creado su propia técnica para tomar: unía la bebida con los cigarros. Siempre solía decir:

—Un viejo dicho reza que el alcohol y los cigarros van juntos.

No era que bebiera y fumara a la vez, sino que primero acostaba la cajetilla de cigarros, llenaba el vaso hasta la altura de la cajetilla y lo vaciaba; después paraba la cajetilla a lo ancho, llenaba el vaso a la altura de la cajetilla, y también lo vaciaba; luego paraba la cajetilla a lo largo, volvía a llenar el vaso del mismo modo y lo vaciaba de nuevo. Con la cajetilla acostada, al vaso le cabía una onza de licor; al pararla a lo ancho, dos onzas; y a lo largo, tres. Tres vueltas

completaban un cuarto de litro y tres copas al fondo marcaban el inicio de la carrera. Todos pasaron la primera ronda. En cuanto a quién seguiría en la carrera, era difícil de predecir. Cao olvidó que ahora el presidente del Tribunal era otro y el resto de los acompañantes, los vicepresidentes del Tribunal, el jefe del Departamento Político, el jefe del Comité Disciplinario, el jefe de la Oficina Administrativa y todos los demás jefes, eran ahora subordinados de Xun Zhengyi. A la hora de "la prueba inicial", Cao y Xun bebieron alcohol; cuando se repitió la orden "Hasta el fondo", los subordinados intercambiaron muecas y en la copa de Cao vertieron vino, mientras que en la de Xun, agua mineral. Después de ocho "hasta el fondo", Cao estaba ebrio; Xun, también. Cao estaba en calidad de bulto, mientras que Xun, de medio bulto. Pero con el jefe al lado, Xun Zhengyi tenía que fingir embriaguez total. Cuando se acabó el banquete, a Cao lo bajaron en hombros, igual que a Xun. Precisamente en ese instante, Li Xuelian se les paró en frente:

—Presidente Xun, debes ayudarme.

Aunque constantemente lo paraban en la calle para hablar de diversos expedientes, en ese instante, de noche, ebrio y tan de repente, Xun Zhengyi se sobresaltó. Con el jefe a su lado, sin mostrar miedo, siguió fingiendo embriaguez. El jefe de la Oficina Administrativa, quien cargaba al presidente del Tribunal, asustado, jaló a Li Xuelian.

—Suéltalo, ¿qué no ves que está tomado? Cualquier asunto puede resolverse mañana.

Cuando apartó a Li Xuelian y metió a su jefe en el automóvil, Cao gritó desde las escaleras.

—¿De qué se trata? —con la lengua entumecida, siguió preguntando—: ¿Alguien está por iniciar una demanda? Venga, cuénteme, he visto muchas cosas de esas.

Si no hubiera estado ebrio, Cao no se habría metido en los asuntos de la Corte, pero, precisamente por su estado, olvidó que se había jubilado hacía tres años. Por instinto, cuando se trataba de demandas, él se exaltaba. Al ver que Cao quería meterse en lo que no le incumbía, todos dejaron a Xun Zhengyi y se apresuraron a meterlo en el automóvil. Mientras lo cargaban, le decían:

—Presidente, sólo se trata de una campesina. Usted debe cuidar su salud. Vaya a su casa a descansar y deje que el presidente Xun se encargue del caso.

Con los pies flotando, lo metieron en el auto, pero no se rindió: bajó la ventanilla y, apuntando a Xun Zhengyi, le ordenó:

—Zhengyi, debes atender bien este caso. No olvides mis enseñanzas: siendo jefe, si no sabes atender al pueblo, mejor regresa a tu casa a vender camotes.

Xun Zhengyi se acercó al auto de Cao y le dijo:

—Jefe, despreocúpese, sus enseñanzas y consejos están esculpidos en mi corazón. Investigaré bien este caso y mañana mismo le enviaré el reporte.

Cao balbuceó algo cuando su carro arrancó. Por esas últimas palabras, Xun Zhengyi no se atrevió a partir de inmediato, no porque le tuviera miedo a Li Xuelian, sino por el temor de que Cao, al otro día, estando sobrio, aún recordara el incidente y descubriera la desobediencia a su orden. Entonces se enojaría y las cosas se complicarían. A eso se le llama "perder lo grande por fijarse en lo pequeño". Un jubilado difícilmente puede ayudar, pero sí puede echar a perder asuntos: durante tantos años en el poder, habrá tejido muchos lazos y relaciones, y nunca se sabe cuándo las aguas de nubes lejanas caerán sobre la cabeza de uno. Aunque medio ebrio, no tuvo más remedio que hacerle caso a Li Xuelian, pero, justamente por su borrachera, se encontraba impaciente.

—¿Qué quieres?

—Quiero demandar a una persona.

—¿A quién?

—A Dong Xianfa.

Li Xuelian primero acusó a Qin Yuhe; luego sumó a Wang Gongdao, quien echó a perder su caso; pero ahora dejó de lado a Qin Yuhe y a Wang Gongdao para demandar a Dong Xianfa. Al principio, no tenía nada en contra de Dong Xianfa, pues sólo lo había visto una vez en su vida, pero éste le dijo que ese asunto no le correspondía cuando le pidió ayuda para revocar la sentencia previa. Si las cosas hubieran terminado allí, no pasaría a mayores, pero ese día en la puerta del Tribunal, entre palabras y empujones, rodeados por una muchedumbre ávida de espectáculos, Dong Xianfa la maltrató. Primero la llamó "aprovechada" y luego le dijo "lárgate", y esas palabras la prendieron.

—Tengo una gran congoja y vengo a demandar. Tú trabajas en un juzgado, ¿cómo te atreves a llamarme "aprovechada" y decirme "lárgate"? —le reclamó encendida.

Por ello, decidió saltar a Dong Xianfa y buscar al presidente del Tribunal. Y antes de seguir con la demanda en contra de Qin Yuhe y de Wang Gongdao, decidió comenzar con la de Dong Xianfa. Sin entender nada, Xun Zhengyi preguntó:

—¿Qué te hizo Dong Xianfa?

Él, en realidad, no le había hecho gran cosa, decirle "aprovechada" y "lárgate" no era como para entablar un juicio, pero en su coraje, Li Xuelian balbuceó:

—Dong Xianfa es un corrupto.

Ella no tenía argumentos para llamarlo así. Probablemente en otros casos lo habría sido, pero no en este. Fue su mujer quien recibió la paca de algodón y las dos gallinas viejas, y por ello Dong Xianfa la había regañado y llamado “corrupta”. Entonces, se soltó un ventarrón. Xun Zhengyi estornudó y su estado de embriaguez empeoró. Cuando estaba en sus cinco sentidos, era un hombre serio y responsable, pero con el alcohol perdía la compostura y se convertía en otra persona, a lo que se debían las cinco prohibiciones autoimpuestas.

—Si hubiera sido cualquier otra cosa, yo me haría cargo, pero las acusaciones de corrupción no me corresponden —concluyó ya desesperado.

—¿Y a quién le corresponden?

—A la Fiscalía.

Xun Zhengyi no mentía: Dong Xianfa era funcionario público. Para revocar una sentencia equivocada de Dong Xianfa, era necesario buscar al presidente del Tribunal; pero si había incurrido en actos de corrupción, entonces le correspondía a la Fiscalía investigar el caso. Sin embargo, Li Xuelian no entendía esos procesos y, además, estaba muy enojada:

—¿Cómo es que a nadie de los que he buscado les corresponde mi caso? Entonces, presidente Xun, ¿a quién demonios le toca? —y, por si fuera poco, añadió—: Mira Xun, tú eres presidente, no puedes ser igual de corrupto que Dong Xianfa.

Esa palabra atravesó el corazón de Xun Zhengyi. Puede que en otro caso él hubiera sido corrupto, pero no en el de Li Xuelian. Tal vez si no hubiera bebido, no se habría exaltado, pero bajo los efectos del alcohol y el coraje, profirió los mismos insultos que Dong Xianfa.

—Nos vemos por primera vez y me acusas de corrupto. Evidentemente eres una aprovechada, ¡lárgate!

8

Li Xuelian vio al presidente del condado, Shi Weimin, cuyo nombre significa “siempre para el pueblo”, en la puerta principal del gobierno local. Él iba hacia su oficina en el automóvil oficial, comiendo su caldo de arroz, cuando una mujer lo detuvo en el camino. El conductor frenó angustiado y la cabeza de Shi Weimin chocó con la cabecera del asiento delantero. El caldo se tiró. Se sobó la cabeza y, al incorporarse, vio enfrente del carro a una mujer hincada, cargando en la mano un papel en el que había escrito con estiércol de caballo “Agraviada por la injusticia”. Era domingo. Shi Weimin no tendría que estar trabajando, pero el presidente del condado nunca descansaba los

domingos. En un lugar de más de un millón de habitantes, entre obreros, campesinos, comerciantes y estudiantes, siempre había mucho que hacer. Los documentos que llegaban diariamente desde el gobierno central, pasando por el provincial y luego por el de la capital, eran más de cien y todos los asuntos lo esperaban a él. Los obreros cumplían una jornada de ocho horas y se iban a descansar; en comparación, él diariamente trabajaba entre catorce y quince horas y en la noche presidía reuniones. Pero eso no era todo: desde el gobierno provincial y de la capital, diariamente llegaban un sinnúmero de funcionarios de distintos departamentos a inspeccionar los trabajos del condado. Entre departamentos y secciones de diferentes niveles de gobierno, ¡sumaban más de cien! Todos los días tenían que agasajar a más de ocho grupos de funcionarios superiores. Entre la comida y la cena, Shi Weimin asistía, en promedio, a dieciséis banquetes diarios, y todos eran personajes que merecerían su atención personal. El estómago de Shi Weimin se había echado a perder por tanto vino y comida. Frecuentemente les decía a sus subordinados:

—¡Qué difícil es ser presidente de condado!

Pero llegar a serlo tampoco era fácil. En el lugar hay más de un millón de personas que quieren ser presidente, pero en las tumbas de los ancestros no a todos les salen augurios auspiciosos y no todos lo logran. Aún hay más, pues eso de la política es un laberinto: si eres jefe de aldea, quieres ser presidente de condado; si eres presidente de condado, quieres ser presidente municipal y luego gobernador. Y de todo eso a nadie se le puede echar la culpa, excepto a uno mismo. Shi Weimin lo sabía, así que trabajaba todos los días sin quejas ni arrepentimientos. No le quedó más remedio que tratar de medio arreglar su estómago descompuesto. Al mediodía y por las noches, debía beber, pero como en las mañanas no tenía compromisos, sólo tomaba una sopa aguada de arroz, a la que agregaba pedazos de calabaza y camote para regular un poco su estómago. Cuando las reuniones nocturnas se prolongaban, en la mañana dormía de más, por lo que tomaba la sopa de camino al trabajo.

Después de la amarga experiencia de su encuentro con Xun Zhengyi, el presidente del Tribunal, Li Xuelian decidió buscar al presidente del condado por la mañana y no al mediodía ni por la noche, ya que a esas horas la gente fácilmente se embriaga, mientras que, por las mañanas, las cabezas son más claras. Fue así como aquel día, Li Xuelian se topó con el presidente del condado.

Shi Weimin se disponía a asistir a la ceremonia de apertura de un hotel llamado Jardín de Melocotones del Otro Mundo. Eso del otro mundo no era muy cierto, pues apenas estaba a diez kilómetros de la cabecera del condado, en medio de un pequeño bosque donde de vez en cuando sobrevolaban parvadas. El dueño crió unos ciervos y le

puso ese nombre al establecimiento. Aún más grandioso que el hotel era el enorme spa ubicado en la parte trasera. Ese sitio contaba con todos los servicios necesarios, como sauna, masaje y mucho más. Por lo general, el presidente del condado no solía asistir a las ceremonias de apertura de ese tipo de negocios, pero el dueño del hotel era el tío de un funcionario provincial. El tío rentó en el condado un poco de terreno y lo construyó. A eso se debía que Shi Weimin se sintiera obligado a participar en la ceremonia, aunque también estaba el factor de los jugosos impuestos que el negocio dejaría al condado. Eligieron el domingo para la ceremonia. La reunión a la que había asistido la noche anterior se había prolongado, lo que ocasionó que esa mañana durmiera de más, razón por la que tomaba su sopa en el automóvil. La ceremonia empezaba a las nueve y ya eran las ocho y media. Shi Weimin estaba apurado y al ser detenido por aquella mujer en la calle, se angustió, pero más aún el conductor. Su angustia no se debía ni al retraso del presidente ni al golpe que se dio a la hora de frenar ni a la sopa regada encima de su ropa, sino a que la mujer, hincada en la calle, lo hizo frenar de repente y le sacó un gran susto. Bajó la ventanilla y empezó a insultarla.

—¡¿Quieres morir?!

Shi Weimin tenía mejores modales que el conductor, además, ya había visto esas cosas y sabía que a su puesto también le correspondía resolverlas. Tranquilizó al conductor, bajó del auto, se sacudió la sopa y empezó a jalar a la mujer.

—Levántate y dime qué te pasa. —Cuando Li Xuelian se levantó, Shi Weimin le preguntó—: ¿A quién buscas?

—Al presidente del condado.

Shi Weimin suposo, egocéntricamente, que la mujer no tenía televisor en casa y no veía las noticias del condado, ya que no lo reconoció de inmediato.

—¿Para qué lo buscas?

—Para levantar una demanda.

—¿Y a quién vas a demandar?

—No es un solo caso.

—¿Cuántos son? —preguntó Shi Weimin sonriendo.

—El primero es en contra de Xun Zhengyi, el presidente del Tribunal; el segundo, en contra de Dong Xianfa, miembro especial del Tribunal; el tercero, en contra del juez Wang Gongdao; el cuarto, en contra de mi marido Qin Yuhe, y el quinto, en contra mía.

Shi Weimin de pronto quedó confundido no por todos los demandados, sino por las últimas palabras de la mujer. ¿Cuándo se ha visto que alguien se demande a sí mismo? Shi Weimin se dio cuenta de que ése no era un caso sencillo y requeriría de mucho tiempo. Miró

su reloj y, al ver que eran las ocho cuarenta, dijo.

—Ya que buscas al presidente del condado, iré a llamarlo.

Se dio la vuelta y corrió hacia el edificio de gobierno. Corrió, primero, para liberarse de ella y poder asistir a la ceremonia de inauguración del hotel, y, segundo, porque no podía llegar con el traje lleno de sopa y tenía que cambiarse. Li Xuelian lo siguió y lo detuvo.

—No corras. Se me hace que tú eres el presidente del condado.

Shi Weimin, sacudiéndose la sopa, le preguntó:

—¿Cómo lo sabes?

—Pregunté por la placa de tu auto. Si estás sentado en él, es porque eres el presidente.

—En el carro del presidente no sólo se sienta él. Yo soy su secretario particular. Como tu caso es muy complejo, no me puedo hacer cargo, así que voy por el presidente.

Li Xuelian lo soltó. Shi Weimin corrió a su oficina y, mientras se cambiaba de ropa, ordenó llamarle al director de Quejas y Peticiones para que viniera de inmediato y atendiera el caso de la mujer parada en la entrada del edificio. Luego salió por la puerta trasera y se dirigió a la inauguración en otro coche. En todo el día no supo más del asunto. Por la noche llegó al hotel del condado para cenar junto con siete u ocho funcionarios de la provincia y la capital. El director de Quejas y Peticiones, de apellido Lü, estaba esperándolo en la puerta del hotel. Shi Weimin ya había olvidado el incidente de esa mañana. Al ver a Shi Weimin, Lü corrió a su encuentro.

—Presidente Shi, espero que apoye mi trabajo.

—¿Qué quieres decir?

—El director de Quejas y Peticiones de la capital está a punto de llegar. Le reservé el privado en el 888 Palace. Espero que usted pueda venir a saludarlo.

—No me avisaron que Zhang vendría —comentó Shi, algo sorprendido.

—Apenas llamaron por teléfono. Por lo general yo no le doy molestias, pero estamos en el momento crucial: el Primer Concurso de Quejas y Peticiones de la capital está a punto de iniciar.

Shi Weimin levantó el pulgar.

—¿No es éste ya el noveno banquete del día?

—Con tres copas bastará. Si puede venir a tomar tres copas con nosotros, seguro quedaremos entre los tres primeros lugares —luego añadió—: De eso depende la estabilidad, jefe: si falla el orden en un condado, el que perderá el puesto no será el director de Quejas y Peticiones.

—En un rato me asomaré, no es necesario que me asustes con lo del puesto. —Lü sonrió.

En ese instante, Shi Weimin recordó el asunto de Li Xuelian.

—Por cierto, ¿qué pasó con la mujer que se paró enfrente de mi carro esta mañana?

—Ah, era una musaraña, la corrí.

—Por poco y se muere enfrente del carro, cargaba un cartel que decía “Agraviada por la injusticia”.¡¿Cómo la llamas musaraña?!

—El tamaño de la inscripción no es pequeño, pero su asunto no llega ni a un grano de sésamo.

—¿Qué asunto? —pregunto Shi.

—La mujer se divorció el año pasado, luego se arrepintió y ahora insiste en que el divorcio era falso.

—Por un asunto tan pequeño, ¿por qué insiste en demandar a tanta gente? Quiere demandar a muchos del Tribunal. ¿Será que no le hicieron caso?

—Sí le hicieron caso y precisamente por eso los pretende demandar. Ella insiste en que el divorcio fue “de mentiras”. Los jueces examinaron el caso y determinaron su autenticidad. ¿Acaso, porque ella quiere demandar, la Corte debe violar la ley sólo para complacerla?

Shi Weimin, preocupado por Li Xuelian, comentó:

—¿Por qué será que esa mujer se arrepintió luego de divorciarse?

—Si se arrepintió, debe buscar a su exmarido y no al gobierno. Ni que se hubiera divorciado del gobierno —dijo Lü.

Shi Weimin sonrió.

—La mujer viene a demandar llena de coraje y tú te burlas.

En ese momento, un subdirector del gobierno provincial, acompañado de un vicepresidente del condado, llegó a las puertas del hotel. Shi Weimin dejó a Lü y, con una sonrisa de oreja a oreja, corrió a saludar al subdirector. Se dieron la mano y entraron juntos en el establecimiento.

9

Li Xuelian pasó tres días sentada frente a las oficinas del gobierno de la capital provincial con la inscripción “Agraviada por la injusticia” en la frente. Fue entonces que el alcalde Cai Fubang reparó en ella. Tardó tres días en darse cuenta de su presencia, porque apenas había regresado de Pekín de un viaje de trabajo. Un sinnúmero de espectadores rodeaban a la mujer. Los empleados del gobierno tenían que empujar sus bicicletas para evadir a la multitud. Cai Fubang, al ver esto, estalló en rabia. No estaba enojado con la mujer, sino con su

segundo de a bordo, el vicealcalde Diao Chengxin, quien durante su ausencia no hizo nada para resolver el asunto. Todos en el gobierno conocían el conflicto entre ellos dos. Ese supuesto conflicto llenaba de rabia al alcalde, puesto que él no era el responsable; las circunstancias tenían la culpa. Diez años atrás, cuando ambos eran secretarios generales del Comité del Partido del condado, se llevaban muy bien y se les veía bebiendo juntos con frecuencia. Luego los dos fueron promovidos a vicealcaldes en la ciudad; incluso Diao Chengxin aparecía antes que él en la nómina. Después los promovieron de nuevo: uno quedó de director de Propaganda del Comité de la ciudad y el otro fue director del Departamento de Organización Política. Cuando los volvieron a ascender, Cai Fubang tomó la delantera y fue subsecretario general del Comité del Partido de la capital, mientras que Diao Chengxin llegó al puesto de vicealcalde. Al final, Cai Fubang fue promovido a alcalde y el otro quedó subordinado a su amigo, con quien había competido durante años, subiendo al parejo. "¿Por qué tú y no yo?" La amistad se llenó de rabia y se volvieron enemigos. Por supuesto que no manifestaban su conflicto en público; en las reuniones, ambos eran muy corteses, pero a sus espaldas, Diao Chengxin siempre le ponía trampas a Cai Fubang. Ver a alguien sentado tres días a la puerta del gobierno y no atenderlo era un claro ejemplo.

Pero el coraje de Cai Fubang ni siquiera era por las trampas, sino por la estupidez del subordinado. Las promociones laborales no las decidía Cai Fubang, dependían del gobierno de la provincia. Si quieres ser alcalde, lo inteligente es apoyar al actual para que pronto sea ascendido y te deje el puesto. Si golpeas al jefe a sus espaldas, él será alcalde para siempre y tú te quedarás eternamente en el puesto de vicealcalde. ¿Qué es la corrupción? No sólo es aceptar sobornos, traficar influencias y meterse con todas las mujeres del mundo, la mayor corrupción es ocupar el puesto sin hacer el trabajo, y aún peor es hacer lo que Diao Chengxin: trabajar en contra. El colmo es tener que aguantar a alguien que trabaja en tu contra sin poder hacer nada, ya que quien elige al vicealcalde es el gobierno provincial y no tú. Diao Chengxin siempre le ponía trampas, incluso ahora que la ciudad estaba a punto de convertirse en "modelo de ciudad civilizada".

En todo el país sólo había unas cuantas decenas de "ciudades civilizadas". Con la denominación cambiaría mucho la imagen urbana. La infraestructura y la superestructura tendrían un mejor soporte, lo que a su vez sería una moneda de intercambio para negociar con los inversionistas y los comerciantes que quisieran invertir. Cai Fubang trabajó arduamente durante más de un año para obtener la denominación. Arregló los parques, los caminos, las zanjas, las escuelas, el mercado municipal, las zonas marginadas, mandó pintar

por dentro y por fuera todos los edificios que daban a las avenidas principales. Trabajó durante un año esperando ese momento. Faltaban sólo tres días para la llegada de los funcionarios del Partido y del gobierno de la provincia responsables de la campaña. Sólo por "ese día", un mes atrás Cai Fubang había mandado a todos los funcionarios del gobierno y a la población en general a la calle para atrapar moscas. A los funcionarios, como parte de la evaluación anual, se les ordenó entregar diariamente diez moscas. Como las moscas no obedecían, quince días después, ningún funcionario había cumplido con la meta y todos se quejaron y lamentaron, hasta que llegó el momento en que no hubo moscas en la ciudad. Cai Fubang se enteró de las quejas; pero, para corregir, primero es necesario tocar fondo. Después de terminar con las moscas, le pidió a los estudiantes que cantaran y bailaran para las ancianas. Hecho todo eso, fue a Pekín para reportar los avances. De regreso planeaba recibir al Comité de Evaluación de Ciudades Civilizadas. Jamás imaginó que a su regreso encontraría a ¡una mujer que llevaba tres días protestando en frente de las oficinas del gobierno! Aunque sonaba feo, la realidad era que después de haber atrapado a todas las moscas de la ciudad, una mosca más grande que todas juntas estaba sentada en las narices de su gobierno. ¿Acaso no era ésa una mancha negra en la imagen de la ciudad civilizada? Llegando a la oficina, Cai Fubang llamó al secretario particular y, señalando a la mujer, le preguntó:

—¿De qué se trata esto?

El secretario, flaco como un palo de bambú y con la cara amarilla de tanto fumar, respondió con sumisión:

—Es una inconforme.

—Sé que está inconforme, además sé que tiene tres días allí. ¿Por qué nadie se ha hecho cargo de ella?

—Sí nos hemos encargado, pero ella no obedece.

—¿Diao Chengxin no ha venido a trabajar? ¿Pasa a su lado y no la ve?

Sin atreverse a avivar el conflicto entre sus jefes, el secretario rápidamente contestó:

—El alcalde Diao intentó encargarse del asunto; de hecho, habló personalmente con ella, pero no le hizo caso. ¿Cómo se puede mandar a la fuerza pública contra una mujer rodeada de tanta gente? Eso nos crearía una mala reputación.

Cai Fubang se calmó un poco, aunque sus ojos aún echaban chispas:

—¿Qué tan grande puede ser ese problema para no tener solución? ¿Mató a alguien? ¿Provocó un incendio?

—El asunto no llega ni al tamaño de un pedo. La mujer se divorció

y luego se arrepintió. Creo que quiere dinero. Justo por ser algo insignificante es difícil interferir. Si hubiera matado o prendido fuego, las cosas serían más sencillas.

—¿De qué condado viene? ¿Por qué allá no la atendieron?

—La atendieron, pero no hace caso. Ahora está demandando a muchas personas.

—¿A quiénes?

—Pasó por todos los niveles y nadie pudo controlarla. Ahora quiere demandar al presidente de su condado, al presidente del Tribunal, al miembro especial del Tribunal, a un juez del Tribunal, a su exmarido y ya no recuerdo a quién más.

Cai Fubang sonrió entre dientes:

—Vaya que tiene agallas. ¿Por algo sin ninguna importancia llegó hasta aquí?

—Es una vieja persistente —dijo el secretario, asintiendo, y añadió—: Alcalde Cai, ¿qué hacemos?

El alcalde enfureció de nuevo.

—Todos han metido la mano y nadie ha podido resolver el caso. Claro, hay que dejárselo a Cai. ¡Lo difícil siempre me toca a mí! En tres días viene el Comité de Evaluación de Ciudades Civilizadas, así que ¡sácala de allí! Dentro de una semana platicamos.

Cai Fubang dijo eso por la mañana. Al medio día, Li Xuelian aún estaba sentada en la puerta. Por la tarde también estaba allí. Llegada la noche, cuando su público se dispersó, mientras ella intentaba comerse una galleta, un puñado de policías vestidos de civiles, sin más, la cargaron y se la llevaron. El alcalde Cai dijo "sácala de allí", pero nunca especificó adónde llevarla. Su orden, de boca en boca, desde el gobierno de la capital hasta el Ministerio Público, de ahí hasta la comisaría local y luego hasta el centro de detención de la calle Este, se desvirtuó por completo. Los subordinados entendieron que el alcalde estaba furioso y que había ordenado apresar a la mujer, así que algunos policías la agarraron y la encarcelaron con el cargo de disturbios al orden público.

10

A los tres días, el comité de evaluación realizó todas las valoraciones correspondientes y decidió otorgarle a la capital provincial la denominación de "ciudad civilizada". A los siete días, Li Xuelian fue liberada. El asunto de la denominación no tenía nada que ver con la mujer, pero como la encarcelaron a causa de ello, las dos cuestiones se

cruzaron. Al salir de prisión, Li Xuelian no culpó a la ciudad civilizada, pues todos, incluyéndola, sabían que había sido el alcalde Cai Fubang quien había mandado encarcelarla. Al salir, no fue a buscar al alcalde ni a protestar frente al gobierno, sino que decidió regresar a su condado y luego a su poblado, a buscar al carnicero Hu, quien seguía vendiendo carne en el mercado. En el puesto, grandes trozos de carne colgaban de los ganchos. Li Xuelian le gritó desde lejos:

—¡Hu, ven, quiero decirte algo!

El carnicero, concentrado en destazar la carne, levantó la cabeza y se asombró. Soltó el cuchillo y siguió a Li Xuelian hasta el molino abandonado, detrás del mercado.

—Corazoncito, oí que te detuvieron.

—¿Qué no ves que salí? —contestó ella sonriendo.

Hu, sorprendido, la miraba.

—Ni parece que saliste de la cárcel, ¿cómo es que estás tan chapeada? —y agregó—: Además, vienes muy perfumada.

—Me gustó la cárcel. Allí no te preocupas por nada, tienes tres comidas al día y hasta te las llevan —mintió Li Xuelian.

Los siete días en la cárcel fueron un infierno. Más de diez mujeres encerradas en un cuartito oscuro, no cabían ni paradas ni acostadas. Las tres comidas diarias eran un pan al vapor con un pedazo de verduras curtidas. ¡Ah, qué hambre pasó! En cuanto a sus necesidades fisiológicas, sólo podían hacerlas cuando prendían los filtros. Muchas mujeres se orinaron en el cuarto por no poder aguantarse las ganas; Li Xuelian también lo hizo. La peste del lugar era insoportable, pero era aún más insoportable el hecho de no poder hablar. El hambre y la peste, como sea, se tragaban, pero el no poder hablar… ¡era el colmo! Al salir de la cárcel, lo primero que hizo Li Xuelian fue ir al campo a respirar hondo durante un buen rato; luego, mirando la cordillera al frente, se puso a gritar:

—¡Váyanse al carajo, malnacidos!

Luego fue a los baños públicos, donde se bañó a conciencia, y después regresó a casa. Se cambió de ropa, se perfumó y fue a ver a Hu, quien era muy bruto para darse cuenta de todo eso.

—Hu, ¿todavía recuerdas lo que me dijiste hace un mes?

—¿Qué te dije?

—Que me ayudarías a matar a alguien.

—Sí, claro que me acuerdo; pero tú insistías en golpearlo —respondió Hu sorprendido.

—Entonces no quería matar, pero ahora sí.

—Si se trata de matar, la condición es que primero nos acostemos.

—Bueno.

Hu, casi bailando de alegría, se acercó para tocarle los pechos.

—¿Y cuándo me va a tocar? Hoy, ¿verdad?

Li Xuelian le agarró la mano:

—¿Sabes a quién hay que matar?

—¿No se trata de Qin Yuhe?

—Él sólo es uno de la lista.

—¿Y quiénes son los otros? —preguntó el carnicero asustado.

Li Xuelian sacó del bolsillo una lista llena de nombres: alcalde Cai Fubang, presidente del condado Shi Weimin, presidente del Tribunal Xun Zhengyi, miembro especial del Tribunal Dong Xianfa, juez Wang Gongdao y el hijo de puta Qin Yuhe.

Después de leer los nombres de la lista, Hu, petrificado, dijo:

—Corazoncito, estar en la cárcel te trastornó un poco, ¿verdad?

—Todos ellos son unos asquerosos.

—¿Y tú crees que yo solo podré con tantos? —Hu empezó a tartamudear—. Además, con excepción de Qin Yuhe, todos los demás son funcionarios. Siempre están rodeados de gente; no será fácil matarlos.

—Aunque sea a unos cuantos. No aguanto este coraje.

De pronto, Hu, con la cabeza en las manos, se hincó en el suelo del molino y, retorciendo los ojos, dijo:

—¿Crees que nuestro trato es justo? Por acostarnos una vez, tendré que matar a seis —Y de nuevo se agarró la cabeza—. ¿Crees que formo parte de la organización criminal de las tríadas?

Li Xuelian escupió:

—Siempre supe que me engañabas.

11

Al dejar a Hu, Li Xuelian decidió no matar ni pegarle a nadie. Incluso tomó la decisión de no demandar porque se dio cuenta de que al intentar amargarles la vida a otros, la más lastimada había sido ella. Pero aún quedaba algo por hacer: quería intentar, cuando menos, aclarar las cosas. Nadie la comprendía, nadie le daba la razón; todo el mundo decía que el divorcio era auténtico, y la persona que sabía que era falso, que conocía todo el asunto y que la llevó a ese grado de desesperación, por lo que pasó siete días en la cárcel, no era otra sino su exmarido, Qin Yuhe. Quería preguntarle de frente si el divorcio del año anterior era de verdad o una mentira. El motivo de la pregunta ya no era para proseguir con la demanda, ni para casarse con él y luego divorciarse de nuevo ni para obligarlo a dejar a su esposa actual. Lo

único que deseaba era escuchar una sola palabra, escuchar que alguien en el mundo le dijera que ella tenía la razón, sólo así enterraría los tambores de guerra y lo olvidaría todo. Li Xuelian no tenía forma de aclarar el asunto ante los demás, pero sí ante sí misma. Lo necesitaba tanto para enterrar el pasado como para abrir una nueva página en el futuro. Ella apenas tenía veintinueve años. No era joven, pero tampoco vieja. Además, era bonita, de ojos grandes, cara ovalada, cintura pequeña y senos prominentes. Por ello, Hu se había fijado en ella, ¡si hasta parecía mosca oliendo sangre! Ella no podía permitir que la juventud se perdiera por cosas sin importancia. Estaba lista para olvidar los odios y buscar un nuevo marido. Una vez casada, viviría una vida feliz al lado de su hija y su nuevo esposo.

Con la intención de enterrar el pasado y abrir un futuro promisorio, Li Xuelian fue de nuevo a la fábrica de fertilizantes del condado para buscar a Qin Yuhe. Un mes antes había ido con su hija en brazos para sonsacarlo y llevarlo al matadero. Lo había buscado por todos lados, pero él se había ido a Heilongjiang a llevar fertilizantes. Al igual que su hermano, quien escapó a Shandong para no ayudarle, Qin Yuhe también había huido. Por suerte, éste se escondió, pues de haberlo encontrado seguramente lo habría matado. ¿Y dónde estaría ahora Li Xuelian? Seguramente en la cárcel, esperando a ser fusilada, y no en la fábrica. La vez pasada había entrado a buscarlo, pero en esta segunda incursión, sin proponérselo, lo encontró: acompañado de cinco o seis hombres, estaba sentado tomando cerveza y charlando. Uno de ellos era el viejo Zhang, su colega de trabajo. A la izquierda de la fábrica estaba el baño de cobro y a la derecha la cantina, muy cerca un lugar de otro; los del baño iban al baño, y los de la cantina comían y bebían muy a gusto. Desde que el juez Wang Gongdao falló en su favor en el caso del divorcio, Qin Yuhe ya no se escondía, aparecía sin temor en todos lados y no tenía necesidad de ir a Heilongjiang. Pensando que el asunto del divorcio había concluido, con frecuencia tomaba cerveza con sus amigos en la cantina. Li Xuelian los vio, pero ellos no la miraron. Se acercó y grito:

—¡Qin Yuhe!

El hombre volteó. Tanto él como sus acompañantes se asustaron. Qin Yuhe rápidamente reaccionó:

—¿Qué quieres?

—Ven, quiero decirte algo.

Qin Yuhe miró a sus amigos, petrificados, pensó un poco y exclamó:

—Lo que tengas que decir, dilo y ya.

—Es algo entre nosotros.

Qin Yuhe no conocía los pensamientos de Li Xuelian, por lo que gritó sin inmutarse:

—Lo que tengas que decir, dilo enfrente de los demás. Todo el mundo conoce muy bien nuestro asunto, así que ya no hay necesidad de secretos.

Li Xuelian pensó y dijo:

—Bueno, hablaré frente a todos.

—Sí, pues, dilo ya.

—Si prefieres que hablemos frente a la gente, entonces, te pido que frente a la gente digas la verdad. ¿Nuestro divorcio fue o no de mentiras?

Al ver que se trataba de lo mismo, Qin Yuhe estalló. Él no conocía las intenciones de Li Xuelian, no sabía que ella había venido solamente para escuchar una palabra. Por el contrario, pensó que venía para hablar de lo mismo, para seguirlo atosigando.

—De verdad o de mentiras… ¿qué no fuiste a la Corte? ¿Qué te dijeron allí?

—Fallaron en mi contra, pero ahora ya no me interesan ni la Corte ni los demás. Lo único que quiero es que tú me digas si la Corte tuvo o no razón. Entonces, ¿nuestro divorcio fue de verdad o de mentiras?

Qin Yuhe, convencido de que ella venía con la espada desenvainada, dispuesta a seguir con el pleito, pensó que su respuesta tal vez tendría consecuencias. ¿Y qué tal si ella cargaba una grabadora? Con mirada opaca, contestó:

—No voy a discutir contigo. La Corte ya emitió su veredicto. Si estás inconforme, ve a apelar.

Li Xuelian lloró:

—Qin Yuhe, ¿dónde quedó tu conciencia? Me miras de frente y mientes. ¿Por qué no eres hombre de palabra? Nos pusimos de acuerdo para divorciarnos provisionalmente. ¿Por qué ni siquiera me previniste cuando cambiaste de opinión? Y, además de dejarme, te has puesto de acuerdo con todo el mundo para hacerme daño. Claramente fue de mentiras, ¿por qué ni siquiera puedes reconocerlo como hombre que eres?

Al verla llorar, él se enfureció aún más.

—¿Qué te he hecho daño? ¿Yo? ¿Acaso crees que desde la Corte, pasando por todos los niveles de gobierno, se han puesto de acuerdo para hacerte daño? Li Xuelian, te aconsejo que dejes ahí las cosas; si sigues buscando problemas, de una cosa saldrá otra. Digamos que yo fui injusto contigo, pero ¿acaso el juez, el miembro especial, el presidente del Tribunal, el presidente del condado e, incluso, el alcalde han sido injustos contigo? Si dejas las cosas allí, no pasará a mayores. Te encerraron por unos días y ya, pero si insistes, es muy

probable que te encarcelen —y añadió—: Ahora me presionas a mí, pero ¿crees que vas a salir bien librada si sigues retando a los funcionarios?

Li Xuelian, en lugar de la palabra que quería escuchar de Qin Yuhe, oyó todo un discurso que la enardeció. Qin Yuhe ya no era el mismo de antes, había cambiado mucho. Cuando estaban juntos, ese conductor tenía carácter, sí, pero solía ser muy razonable. A veces hasta le daba por su lado. ¿Cuándo iba ella a pensar que en tan sólo un año iban a ser enemigos sin tregua? De lo contrario, él no se habría buscado a otra y no hubiera sostenido esa conversación frente a tanta gente. Lo que le daba aún más coraje era que Qin Yuhe trajera a colación a los funcionarios, como si fueran sus parientes confabulados, mientras que ella estaba sola e indefensa. Pero ¿acaso los hechos del último mes no confirmaban que el juez, el miembro especial, el presidente del Tribunal, el presidente del condado y el alcalde estaban del lado del hombre? El colmo fue que Qin Yuhe, después de decir todo eso, escupió en el piso, levantó la cabeza y le dio varios tragos a su cerveza. Li Xuelian no cargaba cuchillo, pero si lo hubiera traído, en ese mismo instante lo habría asesinado. Zhang se levantó, tratando de aconsejarla:

—Li Xuelian, estas cosas no se platican en la calle. Vete a tu casa.

Li Xuelian no se fue.

—Qin Yuhe, fuimos esposos felices por un tiempo, ¿cómo es que tu corazón se hizo tan duro? —Seguía llorando—. El pleito ya no me interesa, ni el presidente del condado ni todos los demás. Sólo quiero saber por qué durante mi embarazo te metiste con otra. ¿Acaso no tienes conciencia?

Qin Yuhe, al oír “te metiste con otra”, se encolerizó, levantó la cabeza, le dio más tragos a su cerveza, escupió en el suelo y dijo:

—Eso no me lo preguntes a mí, pregúntatelo a ti misma.

—¿Qué quieres decir?

—En eso de meterse con otro, tú me llevas la ventaja.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando nos casamos, ¿eras virgen? En la noche de bodas me confesaste que te habías acostado con otros. ¿Eres Li Xuelian o una Pan Jinlian?

Li Xuelian sintió el golpe de un rayo. Si no se hubiera sostenido en la pared de al lado, se habría desmayado. Nunca en la vida habría podido imaginarse que Qin Yuhe fuera capaz de pronunciar esas palabras. Antes de ese día, el pleito se centraba en lo verdadero o falso del divorcio, pero nunca pensó que ahora, después de divorciada, fuera una Pan Jinlian ni que queriendo lastimar a otro, saliera profundamente herida.

Li Xuelian era una muchacha muy hermosa. Muchos jóvenes la pretendieron. Había tenido varios novios y con dos de ellos, cuando la relación parecía consolidada, tuvo relaciones. Después, las cosas no funcionaron por diferentes razones y ella se casó con Qin Yuhe. En la noche de bodas, cuando él se dio cuenta de que ella no era virgen, se lo preguntó, y ella le dijo la verdad. Hoy en día, entre las muchachas de dieciocho años, ¿cuántas son vírgenes? Al principio, Qin Yuhe estaba algo enojado, pero pronto se le pasó. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que nunca lo había olvidado. Quién diría que ocho años después sacaría a relucir ese asunto. Y además se equivocó al compararla con Pan Jinlian, quien había tenido relaciones con Ximen Qing después de casarse con Wu Zhi. Li Xuelian también las había tenido, pero antes de casarse, cuando aún no conocía a Qin Yuhe. Además, Li Xuelian, a diferencia de Pan Jinlian, no conspiró con el amante para asesinar a su propio marido; por el contrario, fue el marido quien se buscó a otra para hacerle daño a ella. Li Xuelian se dio cuenta de que Qin Yuhe había dicho eso sin pensarlo, porque estaba enojado, por desquitar su coraje e impotencia, por quitársela de encima. Pero también comprendió que el asunto no podía quedarse así, pues no estaban a solas. Qin Yuhe lo había expresado frente a muchos hombres, y como dice el proverbio: "Las cosas buenas se quedan en casa; las malas, corren como el viento". Al día siguiente, todo el condado sabría que ella era una Pan Jinlian, y dos días después se enterarían los de la capital. Debido al juicio, ella se había vuelto famosa en los alrededores.

El asunto de Pan Jinlian inmediatamente superó en importancia al divorcio. Si ella era una Pan Jinlian, independientemente del divorcio, verdadero o falso, ¿quién se atrevería a desposarla? Si ella era una Pan Jinlian, entonces Qin Yuhe estaba en lo correcto, pues tenía derecho a hacer lo que le placiera. Li Xuelian, de ser demandante, se convertía en culpable y, por eso mismo, esas palabras le dolieron muchísimo. Ella fue a la fábrica de fertilizantes para enterrar el asunto, para después buscar otro marido e iniciar un futuro mejor. En cambio ahora, con la cruz de Pan Jinlian a cuestas, ya no sería posible iniciar una nueva vida. ¡¿Quién en este mundo se casaría con una Pan Jinlian?1 Al ver que Li Xuelian estaba a punto de desmayarse, Zhang regañó a Qin Yuhe:

—Qin, estás exagerando, de una cosa te fuiste a otra —y añadió—: Bien dice el proverbio: "Si pegas, evita la cara; si insultas, no saques a relucir los trapos sucios". —Y volteó a aconsejar a Li Xuelian—: Entre más hablan, más complican las cosas. Vete a tu casa.

Li Xuelian se secó los mocos y se fue. No porque le hiciera caso a Zhang, sino porque una nueva idea brilló en su cabeza. Si no podía iniciar un futuro mejor, entonces se dedicaría a enderezar el pasado.

Inicialmente sólo quería demostrar que su divorcio no era verdadero, pero ahora también tenía que demostrar que no era una Pan Jinlian. Antes hacía todo para castigar a Qin Yuhe; ahora se trataba de limpiar su nombre. Pero la raíz de lo segundo estaba en lo primero, así que para demostrarlo, forzosamente tendría que demostrar que su divorcio era falso. Dos cosas sin ninguna relación de pronto se entrelazaron sin remedio, y todo por unas cuantas palabras. El dicho citado por Zhang la enfureció. Por lo visto, ya todos pensaban que ella era una Pan Jinlian. Aunque su intención había sido dejar el pleito y acabar con aquel sufrimiento, ahora no le quedaba más que continuar. Pero ¿dónde entablaría la demanda? Ya había agotado todas las instancias, desde el condado hasta la capital; en todos lados exigió justicia y en todos la condenaron. Eso no había servido de nada, así que demandar de nuevo tampoco rendiría fruto alguno e, incluso, podrían encarcelarla. De pronto, tomó una decisión: ir directamente a Pekín a demandar justicia. Si ese asunto no se aclaraba, ella no podría vivir en paz. En este lugar todos eran unos inútiles; Pekín, en cambio, era la capital del país, ¡seguramente allí podría encontrar gente inteligente! Mientras que aquí, desde el juez hasta el alcalde, pasando por el miembro especial, el presidente del Tribunal y el del condado, habían tomado lo falso por verdadero. Allá en Pekín, habría quienes tomarían la verdad como verdad y la mentira como mentira.

—Verdad o mentira, ya no importa; lo principal es que soy Li Xuelian y no una Pan Jinlian. O no soy Li Xuelian, sino una mártir como Dou E.

12

Li Xuelian escogió mal tiempo para ir a Pekín. Ella y Pekín no se conocían. Cuando fue a la capital para continuar con su demanda, justo se llevaba a cabo la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional Popular de China. De nuevo, dos cosas sin ninguna relación se trenzaron debido a la coincidencia de tiempos. Durante los días de la reunión en Pekín se restringe la entrada de personas “inadecuadas” a la capital. En ningún lugar se especifica quiénes son las “personas inadecuadas”, pero por lo general se incluye a todas aquellas sin oficio ni beneficio para la reunión: los andrajosos, los limosneros, los ladrones, las prostitutas y, por supuesto, los que llegaban a quejarse o a demandar justicia desaparecían de las calles de Pekín como por arte de magia.

Li Xuelian llegó en autobús. Hubiera querido viajar en tren, pero el boleto costaba quince yuanes más. Así, viajó un día entero y la mitad

de la noche. Li Xuelian se enteró de la reunión de la Gran Asamblea Nacional Popular cuando el autobús se detuvo enfrente de la caseta de cobro, en las afueras de Pekín, y fue porque vio decenas de patrullas con la sirena encendida revisando cada uno de los vehículos que pretendían entrar en la capital. A la orilla estaban estacionados un sinnúmero de autobuses foráneos, camiones de carga, camionetas y autos pequeños. Su autobús también se detuvo. Como había tantos vehículos, era necesario esperar turno. Después de dos horas, finalmente, dos policías subieron al autobús. Revisaban los documentos de identidad, equipaje y, de paso, preguntaban las razones del viaje, las cuales eran muy variadas. Unos iban por trabajo; otros, por negocio; a visitar a sus parientes; a una cita en el hospital, y un hombre en busca de su hijo extraviado… Unos pasaron la prueba y otros tuvieron que descender del autobús. Los que bajaron lo hicieron en silencio total. Li Xuelian observó con cuidado, pero no logró descubrir cuáles eran los criterios para pasar o ser rechazado. Finalmente, un policía la abordó. Primero examinó sus papeles de identidad.

—¿A qué vas a Pekín?

Responder que iba por trabajo, negocios o en busca de su hijo era poco creíble, pero tampoco podía señalar que iba a demandar justicia, por lo que, imitando a un pasajero de enfrente, dijo:

—Voy al hospital. —Mientras contestaba, se recargó en la ventana para aparentar que se sentía mal.

—¿Qué enfermedad tienes?

—Prolapso uterino.

Al policía le temblaron los cachetes:

—¿A qué hospital vas?

Li Xuelian enmudeció. Ella nunca había ido a Pekín, mucho menos a un hospital, por lo que no sabía sus nombres. Y por no quedarse callada contestó:

—Al hospital de Pekín.

Li Xuelian respondió al azar. El policía la miró y siguió preguntando. Ella se relajó al saber que en Pekín sí había un hospital con ese nombre.

—¿Y tu expediente médico? —le preguntó el policía.

—Expediente, ¿qué expediente? —dijo preocupada. El policía, algo impaciente, respondió:

—Si vas al hospital, debes de tener un expediente médico. Li Xuelian se iluminó.

—Ésta es mi tercera cita, el expediente está en el hospital. El policía dejó de insistir en el expediente.

—¿Y tu pase?

—¿Qué pase?

El policía de nuevo se impacientó:

—¿Cómo es que no entiendes nada? En Pekín se celebra la reunión anual de la Asamblea Nacional. Los que viajan a la capital deben tener un documento expedido por las autoridades de sus condados, de lo contrario, ¿cómo puedo tener la certeza de que irás al hospital?

Li Xuelian tenía la cabeza revuelta, no sabía que para ir a la capital en esas fechas se necesitaba un documento firmado por el gobierno del condado. Y aunque lo hubiera sabido, nadie en su condado le habría firmado un documento así, por lo que dijo:

—Se me olvidó la reunión de la Asamblea.

El policía, finalmente, le encontró un hueco y señaló:

—Sin permiso no puedes entrar en la capital.

—¿Y si por eso mi enfermedad empeora?

—La reunión de la Asamblea dura quince días. Regresa en quince días. Ahora, bájate del autobús.

Terca, Li Xuelian no se movió.

—No bajaré.

—¿Cómo es que todos bajan y tú no?

—Tengo el útero caído, no puedo posponer mi tratamiento. Al policía le temblaron los cachetes de nuevo.

—Son dos cosas muy distintas. Deja de molestar y regresa en quince días.

Li Xuelian se levantó de su asiento.

—Bueno, bajaré, pero será tu responsabilidad.

—¿Qué responsabilidad?

—No tengo ganas de ir a Pekín; ya gasté todo mi dinero y mi enfermedad sigue igual. Ya no tengo ganas de vivir. Si me bajas, no esperaré quince días: buscaré el primer árbol para colgarme.

El policía estaba petrificado. Li Xuelian, mirando su placa, le dijo:

—Memoricé tu placa. Escribiré en mi obituario que tú me llevaste al suicidio.

El policía, incrédulo, tardó un rato en cerrar la boca, escupió por la ventana y, entre dientes, vociferó:

—¡Ah, qué viejas, qué difíciles son! —y, meneando la cabeza, añadió—: Aprovechados, todos son unos aprovechados. —Frunció el entrecejo, se apartó y fue a cuestionar al pasajero siguiente.

En la oscuridad, Li Xuelian suspiró largamente mientras miraba por la ventana.

En su primera visita a Pekín, Li Xuelian estaba muy confundida. Primero, sintió que la ciudad era muy grande, mucho más que su aldea, su poblado, su condado, e incluso la ciudad de su provincia. Caminas y ves edificios por todos lados, caminas más y ves más rascacielos, caminas otro poco y ves puentes y distribuidores viales, más adelante, otros puentes y otras avenidas. Luego se desorientó. En la primaria había estudiado que la plaza de Tiananmén se ubicaba al norte de la avenida Chang'an, pero cuando el autobús dobló en Tiananmén, se dio cuenta de que la plaza estaba al sur de la avenida Chang'an. Usó las referencias de su aldea para ubicar las direcciones, pero no lo logró y decidió que en Pekín el sur estaba en el norte, y el este, en el oeste. Ella había ido a la capital a demandar justicia, pero no sabía ni dónde ni cómo ni con quién hacerlo. Afortunadamente, en Pekín se celebraba la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional Popular, seguramente en el Palacio de la Asamblea, ubicado en el costado oeste de Tiananmén. Claro que, para Li Xuelian, estaba en el costado este. En la reunión de la Asamblea participaba gente real, y no se trataba de cualquier gente. Entonces pensó que la reunión de la Asamblea era una excelente oportunidad para sentarse en la plaza de Tiananmén y protestar. Probablemente, así atraería la atención de gente importante.

Para quedarse en Pekín tenía que encontrar un refugio. De pronto recordó a un compañero de la secundaria llamado Zhao Jingli, cuyo nombre significa "el piadoso", y durante seis años se había sentado en un pupitre detrás de ella. Zhao Jingli tenía una enorme cabeza en forma de calabaza. En el salón, nadie lo llamaba por su nombre, sino que le decían Zhao el Cabezón. Con el tiempo, todos, incluso él, estaban tan acostumbrados a ese apodo, que cuando alguien lo llamaba Zhao Jingli, él no respondía. Durante la secundaria no hablaban, pero en primero de preparatoria, Li Xuelian se dio cuenta del interés que Zhao el Cabezón mostraba en ella. Él era huérfano de madre y su padre era el sastre de la aldea; pedaleando la máquina de coser, le daba de comer a su hijo y a sus tres hermanos menores. En su casa no había dinero, pero él, cada dos o tres días, le regalaba a Li Xuelian un caramelo de leche de la marca Conejo Blanco; se lo dejaba a escondidas en su pupitre. Nadie sabía de dónde venía el dinero. Después de regalarle caramelos por más de dos años, él aún no se manifestaba. Una noche, mientras estudiaba, poco antes de graduarse de la preparatoria, Li Xuelian salió del salón para ir al baño. De regreso, Zhao el Cabezón estaba esperándola en la puerta del salón. Al ver que estaban solos, le dijo:

—Li Xuelian, quiero decirte algo.

—¿Qué cosa?

—Hay que buscar otro lugar.

—Vamos.

Y la llevó al campo detrás de la escuela. En la oscuridad de la noche, Li Xuelian preguntó:

—¿Qué me quieres decir?

Zhao el Cabezón, sin contestar, la abrazó e intentó besarla. Como no hubo ningún preámbulo, Li Xuelian, quien no estaba preparada, lo empujó sin querer. Los pies de Zhao se enredaron y cayó al suelo. Si hubiera sido otro, se habría levantado, la habría abrazado y forcejado para besarla. Aunque ella hubiera opuesto resistencia o amenazado con gritar y patalear, el hombre insistiría y el asunto habría tenido un final feliz; sin embargo, Zhao el Cabezón se levantó, miró a Li Xuelian y le dijo.

—Pensé que ya nos entendíamos —y agregó—: No se lo digas a nadie.

Se dio la vuelta y corrió. Li Xuelian rió enfadada, no porque la hubiera estrujado un poco e intentado a besarla, sino porque corrió. Al día siguiente, Zhao el Cabezón, rojo como jitomate, agachó la cabeza sin atreverse a mirarla. Ella se dio cuenta entonces de que él era un hombre decente, pero se hizo la orgullosa y lo ignoró. Luego, ambos se graduaron y ninguno de los dos logró entrar en la universidad. Li Xuelian regresó a su pueblo y Zhao el Cabezón se fue a trabajar de aprendiz de cocinero, al lado de su tío, en un restaurante de la capital provincial. Después transfirieron al tío a una sucursal del restaurante en Pekín, por lo que Zhao también se fue a trabajar a la capital del país. En unos años, el tío se jubiló y regresó a su pueblo natal, pero el sobrino se quedó. Ella no conocía a nadie en todo Pekín, excepto a él. Pensó en buscarlo, y entonces recordó que después de aceptar durante dos años los caramelos Conejo Blanco, el día que él intentó declarársele, ella lo empujó. De seguro él recordaría aquel desagradable incidente. Como no tenía adónde ir, decidió buscarlo. Dependiendo de su actitud a la hora de verla, ella se quedaría o se iría a la estación del tren de la ciudad. Nunca antes había estado ahí, pero sabía que en todas las estaciones de tren del mundo hay gente durmiendo.

Aunque sabía que Zhao trabajaba en la sucursal del restaurante de su provincia, no tenía idea de dónde estaba ubicada. Preguntó y tomó más de ocho rutas de transporte público. Varias veces se equivocó de ruta, pero después de un día recorriendo la ciudad encontró el edificio donde Zhao trabajaba como cocinero. Había llegado a Pekín en la madrugada y lo encontró cuando empezaba a caer la noche. Era un edificio de más de treinta pisos. Tan pronto lo vio, supo que no la dejarían entrar. Enfrente había un patio con un arco. Desde el arco,

todo el edificio estaba acordonado y había cinco o seis policías que cuidaban la entrada. En esas fechas, allí se hospedaban los cien delegados de la provincia que eran miembros de la Asamblea Nacional. Cuando se acercó, los policías pensaron que se trataba de una huésped, pero al ver su ropa, se dieron cuenta de que jamás podría costear su hospedaje. A pesar de ello, un vigilante le dijo con amabilidad:

—Busca alojamiento en otro lado. Aquí se hospedan los delegados de la Asamblea.

Li Xuelian se topó de nuevo con la Gran Asamblea Nacional. Sin inmutarse, miró hacia dentro del edificio.

—No vengo a hospedarme, busco a un pariente.

—¿Tu pariente vino a la Asamblea? —preguntó sorprendido otro vigilante.

—No, es el cocinero de este lugar. Se llama Zhao Jingli.

—Conozco a todos los cocineros y ninguno se llama así —dijo otro vigilante después de pensarlo un poco.

Li Xuelian, de pronto, se petrificó.

—Pero si todos en la provincia saben que trabaja aquí —y añadió—: No es posible que no esté, he recorrido más de mil kilómetros para verlo.

Otro vigilante, al verla preocupada, trató de ayudarla.

—Conocemos a todos los de la cocina y no hay nadie que se llame Zhao Jingli.

—Por cierto, le dicen Zhao el Cabezón —recordó de pronto Li Xuelian.

—Ja, ja, es Zhao el Cabezón —se rieron todos los vigilantes al oír el nombre.

—¿Cómo no lo dijiste antes? Espérame, iré a buscarlo —dijo uno de los hombres.

A los cinco minutos, salió Zhao el Cabezón, vestido de uniforme blanco y con un enorme gorro también blanco en la cabeza. Su cara no había cambiado, sólo estaba más gordo. Antes era un palo con una enorme cabeza encima, ahora estaba tan gordo que su cabeza, debajo de aquel gorro de cocinero, se veía pequeña. Caminando por la calle, Li Xuelian jamás lo habría reconocido. En cambio, él, al verla, primero se sorprendió, pero cuando la reconoció, aplaudió de alegría.

—¡Guau!, ¿cómo llegaste aquí?

Al ver su enorme sonrisa, ella se tranquilizó, pues significaba que no le guardaba rencor.

—Fui al noreste a visitar a mi tía y de regreso vine a Pekín para verte.

—Ven, entra, te serviré agua. —Él se apresuró a tomar sus bolsas.

No pensó que uno de los vigilantes los detendría.

—Cabezón, platiquen aquí afuera. Sabes bien que durante la reunión no pueden entrar extraños en el edificio.

Ambos se sorprendieron, pero Li Xuelian nunca se imaginó que Zhao el Cabezón empujaría al vigilante.

—Cállate, tonto, ésta es mi hermana, ¿cómo puedes llamarla extraña?

—Son las reglas —dijo el vigilante.

—El perro de la puerta asusta con una espada de pluma de gallo —dijo Zhao, y luego remató escupiendo al piso—. ¿Todos los de adentro son tus parientes? ¿Tu padre acaba de dar a luz y no sale por miedo al aire?

El vigilante, rojo de vergüenza, contestó:

—Cabezón, no tienes por qué insultarme.

—No te insulto por molestar a mi hermana, sino porque eres un malagradecido. A diario, en la cocina, ¿cuántas veces no te has aprovechado de mí? Ayer mismo te serví una costilla especial. Mereces que te pegue, cabrón —dijo Zhao a punto de golpearlo.

—Permite que lo consulte con mis superiores.

Protegiéndose la cabeza, el vigilante se escondió detrás de los leones, guardianes de la puerta. Todos se rieron y ella se dio cuenta de que Zhao ya no era aquel niño tímido de la secundaria: había cambiado. El cocinero y la mujer cruzaron el cordón de seguridad, pero no entraron en el edificio. Siguiendo un pequeño camino, llegaron a una construcción de dos pisos, ubicada detrás del edificio principal, con una placa que decía “cocina”. Entraron hasta el almacén, donde había una cama. Ella se dio cuenta de que era el cuarto de Zhao.

—Los jefes me tienen confianza. Aquí vivo y, de paso, cuido el almacén.

Le ayudó a lavarse las manos y la cara, y luego le sirvió agua. Fue a la cocina y, en menos de un cuarto de hora, regresó con un tazón de tallarines hirviendo. Cuando ella terminó de comer y beber, ya eran las nueve y media de la noche.

—¿A qué veniste a Pekín? —preguntó Zhao.

—Te lo acabo de decir: fui a visitar a mi tía y de regreso hice una parada aquí para pasear un poco. Nunca había venido. —No pudo decirle la verdad.

—Qué bien, qué bien —decía Zhao frotándose las manos—. Hoy te quedarás aquí.

—¿Y tú, dónde dormirás?

—Conozco bien este lugar. No te preocupes, me sobran lugares donde dormir. Lávate y duerme. Debo hacer la merienda de los

delegados.

Al otro día, muy temprano, alguien tocó a la puerta. Ella se vistió y abrió. Era Zhao, que, agitado, le decía:

—¡Rápido, rápido!

Ella pensó que los superiores la habían descubierto y que venía a correrla.

—¿Qué pasa?

—¿No dijiste que querías pasear? Pedí el día libre y te voy a llevar a la Gran Muralla. Vayamos pronto a Qianmen para tomar el autobús.

Ella se tranquilizó, pero la calma duró poco porque se angustió debido a que no había venido a eso. Al verlo tan entusiasmado, primero, por no decepcionarlo y, segundo, por no decirle que venía a entablar un juicio, se cepilló rápidamente los dientes, se lavó la cara y se fue con él a Qianmen a tomar el autobús. Finalmente, su demanda no iba a durar un día y la reunión de la Asamblea tardaría más de dos semanas.

Fueron a la muralla en un autobús turístico. Li Xuelian, por tener tantas cosas en el corazón, no se divirtió mucho; en cambio, Zhao el Cabezón, sí. Al día siguiente la llevó a la Ciudad Prohibida y al templo del Cielo. Al lado del templo había un salón de belleza, y Li Xuelian aprovechó para hacerse un permanente. Zhao el Cabezón la miró y suspiró.

—Mucho mejor, ya pareces de Pekín. Muchas veces lo corriente de la persona está en el peinado. —Luego se rió.

Ella se miró en el espejo y sonrió algo avergonzada. Después del permanente, Zhao la invitó a comer una olla mongola estilo Pekín. Mientras Li Xuelian comía, muy conmovida, le dijo a Zhao, sentado al otro lado de la olla humeante:

—Cabezón, estos dos días te hice perder mucho tiempo y dinero, me da mucha vergüenza.

—¿De qué se trata? ¿Me tomas por un desconocido? —le respondió algo molesto.

—Claro que no te tomo por un desconocido. Pero la verdad es que me da pena.

—Y eso no es todo —golpeó contento en la mesa—, mañana iremos al Palacio de Verano. Remaremos allá.

Esa noche, en la cama de Zhao, Li Xuelian no pudo conciliar el sueño. Las dos primeras noches había dormido muy bien, pero ahora tenía insomnio. Los cambios ocurridos del año anterior a la fecha y los acontecimientos del último mes le picaban el corazón. Jamás se imaginó que un juicio fuera algo tan complicado, que fuera tan difícil reconocer algo verdadero o aceptar que su divorcio había sido una mentira desde un principio. Jamás pensó que de una palabra saldrían

dos y que a ella la llamarían Pan Jinlian, y menos aún que por ello vendría a Pekín, sin saber cómo ni dónde, a entablar un juicio para aclarar las cosas. Sólo sabía que iría a la plaza de Tiananmén a sentarse y protestar, pero no imaginaba adónde la llevaría todo eso. Su antiguo compañero del colegio era muy bueno, pero con él no podía platicar de esas cosas. Suspiró y recordó a su hija. Hacía más de tres meses que la había dejado encargada con su amiga Meng Lanzhi y, a la fecha, no sabía nada de ella. Desde que la niña nació, ocupada en castigar a Qin Yuhe, en demandar aquí y allá, ni siguiera le había puesto nombre. Luego pensó que su viaje a Pekín no era para pasear y se sintió culpable por haber perdido varios días paseando con Zhao. Aunque ella no sabía nada de demandas, sí sabía que eso era como cualquier otro asunto: mejor hacerlo antes que después. Mientras pensaba en todo esto, oyó que alguien intentaba abrir la puerta. Se encogió al ver cómo se abría la puerta y una sombra entraba. Se dio cuenta de que era Zhao el Cabezón, que quizá venía a cobrarle la factura de los paseos. Cerró los ojos y sintió cómo Zhao se aproximaba a la cama. Él se quedó viéndola a la cara por más de cinco minutos, cuando, de pronto, ella abrió los ojos.

—Cabezón, no me mires. Haz lo que tengas que hacer.

En la oscuridad, la voz de Li Xuelian espantó a Zhao. Ella encendió la luz y lo vio parado frente a ella. Sólo traía puestos unos calzones y una playera sin mangas que no lograba cubrir su enorme barriga. Sus palabras: "haz lo que tengas que hacer" lo confundieron. Tal vez por ello, su pene se congeló en posición de firme. Rojo de vergüenza, se tapó con las manos:

—Mira lo que dices, ¿por quién me tomas? —Y, avergonzado, fingió que iba a buscar algo—. Vine a buscar levadura. Amasamos de noche y para las frituras de harina que hacemos por la mañana. No te miento; lo que más le gusta a nuestro gobernador son mis frituras.

Li Xuelian se puso ropa y se sentó.

—Te dije que lo hicieras, luego no vayas a arrepentirte —señaló, pero Zhao el Cabezón la escuchaba parado frente a ella—. No digas después que me paseaste en vano.

Entonces, desesperado, él se puso a explicar rápidamente.

—Li Xuelian, no digas eso, ¿cómo que en vano? ¿Qué no fuimos compañeros de la escuela por seis años?

Ella aprovechó la visita embarazosa de Zhao para decirle:

—Cabezón, mañana no quiero ir al Palacio de Verano.

—¿Y adónde irás?

Como le dio vergüenza confesarle que planeaba sentarse en la plaza de Tiananmén para demandar justicia, le dijo:

—Iré a las tiendas, quiero comprarles ropa a mis hijos.

—Vaya, faltaba más, iré contigo de compras —comentó Zhao.

—No quiero interrumpir tu trabajo.

—Ya te dije que pedí días libres. Mientras tú estés en Pekín, yo te acompañaré a todos lados.

Li Xuelian se quitó de nuevo la ropa y dijo:

—Mira, Cabezón, no gastes tu saliva. Haz de una vez lo que quieras conmigo, aún hay tiempo.

—Fíjate en lo que dices. —No se movió, prendió un cigarrillo y continuó hablando—: Aunque quiera hacerlo, prefiero darte más tiempo.

Al oírlo decir eso, ella sonrió. Después de más de diez años, Zhao el Cabezón aún era aquel noble muchacho de antaño.

—Cabezón, mañana quiero salir sola. Déjame salir sola. Como dice la gente, dame un poco de espacio.

Al verla tan decidida, él sonrió y dejó de insistir.

—Si quieres salir sola, vete sola. En realidad, el jefe de cocineros ya está un poco molesto conmigo.

Li Xuelian sonrió, acarició la cabeza de Zhao y le dio un beso en la mejilla.

Al día siguiente, se puso ropa nueva, dejó el cuarto del Cabezón y salió del edificio, lista para ir a sentarse en Tiananmén. Para la ocasión uso una vestimenta nueva, una ropa digna de la plaza. Si la veían andrajosa, los policías quizá la detendrían mucho antes de llegar. Un mes atrás, cuando decidió entablar el juicio, se compró ropa nueva y no la había estrenado porque no había encontrado la ocasión propicia. Pekín se la proporcionó, pero justamente al salir del edificio y tratar de cruzar la fuente decorativa, un hombre la detuvo:

—¿Adónde vas?

Li Xuelian se sobresaltó. El hombre, de mediana edad, gordo, vestido de traje y corbata, traía en el brazo una cinta roja que decía “personal autorizado”. Ella primero pensó que él había descubierto su estancia ilegal en el edificio, pero como le preguntó adónde iba y no dónde se quedaba, se tranquilizó. Claro que no podía decirle que iba a sentarse en Tiananmén, así que respondió lo primero que le vino a la mente:

—Voy de paseo.

El policía, enojado, le dijo:

—Olvídate del paseo, ponte a cargar las cosas.

—¿Qué cosas? —preguntó Li Xuelian, muy confundida.

El hombre le señaló unos paquetes que se encontraban en la escalera de la fuente, luego apuntó hacia la entrada del edificio y le ordenó:

—Lleva rápidamente estos documentos al autobús. ¿No sabes que

hoy leerán el informe de gobierno? —y agregó—: Hazlo rápido, los delegados están a punto de partir para la reunión.

Li Xuelian se dio cuenta entonces de que siete u ocho autobuses grandes esperaban en la puerta del edificio. Los vehículos, llenos de gente riendo y charlando, estaban a punto de partir. El vigilante, al verla salir del edificio con ropa limpia y peinado moderno, pensó que era empleada interna. Li Xuelian entendió la confusión, pero no se atrevió a desobedecerlo por miedo a ser descubierta, además, nadie se muere por cargar unos cuantos bultos. Aunque cuando Li Xuelian se dispuso a hacerlo, supo cuán pesados eran. Subió los paquetes en el último autobús y oyó a alguien que le gritaba.

—¡Llévalos al fondo!

Li Xuelian miró a los pasajeros y, por las insignias que traían, se dio cuenta de que eran delegados de su provincia. Los miró, pero ellos ni siquiera notaron su presencia. Los asientos traseros del autobús estaban vacíos. Justamente cuando acomodó los paquetes en una hilera de asientos, la puerta se cerró y el autobús partió. El conductor también la había tomado por una del grupo; los pasajeros, entre pláticas y risas, tampoco le prestaron atención, pensando que era una empleada de la Asamblea. Ella, espantada, quería gritar "¡Paren el autobús!", pero de inmediato recordó que el Palacio de la Gran Asamblea Popular estaba en el costado oeste de la plaza de Tiananmén, costado este para ella, y que se ahorraría el dinero del pasaje. Una vez en su destino, los pasajeros se irían a su reunión, ella se sentaría en la plaza y cada quien haría lo suyo. Se sentó.

Era la hora de entrar a trabajar y las calles estaban repletas de carros y gente. Pero la caravana de autobuses volaba, puesto que una patrulla le abría el camino y todos los semáforos estaban en verde. Los demás carros y personas estaban detenidos. La caravana llegó a la plaza en quince minutos. Llegando a Tiananmén, Li Xuelian se dio cuenta de la majestuosidad de la reunión de la Gran Asamblea Nacional Popular. No era una sola caravana, sino más de treinta, provenientes de todas las provincias, ciudades y regiones autónomas, que llegaban a la plaza desde diferentes direcciones. Decenas de policías las dirigían con gran pericia. En breve, cientos de autobuses se estacionaron a las puertas del palacio y miles de delegados, con portafolios y bolsas de mano, bajaron y subieron por las escaleras del palacio entre risas y pláticas. Li Xuelian los miraba paralizada. Cuando descendieron todos los delegados con los paquetes de documentos, ella miraba estupefacta hacia los cuatro lados. El conductor, quien aún pensaba que ella era una de las delegadas, le preguntó:

—¿Y tú, por qué no entras?

De pronto, el cerebro de Li Xuelian se iluminó: si pudiera entrar junto con los delegados al Palacio de la Asamblea, sería muy fácil

llevar a cabo su plan de presentar su demanda. Ese día leerían el reporte de trabajo del gobierno central, por lo que, con seguridad, los grandes dirigentes de China estarían presentes. Exponer personalmente sus quejas frente a ellos era mucho mejor que sentarse sola en la plaza de Tiananmén. Y, entonces, sin pensarlo más, bajó del autobús y se mezcló con la gente que entraba al palacio. Como venía en un autobús oficial que ya había pasado todas las revisiones, nadie la detuvo. Exitosamente, subió las escaleras. Estaba a punto de entrar en el Palacio de la Asamblea por la puerta grande, cuando vio que aún había un retén de revisión. En aquel entonces, las revisiones eran manuales: los empleados de la Asamblea pasaban por el cuerpo de los delegados un escáner en forma de paleta para detectar metales. Revisar en poco tiempo a miles de delegados no era fácil, por lo que los empleados sólo pasaban la paleta sin fijarse en sus caras. Mezclada entre la multitud, Li Xuelian pasó la revisión, pero en la puerta la detuvo un policía de mediana edad, vestido de civil, quien amablemente le dijo, señalando su pecho:

—Delegada, buenos días. Por favor, póngase su gafete oficial.

Evidentemente, este policía también la había tomado por delegada. Desde que Li Xuelian entró en el palacio, la elegancia y solemnidad del ambiente la aturdieron por completo. Debido a la reunión, todos los espacios estaban adornados con exuberantes arreglos de flores frescas. Nunca en su vida había visto tanto esplendor. Por su emoción, al ser detenida por el policía, se puso muy nerviosa:

—¡Ah!, mi gafete, lo olvidé al salir.

Aquel hombre, todavía con gran amabilidad, le dijo:

—No se preocupe. Disculpe, ¿en qué grupo viene?

Li Xuelian rápidamente dijo el nombre de su provincia, a lo que él hombre preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

Pero ya no supo contestar. Ella sabía cómo se llamaba, pero su nombre no le permitiría entrar. En cuanto al nombre de algún delegado, no sabía ninguno, así que se paralizó por completo. El policía insistió:

—Disculpe, ¿cómo se llama?

—Me llamo Li Xuelian —respondió sin más remedio.

Como estaba nerviosa, titubeó al decir su nombre. El policía sonrió.

—Bueno, delegada Li Xuelian, acompáñeme, por favor, para confirmar su identidad. —y agregó—: Es sólo para garantizar la seguridad de la reunión.

Caminaron por un pasillo situado en el ala izquierda del palacio. Mientras avanzaban, el hombre decía algo en su radio portátil.

Giraron en una esquina y siguieron andando por otro largo pasillo donde no había nadie. Entonces, Li Xuelian se dio cuenta de que varios policías jóvenes, vestidos de civil, la acorralaban desde los cuatro lados. Al verse descubierta, Li Xuelian sacó de su bolsillo el papel y, gritando, se lo pegó en la frente: "Agraviada por la injusticia".

Sin haber terminado la frase, varios policías jóvenes la tumbaron al suelo, como tigres salvajes. La aplastaron, le taparon la boca y sujetaron sus piernas y manos, sin permitirle siquiera respirar. La escena duró unos cuantos segundos. Los delegados, entre pláticas y risas, pasaban sin mirar. A las nueve en punto sonó el reloj y, juntó con él, un estruendoso aplauso. Los dirigentes comenzaron a leer el informe anual.

14

La agenda de ese día consistía en leer el informe por la mañana y discutirlo, en grupos, por la tarde. A los delegados de la provincia de Li Xuelian, para la discusión de la tarde, les fue asignado un salón. Por lo general, después de escuchar el informe, los delegados regresaban a su lugar de origen para discutirlo. Pero como en las discusiones de los delegados provinciales a veces participaba algún alto dirigente del gobierno central, quien a su vez tenía que atender las discusiones de varias provincias, asignaban varios salones en el palacio para evitar que los dirigentes se trasladaran. Ese día, un alto dirigente presidiría la discusión de los delegados que venían de la provincia de Li Xuelian.

La presencia de los altos dirigentes en las discusiones cambiaba por completo el ritmo de éstas. Si el dirigente participaba, la discusión aparecía en el noticiero de la noche. Pero ésa no era la única diferencia: el proceso también variaba. Si el dirigente presenciaba la discusión, primero hablaban los delegados y al final él ofrecía un resumen iluminador. Para la reunión, los delegados de la provincia prepararon todo a la perfección. Eligieron unos diez ponentes que encarnaban los diferentes estratos de la sociedad: un alcalde, un jefe de aldea, un empleado de ferrocarril, un empresario, un profesor universitario… todos los sectores de la sociedad estaban representados. Los discursos de los representantes pasaron por múltiples correcciones y los tiempos de exposición estaban limitados a diez minutos. La reunión estaba programada para las dos de la tarde. A la una y media, los delegados ya habían ocupado sus asientos. Los que representaban a algunas minorías vestían sus trajes regionales. En un principio, todos rieron y charlaron. A la una cincuenta, el silencio se apoderó del salón: el dirigente estaba por llegar; sin embargo,

dieron las dos y aún no aparecía. Por lo general, los dirigentes nunca llegan tarde, pero, debido a diversas circunstancias, de vez en cuando lo hacen. Dieron las dos y media y el dirigente seguía sin llegar. Los delegados se inquietaron. El gobernador Chu Qinglian, cuyo nombre significa "el limpio", dando golpecitos en una taza de té, pidió paciencia. A las dos con cuarenta y cinco se abrió la puerta. Todos estaban listos en pose de aplauso para recibir al dirigente, pero quien entró fue un empleado de la Asamblea. Caminó a grandes pasos hacía Chu Qinglian y le susurró algo en el oído. El gobernador esperó a que el empleado saliera y, aturdido, dijo:

—El dirigente está ocupado. No nos acompañará, así que podemos comenzar la discusión.

Los delegados se inquietaron de nuevo. Nadie podía cambiar las decisiones de los dirigentes, por lo que empezaron la reunión sin él. Ahora que el dirigente no estaba, no sabían cómo proceder. Como todos venían de la misma provincia, se conocían muy bien. Los discursos de los representantes elegidos contenían muchas frases elocuentes y hechos exagerados, y sonarían falsos al leérselos entre sí. El gobernador Chu Qinglian sugirió cambiar el formato y permitir que cada quien dijera lo que deseara. La atmósfera de la reunión se suavizó. De inmediato, más de diez manos solicitaron el uso de la palabra. Todos querían hablar, pero sus intervenciones eran casi iguales: todos apoyaban el informe de gobierno; todos ajustarían su trabajo a los requisitos del informe; implementarían políticas para responder a las tareas del informe y buscarían las discrepancias existentes para corregirlas. Después de seis intervenciones, se hizo una pausa. Justo cuando el gobernador se preparaba para anunciar el descanso, la puerta se abrió. Lo que sorprendió a todos fue la llegada de otro alto dirigente. Con él entraron varios camarógrafos con luces y cámaras. Como la llegada de ese dirigente no estaba planeada, los delegados, confundidos, comenzaron su estruendoso aplauso. El dirigente primero saludó y luego pidió silencio:

—Estaba acompañando a los delegados de otra provincia y decidí venir a verlos.

Nuevamente rugió un estruendoso aplauso. El dirigente, con pasos firmes, entró y se sentó en el sofá al lado del gobernador Chu Qinglian. Mientras tomaba una toalla caliente de la mano de una edecán para refrescarse la cara, dijo:

—Qinglian, sigan con su reunión, yo sólo vine a escuchar los comentarios de los compañeros —y, dirigiéndose al público, agregó—: Ya nos pusimos de acuerdo. Hoy sólo traje mis oídos, así que sólo vengo a escuchar.

Chu Qinglian sonrió, el público también. Con su llegada, ya no hubo descanso y la sesión prosiguió. Otra vez hubo necesidad de

reajustar la agenda, por lo que los oradores originales entraron en escena. Cuando la reunión reinició, el dirigente tomó un cuaderno de apuntes y se alistó para anotar las opiniones de los camaradas. Los oradores también sacaron sus apuntes. Primero leían palabras rimbombantes, alabando la dirección correcta del gobierno; seguían sus discursos por un rato y luego hablaban, fuera de lo preparado, sobre los problemas de sus regiones o empresas. El dirigente escuchaba con sumo cuidado y, asintiendo de vez en cuando, tomaba nota. Al ver el interés del dirigente, el gobernador dejó hablar a los que se alejaban del discurso preparado. Cuando los oradores concluyeron, el gobernador tomó la palabra.

—Ahora, le pedimos a nuestro dirigente que nos dé indicaciones para el trabajo futuro.

Las luces de las cámaras se encendieron en el preciso instante en que un nuevo y estruendoso aplauso invadió la sala. El dirigente sonrió.

—Qinglian, ya les dije que hoy no vengo a hablar. —Sin embargo, los aplausos arreciaron y el dirigente sonrió de nuevo—. Pero tal parece que me obligan hacerlo.

El público también rió. El dirigente se enderezó y empezó a hablar. Todos se prepararon para tomar notas. El dirigente habló sobre el informe anual de trabajo del gobierno, subrayó los logros y vicisitudes del año anterior, recalcó el plan y el programa del año siguiente, y remató diciendo que era necesario aferrarse al eje de la construcción económica, profundizar las reformas del sistema económico, promover las reformas del sistema político, mejorar la dirigencia del partido, fortalecer la democracia y las instituciones legales, fortalecer la unidad, movilizar a todas las fuerzas de la sociedad y, mediante la iniciativa y el esfuerzo conjunto, lograr la riqueza material y espiritual de la patria. Después de esto, al igual que los oradores designados, se alejó del informe de gobierno y empezó a hablar sin apuntes. Primero hizo comentarios acerca del escenario internacional, desde Norteamérica y Europa hasta Sudamérica y África. Como acababa de regresar de África de una gira de trabajo, habló mucho sobre ese continente. Luego volvió a Asia para concentrarse nuevamente en la situación interna de la economía de China, desde la ciudad hasta el campo, desde la industria hasta la agricultura, sin olvidar el sector terciario ni la ciencia y la tecnología… Aunque no tenía apuntes, seguía el hilo acostumbrado. En la sala, además de su voz, sólo se escuchaba el roce de los lápices escribiendo. Al terminar de decir todo eso, el dirigente añadió:

—Claro que la situación actual nos favorece. Ahora, hablaré sobre las insuficiencias en el trabajo.

Y, con mucha sinceridad, habló sobre este rubro. Mientras los

delegados tomaban apuntes, admiraban su objetividad. De las deficiencias pasó a las conductas de los cuadros dirigentes; se refirió a las tendencias poco saludables y llegó al tema de la corrupción. El dirigente, señalando hacia las cámaras, ordenó:

—Ahora, apáguenlas.

Las luces se apagaron.

—La corrupción y las conductas poco saludables son nuestro dolor de cabeza más grande porque provocan el mayor descontento del pueblo. Día con día, la corrupción se agrava, compañeros. El agua sostiene el barco, pero también puede voltearlo. Si no extirpamos esos dos cánceres, nuestro partido, nuestro país, tarde o temprano, perecerán.

Como el dirigente estaba serio, todos adoptaron un comportamiento serio.

—Somos el partido en el poder. El propósito fundamental de nuestro partido es, en todo momento, poner los intereses del pueblo en primer lugar. Pero entre nosotros hay varios que no piensan así, ¿verdad? La corrupción y las conductas enfermas anteponen el interés personal por encima del interés del partido y del pueblo. ¿Saben por qué algunos se meten a la política? No para ser los sirvientes del pueblo, sino para servirse del pueblo, para ser patrones, enriquecerse y buscar amantes. Todas las posturas señaladas dan asco. Les aconsejo a las personas que han elegido ese camino frenar a tiempo. Bien decía el presidente Mao: "Innumerables mártires revolucionarios, por salvaguardar los intereses del pueblo, derramaron su sangre y sacrificaron sus vidas". ¿Qué intereses personales son más importantes que eso? ¿Tengo o no razón, camaradas?

Todos contestaron a coro:

—¡Sí!

El dirigente tomó un poco de té y miró al gobernador:

—Qinglian, ¿el condado fulano pertenece a tu provincia?

Sin saber lo que vendría más adelante, el gobernador levantó la mirada, se puso nervioso y contestó con la verdad.

—Sí.

—Hoy por la mañana ocurrió algo increíble. —El dirigente dejó la taza de té en la mesa—. Una mujer vino hasta el Palacio de la Asamblea a exigir justicia. Mi secretario me dijo que era de tu provincia. Qinglian, ¿sabes algo al respecto?

Chu Qinglian sudó frío. ¡Alguien de algún condado de su provincia había venido al Palacio de la Asamblea a protestar y, además, lo hizo en medio de la reunión anual! Eso era un grave incidente político. El gobernador negó con la cabeza para darle a entender que no sabía nada sobre el asunto. El dirigente continuó:

—Yo tampoco sabía nada hasta que los guardias la confundieron con terrorista y la sometieron. Cuando le preguntaron qué la traía a Pekín, ella habló de su divorcio. Es increíble que el divorcio de una campesina haya llegado hasta la Asamblea. Un asunto tan pequeño, ¿cómo es que llegó hasta aquí? ¿Ella quiso armar un alboroto? No. El problema es que los diferentes niveles de nuestro gobierno, los diferentes funcionarios no se preocupan por los problemas de nuestro pueblo. Uno tras otro la ignoraron; uno tras otro le pusieron trabas hasta que la obligaron a llegar aquí, igual que me obligaron a mí a hablar el día de hoy. Un grano de sésamo se convirtió en una sandía; una hormiga creció hasta convertirse en un elefante. En principio, el divorcio es un asunto entre dos personas, pero ahora ella quiere demandar a siete u ocho funcionarios, desde el alcalde de la capital, pasando por el presidente del condado, el presidente del Tribunal, el juez, etcétera. A decir verdad, es la Lechuguita de nuestros tiempos. Incluso es más peculiar que la Lechuguita de la dinastía Qing, porque esta mujer también se acusa a sí misma. Admiro su valentía. Dice que por haber exigido justicia, el Ministerio Público la apresó. ¿Quién la acorraló? ¿Acaso no fue alguno de esos comunistas que se especializan en beber la sangre del pueblo, que lo humillan y someten? —cuestionó el dirigente con la cara verde de coraje golpeando la mesa. Ninguno de los presentes se atrevió a levantar la mirada. Chu Qinglian nadaba en sudor mientras el dirigente hablaba—. La injusticia para esta Lechuguita no termina allí. Otra de sus peticiones es sacudirse el apodo que le colgaron, al decirle que se parecía a Pan Jinlian. Muchos de su región, para obligarla a desistir de las demandas, para desviar la atención, para confundir los hechos, intentaron destruir su reputación argumentando que la mujer mostraba conductas desviadas. Llamarla Lechuguita ya es una carga pesada, añadirle a eso el apodo de Pan Jinlian, ¿qué mujer podría vivir con eso? Si no viene a la Asamblea, ¿adónde más podría ir? ¿Acaso debería ir a las Naciones Unidas? ¿Quién la empujó hasta aquí? ¡¿Acaso no fue algún comunista, uno de esos que se especializan en beber la sangre del pueblo, que lo humillan y someten?! —Luego le preguntó al gobernador—: Qinglian, ¿necesitamos a esa gente en el gobierno?

—No la necesitamos, para nada la necesitamos. —El gobernador, verde también, asentía con la cabeza, como gallina picando granos.

—Mi secretario se portó muy bien el día de hoy, o mejor dicho, hizo una buena obra —el dirigente enterneció la voz—. Justamente cuando los guardias la sometían, pensando que era terrorista, mi secretario pasaba por allí. Después de enterarse de los detalles, les ordenó liberarla. Ella tiene una hija de tres meses en su tierra natal. Aquí no sólo se trata de una simple campesina, sino de todo un pueblo. ¿Qué no estamos celebrando la reunión de la Gran Asamblea

Popular de China? ¿A quién representamos? ¿A quién tomamos por terrorista? ¿Quiénes son los verdaderos terroristas? No es esa mujer trabajadora, sino los funcionarios corruptos, los patrones que no atienden a su gente…

Entre más hablaba, más se enfurecía. Por fortuna, en ese instante se abrió la puerta. Un empleado, a grandes pasos, se acercó y le susurró algo al oído. El dirigente asintió, se calmó y con tono amable continuó:

—Claro, tal vez exageré un poco, tal vez no tengo razón, pero les pido que consideren mis palabras. —Luego se levantó y esbozó una gran sonrisa—. Debo recibir a una delegación extranjera. Suficiente por hoy.

Saludó agitando la mano y salió; sin embargo, el gobernador permaneció en su asiento, atontado. Los delegados intercambiaron miradas y recordaron que habían olvidado aplaudirle. Chu Qinglian también se acordó de que no hizo ningún comentario ante las palabras del dirigente, quien tuvo que salir apresuradamente a recibir a una delegación extranjera.

Esa noche, el gobernador Chu Qinglian no cerró los ojos. A las cuatro de la mañana, le llamó a su secretario de gobierno. Cuando éste entró, el gobernador caminaba dando vueltas en su habitación. El secretario sabía que siempre que el gobernador se topaba con problemas actuaba como Lin Biao;[1] sólo le faltaba un mapa militar. Habitualmente, Chu Qinglian era un hombre de pocas palabras que solía meditar mucho. Al redactar documentos o estar frente a una decisión importante, solía pasear de un lado a otro durante varias horas. Mientras caminaba, de vez en cuando decía una que otra palabra. Aquellos que no lo conocían difícilmente seguían el hilo de sus pensamientos. Pensaba un largo rato y luego expresaba algo. Nunca explicaba lo que decía: había que adivinar sus pensamientos. Cuando leía algún discurso, la gente le entendía; pero cuando hablaban a solas con él, mientras él caminaba de un lado a otro, sus palabras, como envueltas en una espesa niebla, eran incomprensibles. Por fortuna, este secretario tenía más de diez años trabajando con él, así que podía medio seguir el hilo de sus pensamientos. Chu Qinglian, por lo general, caminaba unas horas, pero ese día, anduvo desde el anochecer hasta las cuatro de la mañana. El secretario se sorprendió, pero entendió la gravedad del asunto. Después de ver entrar a su secretario, Chu Qinglian siguió caminando otros veinte minutos sin decir una sola palabra; luego se detuvo frente a la ventana y, mirando la oscuridad de la noche, le dijo:

—Qué complicada estuvo la tarde de ayer.

El secretario se dio cuenta de que hablaba de la reunión de la Asamblea. El gobernador caminó otro rato.

—Vino preparado.

El secretario intuyó que el jefe hablaba sobre el dirigente que había sacado a la luz el asunto de la mujer que irrumpió en el Palacio de la Asamblea. El gobernador caminó otro rato y luego se detuvo.

—Vino buscando pleito.

El secretario sudó frío. Tratando de adivinar los pensamientos de su jefe, se dio cuenta de que el dirigente había traído a colación el caso de la mujer a propósito. De acuerdo con la agenda, a él no le tocaba asistir a esa reunión. Era obvio que detrás de sus palabras "vine a saludar a los camaradas", había segundas intenciones. El secretario recordó que el gobernador Chu Qinglian estaba a punto de ser promovido; dejaría la gubernatura para tomar el puesto de secretario general del Partido en otra provincia. Sabía, además, que su posible promoción había suscitado discrepancias entre los superiores. Con todo eso en la mente, el secretario permaneció mudo, con la boca semiabierta. El gobernador caminó de nuevo, se detuvo en la ventana y, mirando el amanecer, dijo:

—Recomiéndale a la Asamblea de la provincia la destitución de todos los funcionarios involucrados.

Al secretario le subían y bajaban sudores fríos por la frente. Intuyó que el gobernador le ordenaba destituir a todos aquellos que no habían atendido debidamente el caso de la mujer; a todos aquellos que provocaron que ella terminara protestando en el Palacio de la Asamblea Nacional; a todos aquellos que, en boca del dirigente, permitieron que el sésamo se convirtiera en sandía y la hormiga en elefante; es decir, al alcalde, al presidente del condado, al presidente del Tribunal…, a todos.

—Gobernador Chu, ¿vale la pena destituir a tantos funcionarios por culpa de una divorciada? —tartamudeó el secretario.

Chu Qinglian caminó de nuevo hasta la ventana.

—Le pedí a mi secretario particular investigar el asunto. Aunque las cosas no sucedieron precisamente como las contó el dirigente, algo de eso ocurrió. —Se giró, caminó hasta el secretario de gobierno y, con fuego en los ojos, agregó—: Al llevar las cosas a ese nivel, ¿no crees que echaron a perder la imagen de la provincia? —y, mordiéndose los labios, añadió—: Ayer por la tarde, todo lo que dijo el dirigente era verdad. ¿Qué personas son éstas? Ellos no son comunistas dignos; no son sirvientes del pueblo: ellos chupan la sangre del pueblo; se montan en sus cabezas para humillarlos y abusar de ellos. Deben recibir su merecido. ¡Ellos son los verdaderos Pan Jinlian!

Justo a los siete días, en la provincia circuló un documento oficial:

> Cai Fubang, alcalde de la ciudad Citana, es revocado de su cargo. Esta decisión debe ser ratificada en la siguiente reunión del Comité Permanente de la Asamblea local.
>
> Shi Weimin, presidente del condado Mengano, es revocado de su cargo. Esta decisión debe ser ratificada en la siguiente reunión del Comité Permanente de la Asamblea local.
>
> Xun Zhengyi, presidente del Tribunal de la ciudad Fulana, es revocado de su cargo. Esta decisión debe ser ratificada en la siguiente reunión del Comité Permanente de la Asamblea local.
>
> Dong Xianfa, miembro especial de la Comisión Judicial Tribunal del condado Perengano, es revocado de su cargo. Esta decisión debe ser ratificada en la siguiente reunión del Comité Permanente de la Asamblea local.
>
> Se recomienda al Juzgado del condado Fulano, perteneciente al municipio Zutano, imponer castigo administrativo al juez Wang Gongdao.

Al recibir el documento, el alcalde Cai Fubang no comprendió nada, ni siquiera supo cuál era el origen de su remoción. Cuando se puso a indagar los pormenores, se enteró de que, días atrás, durante la campaña de la “ciudad civilizada”, su orden, malinterpretada por los subalternos, provocó la detención de la mujer que había permanecido sentada varios días a las puertas del gobierno municipal intentando ser escuchada. Todo el proceso, desde la mujer inconforme hasta la remoción de su cargo, era ridículo; pero él era el alcalde y conocía los misterios del poder. Además, el árbol ya se había convertido en barco: digas los que digas, no sirve de nada. ¿Cómo cambias las decisiones de arriba? Lo único que te queda es suspirar. “¿Qué son conductas poco sanas?”, se preguntó. “¡Ésta sí es la conducta más enferma!”. Y aún más: “¿Quién es la verdadera Lechuguita? ¡Yo sí soy la mayor Lechuguita del mundo!”.

Shi Weimin, presidente del condado, y Xun Zhengyi, presidente del Tribunal, también gritaron a los cuatro vientos: “¡Injusticia!”. Shi Weimin, agarrándose el estómago adolorido, maldecía: “¿Así nada más? ¿Y yo dónde puedo quejarme? ¡Mañana iré también a protestar!”.

Xun Zhengyi, el presidente del Tribunal, lloró: “Si lo hubiera sospechado, esa noche no habría bebido”. Se refería a aquella noche cuando, medio ebrio, le dijo a Li Xuelian: “¡Aprovechada, lárgate!”. De haber estado sobrio, como era su costumbre, su actitud habría sido

distinta.

El juez Wang Gongdao, al no tener cargo político, recibió sólo un castigo administrativo y conservó su puesto. A pesar de ello, estaba furioso: “Nos obligan a apegarnos a la ley y lo hacemos; pero cuando les conviene, son los primeros en violarla”.

El único que ni reclamó ni se enojó fue Dong Xianfa, el miembro especial de la Comisión Judicial del Tribunal. Después de leer el oficio, se dio la vuelta y salió del Tribunal. “Desde cuándo tengo ganas de mandarlos a volar. Iré al mercado a trabajar de intermediario”.

16

A su regreso, lo primero que hizo Li Xuelian fue ir a la casa de su amiga Meng Lanzhi a recoger a su hija y luego fue de nuevo a la montaña Qietai a agradecerle a Buda. Compró boleto de entrada, prendió un incienso y se hincó en el suelo.

—Buda, todo misericordioso, tus fuerzas son infinitas, tus castigos son severos. Mandaste destituir a todos aquellos funcionarios corruptos; me ayudaste a desquitarme. —Se levantó, encendió otro incienso y se hincó de nuevo—. Buda, no es justo que sólo castigues a los grandes y dejes impune al gusano de Qin Yuhe. Todavía no me has ayudado a aclarar aquello de Pan Jinlian.

APÉNDICE

El asunto de la remoción de varios funcionarios de cierta provincia, empezando por algún alcalde, pasando por el presidente de algún condado y por los tribunales, salió publicado en el *Escenario Nacional*. El dirigente que participó aquella tarde en la reunión de discusión de los delegados de esa provincia vio la noticia. Rápidamente llamó a su secretario y, señalando el periódico, le preguntó:

—¿Qué sucedió?

El secretario ya había leído la nota.

—Es muy probable que hayan decidido tomar medidas radicales después de que usted los criticó en la reunión anual de la Asamblea Nacional.

—¡Qué bárbaros! Yo sólo critiqué esos fenómenos malsanos. —El dirigente aventó el periódico sobre la mesa—. Ellos en un instante decidieron remover a todos los funcionarios. ¡Vaya exageración!

—Si le parece, puedo hablarles por teléfono para que reviertan las

cosas —dijo el secretario.

—Eso sería otra exageración —contestó el dirigente agitando las manos y, suspirando, continuó—: Usaron la manera más fácil del mundo: cortar por lo sano. ¿Por qué siempre eligen lo más sencillo? ¿Por qué no tienen la capacidad de reflexionar sobre lo importante? ¿Por qué no pueden aprender de una vez y evitar los mismos errores de siempre? —y prosiguió—: Si hubiera imaginado eso, no habría participado en su reunión. Te consta que aquel día iba a recibir a una delegación extranjera. Uno de los visitantes se enfermó del estómago y cancelaron la visita, y aproveché ese espacio para acompañarlos. A aquella mujer sólo la tomé como ejemplo para discutir cosas importantes. —Luego se puso a dar vueltas por la habitación—. A Chu Qinglian se le pasó la mano.

Después de haber dicho esto, se sentó y siguió leyendo las otras noticias.

Originalmente, Chu Qinglian, el gobernador de aquella provincia, iba a ser promovido al puesto de secretario general del Partido de alguna otra provincia. Pero al mes apareció otro secretario general. Chu Qinglian seguía en el puesto de gobernador de la provincia de Li Xuelian. Tres años después, tomó el cargo de presidente del Consejo Político de su provincia y, luego de cinco años, se jubiló.

CAPÍTULO II

VEINTE AÑOS DESPUÉS…

1

Wang Gongdao tocó por más de veinte minutos en la puerta de Li Xuelian, mas nadie le abrió. Tocaba y gritaba:

—¡Prima, soy yo, Wang Gongdao! —Pero no había respuesta—. Prima, ya abre la puerta. Sé que estás allí: vi la luz encendida. —La puerta continuaba cerrada—. Ya cayó la noche y tengo hambre. Te traje pierna de cerdo, vamos a cocinarla.

Sin embargo, nada sucedió.

Al otro día por la mañana, Li Xuelian, al abrir la puerta de su casa, vio a Wang Gongdao frente a ella. Junto con él venían otros hombres del Tribunal del condado. Li Xuelian estaba asombrada:

—¿Acaso pasaron la noche allí?

—¿Acaso no me ves la escarcha? —contestó, Wang Gongdao, acongojado, señalando su cabeza. Pero por supuesto que no había escarcha. Wang Gongdao dijo riendo—: Ni que fuera yo tan tonto. Ayer te llamé durante largo rato y tú hacías como que no oías. Tuve que regresar a casa, así que hoy madrugué para que no te me escaparas.

A ella no le quedó más remedio que dejarlos pasar. Veinte años atrás, Wang Gongdao apenas era un joven; ahora ya era un hombre maduro, por cierto, algo hinchado. Veinte años atrás aún traía uno que otro pelo en las cejas; ahora ya no quedaba ningún rastro de ellos. No tenía barba y toda su cara parecía un trozo de carne. Veinte años atrás era un niño blanquito; ahora su piel era morena y gruesa. Pero no sólo Wang Gongdao había cambiado: Li Xuelian, veinte años atrás, sólo tenía veintinueve años y ahora, cuarenta y nueve. En aquel entonces, sus cabellos eran negros y abundantes, pero ahora tenían muchas canas. Antes, sus cejas eran espesas; sus ojos, húmedos; sus pechos, recios, y su cintura tenía forma de cintura; ahora, además de

las incontables arrugas, su pecho y su cintura medían lo mismo. Cuando los hombres se sentaron en el patio, Wang Gongdao le dijo:

—Prima, hemos venido sólo para preguntarte cómo estás, a ver si te falta algo.

Mientras hablaba sacó, como sin querer, una pierna de cerdo y la puso en la escalera, al lado del dátil.

—Si sólo vinieron por eso, váyanse sin cuidado, que a mí no me falta nada. De paso, llévense su pierna. Yo soy budista: ya no como carne.

Dicho lo cual, se puso a barrer. Wang Gongdao saltó del banco y tomó la escoba de las manos de Li Xuelian. Mientras le ayudaba a barrer, decía:

—Prima, somos parientes, qué bueno que no tienes dificultades; pero ¿acaso no puedo visitarte de vez en cuando? —Ya basta de "prima" por acá y "prima" por allá. Tú eres presidente del Tribunal, así que no me vengas con eso —dijo Li Xuelian.

—Vamos a aclarar el parentesco —Wang Gongdao hablaba y barría —. Ma Dalian, que falleció hace dos años, era mi tío. ¿Lo sabías?

—Si es o no tu tío, debes preguntarle a tu madre, no a mí.

—La hermana menor de la esposa de Ma Dalian entró en la familia de los Hu de la aldea Hujiawan. Una prima tuya se casó con un sobrino de los Hu. Por lo visto, tú y yo somos parientes cercanos.

—Presidente Wang, si no tienes algo más que decir, no gastes saliva en vano. Tengo que ir a la casa de mi hija: su vaca parió ayer.

—Ya que somos parientes, no le daré más vueltas al asunto —Wang Gongdao soltó la escoba y se sentó—. Prima, en diez días comienza la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional. ¿Cuándo piensas ir a demandar justicia?

—Ah, conque de eso se trataba, de mi demanda. Este año no pienso ir a Pekín.

Wang Gongdao se sobresaltó y sonrió:

—Prima, yo no le doy vueltas al asunto, pero tú sí. En estos veinte años, año tras año, has ido a Pekín a entablar tus demandas. Dices que este año no irás. ¿Quién te va a creer?

—Este año es diferente.

—¿Y cuál es la diferencia, prima?

—Antes yo aún albergaba esperanzas. Este año las perdí.

—Prima, tus palabras no son de fiar. Sé que has sufrido agravios por más de veinte años, pero, a decir verdad, esta cuestión ahora les concierne a muchas personas. Un asunto del tamaño de un grano de sésamo se convirtió en una sandía; una hormiga creció hasta ser un elefante. Por tu divorcio, años atrás, destituyeron a un alcalde, al presidente del condado, al presidente del Tribunal y al miembro

especial del Consejo Judicial. Esas cosas no sucedían desde la dinastía Qing. Dime: ¿tú crees que aquel alcalde o aquel presidente del condado podrían haber decidido si tu divorcio era verdadero o falso? ¿Crees que ellos te habrían podido ayudar a casarte de nuevo con Qin Yuhe para luego divorciarte? Ni te volviste a casar ni te volviste a divorciar. ¿Crees que ellos son los culpables de eso? Si hablamos de injusticia, además de ti, ellos también la padecieron. El foco de tu caso no son ni el alcalde ni el presidente del condado ni el presidente del Tribunal ni los jueces. El foco es el canalla de Qin Yuhe. Si estuviéramos en los tiempos de la dinastía Qing, desde cuándo lo habrían fusilado; pero hoy en día hablamos de leyes. ¡Qué miserable es ese hombre! El divorcio de ustedes de por sí es un asunto complicado, y como si eso no fuera suficiente, te comparó con Pan Jinlian. Con navaja de dos filos te llevó a un callejón sin salida. Tienes veinte años demandando; en los diferentes niveles del gobierno todos comprenden tu situación. Los distintos gobiernos, a través de los años, han buscado a Qin Yuhe para persuadirlo, pero aquel cabeza de burro no ha cedido ni un milímetro durante todo este tiempo. El meollo del asunto es la falta de conciencia de Qin Yuhe. ¿Tengo o no razón? Nosotros estamos de tu lado, prima. ¿Qué tal si este año desistes de la demanda y nosotros seguimos tratando de persuadir a Qin Yuhe? Pienso, prima, que el tiempo no perdona, pero, por otro lado, el tiempo es el que más nos perdona. Su hijo ya tiene treinta años; incluso el hijo de tu hijo ya está en la primaria. Qin Yuhe no es de piedra y, aunque lo fuera, se calienta con el calor. Ya tengo la estrategia. Este año, al tratar de convencerlo, ya no seremos tan burdos y directos. Buscaremos a su hijo y a la nuera para que nos ayuden a convencerlo. La sangre no es agua. También está tu nieto. Él ya es grande y entiende, así que también platicaremos con él. Si su nieto habla con él para convencerlo, es muy probable que le toque alguna fibra sensible. Incluso llegaremos a la hija de su segundo matrimonio. Ya no es una niña. Platicaremos con ella no por ti, sino por ella misma. Durante tantos años, envuelta en el escándalo de sus padres: que si se casan, que si se divorcian, ¡pobre de ella! Con tanta gente aconsejándolo, alguno de ellos le tocará el corazón. Así, se divorciará de la actual esposa para casarse contigo y, de este modo, el asunto de Pan Jinlian caerá por sí solo en agua.

Li Xuelian interrumpió en seco las palabras de Wang Gongdao.

—No se preocupen por convencer a Qin Yuhe. Aunque lo lograran, jamás me volvería a casar con él.

—Si no te casas con él, ¿cómo piensas demostrar que su divorcio fue mentira?

—Antes me importaba demostrarlo. Ahora ya no.

—Te importó durante veinte años y ahora dices que ya no. ¿Quién

te lo va a creer?

—Te acabo de decir que este año es diferente.

—Prima, ¿por qué eres tan terca? Si dices eso es porque piensas demandar de nuevo. Te lo diré de otra manera. Durante estos veinte años he sufrido mucho, te consta. Por ti, a mí también me castigaron; me caí y luego me levanté de nuevo. No es fácil ser presidente del Tribunal. Si tú no demandas, tal vez pueda conservar mi puesto, pero si decides hacerlo, probablemente me pasará lo mismo que al presidente Xun hace veinte años. Mi birrete de abogado está en tus manos. —A Wang Gongdao poco le faltaba para llorar, así que añadió —: Prima, abres la boca y mientes, ¿qué acaso no somos primos?, ¿por qué no puedes decirme la verdad una sola vez?

—¿Quién te miente? Te digo la verdad y no me crees —dijo Li Xuelian algo enojada y continuó—: Tú no crees lo que digo, así que ahí la dejamos. Si se quieren quedar aquí, quédense. Sólo no olviden cerrar la puerta cuando se vayan.

Cuando salió, Wang Gongdao la siguió:

—¿Qué prisa tienes? Somos parientes, mujer, te llevaré en el auto del Tribunal.

2

Wheng Zhong, presidente del condado de Li Xuelian, tenía tres meses en el puesto y era el único funcionario que aún no la conocía; era el único cuadro[2] que aún no se daba cuenta de lo peligrosa que era esa mujer. Él sí sabía que Li Xuelian era la Lechuguita de sus tiempos; estaba enterado de que por sus demandas, años atrás, algunos funcionarios fueron destituidos de sus puestos, pero a pesar de ello, el nuevo presidente del condado no entendía por qué todos los funcionarios, desde los niveles altos hasta los bajos, le tenían tanto pavor, y no pensó en que, como bien dicen los dichos, “Una vez mordido por la serpiente, hasta las cuerdas asustan” y “Todas las ramas parecen soldados”. “¿Cómo era posible que todos los cuadros del condado estuvieran aterrorizados por una campesina? ¿Cómo era posible que una mujer divorciada controlara la vida de todos?”, pensaba continuamente. Cuando tu vida está en manos de otros que conocen tus puntos débiles, ya no tienes salida, jamás tendrás paz. Claro que hay que mantener la estabilidad y preservar la concordia, pero ¿de qué manera? Es como con los terroristas: nunca puedes bajar la guardia porque, si lo haces, se aprovechan para imponer nuevas condiciones y entonces la cosa nunca termina. La negociación muchas veces no sirve de nada. El presidente sentía que todos los funcionarios

del condado eran muy débiles. Cuando es necesario ser fuerte, hay que ser fuerte; cuando las cosas se descarrilan, ni modo, que se descarrilen; cuando los terroristas atacan, que ataquen. La bomba había explotado veinte años atrás y varios funcionarios fueron destituidos; donde eso pasó, ya no vuelve a suceder. El lugar más peligroso del mundo, en realidad, es el más seguro.

Zheng Zhong, además de pensar todo eso, recordó que, mientras trabajaba como vicepresidente de otro condado, le había tocado enfrentar una demanda colectiva. El asunto era mucho más serio que el de Li Xuelian: se había planeado construir una zona industrial que ocuparía doscientas hectáreas de sembradíos. A la hora del pago por la compensación, el gobierno y los campesinos no se ponían de acuerdo. Más de mil campesinos, hombres y mujeres, llegaban diariamente a las oficinas del gobierno a protestar. El presidente Xiong se reunió más de diez veces con los inconformes, pero sin resultados. Las protestas eran más arduas cada día. Xiong consultó al alcalde Ma Wenbin sobre el posible uso de la fuerza pública. Éste sólo dijo:

—Manéjenlo adecuadamente.

La presión llevó al presidente Xiong al hospital. Con él en cama, el asunto recayó en la cabeza de Zheng Zhong, quien, por su parte, sabía que la enfermedad del jefe era un pretexto para escapar del nido de hormigas. Zheng Zhong, al tomar el asunto en sus manos, sin consultar a nadie, reunió por undécima vez a los líderes de las protestas en el salón del cabildo, donde los recibió con policías. Éstos, sin decir palabra, sometieron a los cabecillas, los esposaron y los sacaron por la puerta trasera. Al saber que los cabecillas estaban presos, los miles de campesinos a las puertas del gobierno se enfurecieron, irrumpieron en el edificio, rompieron ventanas y volcaron tres automóviles estacionados a las puertas del gobierno y los quemaron. Eso era precisamente lo que Zheng Zhong esperaba. De pronto, las masas rebeldes vieron venir a un sinnúmero de policías desde los cuatro extremos del edificio de gobierno. Eran entre trescientos y cuatrocientos; unos con rifles, otros con granadas y bombas, y otros con macanas. Zheng Zhong había convocado a todos los policías del condado. Los campesinos y los policías se enfrentaron.

Zheng Zhong ordenó a los policías disparar al aire. Los campesinos, al oír las detonaciones, corrieron hacia todos lados, como presas silvestres durante una cacería. Dos balas perdidas hirieron a un par de campesinos y la revuelta acabó. Los negociadores fueron liberados. Los siete u ocho campesinos que golpearon, rompieron vidrios y saquearon fueron sentenciados a entre tres y cinco años de cárcel, con los cargos de disturbios al orden público, obstrucción de asuntos oficiales y destrucción deliberada de propiedad pública y privada. El gobierno pagó por las tierras según lo acordado previamente; los

campesinos recibieron el dinero sin más alboroto y se inició la construcción del parque industrial. Debido a los heridos, los órganos del Partido le llamaron la atención a Zheng Zhong. El alcalde Ma Wenbin, quien no lo conocía, desde entonces lo trató con muchas consideraciones. El respeto no se debía a los campesinos heridos, sino a la valentía de Zheng Zhong para aplicar la mano dura sin consultar a nadie o, mejor dicho, a su capacidad de asumir la responsabilidad de sus actos. Un año después, el presidente del condado de Li Xuelian dejó su cargo. El alcalde Ma Wenbin, a pesar del castigo de advertencia de Zheng Zhong, decidió ascenderlo a presidente del condado de Li Xuelian. Cuando Wang Gongdao, el presidente del Tribunal, casi llorando, le reportó el asunto de Li Xuelian y le dijo que nadie sabía si ese año demandaría o no, Zheng Zhong ni siquiera se inmutó.

—Durante los últimos veinte años, esta mujer se ha vuelto cada día más difícil de controlar. Dice que este año no demandará, pero yo no le creo. Es difícil adivinar sus pensamientos —le dijo Wang Gongdao.

—Ni modo —comentó Zheng Zhong—; déjala que demande.

—Presidente Zheng, usted tiene poco tiempo aquí. No podemos permitir que lo haga.

—¿Qué artículo de la Constitución prohíbe que un ciudadano haga sus denuncias?

—Ella no demanda en los tribunales locales. Si fuera así, no le tendría miedo. Ella va directo a Pekín. Si lo hiciera cualquier otro día, no importaría, pero está por comenzar la reunión anual de la Asamblea Nacional. Si otra vez llega allá durante la reunión, desde el alcalde hasta usted y yo nos quedaremos sin trabajo.

Zheng Zhong sonrió y le explicó que en la actualidad era poco probable que se repitiera aquella historia. Pero Wang Gongdao no le creyó:

—Presidente Zheng, diré cosas duras; por favor, no se enoje. Entiendo sus razones. Sé que los tiempos han cambiado, pero, precisamente por ello, los pensamientos de los dirigentes, al igual que los de Li Xuelian, son difíciles de adivinar. ¿Usted cree que los dirigentes se tocarán el corazón para destituirnos? En China puede que falten muchas cosas, pero funcionarios sobran. Destituyen a unos y aprovechan para poner a los suyos en el poder.

A Zheng Zhong no se le había ocurrido esa posibilidad.

—Si me destituyen, que lo hagan. Yo ya no quiero mi puesto.

—Eso no depende sólo de usted. Probablemente, usted ya no quiera ser presidente, pero ¿qué tal si el alcalde aún quiere seguir siéndolo? —preguntó Wang Gongdao algo preocupado y añadió—. Además, yo sí quiero mi trabajo.

Zheng Zhong se dio cuenta de que Wang Gongdao era un hombre decente. Sonriendo, le dijo:

—¿Quieres decir que todos los funcionarios de este condado estamos en las manos de una campesina?

—¡Claro! Durante veinte años las cosas no han cambiado para nada. Además, desde que se convirtió en tres personas, ahora no está sola.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Zheng Zhong.

—Nosotros la llamamos Lechuguita. Su exesposo dice que ella es Pan Jinlian y ella dice de sí misma que las penas y las amarguras la hicieron parecerse a Dou E. ¿Acaso no son tres personas? ¿Cuál de estas tres mujeres no es de cuidado? Cuando era una sola, ya era de temer; ahora que es tres, calcule usted: tres cabezas y seis brazos. Como si hubiera hecho pacto con la Novia Blanca, durante veinte años ha estado perfeccionando su maleficio, ¡y ya es una experta! Para medio controlarla, durante todo este tiempo hemos procurado que no le falte nada. Tan sólo yo le he obsequiado dieciocho piernas de cerdo. Se sabe que la gente le lleva regalos a los funcionarios, pero ¡¿cuándo se ha visto que un funcionario le regale cosas a una campesina?! Además, en estos veinte años, los dirigentes han llevado a cabo muchas reuniones inútiles: anualmente, una reunión de la Asamblea Nacional y cada cinco años la reunión extendida, debido al cambio de toda la cúpula directiva del país, pues este año toca la renovación de gobierno. ¿Cómo cree que le vamos a permitir que llegue a Pekín? Es nuestro deber impedirlo.

—Precisamente, por tratarla de esa manera, ella creció —contestó Zheng Zhong.

—Presidente Zheng, las cosas son así. Yo soy insignificante, pero su cargo es importante. ¿Qué tal si este año platica usted con ella?

Zheng Zhong sonrió. Supo que Wang Gongdao quería sacudirse la responsabilidad y apartarse del nido de hormigas. Aunque aparentaba ser decente, también escondía al diablo por dentro. Pero Zheng Zhong no lo tomó en cuenta y, cambiando el hilo de sus pensamientos, sugirió:

—¿Por qué no investigan si esta mujer tiene algún antecedente, como robo, peleas o juegos clandestinos?

Comprendiendo las intenciones del presidente, Wang Gongdao respondió:

—Ojala y así fuera. Si tuviera algún antecedente, desde cuando la habríamos apresado. Así yo me lavaría las manos y le aventaría el paquete al Ministerio Público. Durante veinte años no le hemos quitado el ojo de encima. Pero una campesina, ¿qué valor puede tener para cometer un delito? ¿Y de dónde va a obtener el dinero para

apostar?

Zheng Zhong estaba en desacuerdo:

—Según lo que dices, a esa mujer no le falta valor; por el contrario, es una buena ciudadana. Cambiando de asunto, ¿qué tal si convencen a su exmarido de que se case con ella? Una vez casados, ya no habrá lugar para la demanda.

—Tenemos veinte años trabajando en eso: cientos de veces lo hemos buscado, pero aquel cabeza de burro dice que si la mujer no lo hubiera molestado durante esos veinte años, él consideraría la posibilidad. Pero precisamente por haber dado tantas molestias, aunque fuera la última mujer en el mundo, él jamás se volvería a casar con ella. Además, él ya se casó de nuevo. La hija de su segundo matrimonio tiene casi veinte años. Para casarse otra vez con Li Xuelian, primero tendría que divorciarse de la esposa actual. ¿O no? Por otro lado, Li Xuelian quiere volver a casarse con su exmarido sólo para divorciarse de nuevo. En otras palabras, todo es un tremendo lío. Lo único que ella quiere es demostrar que no es una Pan Jinlian —Wang Gongdao, suspirando, prosiguió—: A él no le hizo nada; ¡pero vaya que nos ha maltratado a todos nosotros! ¡Veinte años, mi presidente, veinte años…! Tengo tanto coraje que quisiera renunciar a mi puesto de presidente del Tribunal y dedicarme al comercio.

—Al verte tan acongojado, no me queda más que ir a visitarla —se carcajeó Zheng Zhong.

—Así se hace, mi presidente. —Wang Gongdao se levantó—. De lo que se trata es de entretenerla un poco, mientras pasa este mes y concluye la reunión anual en la capital. Después de eso, que vaya a demandar adonde ella quiera, ya no importa.

—Dime, ¿cómo es que surgió en nuestro condado una Pan Jinlian? —preguntó Zheng Zhong.

—Por accidente. Todo fue un maldito accidente.

Al otro día por la mañana, el presidente Zheng, acompañado por el presidente del Tribunal Wang Gongdao y otros funcionarios, fue al pueblo a ver a Li Xuelian. Si decidió ir a buscarla, no era porque Wang Gongdao lo hubiera convencido, sino porque había recibido una llamada del alcalde Ma Wenbin. Éste le dijo que en diez días iría a Pekín para participar en la reunión anual de la Asamblea Nacional; le recordó que en su condado vivía Li Xuelian, quien desde hacía veinte años iba a Pekín a demandar justicia ante la Asamblea Nacional. Además de pedirle vigilancia extrema, le dijo:

—Durante mi estancia en la Asamblea, no quiero ver a Li Xuelian por allá.

Zheng Zhong podía hacerle caso o no al elocuente discurso de Wang Gongdao, pero la llamada del alcalde Ma Wenbin era otra cosa.

Además, él también tenía ganas de conocerla para ver si en realidad tenía tres cabezas y seis brazos. Deseaba ver con sus propios ojos a la mujer que durante más de veinte años había hecho sufrir a tanta gente. Al estar frente a ella, sin embargo, se dio cuenta de que era una simple campesina, de pelo entrecano, cintura gruesa, que gruñía al hablar.

—¿Qué no vinieron ayer? ¿Qué quieren ahora?

—Prima, ayer fue ayer; hoy no es igual que ayer —respondió Wang Gongdao y, señalando a Zheng Zhong, añadió—: Él es nuestro presidente Zheng; yo soy un simple funcionario de poca monta. Como no tengo capacidad para convencerte, invité al presidente Zheng.

Todos se sentaron en el patio bajo la sombra del dátil. Entonces, el presidente Zheng habló:

—Mujer, a mí me gusta ir directo al grano sin darle vueltas al asunto. La reunión anual de la Asamblea está en puerta. ¿Este año piensas ir a Pekín a demandar justicia?

Apuntando a Wang Gongdao, Li Xuelian respondió:

—¿No te dije ayer que este año no pienso ir a demandar? Entonces el presidente hizo la misma pregunta que Wang Gongdao ya había hecho:

—¿Y por qué no irás?

—Antes tenía esperanzas. Este año las perdí —Li Xuelian contestó lo mismo que el día anterior.

—Entre más repites eso, menos te creo —Wang Gongdao dio una palmada.

El presidente Zheng paró en seco a Wang Gongdao y dijo, dirigiéndose a Li Xuelian:

—Wang Gongdao, el presidente del Tribunal, pero yo sí te creo. Ya que decidiste no ir, ¿podrías escribir una carta compromiso?

—¿Qué es una carta compromiso?

—Una carta firmada por ti en la que aseguras que ya no piensas demandar.

—¿Y por qué la voy a firmar? —preguntó Li Xuelian visiblemente sobresaltada.

—Si volvieras a demandar, entonces asumirías responsabilidad legal.

—Entonces no voy a firmar nada.

—Pero si ya decidiste no demandar, ¿por qué no te atreves a firmar una carta compromiso?

—No es que no me atreva, pero las cosas no son así. Al sentirme agraviada, puedo decidir no demandar, pero no puedo firmar ninguna carta compromiso. Si la firmo, pareceré culpable de algo. Y no sólo ahora, sino que parecería que fui culpable durante estos veinte años.

Zheng Zhong estaba abrumado al darse cuenta de que esa campesina no era cualquier cosa. Ni siguiera él había pensado de esa manera.

—Las cosas no son tan complicadas, mujer, es solamente un formalismo.

—Ahora dices que es sólo un formalismo, pero después podrías apegarte a esto para encarcelarme.

Zheng Zhong se dio cuenta de que Li Xuelian era una mujer complicada. Digna de toda su reputación, ella de inmediato descubrió las segundas intenciones del presidente del condado.

—No usaré la carta para encarcelarte —le explicó el presidente Zheng—. El propósito de la carta es tranquilizar a todo el mundo. Sin un documento escrito, las palabras se las lleva el viento.

Wang Gongdao sacó de su portafolio una carta compromiso ya redactada en una hoja membretada:

—Prima, ya redactamos el convenio. Además, el presidente Zheng está aquí, ¿por qué no aprovechas para firmarlo? —Sacó una pluma del bolsillo de su camisa—. Sólo fírmala y ya nunca más te molestaremos.

Li Xuelian aventó la pluma de Wang Gongdao.

—Este año no pensaba demandar, pero ustedes me están obligando a cambiar de idea. Así que este año también demandaré.

Zheng Zhong estaba petrificado. Wang Gongdao recogió su pluma y, sacudiendo la carta compromiso, dijo:

—Por fin dijiste la verdad.

3

Zheng Zhong fue duramente criticado por el alcalde Ma Wenbin por haber agravado el conflicto entre Li Xuelian y el gobierno. Zheng Zhong, en el otro condado donde trabajó como vicepresidente, también había agravado la situación, pero en aquel entonces lo felicitaron. Ahora, sin embargo, lo regañaron.

—Una campesina que durante veinte años ha venido demandado, de pronto, este año, por primera vez dice que no lo hará. Sin importar si es cierto o falso, representa un avance importante en el proceso. Y si fuera falso, también sería un avance, puesto que expresa los deseos de la campesina de corregir su conducta. Un funcionario inteligente estimula los avances progresistas, pero todos los funcionarios del condado, desde el presidente del Tribunal hasta el presidente del condado, le echaron aceite al fuego al decirle que era una mentirosa.

Para convertir la mentira en verdad, quieren obligar a la pobre mujer a firmar una carta compromiso y asumir responsabilidad legal. Eso es desconfiar del pueblo. Si desconfías del pueblo, ¿cómo quieres que él confíe en ti? Un perro enrabiado es capaz de saltar una pared. Finalmente, todo el trabajo ha sido contraproducente, pues a esa mujer, que ya no pensaba demandar, la han obligado a cambiar de parecer y a demandar de nuevo. Antes el asunto estaba claro, a nadie le quedaba ninguna duda, pero ahora todo se vuelve más complicado. Cuando la mujer bienintencionadamente pensó en desistir de la demanda, los esfuerzos de los funcionarios debían haber fluido en el mismo sentido; pero cuando ella cambió de parecer, los esfuerzos tendrían que haber sido diferentes. Todos se esforzaron mucho para llegar a la ruptura. Llegar nuevamente a la concordia costaría mucho trabajo, y ¿quién iba a hacerlo? Claro que no lo haría la campesina. La labor les corresponde a los funcionarios, cuyo método de trabajo ha demostrado estar equivocado. El método sólo es el aspecto superficial del problema, el meollo del asunto es la actitud equivocada hacia el pueblo. De esa manera, en lugar de conducirse como siervos de la gente, se comportan como amos del pueblo, que, de la misma manera que el patrón, abusan del indefenso. Pero ése no es el peor error, sino el haber perdido de vista la perspectiva global del asunto. En medio mes, el país celebrará la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional Popular de China; si el asunto de una campesina se mezcla con los asuntos de la nación, ella dejará de ser una campesina común y corriente para convertirse en un claro ejemplo de nuestra forma equivocada de tratar al pueblo. Veinte años atrás, esa mujer se escurrió en el Palacio de la Asamblea. Por ella, muchos de nuestros predecesores fueron cesados de sus puestos. Y los cesaron, precisamente, por haberla tratado de esa forma. Después de veinte años, ¿es posible que no hayamos aprendido de esa amarga lección? Y, lo que es aún más importante, debemos tener en cuenta la coyuntura política. La reunión anual de este año no es como todas las demás, porque se hará el cambio de todo el gabinete del gobierno central; con un nuevo gobierno, los ojos del mundo estarán sobre China. Veinte años atrás, cuando ella logró entrar al Palacio de la Asamblea, la reunión anual era de las pequeñas. Si vuelve a lograr su hazaña hoy, si consigue de nuevo escurrirse entre los delegados y entrar en el palacio, el incidente político y las consecuencias serán mucho mayores. Los medios hoy en día son mucho más avanzados: hay internet, blogs; es posible que todo el mundo se entere de inmediato del incidente. El problema no es la destitución de todos nosotros, el verdadero problema es que nuestro país perderá su imagen frente al mundo entero, y ése sí es un problema mayúsculo…

Cuando Ma Wenbin regañaba a Zheng Zhong, aunque las frases

eran durísimas, nunca dejaba de sonreír. No era alto, apenas medía un metro sesenta; cuando hablaba en los podios, debía pararse a un lado del micrófono; cuando le tocaba después de alguien más, la cabeza no le llegaba ni al micrófono, así que los empleados tenían que correr para ajustar la altura. Chaparro y delgado, parecía un académico con sus finos anteojos. Hablaba bajito y, tanto antes como después de una frase, sonreía. ¡Vaya que sabía argumentar! En eso de desmenuzar las cosas, nadie lo igualaba. Si se trataba de cosas buenas, qué bien, pero si se trataba de regaños, se lucía en su severidad. Por lo general, hablaba en voz baja, pero cuando se refería al comportamiento de los funcionarios, subía la voz. El ascenso o el cese de funcionarios sólo dependía de él, por lo que nadie se atrevía a cuestionarlo. Si alguien se le oponía, nunca lograba ganarle en la discusión, por lo que todos lo obedecían. Todos los funcionarios de la capital y de los condados le temían.

—Alcalde Ma, tiene usted toda la razón. Yo descuidé este asunto, no le di la importancia que merecía. Efectivamente, carezco de una visión global y de un correcto panorama político. No me di cuenta del momento crucial histórico. Regresaré y le escribiré un informe muy detallado.

—No es necesario el informe. Con que reconozcas tu error es suficiente —dijo Ma Wenbin; luego sonrió y continuó—: A veces, al reflexionar, me doy cuenta de la sabiduría que esconden nuestros proverbios antiguos, como aquellos que rezan: “Diques de miles de kilómetros sucumben ante un hormiguero” o “Poner atención en lo diminuto para prevenir lo imponderable”. En resumen, estos proverbios hablan de la importancia de lo pequeño. Muchas desgracias no están en lo grande, sino en lo diminuto. Precisamente porque lo pequeño es más importante que lo grande, es necesario comprender la profundidad de lo pequeño.

Zheng Zhong asentía.

—Yo, precisamente por descuidar lo pequeño, perdí lo grande; no consideré la profundidad de lo pequeño.

—Hay otro proverbio que reza: “Perder un caballo de carrera tal vez sea señal de que algo bueno está por venir”.[3] Esta vez supiste que esto te puede llevar a aquello, te diste cuenta de que por fijarte en lo parcial, descuidaste el panorama integral y eso es un gran progreso. —Ma Wenbin, sonriendo, señaló a Zheng Zhong—: Te peleaste con la mujer. Disipar las discrepancias será trabajo de muchos días. Está por comenzar la reunión anual de la Asamblea Popular, deja que yo me encargue de este asunto. Regresa y organiza una comida con esa mujer.

Zheng Zhong se dio cuenta de que su trabajo ineficiente obligaba al alcalde a invitar a una campesina a comer y se sintió muy

angustiado.

—Alcalde Ma, todo es por mi culpa. Yo causé este incidente. El alcalde sacudió las manos:

—Acercarme a la gente también es parte de mi trabajo. Además, después de tres años en el puesto, aún no conozco a nuestra Lechuguita. ¡Ah, por cierto!, ni conozco a Pan Jinlian. Acabas de decir que ella también era Dou E y una Ni Zha,[4] un bicho de tres cabezas y seis brazos. Al no conocer a esta Dou E o Ni Zha, yo también muestro actitudes de burócrata.

Al ver el ambiente más relajado, Zheng Zhong sonrió, tratando de adaptarse.

—Lechuguita, Pan Jinlian y Dou E en la literatura eran jóvenes hermosas, mientras que nuestra Lechuguita, Pan Jinlian y Dou E es una mujer canosa y madura.

A la hora de invitar a Li Xuelian a comer, el alcalde Ma Wenbin de nuevo regañó al secretario general y al presidente del condado Zheng Zhong. Esa vez los regaños se debieron a la selección del sitio para la cena. Por lo general, el alcalde atendía sus banquetes en tres restaurantes: si recibía a autoridades de la provincia o colegas de otras ciudades, elegía el restaurante de la ciudad; si se trataba de inversionistas, los recibía en el Casa Real Gran Hotel; si agasajaba a amigos y compañeros cercanos, mandaba preparar la comida en el restaurante de la ciudad y la llevaba a su casa. El secretario general, pensando que se trataba de un asunto de trabajo, organizó el banquete en el restaurante municipal. Cuando se alistaba a enviar un vehículo por Li Xuelian, reportó los arreglos al alcalde, quien de inmediato frunció el entrecejo.

—Ustedes realmente no saben cómo tratar al pueblo. Con una comida basta para develar su ineptitud. ¿El pueblo necesita de nosotros o nosotros necesitamos al pueblo?

El secretario de inmediato asumió su error.

—Claro, claro, somos nosotros quienes debemos ir al condado.

Al salir de la oficina del alcalde, el secretario llamó por teléfono a Zheng Zhong, presidente del condado, quien de inmediato organizó la comida en el Jardín de Melocotones del Otro Mundo. Era el restaurante de más alto nivel del condado. Aunque el condado estaba algo escondido, en el lugar había platillos y mariscos internacionales. Cuando el alcalde Ma venía a inspeccionar los trabajos del condado, siempre iba a comer ahí. Cuando Zheng Zhong le reportó al secretario y aquél le informó al alcalde, éste frunció nuevamente el entrecejo.

—Hombre, ya hablamos de la necesidad de aprender con los ejemplos, ¿cómo es que les resulta tan difícil hacer eso? Invitas al pueblo al Jardín de Melocotones del Otro Mundo y, antes de empezar

la comida, ahuyentas al pueblo con aquel esplendor y suculencia. Al ver que a diario comemos tan bien, ¿no creen que se enojará más? Y entonces, ¿cómo haremos el trabajo de convencimiento? Para invitar a Li Xuelian, pienso que debemos buscar un sitio donde ella se sienta cómoda y relajada. Por ejemplo, podemos ir a su poblado y buscar una fonda de caldo de borrego. Después de que cada uno coma unas cuantas tortillas tatemadas y un plato de caldo humeante, con el sudor en la frente, estaremos más que relajados.

El secretario de nuevo reconoció su error.

—Claro, por supuesto, debemos ir a su poblado y comer un caldo de borrego.

—Pero ¿qué tal si las fondas locales están sucias e insalubres? —dijo el secretario preocupado.

—Crecí en un pueblo —le respondió el alcalde Ma meneando la mano—. Yo como donde come todo el mundo. Si a ustedes no les gusta, no vayan.

—Por supuesto que nos gusta, claro que comeremos —dijo, apurado, el secretario.

De regreso a la oficina, llamó de nuevo al presidente Zheng, quien también, de inmediato, reconoció su error y se dispuso a cancelar la comida en el Jardín de Melocotones del Otro Mundo y a buscar una fonda apropiada para el evento. Mientras hacía eso, no dejaba de admirar al alcalde Ma, quien siempre le llevaba varios pasos de ventaja. Él aún no conocía la importancia del “detalle”, y justamente en eso residía la gran diferencia.

Al otro día, el alcalde Ma Wenbin invitó a Li Xuelian a comer caldo de borrego en una fonda del poblado Guaiwan. La Fonda del Viejo Bai estaba situada en el extremo oeste del poblado. Por lo general, la fonda estaba muy sucia, pero ese día brillaba de limpia. Aquella tarde no había ni rastros de la mugre de la mañana. Barrieron el piso, fregaron las mesas con agua hirviendo, taparon los hoyos del techo con periódicos y, con una pala, arrancaron la grasa y la mugre de todos los rincones de la cocina. Después de aquella maquillada, en la fonda había mucha más luz. A la izquierda del local había un puesto de vísceras de borrego. En la mañana aún estaba y por la tarde, Lai Xiaomao, el jefe del poblado, la mandó retirar. El jefe Lai también ordenó correr al viejo Yu, quien tenía una miscelánea a la derecha de la fonda. Después de retirar los puestos vecinos y barrer la calle, la fachada de la fonda se veía mucho mejor. A la hora de la comida, en honor a Li Xuelian, el secretario municipal, el presidente del condado Zheng Zhong y el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, acompañaron al alcalde Ma Wenbin. En la mesa sólo había cinco personas; los séquitos del alcalde, del jefe del condado y del presidente del Tribunal comieron en el comedor del condado,

invitados por Lai Xiaomao, jefe del poblado. Temían que la presencia de tanta gente asustara a Li Xuelian. Zheng Zhong, presidente del condado, vaciló mucho en decidir a quién enviar por Li Xuelian. El presidente Wang Gongdao y él recientemente habían echado todo a perder en su encuentro con ella, por lo que no querían aumentar su malestar. La difícil tarea recayó en el jefe del poblado, Lai Xiaomao, un cuarentón algo regordete, quien, por lo general, profería tres improperios después de cada palabra: cuando se embriagaba, incluso se ponía muy violento. Tenía un coche de la marca Santana 3000. Borracho, solía sentarse detrás del chofer para controlarlo. Si la velocidad le parecía excesiva, le soltaba un palmazo en la cabeza.

—Cabrón, ¿qué prisa tienes? ¿Acaso se murió tu padre y corres para llegar al entierro? —Pero, si la velocidad le parecía lenta, también le propinaba un guamazo—. ¡Cabrón!, ¿acaso transportas a tu padre? Un carro de lujo lo conviertes en una carreta de burro.

En los cinco años que llevaba en el cargo de jefe del poblado, había cambiado de chofer más de cinco veces, pues ninguno lo aguantaba; había insultado a todos los funcionarios del gobierno del poblado, que eran más de cuarenta, y pateado a los más de veinte jefes de aldea subordinados a él. Sin embargo, le tenía mucho miedo y hasta respeto a Li Xuelian, que pertenecía a una aldea que se encontraba bajo su jurisdicción, la mujer que año con año demandaba justicia. Por ello, en la reuniones de cierre de año, el poblado de Guaiwan siempre recibía duras críticas por fracasar en su intento por "mantener la estabilidad social" y había dejado de ser considerado un "condado progresista". Cuando el jefe Lai Xiaomao regresaba de las reuniones, sin embargo, ordenaba a todos los funcionarios no tocar a Li Xuelian, quien persistía en sus demandas, incluso a costa de que su condado no volviera a conseguir la denominación de "progresista". Ella siempre demandaba a las autoridades superiores del poblado; si no la tocaban, ella no se metía con el poblado; si se atrevían a obstruirle el paso, entonces los problemas caerían sobre la cabeza del jefe.

—Nosotros trabajamos en el poblado de Guaiwan, por lo que sólo nos debe importar Guaiwan —solía decir Lai Xiaomao.

A pesar de que siempre era duro y áspero, curiosamente, también sabía ser amable cuando eran necesario. Ese día, cuando Zheng Zhong lo envió a traer a Li Xuelian a la fonda de caldos, Lai Xiaomao reventó de coraje, pero no se atrevió a desobedecer. Ese hombre que por lo general abría la boca para insultar y levantaba la mano para pegar, al ver a Li Xuelian esbozó una sonrisa casi artística, mientras dulcemente la llamó tía. Li Xuelian estaba confundida; de pronto, por una demanda, por todos lados le salían parientes.

—Jefe Lai, el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, me llama "prima", y tú, de pronto, me llamas "tía". Sólo de oírte, se me hace la

piel de gallina.

Lai Xiaomao levantó los ojos:

—El presidente Wang no tiene por qué llamarte “prima”. En cambio, por el lado de mi madre, claro que eres mi tía. Deja que te lo explique: mi madre viene de la familia Yan; su hermano mayor, es decir, mi tío, desposó a una sobrina de la familia Chai…

Li Xuelian detuvo en seco a Lai, quien con sus gordos dedos hacía las cuentas de su árbol genealógico:

—Jefe Lai, ya no des vueltas. ¿A qué has venido? Si vienes a hablar de la demanda, entonces lo has hecho en vano.

—Claro que no vengo a hablar de la demanda. Tía, tengo cinco años trabajando en el condado, ¿acaso alguna vez me he metido en el asunto de tu demanda?

Li Xuelian pensó un poco y, negando con la cabeza, dijo:

—No, nunca.

—Ya ves —dijo Lai Xiaomao aplaudiendo—, si uno tiene coraje, debe vengarse; si uno tiene penas, debe desquitarse. Desde tiempos ancestrales las cosas son así. Yo no me opongo a que la gente entable juicios. Hoy vengo a invitarte a comer, o mejor dicho, quien invita no soy yo, sino el alcalde Ma, tía. ¡Mira la deferencia que te hacen, eh!

Li Xuelian se sorprendió.

—¿De qué se trata? ¿Me vas a amarrar para llevarme?

—Cómo crees, tía, vengo a rogarte. No lo hagas por los demás, hazlo por mí —dijo Lai y prosiguió—: Este asunto ni me va ni me viene, pero ¿quién puede saber los designios del cielo? Hoy me tocó a mí venir a invitarte. Sé que el alcalde te busca para convencerte de desistir de la demanda; a ti no te parece, a mí tampoco. Si a ti te parece o no, ése es tu asunto, pero llevarte a la comida, ése es mi asunto. Yo sólo quiero que vayas. Si te presentas y te peleas con ellos, eso a mí ya no me importa —y siguió—: Tía, tu asunto es muy grande y mi cargo es muy pequeño. Tú siempre has tratado con los de arriba. No vaya a ser que por una comida, a mí también me metas en líos. Un jefe del tamaño de una verga como yo, insignificante como un charco de rocío… Si no muestras algo de misericordia, voy a reventar.

Entonces, Lai Xiaomao obstruyó la puerta con el cuerpo, paró las nalgas, y comenzó hacerle reverencias a Li Xuelian. La mujer se rió y le propinó una buena cachetada.

—Ah, qué jefe, no le llegas ni a un pedo. Ni que me llevaras a la guillotina. Sólo se trata de una comida, hombre. Vamos y ya.

En el condado, ¿cuándo se había visto que alguien golpeara al jefe Lai? Sólo alguien que hubiera comido bilis de leopardo se atrevería a hacerlo, pero esa vez, después de recibir la cacheteada de Li Xuelian, el jefe Lai sonreía agarrándose la cabeza.

—Mi querida tía, así se hace, así todos dirán que soltaste la navaja para convertirte en Buda.

Entre risas y lambisconerías, Lai llevó a Li Xuelian al condado en su Santana 3000.

Al ver a Ma Wenbin, Li Xuelian se mostró muy amable, no porque fuera el alcalde, sino porque ese hombre con anteojos finos y aire de intelectual era muy cálido y cortés. Antes de hablar, Ma Wenbin esbozaba una sonrisa, luego decía algo y, nuevamente, sonreía. En aquel ambiente tan intelectual y sofisticado, nadie se atrevía a armar lío. Pero más importante que lo intelectual del ambiente era la enorme labia del alcalde. Otros tenían pocos argumentos, incluso fácilmente se equivocaban, sin embargo, el alcalde Ma contaba con una baraja de ellos; cada palabra suya era un argumento. En un principio, ni siquiera mencionó lo de la demanda. Primero habló de cosas triviales, pero con moderación y clase. En lugar de interrogar a Li Xuelian, tratar de descubrir secretos y sofocarla con preguntas capciosas, como cuántos son en su casa o a qué se dedican, el alcalde comenzó a hablar de sí mismo. Señalando las paredes de la fonda, le contó que él también había crecido en una aldea, que de niño era pobre y lo que más anhelaba era comer caldo de borrego en las fondas del poblado. Por falta de dinero, todos los días, al salir de la escuela, se paraba en la puerta de las fondas sólo para mirar adentro. Un día, un hombre corpulento comía tres tazones de caldo, uno tras otro. En el último tazón, le sobró un poco y, entonces, llamó con la mano a Ma Wenbin y le dijo:

—Ladra tres veces como perro y podrás comer el caldo que sobró.

Ma Wenbin ladró como un perro, el hombre empujó el tazón, y Ma devoró las sobras. Al oír eso, todos, incluida Li Xuelian, rieron. Luego se pusieron a comer tortillas tatemadas y caldo de borrego. Entre calores y sudores, el ambiente de la mesa se relajó aún más. Ma Wenbin siguió contando que de niño era muy noble, nunca mentía, pero tenía un hermano muy astuto que siempre se aprovechaba de su inocencia. Aquel hermano solía comerse a escondidas la comida de la casa y siempre culpaba a Ma. Un día, pastoreando, perdió un borrego y también le echó la culpa al pobre de Ma Wenbin. ¡Cuántas veces lo golpearon por culpa de su hermano! Ma Wenbin no tenía labia y jamás pudo con su hermano. Pero lo que más le molestaba era que, a pesar de que él decía la verdad, nadie le creía, pero a su hermano sí, a pesar de que mentía. Li Xuelian, entonces, cayó en la trampa del alcalde y, sin querer, dijo:

—Yo también demando por eso. ¿Cómo puede convertirse en verdad una mentira? Yo digo la verdad, pero nadie me cree.

Al ver que Li Xuelian, por iniciativa propia, había mencionado el asunto de la demanda, Ma Wenbin aprovechó la oportunidad y

comenzó a hablar sobre lo mismo. Pero al principio no habló de Li Xuelian, sino que criticó las actitudes de Zheng Zhong, el presidente del condado, y de Wang Gongdao, el presidente del Tribunal. Parecía que los había traído a la comida sólo para criticar sus equivocadas posturas frente al pueblo. Les comentó que habían olvidado que eran servidores y se habían comportado como patrones en constante oposición al pueblo. Pero lo peor de todo era que no creían en el pueblo, y aunque no creyeran en él, por lo menos deberían pensar que también eran personas con corazón. Si una persona que entabla la misma demanda durante veinte años consecutivos, que dejó pasar su juventud y se llenó de canas, no tuviera penas tan hondas, ¿acaso aguantaría todos esos años? Luego les preguntó si ellos tendrían esa misma perseverancia. Sus palabras conmovieron a Li Xuelian, quien por primera vez sintió un poco de compasión. ¿Quién dice que en los gobiernos no hay buenos funcionarios? Aquel alcalde era una muestra del buen servidor público. El presidente del condado, Zheng Zhong, y el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, asintiendo como girasoles, dijeron:

—Regresando escribiremos autocríticas. En cuanto regresemos, lo haremos.

—Alcalde —dijo Li Xuelian, sintiendo lástima—, ellos no tienen toda la culpa: son funcionarios y también tienen sus problemas.

—Una campesina supera por mucho su grado de conciencia —señaló Ma Wenbin, dando un golpe sobre la mesa.

—Sí, supera nuestro grado de conciencia, lo supera por mucho —contestaron Zheng Zhong y Wang Gongdao.

Aprovechando la ocasión, el alcalde preguntó, sonriendo amablemente:

—Hermana, deja que te pregunte algo, si quieres responder, bien, y si no, también. Cuando la vez pasada dijiste que no ibas a demandar, ellos no te creyeron. ¿Hoy podrías volver a decir lo mismo? O mejor dicho ¿podemos deshacer lo dicho y empezar de nuevo? —y agregó—: Si no quieres hacerlo, no te forzaremos.

Li Xuelian, conmovida por las consideraciones del alcalde, dijo:

—Alcalde, las palabras se pueden tragar: hoy estoy dispuesta a cambiar de opinión —y, dirigiéndose a Zheng Zhong y Wang Gongdao, agregó—: Les dije dos veces que este año no pensaba demandar, pero no me creyeron.

Ma Wenbin comentó señalando a los “culpables”:

—Les pasó lo que a mí cuando era niño: la autoridad jamás creyó en mis palabras. —Todos rieron, y el alcalde continuó—: Hermana, sólo estamos charlando, ¿eh? Deja que te haga otra pregunta. Has estado demandando durante veinte años, ¿por qué decidiste desistir

este año?

Ma Wenbin había formulado la misma pregunta que le habían hecho Zheng Zhong y Wang Gongdao hacía unos cuantos días. Li Xuelian también respondió lo mismo.

—Antes pensaba diferente; ahora ya entendí.

—Hermana, ¿puedes decirme por qué ahora piensas diferente? —le preguntó Ma Wenbin sonriendo—. Claro, si quieres responder bien; si no, también.

Zheng Zhong y Wang Gongdao habían olvidado preguntarle a Li Xuelian por qué había cambiado de parecer; sólo les interesaron los hechos, pero jamás preguntaron el porqué de los hechos. Al no preguntar la causa del repentino cambio, claro que no le creyeron. Era evidente que el alcalde se conducía con más rigor y profesionalismo y, a diferencia de ellos, cuidaba los detalles. Él sí comprendía la importancia de "lo pequeño"; el alcalde simplemente era mucho más inteligente. Mientras Zheng Zhong y Wang Gongdao asentían con la cabeza mostrando una profunda admiración, Li Xuelian dijo:

—No hay una razón concreta, simplemente oí la voz de mi vaca. Nadie esperaba esa respuesta. Ese revirar tan súbito los tomó a todos por sorpresa. Todos, incluyendo al alcalde, estaban estupefactos. Ma Wenbin comenzó a tartamudear.

—¿Vaca? ¿Qué vaca?

—Estábamos hablando de personas, ¿cómo es que de pronto hablamos de vacas? —comentó Zheng Zhong al salir de su estupor.

—En estos veinte años, no he encontrado a una persona que me crea. Mi vaca, sin embargo, sí creía en mis palabras, por lo que decidí confiar en su juicio sobre mi demanda. Antes le preguntaba si debía o no demandar, y ella siempre me decía que sí; este año también le pregunté, y me dijo que debía desistir, por lo que decidí no hacerlo.

Los presentes, aún más confundidos, estaban perdidos dentro de una espesa niebla. El secretario general de la alcaldía también tartamudeó:

—¿Esa vaca tuya existe o estás jugando con nosotros?

—No juego con ustedes. Yo crié a esa vaca —dijo Li Xuelian.

Cuando el alcalde Ma Wenbin se recuperó de la sorpresa, preguntó:

—¿Podría ver a esa vaca, para que a mí también me diga lo mismo?

—No —respondió Li Xuelian.

—¿Y por qué? —preguntó Ma.

—Porque murió hace unos días —replicó Li Xuelian.

Todos estaban pasmados. Entonces, Zheng Zhong se desesperó.

—Hermana, el alcalde Ma vino desde lejos sólo para verte: vino para ayudarte. ¡No es justo que nos trates así, no es justo que te burles

de nosotros!

Al escucharlo, Li Xuelian también se desesperó y, golpeando con las palmas de sus manos, dijo:

—¡Otra vez lo mismo: digo la verdad y de nuevo nadie me cree!

Ma Wenbin cortó en seco a Zheng Zhong y, sonriendo, dijo:

—Hermana, yo creo que esa vaca existió de verdad —y añadió—: Vamos a creer todos en las palabras de tu vaca. Vamos a pensar que este año no demandarás, ¿te parece?

—Ah, eso no es lo mismo —dijo Xuelian.

—¿Cómo que no es lo mismo? —preguntó Ma.

—Las palabras de la vaca las obedezco; las de ustedes, no.

—¿Y eso por qué? —preguntó Ma.

—La vaca me dijo que no demandara porque no serviría de nada; ustedes tienen otros intereses. Si les hago caso a ustedes, jamás desquitaré mi pena, así que las dos cosas son diferentes —argumentó ella.

—Hermana, ¿acaso no estamos aquí para ayudarte? —pregunto el alcalde aún más pasmado.

Li Xuelian comenzó a llorar.

—No me mientan. Si se hubieran compadecido de mí, desde hace cuántos años habrían enderezado mi caso —y, dirigiéndose a Zheng Zhong y a Wang Gongdao, continuó—: Ustedes son iguales a todos los demás: quieren engañarme para que no vaya a demandarlos a Pekín, para que no pierdan sus puestos. Si realmente quisieran ayudarme, ¿por qué no vienen en otra fecha? Justo ahora, cuando se prepara en Pekín la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional Popular, vienen todos, unos tras otros. ¿Acaso no pretenden entretenerme para luego olvidar que existo?

Ma Wenbin frunció el entrecejo, pues al fin descubrió lo peligroso de la mujer. Él había ido a resolver un problema, sin jamás imaginar que ella iba a burlarse de ellos diciendo que las vacas podían hablar. En la batalla de medir fuerzas, el alcalde cayó en la trampa de Li Xuelian. Si lo hubiera sabido, jamás le habría preguntado por qué cambió de parecer y así nunca habría salido el asunto de la vaca. Pero sin preguntar el porqué del asunto, ¿cómo encontraría el remedio del problema? Claro que ni la trampa ni la vaca le daban miedo; él venía a indagar los pormenores del asunto. Pero ahora, la vaca le demostraba que el asunto no tenía remedio. La mujer decía que no iba a demandar, pero sí lo haría. Todo era tan enmarañado y confuso.

Al parecer, las suposiciones de Zheng Zhong y Wang Gongdao eran correctas. Que el asunto no tuviera remedio tampoco espantaba al alcalde. Al igual que cuando se trataba de sus funcionarios subordinados, sólo podían existir dos casos: los que tenían remedio y

los que no. Con los que tenían remedio, valía la pena gastar saliva; con los que no, ni siquiera servía hablar. Cuando el secretario del gobierno de la ciudad se dio cuenta de que el alcalde había fruncido el entrecejo, se levantó y dijo:

—Dejemos la plática hasta aquí: al alcalde lo esperan varias reuniones en la capital.

Ma Wenbin se levantó y, esbozando una amplia sonrisa, dijo:

—Hermana, ya me voy, aún tengo cosas que hacer. Haz lo que te parezca mejor.

Y salió. El secretario del gobierno y el presidente del condado lo siguieron. El único que se quedó para tratar de resolver el desastre fue el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, a quien le temblaban las manos mientras decía:

—Hermana, ¿adónde te fuiste? Si hablamos del caso, hablemos, pues, del caso. ¿Cómo sacaste el asunto de la vaca? ¿Por qué nos insultas?

—Yo no insulté a nadie —respondió ella, secándose las lágrimas.

—¿Comparar a los hombres con los animales no es insultar? —dijo Wang Gongdao tembloroso, dando vueltas por el lugar—. Escuchas las palabras de un animal, pero no los consejos del gobierno. Con esa actitud, ¿acaso no nos estás diciendo que los funcionarios no llegamos ni al nivel de los animales?

—¿Por qué no me creen? —replicó Li Xuelian con impaciencia—. Cualquier cosa que yo diga la interpretan a su antojo. Siendo así, no me queda de otra más que seguir protestando.

—¡Por fin dijiste la verdad! —dijo Wang Gongdao, dando una palmada.

4

La casa de Li Xuelian constaba de tres pequeñas secciones. Tres cuartos de ladrillo al norte, una cocina al este y dos graneros al oeste. Los cuartos de ladrillo tenían ya veintidós años. Se habían construido cuando ella tenía seis años de casada con Qin Yuhe, y su hijo, cinco. Para tirar los cuartuchos de paja y construir los de ladrillo, Li Xuelian, además de vacas, también crió tres puercas. Con la venta de varios becerros y puerquitos compró la mitad de la madera y los ladrillos de los cuartos. La otra mitad de los materiales la adquirió su entonces marido Qin Yuhe, trabajando horas extra. De día y de noche transportaba fertilizantes. Sus ojos parecían linternas por la falta de sueño. Muchas veces se quedaba dormido manejando, al grado que una vez chocó con las casitas del camino y la reparación del camión

costó más de dos mil yuanes. No le quedó más remedio que seguir trabajando para reponer el dinero. En aquellos tiempos, ellos también peleaban; pero a pesar de las pleitos, su objetivo era el mismo. ¡Cuándo iba a imaginar Li Xuelian que menos de un año después de construir la casa aquel hombre cambiaría tanto! Li Xuelian estaba arrepentida de haberle propuesto que se divorciaran temporalmente por el embarazo. Casi al año de no verse, el falso divorcio se hizo realidad. La pareja ya no peleó, sino que entabló un juicio. El cabello encaneció y el juicio de veinte años aún no se resolvía. Lo más molesto era que el falso divorcio había sido idea suya, y lo peor de todo era que su hija, la causa del divorcio, era su mayor oponente.

Después de muchas lluvias y vientos durante esos veinte años, su hogar se había deteriorado. Las lluvias de los veranos y los otoños penetraron la pared trasera de los cuartos del norte. Los ladrillos de las otras tres paredes también rechinaban y se desmoronaban con el goteo de la lluvia. Las paredes interiores estaban completamente descarapeladas. Diez años atrás, el agua había empezado a gotear por el techo. Tras veinte años de demandas, cualquier otro también habría perdido el interés por arreglar su casa. De hecho, durante los primeros diez años, Li Xuelian la abandonó: los interiores y el patio eran un enorme chiquero. Además de eso, también había perdido el interés por arreglarse. Había dejado de cambiarse de ropa, de peinarse y, al caminar por las calles, parecía pordiosera, muy en consonancia con su condición de eterna quejumbrosa. Pero después de diez años, demandar judicialmente era parte de su vida cotidiana: ya se había acostumbrado. No era que se hubiera acostumbrado al ajetreado ir y venir de las demandas, sino que un día, al caer enferma y no poder salir, se dio cuenta de que no soportaba estar encerrada. Si no demandaba, no sabría qué hacer en su casa. Pero diez años después, decidió arreglar su casa y atender su persona. Se cortó el cabello y empezó a lavar con frecuencia su ropa. Entonces, antes de emprender una demanda, se arreglaba con gran esmero. Engalanar la casa y las paredes le quitaba mucho tiempo, pero no podía tolerar las goteras del techo, por lo que contrató a un albañil para que cambiara todos los ladrillos viejos y tapara las grietas con cal. La lluvia dejó de caer adentro. Con una escoba quitó lo descarapelado de las paredes internas, aunque luego de eso, éstas se veían como si tuvieran cicatrices de sarna y parecían calabazas mal peladas; sin embargo, el aspecto general era más limpio y ordenado. Cuando estaba en casa, siempre barría el patio y los interiores. Cerca de las paredes del patio sembró unas crestas de gallo; si algún extraño llegaba, jamás se daría cuenta de que allí vivía una mujer revoltosa.

Usó mamparas para dividir las habitaciones en tres partes; a la izquierda guardaba granos y diversos objetos de todo tipo; en medio

estaba el pasillo, y en la parte derecha dormía. Veinte años atrás, ése era la habitación nupcial; ahora Li Xuelian dormía sola. De la pared de la ventana colgaba un cuaderno cuadriculado en el que Li Xuelian apuntaba todas las vivencias durante sus demandas de esos veinte años. Con el tiempo, aquel cuaderno cuadriculado, todo roto, parecía un trapo viejo. Pero aquel trapo viejo contenía todos los lugares y nombres de las personas relacionadas con su caso. Aquel cuaderno era testigo de las innumerables canas que sustituyeron sus cabellos negro azabache, de su cintura que dejó de ser como un delgado sauce para convertirse en un grueso tronco. Ella esperaba que ese cuaderno, algún día, le ayudaría a demostrar que la mentira era eso, una mentira y nada más; que la verdad era eso, la verdad y nada más. Pero después de veinte años, la mentira aún era verdad y la verdad, mentira, y aún cargaba a cuestas el apodo de Pan Jinlian. Veinte años atrás estuvo a punto de volverse loca. Luego, con el tiempo, también se acostumbró a ese apodo al igual que a las demandas. Con los años, todos en la provincia y en la capital del distrito conocían su caso, pero sólo recordaban el hecho de la demanda, no los detalles, que habían quedado en el olvido. Incluso, Li Xuelian tampoco recordaba gran parte de los pormenores; sólo el cuaderno guardaba fielmente los sucesos, pero, al igual que los apuntes de los comerciantes que prestan y fían, únicamente contenía estadísticas detalladas.

Según los apuntes de Li Xuelian, en veinte años había ido un total de diecinueve veces a Pekín. En esas idas, había sido detenida once veces por la policía local y tres veces, a medio camino, por la policía de la provincia de Hebei. Solamente en cinco ocasiones había logrado llegar a Pekín. De esas cinco, los policías del condado, enviados a perseguirla, la encontraron tres veces y "la convencieron" de regresar; en otra ocasión, llegando a la avenida Changan, la atraparon los policías de Pekín; y la siguiente logró llegar a la plaza de Tiananmén; sin embargo, la arrestaron los policías de la plaza. En pocas palabras, durante esos veinte años, ningún intento de demanda prosperó. A diferencia del primer año, nunca más pudo entrar al Palacio de la Asamblea Legislativa. Precisamente por ello, Li Xuelian estaba decidida a seguir intentándolo. Lo que no entendía era por qué, a sabiendas de que sus demandas no prosperaban, todos los funcionarios, desde la provincia hasta la capital y el condado, le tenían tanto miedo. Por doquier veían peligro. Estaban tan asustados que el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, la llamaba "prima" y el jefe del poblado le decía "tía". Tal vez era justamente porque sus demandas no habían prosperado hasta entonces, que todos los cuadros políticos, del mayor al menor, le tenían pavor. Temían que alguno de los intentos tuviera éxito y, por ello, cada día se ponían más nerviosos.

Ese año, Li Xuelian había decidido no demandar, no porque no

pudiera hacerlo ni porque las hordas de funcionarios la hubiesen asustado, o porque después de veinte años de fracasos hubiera perdido las esperanzas, sino porque la única criatura que creía en sus palabras había muerto. Además, esa criatura ni siquiera era una persona, sino una vaca. Veinte años atrás, esa vaca era aún una becerrita pegada a la ubre de su madre. Veinte años atrás, Li Xuelian y Qin Yuhe tramaron aquel divorcio ficticio justo en el granero donde estaban la vaca y su becerra. Además de ambos animales, ningún otro ser de la tierra había sido testigo de la negociación. Y precisamente por no haber testigos, Qin Yuhe se aprovechó de la oportunidad y, en menos de un año, se juntó con otra y se casó, argumentando que el divorcio era real. Justamente por la falta de testigos, las demandas de Li Xuelian fracasaban. Diez años atrás, al ver que ninguno de sus intentos prosperaba, había estado a punto de volverse loca: al salir a la calle y ver a la gente, a veces desvariaba. Todos los que la veían decían que estaba demente. Su hija, en aquel entonces de diez años, también la creía loca. Por las noches tenía miedo de dormir con ella y se iba a las casas de los vecinos. Li Xuelian sabía que algo andaba mal con sus nervios, pues durante el día veía a la gente y se reía, y por las noches, se iba al granero e intentaba enseñarle a hablar a la vaca. Deseaba que, algún día, aquel animal pudiera hablar para ayudarle a lavar sus penas. Pero ¿cuándo se ha visto a una vaca hablar? De pronto la vaca vieja murió y sólo quedó la becerra, que entonces ya tenía once años, uno más que la hija de Li Xuelian. Diez años después, la becerra también fue una vaca vieja. En aquel momento, cuando la vaca vieja murió, a la becerra se le escurrió una lágrima. Li Xuelian la pateó.

—Murió tu madre y lloras. En mis diez años de penas y tristezas, nadie ha llorado por mí. Tú, ¡¿por qué no lloras por mí también?! —Entonces, la vaca levantó la cabeza, y Li Xuelian le dijo—:Ya que no sabes hablar, ¿acaso no puedes asentir o negar con la cabeza? Hace diez años tú estabas presente. Dime, ¿aquel divorcio era falso o verdadero? —preguntó Li Xuelian, cuando la vaca, de pronto, meneó la cabeza. Li Xuelian corrió, la abrazó y con gran desesperación lloró —. ¡Cielos, por fin hay alguien en el mundo que cree en mí!

Al oír el llanto de Li Xuelian, los vecinos pensaron que sus nervios habían estallado de nuevo y fueron a consolarla. Creían que lloraba por la vaca muerta. Cuando se fueron, Li Xuelian le preguntó otra vez a la vaca:

—Dime: ¿sigo o no con esta demanda?

La vaca asintió con la cabeza, dándole a la mujer un nuevo aliento para continuar. La loca de pronto dejó de serlo. Pasaron otros diez años y la vaca tenía veintiuno cuando, una noche, se dispuso a morir. Antes, miró con gran ternura a su dueña. Li Xuelian, apurada, la acarició.

—Mi niña, no te atrevas a morir. Aparte de ti, no hay otro ser en el mundo entero que crea en mí. —Entonces, la vaca derramó una lágrima, y Li Xuelian le preguntó apresurada—: Antes de morir, dime si debo seguir con esta demanda.

La vaca meneó la cabeza. Suspiró unas cuantas veces y cerró los ojos. Li Xuelian se acostó a su lado abandonada a un llanto sin fin.

—Cabrona, ni siquiera tú crees que mi demanda pueda prosperar algún día. Nadie en el mundo me cree, ¿para qué sigo demandando?

Otras familias enterraban a sus vacas muertas en el rastro de la aldea; Li Xuelian lo hizo a la orilla del río. La sepultó al lado de su madre. Como la vaca meneó la cabeza antes de morir, Li Xuelian decidió hacerle caso y jamás volver a demandar. A decir verdad, tomaba esa decisión no sólo por el consejo de la vaca, sino también porque ya estaba cansada. El cuerpo tal vez no tanto, pero su corazón estaba agotado. Al enterrar al animal, también enterró su corazón, que ya estaba muy maltratado. Pero cuando les contó el asunto de su vaca al alcalde Ma y a su séquito, no le creyeron: no sólo pensaron que ella mentía, sino que la acusaron de burlarse de ellos e insultarlos, dándole vuelta al asunto. Además, el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, por poco enloquecía del coraje. Li Xuelian no culpaba del todo al alcalde ni al presidente del condado ni al del Tribunal. Sabía que nadie le creería el asunto de su vaca. Pero lo que más la hacía enojar era pensar que, en este mundo tan grande, ¿cómo era posible que nadie le creyera, ni siquiera una sola vez?, o peor aún: ¿cómo era posible que no hubiera un solo ser humano que le llegase a la vaca?

El movimiento de cabeza de su vaca no eran el único motivo por el cual Li Xuelian había desistido de la demanda. Más importante que eso eran las palabras de su compañero de secundaria Zhao el Cabezón. Veinte años atrás, Zhao era cocinero del restaurante provincial asentado en Pekín. Cuando Li Xuelian fue a la capital por primera vez, durmió en su cama. En aquella ocasión, ella logró entrar en el Palacio de la Asamblea Legislativa y había provocado un gran incidente político. Según la lógica, Zhao el Cabezón tenía algo de responsabilidad en aquel asunto, pero como el alto dirigente habló en favor de Li Xuelian, toda la responsabilidad recayó en los funcionarios de diversos niveles del gobierno provincial y nadie se ocupó de investigar la vertiente de Zhao el Cabezón, quien tranquilamente siguió trabajando como cocinero otros dieciocho años. Cuando se jubiló a los cincuenta años de edad, regresó a su tierra natal, donde, para sacar ingresos extra, siguió trabajando como cocinero en el restaurante Casa de la Fortuna. Su mujer había muerto dos años atrás de cáncer de mama, su hijo se había casado y separado de él, por lo que Zhao se había quedado solo en su casa, así que con frecuencia iba pedaleando a la aldea, desde el condado, a visitar a Li Xuelian. Un día

después de la muerte de la vaca, Zhao el Cabezón fue a verla. Estaban sentados a la sombra del dátil chino, cuando Li Xuelian le preguntó:

—¿Crees que las vacas pueden hablar?

Él, quien no creía que las vacas hablaran, se puso a consolarla.

—Sé que has tenido muchas congojas. Ya deja de pensar tanto.

—Sabía que no ibas a creer que las vacas hablan. Deja que te pregunte otra cosa, este año no pienso seguir con la demanda, ¿me crees?

Zhao el Cabezón también se sobresaltó con la declaración y le preguntó lo mismo que todos los demás:

—Tienes veinte años intentándolo, ¿por qué este año no?

—Le hago caso a los consejos de mi vaca, quien antes de morir me pidió desistir de la demanda —respondió Li Xuelian.

—No importa si las vacas hablan o no —dio un sonoro aplauso—. Hace tiempo que quiero aconsejarte lo mismo, pero tenía miedo de que te enfadaras conmigo.

—¿Qué me quieres aconsejar?

—Te diré lo mismo que tu vaca: tienes veinte años demandando sin ningún resultado.

—Justamente por eso quiero seguir insistiendo —replicó ella.

—No me refiero a eso. Durante estos veinte años has querido perjudicar a otro y, en cambio, la más perjudicada has sido tú. Déjame preguntarte algo: ¿quién inició todo este lío?

—El cabrón de Qin Yuhe.

—¿Ves?, ya entendiste —aplaudió de nuevo—. En estos veinte años él siguió con su vida. Mientras tú lo demandabas, su esposa y su hija vivieron como si nada. ¿Qué no te das cuenta de que la única perjudicada has sido tú? ¡Mira qué canosa estás!

—Precisamente por eso necesito desquitar mi coraje —contestó.

—Te pregunto otra cosa: tú dices que su divorcio de hace veintiún años fue de mentiras, pero él dice que fue real, ¿por qué dirá eso?

—Porque se juntó con otra.

—¿Ves?, otra vez caíste en la cuenta —aplaudió otra vez—. Él se buscó otra y empezó una nueva vida, mientras tú sigues atrapada en el pasado. Él jamás reconocerá que su divorcio fue de mentiras. Mientras él no lo reconozca, tú jamás tendrás la oportunidad de ganar el caso.

—Al parecer, le hice un favor al cabrón. Si en aquel entonces lo hubiera matado, me habría ahorrado todos estos problemas.

—Según yo, matarlo tampoco habría estado bien. Lo que debiste haber hecho era aprender de él.

—¿Aprender de él? ¿Qué cosa?

—Buscar a un hombre para casarte. Si él pudo, ¿tú por qué no? De

esa manera, desde cuándo te habrías desquitado. Eso habría sido más efectivo que todas tus demandas de estos veinte años. Si hubieras hecho eso, en lugar de torturarte todo este tiempo, habrías disfrutado sin tanto lío.

Li Xuelian estaba asombrada. Ese Zhao el Cabezón, quien en la secundaria era un perfecto inútil y se pasó la vida como un simple cocinero, en el momento crucial era capaz de pensar mejor que nadie. Tal vez en la secundaria no tenía agallas para hablar, pero como cocinero las tuvo, o tal vez veinte años atrás le faltaba el valor que ahora tenía. Veinte años atrás, Li Xuelian pensaba igual, incluso había ido a la fábrica de fertilizantes sólo para oír una palabra de la boca de Qin Yuhe. Si en aquel entonces su exmarido hubiera reconocido lo falso del divorcio, ella habría dejado todo por la paz, habría olvidado todos los odios para cambiar a una nueva página en su vida. Pero aquel nefasto día, Qin Yuhe sacó lo de Pan Jinlian y sólo le dejó un camino posible: el de demandar. Sí, estaba algo arrepentida, pues si en ese entonces se hubiera obsesionado menos con Qin Yuhe, si hubiera iniciado un nuevo capítulo al lado de un nuevo marido, tal vez hoy su vida sería muy diferente. Sin embargo, en esos veinte años sólo había vaciado agua en un vaso sin fondo. A pesar de todo, Li Xuelian dijo:

—Las cosas son así. ¿Para qué sirve hablar de eso ahora?

—Claro que sirve: incluso ahora es tiempo de buscarte otro marido.

—¿Quién va a querer a una canosa de cuarenta y nueve años? —preguntó y escupió en el piso.

—Yo —contestó Zhao sin vacilar.

Li Xuelian, estupefacta, pensó que Zhao se burlaba; pero él estaba muy serio. Sin embargo, ella no podía pensar a esa velocidad. Su confusión no se debía a la propuesta de Zhao, sino a los veinte años desperdiciados en pensar cómo casarse con Qin Yuhe para volver a divorciarse, cómo hacerle pagar a su exesposo todas las cuentas pendientes. Obsesionada con eso, jamás pensó en rehacer su vida. Al mismo tiempo, aquella proposición tan abierta y directa de Zhao también la sonrojó un poco, por lo que le dio una patada:

—Ves cómo estoy y te burlas de mí.

—No estoy bromeando. Los dos somos solteros, ¿por qué no casarnos?

—Pero si todos dicen que soy una Pan Jinlian.

—A mí me gusta Pan Jinlian: me gustan las mujeres atrevidas.

—Sigues burlándote de mí —dijo Li Xuelian pateándolo de nuevo.

Sonriente y juguetón, Zhao el Cabezón le dijo:

—Yo no creo que te apellides Pan. ¿Está bien? ¿Ya estás contenta? —Luego se puso serio y agregó—: Piénsalo, eso es mucho mejor que

demandar.

Cuando Zhao se fue, Li Xuelian siguió pensando durante toda la noche. A la mañana siguiente, sintió que las palabras de Zhao eran mucho más convincentes que las de la vaca y, además, mucho más útiles. La vaca sólo le dijo que no regresara a protestar, pero nunca le dijo qué hacer después. En cambio, Zhao el Cabezón, además de aconsejarle que no protestara, le ofreció una solución. Si se casaba de nuevo, ya no tendría que seguir demandando justicia, pues las causas se desvanecerían por sí mismas. Si una Pan Jinlian se casa, deja de serlo. Hablar era fácil, pero casarse tan pronto con Zhao era algo inesperado, no porque no lo conociera, pues no era un extraño. Desde la secundaria, él tenía interés en ella. Frecuentemente le aventaba caramelos Conejo Blanco en su pupitre. En la víspera de la graduación de la preparatoria, había intentado besarla y ella puso cara de ofendida, lo empujó y lo ahuyentó. Veinte años atrás, cuando fue por primera vez a Pekín y durmió en su cama, Zhao el Cabezón se le había insinuado de nuevo y ella lo ahuyentó con su frase “Cabezón, haz lo que tengas que hacer”. Treinta años atrás, él era un imberbe; veinte años atrás también lo era… pero ya había dejado de serlo. Ahora tenía agallas para proponerle matrimonio, pues no le temía a Pan Jinlian. Era otro hombre.

Li Xuelian estaba emocionada, pero no le era tan fácil la transición de su actitud de demandante a la de volverse a casar. Todo era muy repentino y ella necesitaba tiempo para adaptarse. Por ello, a la hora de decirle al alcalde Ma las causas de su decisión de no exigir justicia de nuevo, sólo contó la primera parte, sólo habló de la vaca sin mencionar el asunto de volver a casarse. Tampoco le dijo que aquello de casarse de nuevo no era una vana ilusión, sino una muy real, puesto que había un hombre de carne y hueso dispuesto a desposarla: Zhao el Cabezón, el cocinero de la Casa de la Fortuna. Justamente por hablar solamente de la vaca, sin mencionar el asunto con Zhao, el alcalde Ma y su séquito se enojaron pensando que ella se mofaba de ellos. Si ese año el alcalde, el presidente del condado, el presidente del Tribunal y todos los demás la hubieran dejado en paz y no la hubieran buscado para tratar de convencerla de no ir a Pekín, Li Xuelian habría escuchado los consejos de su vaca y de Zhao el Cabezón, pero a todos ellos no les importaba su tranquilidad, sino distraerla durante las fechas de la reunión anual de la Asamblea por temor a su futuro político, pues tenían miedo de que ella llegara nuevamente hasta la Asamblea y provocar su destitución. Li Xuelian había descubierto sus segundas intenciones, por lo que decidió viajar a Pekín. Su asunto con Zhao el Cabezón podía esperar un poco. Si ya había esperado veinte años, días más, días menos daban igual.

5

Al salir de la fonda de caldo de borrego, el alcalde Ma Wenbin se fue en su automóvil desde el poblado de Guaiwan. Durante todo el camino no abrió la boca. A su lado, en el asiento trasero, venía el presidente del condado, Zheng Zhong; en el delantero, el secretario del gobierno. Ninguno se atrevió a interrumpir el silencio del alcalde. Esa noche, en los caminos locales, llenos de hoyos y curvas, sólo se veían brincar los faros de los autos que venían en sentido contrario. Se tambalearon en silencio absoluto hasta la entrada de la autopista, donde se separarían. El alcalde regresaría a la capital y Zheng Zhong, a su condado. Cuando éste se bajó del auto, su chofer lo esperaba detrás. Parado a la orilla de la carretera, él y su séquito despidieron con la mirada al auto del alcalde; sin embargo, al llegar a la caseta de cobro, vieron que el auto del alcalde se echaba en reversa. Zheng Zhong corrió a su encuentro. Ma Wenbin bajó el vidrio y, mirando hacia el horizonte oscuro, permaneció en silencio. A Zheng Zhong no le quedó más remedio que quedarse parado a un lado. Ma Wenbin volteó la mirada hacia la autopista y, después de mirar un largo rato los faros de los automóviles, finalmente, dijo:

—Perdí todas las esperanzas en esa campesina.

Al oír eso, Zheng Zhong tembló. Cuando el alcalde decía eso sobre algún funcionario, significaba que su vida política estaba terminada. Pero Li Xuelian no era funcionaria, sólo una campesina que exigía justicia año tras año, con lo que amargaba la vida de todos los funcionarios de la capital y del condado. Ma Wenbin cerró los ojos y, suspirando, dijo:

—Al parecer, todos la menospreciamos.

Zheng Zhong no supo qué contestar. Darle la razón era despreciarse a sí mismo y de paso menospreciar el esfuerzo de Ma Wenbin. En la fonda, nadie se imaginó que aquella campesina fuera a insultar al alcalde de la capital de la provincia. Por otro lado, no hallaba un motivo para no darle la razón. Zheng Zhong abrió la boca y, sin decir una palabra, la volvió a cerrar. Ma Wenbin lo miró, se acomodó sus anteojos dorados y dijo:

—Ya que las cosas son así, entonces usaremos tu método. Zheng Zhong, por un momento, no entendió las palabras del alcalde. ¿Su método? ¿Cuál método? ¿Cuál de todos sus métodos? Pero no se atrevió a preguntar. De pronto, recordó cuando arregló el conflicto de los campesinos por la remuneración de unas tierras confiscadas. En esa ocasión había recurrido a la violencia para contrarrestar la fuerza. Al pensar en ello, respondió:

—Regresando, la apresaré —y agregó—: Siempre se encuentra algún pretexto.

Quién iba a pensar que Zheng Zhong malentendería las palabras del alcalde, quien de inmediato frunció el entrecejo.

—Nadie te pide que la aprehendas. ¿Cómo podemos encarcelar así nada más a la gente? Y si el pretexto no pasa, jamás dejaremos de arrepentirnos. Hace veinte años, cuando cayeron cabezas desde el condado hasta la capital, ¿no fue acaso porque la apresaron? Además, no podrás tenerla encarcelada toda su vida. Ella no es una campesina cualquiera: su nombre está unido a todos los dirigentes del pasado. Aunque ellos ya no gobiernan, aún tienen mucha influencia. Ella es la Lechuguita de nuestros tiempos. Ya es famosa. A Ma Wenbin y Zheng Zhong nadie los conoce fuera de este condado y de esta provincia, pero todo mundo sabe que de aquí salió la Lechuguita de los tiempos modernos. Ella es mucho más famosa que nosotros dos. Actualmente, ella no es ninguna Lechuguita ni una Pan Jinlian ni Dou E: ella es Ni Zha, es Sun Wukong.[5] ¿Cómo vas a aprehenderla? La arrestas… ¿y luego?

Mientras más hablaba, más se enfurecía. Zheng Zhong comenzó a sudar frío. Se culpaba por haber abierto la boca, por haber malentendido las palabras del jefe, quien virtió todo su coraje sobre él. Afortunadamente, Ma Wenbin estaba bien entrenado: cuando sentía la furia en la cabeza, de pronto se calmaba.

—Aquel asunto que resolviste cuando eras vicepresidente del otro condado era muy diferente a éste. En aquel entonces, las masas rodearon el gobierno distrital. Nuestra Lechuguita jamás ha cercado al gobierno del condado. Debes entender que no puedes usar el mismo método en todos los casos.

Por lo general, Zheng Zhong procesaba rápidamente cualquier información, pero esta vez, tenía la mente en blanco. No sabía decir si entendía o no. No quería equivocarse y provocar de nuevo la furia del jefe. En ese momento, el secretario general del gobierno de la ciudad asomó la cabeza por la ventana del carro y, con la intención de suavizar las cosas, dijo:

—El alcalde Ma tiene razón: los asuntos diferentes exigen un tratamiento diferente —y, en tono de broma, agregó—: Ya que ella no acorraló al gobierno del condado, entonces, que la gente del condado la acorrale a ella.

Zheng Zhong por fin entendió las palabras del alcalde. Su intención era que el gobierno del condado asignara gente para vigilar constantemente a Li Xuelian para no permitirle salir y llegar a Pekín. Pero ese método ni era un invento de Zheng Zhong ni era algo nuevo; para prevenir las quejas y las demandas del pueblo, los gobiernos de distintos niveles lo hacían con frecuencia. En ese instante, Zheng Zhong comprendió que la furia del alcalde no estaba dirigida a él, sino que se culpaba a sí mismo por haberse molestado en tratar de

controlar a una campesinaen tratar de controlar a una campesina sin lograrlo, por haber perdido el tiempo en vano, para que al final sólo le quedara la estrategia de bloquearla. Al alcalde le gustaba innovar, hacer cosas que nadie más podía, pero en esa ocasión no había podido innovar y a eso se debía su frustración. Para rescatar al alcalde, Zheng Zhong dijo:

—El problema se inició en nuestro condado, por lo que la responsabilidad es nuestra. Les pido al alcalde y al secretario general que dejen de preocuparse. Nosotros usaremos todos los medios para convencerla de que se quede en casa y deje de ir a Pekín a interferir en la reunión anual de la Asamblea Legislativa.

6

A partir del día siguiente, policías del condado resguardaron día y noche los cuatro extremos de la casa de Li Xuelian. Los policías, vestidos de civiles, fumaban y caminaban sin parar. No era la primera vez que lo hacían. En los últimos veinte años, al aproximarse la reunión anual de la Asamblea, las cuatro esquinas de la casa de Li Xuelian eran vigiladas por policías. A veces eran tres y otras, cuatro. Cuando cambiaban los funcionarios del gobierno de la capital provincial o del condado, también enviaban a unos cuantos a cuidarla. Puesto que todos los años sucedía lo mismo, tanto los policías como Li Xuelian ya estaban muy familiarizados. Al verse, se saludaban, ya que Li Xuelian no era una criminal ni tenían con ella un pleito personal, así que la vigilaban con gran amabilidad.

—Buenos días, cuñada.

Entre los de ese año siempre había uno que otro del año anterior, por lo que Li Xuelian, al verlos, les decía:

—¿Otra vez por acá?

—Somos sus guardaespaldas, cuñada —contestaban.

Mientras Li Xuelian estaba en su casa, ellos estaban tranquilos; pero cuando salía, de inmediato la seguían:

—¿Cuánta virtud he acumulado durante mis diferentes vidas para que hoy tenga un séquito tan grande? —solía decirles.

—Por supuesto, este trato apenas lo recibe el presidente de los Estados Unidos —contestaban.

Y cuando los policías tenían sed, entraban en su casa a tomar agua, por lo que ella siempre tenía un recipiente de agua caliente para ofrecerles.

De los policías de este año, dos eran antiguos y dos nuevos. Uno de

los nuevos era hijo de Hu, quien ahora se encontraba hemipléjico y acostado en su casa, y ya no salía al mercado a vender carne. Al otro día de instalar su cerco, Li Xuelian supo que uno de los policías era el joven Hu. El carnicero era chaparro, gordo y moreno; su hijo, en cambio, era alto, delgado, de cejas finas y mirada transparente. Al saber de quién se trataba, Li Xuelian le hizo plática. Nunca se imaginó que aquel joven sería tan cuerdo.

—Así que tú eres hijo del carnicero Hu. ¿Cómo está?

—Postrado en cama, esperando el día para reunirse con su creador.

—¿Cómo es que te mandaron a cuidarme?

—Abusan de mí: el mes pasado me peleé con el jefe y, por vengarse, me mandó para acá.

—¿Qué hay de malo en cuidarme? ¿Acaso es mejor apresar gente?

—¡Qué fácil es decir eso! Mientras tú duermes calientita, acurrucada en tu cama, nosotros estamos parados a la intemperie. Aun cuando está empezando la primavera, las noches son muy frías.

—¿Quién te manda a cuidarme?

—Cuñada, la culpa no es tuya ni mía; la culpa la tiene la reunión anual de la Asamblea.

Sus palabras la hicieron reír. Pero dejando la plática y la risa a un lado, Li Xuelian se preparaba para ir a Pekín. Para tal efecto, tendría que huir de sus fieles vigilantes. Si no lo lograba, no podría cumplir su misión. Faltaban siete días para la reunión anual y no servía de nada llegar con mucha anticipación. Otros años había logrado esquivar a los policías. Por lo general, lo hacía por las noches; a veces lo conseguía y otras, no. Ese día, cuando Zhao el Cabezón llegó en bicicleta desde el condado a visitarla, vio a los policías en los cuatro extremos de la casa. Saludó entre ellos a un conocido y entró en la casa de Li Xuelian.

—En China sólo hay dos lugares así de vigilados —le dijo.

—¿Y cuáles son?

—Uno es Zhongnanhai, el Palacio del Gobierno Central, y el otro es tu casa.

Se sentaron debajo del dátil del patio y Zhao el Cabezón le preguntó:

—¿Qué has pensado de lo que te dije?

—¿De qué me hablas?

—De casarnos.

—Cabezón, no importa lo que yo piense de eso. Por el momento ese asunto debe esperar.

—¿Por qué?

—Porque primero debo ir a Pekín a demandar justicia.

—¿Acaso no me dijiste que este año le harías caso a tu vaca? Si no le haces caso a tu vaca, por lo menos hazme caso a mí.

Entonces, Li Xuelian le contó con lujo de detalles su encuentro con el alcalde en la fonda de caldos, le narró aquel inesperado conflicto y le explicó cómo se habían ido sin siquiera despedirse:

—Realmente me humillaron —comentó enojada—. Les dije que este año no pensaba ir a Pekín, pero no me creyeron y me tacharon de mentirosa. Les dije que pensaba hacerle caso a mi vaca, pero pensaron que me mofaba de ellos. Cuando te platiqué el asunto de la vaca, me entendiste. ¿Cómo es posible que ellos no me entendieran? ¿Por qué todo lo que digo lo malinterpretan? ¿Por qué me tratan como a una maleante a la que hay que vigilar? Me acorralaron paso a paso hasta obligarme a ir a Pekín de nuevo. En un principio, por mi bien, decidí no ir; pero ahora, si no lo hago, pensarán que me vencieron, que los policías me amedrentaron. Originalmente demandaba a mi exmarido, ahora voy a demandar a estos funcionarios corruptos y podridos. Si ya me tacharon de maleante, no puedo decepcionarlos. ¿No dijeron acaso que no llegaban ni al nivel de una vaca?

—¿Por qué, en lugar de hacerles caso a ellos, no me haces caso a mí? Olvídate de la demanda. Vamos a casarnos y a vivir nuestras vidas en paz.

—No puedo. Me acorralaron tanto que no puedo tragarme el coraje. Con esta rabia, aunque nos casemos, no podría estar tranquila.

Al verla tan decidida, Zhao el Cabezón se enfadó un poco.

—Nunca imaginé que las cosas fueran a cambiar tanto.

—Cabezón, quiero pedirte algo.

—¿Qué cosa? —preguntó él, sorprendido.

Señalando afuera de su casa, Li Xuelian respondió:

—Cuatro policías cuidan mi casa. Si quiero llegar a Pekín a demandar justicia, debo escapar. Sola no puedo, así que quiero que me ayudes a escabullirme.

Zhao el Cabezón no esperaba esa petición:

—¿Quieres que arme un pleito?

—Con pleito o sin pleito: sólo ayúdame a escapar.

—Yo solo no puedo contra cuatro —dijo Zhao enfadado, y añadió —: Además, estaría retando al gobierno y las consecuencias podrían ser muy serias.

Li Xuelian se enfureció.

—Tengo veinte años retando al gobierno y tú ni siquiera te atreves a hacerlo una vez. ¿Cómo quieres casarte conmigo si no pensamos igual? Y si nos casamos, ¿cómo podríamos vivir juntos?

Zhao el Cabezón también se desesperó:

—No te sobresaltes, mujer, ¿qué no ves que estoy pensando? Ni siquiera me dejas pensar.

Sus palabras la hicieron reír.

—Cabezón, llegó el momento de ponerte a prueba. Veinte años atrás, Hu el carnicero no la pasó. No te vaya a pasar lo mismo que a él.

—Yo no soy como Hu. Pero sí necesito tiempo para armar una estrategia.

—Regresa a tu casa y piensa en algo. Falta una semana para la reunión de Pekín. Después de tres días, te espero aquí para que me ayudes a escapar.

Pero a los tres días, Zhao no pasó la prueba y no se presentó. Al igual que aquel Hu de hacía veinte años, sólo quería acostarse con ella sin meterse en líos. Al ver los problemas venir, ellos se daban la vuelta y se disponían a huir. Incluso sin la ayuda de Zhao el Cabezón, Li Xuelian tenía que escabullirse. La mejor ocasión era por la noche. Pero ese día era el decimoquinto día del primer mes del calendario lunar, y bajo la enorme luna colgada en el cielo, la noche parecía de día. A las ocho, a las diez y luego a las doce de la noche, Li Xuelian miraba a los policías fumar y caminar de un lado a otro desde la pared del granero de su casa: no era el momento adecuado para escabullirse. Si, a pesar de ello, hubiera insistido en saltar la pared y correr, los cuatro policías la habrían atrapado. Ellos tenían entre veinte y treinta años, ella, cuarenta y nueve; ellos eran cuatro, ella estaba sola, por lo que atraparla no sería difícil. Fracasar una vez en el intento sería una mala señal, puesto que los policías, después de eso, se pondrían más atentos e, incluso, existiría la posibilidad de que al día siguiente mandaran a ocho hombres a vigilarla y harían que la huida fuera prácticamente imposible. Durante esos veinte años, Li Xuelian había comido varias veces de esa sopa, y cuando la atrapaban, al día siguiente reforzaban la vigilancia y echaban por tierra sus planes. Ella esperó sin moverse hasta el amanecer. Cuando el sol subió a lo alto del cielo, ya era imposible escurrirse sin ser vista.

Pasó todo el día sin decir una sola palabra. Añoraba la noche, pero ni una nube se divisaba y la noche no caía y, cuando por fin llegó, una enorme luna se asomó en el horizonte. Li Xuelian se puso a llorar: ni siquiera el cielo estaba de su lado. En eso, alguien tocó la puerta. Pensó que los policías venían por agua, pero al abrir, vio a Zhao el Cabezón. En la parrilla de su bicicleta estaba amarrada una enorme caja de cartón. Li Xuelian, muy malhumorada, le dijo:

—Si no te atreviste a venir, ¿por qué cambiaste de idea?

Zhao el Cabezón la empujó hacia el patio y comenzó a desamarrar la caja de cartón. La abrió y sacó tres pollos asados, cuatro manitas de puerco en salsa de soya y cinco cabezas de conejo ya preparadas. Entre ruidos y golpeteos sacó seis botellas de licor Laobaigan. Li Xuelian estaba confundida. Al comprender sus intenciones, lo jaló y le dio un beso en el cachete.

—Ah, qué Cabezón, y yo que creí que no eras de fiar. Jamás imaginé que estuvieras tramando algo. Más bien pensé que tu cabeza era de palo, pero ahora me doy cuenta de que eres un estuche de monerías.

Zhao el Cabezón, agitando las manos, dijo:

—Rápido, prende la lumbre: hay que hacer algunos platillos calientes.

Cuando el banquete estuvo dispuesto, Zhao el Cabezón salió a llamar a los policías. Aunque la primavera se asomaba, las noches eran heladas y los policías tenían que calentarse alrededor de una fogata junto a la pared de la casa de Li Xuelian. Zhao el Cabezón, dirigiéndose a su conocido, le gritó:

—Xing, dejen de congelarse ahí afuera; entren a la casa a tomar un poco de vino.

Xing se levantó sonriendo:

—Estamos de guardia, ¿cómo crees que nos atreveríamos a beber?

—¿Acaso no están vigilando a Li Xuelian? Ella está en la casa. ¿No es más fácil vigilarla estando ustedes adentro?

Mientras los policías se miraban sin comprender nada, Zhao el Cabezón continuó:

—Además, ya no es necesario vigilarla.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Xing.

—Ustedes la vigilan para impedir que ella vaya a Pekín, ¿no es cierto? Este año, a diferencia de los anteriores, no lo va a hacer.

Xing primero se sorprendió y luego sonrió.

—¿Quién le cree a ella?

—Li Xuelian y yo nos vamos a casar. El banquete de hoy es para festejar nuestro compromiso. Si se casa conmigo, ¿creen que seguirá empeñada en su divorcio de antaño?

Los hombres de nuevo se miraron, cuando Xing preguntó:

—¿Es verdad lo que dices?

—¿Puede uno bromear con estas cosas? Y aunque yo esté bromeando, ¿una mujer decente como Li Xuelian entrará en nuestro juego? De hoy en adelante, ya no vale la pena vigilarla.

Rascándose la cabeza, Xing le dijo:

—Tus palabras tienen mucho sentido, pero si nuestro jefe se entera de que entramos a la casa a beber, se va a enfadar mucho.

De pronto, Hu el hijo del carnicero, entró al patio.

—Ellos se van a casar y nosotros congelándonos afuera como tontos, ¿acaso no estamos mal de la cabeza?

Los otros tres, sin dejar de mirarse uno al otro, también entraron al patio.

Bebieron desde las ocho de la noche hasta las tres de la madrugada. Al principio, los policías estaban algo precavidos. Xing aún mostraba mucha desconfianza, pero al ver a Li Xuelian preparar los platillos con tanta alegría, verla recargarse en Zhao el Cabezón a la hora de servir la comida, ver que éste agarraba las manitas de puerco y le daba a ella de comer en la boca, finalmente creyeron el cuento de Zhao. Una vez entrados en el vino, ya no pudieron parar. Primero bebían en parejas y, al final, todos con todos. Sin darse cuenta, los tres pollos asados, las cuatro patas de cerdo y las cinco cabezas de conejo terminaron en sus barrigas: de los seis platillos que preparó Li Xuelian, sólo quedaba algo de caldo en el fondo de los platos. Cada policía bebió en promedio medio litro de licor Laobaigan, con cincuenta y siete grados de alcohol. Zhao el Cabezón se había pasado la vida tomando por haber sido cocinero, así que medio litro de alcohol no era nada para él, pero Xing y Hu cayeron sobre la mesa y empezaron a roncar. Un policía que fue al baño se quedó trabado en la letrina, y el cuarto, quien también quería ir al baño, no pudo sostenerse en pie y se quedó sentado a la mesa. Zhao el Cabezón y Li Xuelian hicieron la maleta; recogieron los teléfonos móviles de los policías, los metieron en una bolsa y los aventaron al techo de la casa. Sacaron la bicicleta, cerraron la puerta con llave y, aprovechando la luz de la luna, tomaron el camino. El policía sentado a la mesa por fin comprendió lo ocurrido, quiso ponerse en pie, pero las piernas no le obedecieron; se arrastró hasta el patio y, de ahí hasta la puerta de la casa. Por la rendija, balbuceó:

—¡Regresen, regresen!

Mientras tanto, Zhao el Cabezón, con Li Xuelian abrazada a él, sentada en la parrilla de la bicicleta, ya habían recorrido más de un kilómetro.

7

Con la huida de Li Xuelian, el condado y la capital se voltearon de cabeza. Al principio, la noticia se limitó al condado. Cuando al día siguiente, por la mañana, Zheng Zhong se enteró de la huida de Li Xuelian, se asustó mucho y no se atrevió a reportar el incidente a la capital; pensó que podría controlar el asunto en el marco del condado: movilizó a todos los policías para encontrarla y traerla de vuelta. Mandó a buscarla en todas las centrales camioneras del condado, en la pequeña estación de trenes, en la que sólo paraban trenes lentos, y a que cerraran todos los cruceros de los caminos que llevaban a Pekín. No sólo cerró los cruceros locales, sino que también mandó bloquear

los de las carreteras del condado, de las autopistas e, incluso, de las carreteras municipales y caminos rurales que salían hacia la capital. En total, movilizó entre cuatrocientos y quinientos hombres. Pero al cabo del primer día, más de cuatrocientos hombres no lograron detener a una mujer. Para entonces, el alcalde Ma Wenbin se enteró de la huida de Li Xuelian y telefoneó a Zheng Zhong. Sus primeras palabras fueron:

—Presidente Zheng, me enteré de que hoy está usted muy ocupado.

Zheng Zhong sabía que no podía tapar el sol con un dedo, por lo que apresuradamente contestó:

—Justamente pensaba en llamarle.

—Llamarme para reportar el asunto no sirve de nada. Lo que quiero saber es si toda su caballería pesada ya logró a atrapar a esa campesina.

Estaba atrapado, Zheng Zhong no tuvo más remedio que decir la verdad.

—Aún no.

Sin proponérselo, Ma Wenbin empezó a mostrarse enojado.

—Siempre he dicho que un dique de miles de kilómetros puede sucumbir ante un simple hormiguero, que siempre hay que prevenir, que no nos podemos permitir perder la perspectiva por descuidar los detalles. Sin embargo, ustedes, una tras otra, siempre permiten que las insignificancias echen a perder el asunto. ¿Cómo es que tantos policías de tu condado no son capaces de vigilar a una campesina? Claro, los inútiles son ellos, pero ¿en quién recae la responsabilidad? Según yo, la responsabilidad siempre recae en nosotros: los funcionarios. Hay una de dos: o no nos damos cuenta de eso o simplemente no tenemos sentido de responsabilidad. Esta vez estoy algo decepcionado.

Cuando Ma Wenbin decía estar "decepcionado" con algún cuadro, la vida política de éste emprendía el camino cuesta abajo. Aunque el alcalde dijo "estoy *algo* decepcionado", ese "algo" le provocó a Zheng Zhong un río de sudor frío. Y ni qué decir de "la falta de sentido de responsabilidad", por lo que rápidamente respondió:

—Sí: nos falta sentido de responsabilidad; nos falta compromiso —y, nerviosamente, agregó—: Alcalde, por favor, despreocúpese: le garantizo atrapar a esa mujer en menos de dos días.

Faltaban dos días para el inicio de la reunión anual de la Asamblea. Al oír eso, Ma Wenbin rió, pero no como siempre, sino con una gélida sonrisa.

—Lo que prometes no tiene garantía. Esa mujer no es una piedra enterrada en la montaña que está esperando a que tú la muevas. Tiene piernas, tiene pies. Si no sabes adónde se dirigió, ¿cómo la atraparás

en dos días?

La pregunta de Ma Wenbin paralizó a Zheng Zhong. Él sólo pretendía mostrar su buena disposición, pero Ma Wenbin lo agarró por sus palabras. Cuando los superiores atrapan con sus palabras a sus subalternos, éstos, al igual que las víboras cuando tienen el setenta por ciento del cuerpo lastimado, no pueden moverse. Zheng Zhong, como víbora paralizada, al otro lado del teléfono, abría la boca sin poder articular palabra. Ma Wenbin, quien al parecer ya no quería perder más tiempo en regañarlo, le dijo:

—Pasado mañana voy a Pekín a participar en la Asamblea. No deseo toparme con la Lechuguita durante mi estancia —y agregó—: Evitar la vergüenza de la capital y de todas nuestras instancias recae en ti, presidente Zheng. Te responsabilizo de este asunto —y colgó.

Zheng Zhong, con el auricular en la mano, permaneció paralizado sin saber cuál había sido su error; luego se dio cuenta de que escurría agua de su camisa y su pantalón. En las últimas palabras del alcalde, había cinismo e ironía de gran peso. Zheng Zhong aventó al suelo la tasa de té de porcelana de su escritorio, tomó el teléfono y mandó llamar al comandante de la policía, quien por sus múltiples ocupaciones, no había comido ni cenado. Al verlo, Zheng Zhong le preguntó:

—¿Ya atrapaste a la fugitiva?

Su tono era igual al del alcalde. El comandante de la policía, nervioso, titubeó.

—Aún no.

La misma respuesta que dio Zheng Zhong, quien por fin encontró lugar para verter su rabia. Chispas de fuego brotaban de su mirada.

—En lugar de mantenerlos a ustedes, debería criar perros. Ni siquiera son capaces de retener a una mujer —y añadió—: Mañana la encuentras y me la traes. Si no la encuentras, prepara tu renuncia y ven a verme.

El comandante, sin atreverse siquiera a contestar, salió corriendo para seguir buscando a Li Xuelian. Mientras movilizaba a más fuerzas policiacas, mandó a los cuatro policías, así como al jefe de la cárcel de la aldea de Li Xuelian, a cuidar a los criminales. Entre los oficios de la policía, no había uno peor que vigilar a los presos. Antes de enviarlos a la cárcel, el comandante de la policía profirió los mismos insultos que Zheng Zhong.

—En lugar de mantenerlos a ustedes, debería criar perros. Ni siquiera son capaces de retener a una mujer —y añadió—: Ya que no saben vigilar, aprenderán a hacerlo cuidando a los presos. Después de diez años serán expertos.

El comandante de la policía, por un lado, proclamaba su inocencia

y, por el otro, regañaba e insultaba a los cuatro irresponsables. Mientras tanto, los cuatro se debatían entre la desgracia y el regocijo, pues todos ellos decidieron ocultar el asunto del banquete. Solamente dijeron que se les había escapado en un descuido. Si el jefe supiera que durante su jornada de trabajo se habían embriagado, el castigo habría sido mucho más severo, debido al "incumplimiento del deber".

En aquel tremendo caos, Wang Gongdao, presidente del Tribunal, estaba muy tranquilo. Aunque el caso de Li Xuelian era un caso de la Corte, en esa ocasión su huida no tenía nada que ver con el Tribunal: los que la vigilaban eran policías que dependían de la oficina de Seguridad Pública.

8

Al huir de la casa, lo lógico era ir hacia el norte, ya que Pekín estaba al norte, pero después de lidiar con los policías durante veinte años, a Li Xuelian le crecieron los colmillos. Su aldea se hallaba al este del condado; hacia el norte, el sur y el oeste había que caminar más de cincuenta kilómetros para salir; sólo hacia el este, el condado acababa a los treinta y pico de kilómetros, así que, para sacudirse a los policías, Li Xuelian le ordenó a Zhao el Cabezón dirigirse hacia el este. De esa manera, sin lugar a dudas, los despistarían. Al principio, los dos estaban muy contentos, pero al alejarse unos cinco kilómetros, comenzaron a preocuparse por los policías que habían dejado en la casa. Uno de ellos, el de los piernas temblorosas, aún estaba despierto. Si lograba caminar o si sus compañeros se despertaban, de seguro irían de inmediato a reportarlos. Si los superiores se enteraban, todo el condado se convertiría en una enorme trampa. Zhao el Cabezón pedaleaba sin parar. A los diez kilómetros, su ropa estaba empapada de sudor. Li Xuelian quiso ayudarle a manejar, pero él no se lo permitió. Ella saltó de la parrilla y Zhao el Cabezón no tuvo más remedio que dejarla manejar y sentarse en su lugar. Él recuperó fuerzas durante siete u ocho kilómetros y se puso a pedalear de nuevo. Antes del amanecer, ya estaban fuera del condado. Pedalearon otros dos, tres kilómetros, y luego se sentaron a descansar al pie del camino sobre un puente. Entonces, ella dijo:

—*Amituofu*, gracias señor por habernos permitido cruzar la primera frontera.

—Sí, tenías razón al sugerir el este. Saliendo de nuestro condado aún podemos llegar a tiempo a Pekín —comentó Zhao.

—Ay, Cabezón, si no fuera por tu ayuda, jamás habría logrado huir por mis propios medios —y añadió—: Ya salimos del condado, ahora regresa a tu casa. El resto del camino lo haré sola.

—No, no regresaré.

—¿Y eso?

—Ya no puedo regresar. Ponte a pensar: te ayudé a embriagar a cuatro policías y te ayudé a huir, violando las órdenes del gobierno. Si me atrapan, ¿crees que me van a perdonar?

Ella no había pensado en eso. El Cabezón continuó.

—Calculé las consecuencias al decidir quemar todas mis naves —y, sonriendo, agregó—: Además, yo viví en Pekín por más de treinta años: lo conozco mejor que tú.

Li Xuelian no calculó nada de eso. Las palabras de Zhao el Cabezón

la conmovieron profundamente y lo abrazó.

—Cabezón, tan pronto como acabe este embrollo, regresando a casa, me caso contigo.

En sus brazos, Zhao el Cabezón también se conmovió.

—Yo ya me dispuse a este sacrificio. Con tal de casarnos, si después quieres seguir demandando justicia, iré contigo a Pekín todos los años.

Descansaron un poco y de nuevo emprendieron el camino. Al medio día llegaron a la cabecera del condado colindante. Después de una noche y una mañana de pedalear, estaban muy cansados. Además, tenían miedo de que los policías, al no encontrarlos en su condado, ampliaran las redes de búsqueda hacia los condados colindantes. Atrapar a alguien en el día es más fácil, por lo que primero comieron en un restaurante en las orillas de la cabecera del condado y luego buscaron un hotel en un callejón escondido para descansar hasta la noche, antes de continuar su camino. Primero por ahorrar, y luego porque ya no eran extraños, decidieron alquilar una habitación. En principio, dormir juntos en un cuarto no significaba nada, pero tan pronto como entraron a la habitación, Zhao el Cabezón la abrazó. Que la abrazara no era gran cosa, pues momentos atrás, ella también lo había abrazado en el puente. Pero el Cabezón la abrazó, la estrujó, la subió en la cama y comenzó a despojarla de su ropa. Li Xuelian lo empujaba con todas sus fuerzas, pataleaba y gritaba:

—Cabezón, no hagas eso. Si no paras, me voy a enojar.

Treinta y veinte años atrás, Li Xuelian lo había ahuyentado. Pero él ya no era el mismo de entonces y ya no le tenía miedo, así que, a pesar de sus pataleos, la sujetó con firmeza, mientras seguía quitándole la ropa.

—Querida, he esperado treinta años.

Después del cansancio de toda una noche y una mañana de pedalear, ella estaba exhausta y no tenía fuerzas para defenderse. Lo que no comprendía era de dónde le venía la fuerza a él; además, el Cabezón había dicho que la acompañaría a Pekín y se casarían al regresar a casa, por lo que, poco a poco, dejó de resistirse. Finalmente, el Cabezón la desnudó y luego se quitó la ropa. Sin ningún preámbulo, la penetró. Hacía veintiún años que ella no experimentaba eso. Al principio estaba nerviosa, pues no pensó que él, después de anclarse en el puerto, mostraría tanta destreza. Antes de anclar, tuvo prisa; una vez adentro, ya no. Sin moverse comenzó a besarle las orejas, las cejas y los labios; luego lamió sus pechos. Cuando ella se relajó, él comenzó a girar la pelvis. Sus movimientos, nada bruscos, lentos, rápidos, hacia la derecha, hacia la izquierda, poco a poco despertaron el entusiasmo de Li Xuelian, entusiasmo que no había experimentado en mucho tiempo. Entonces, ya relajada, ella también comenzó a moverse hacia

arriba, hacia abajo, hacia adelante, hacia atrás. Y entonces, inesperadamente, vino el orgasmo y ella comenzó a gritar, a aullar. Zhao el Cabezón no se detuvo, siguió embistiendo hasta provocarle un segundo orgasmo. Li Xuelian gritó de nuevo. Años atrás, cuando estaba con su esposo, nunca había experimentado esa felicidad. El Cabezón, aparentemente inocente e inexperto, era un cabrón lleno de trucos en aquellos asuntos. Quién iba a pensar que aquel hombre, después de pedalear toda una noche y una mañana, aún tendría tanto fuego en sus entrañas. Finalmente, cuando los gritos y los aullidos terminaron, y los dos, desnudos, se quedaron postrados en la cama, Li Xuelian comenzó a llorar.

—Cabezón, eso se llama violación.

Zhao el Cabezón le limpiaba las lágrimas, mientras acariciaba sus muslos:

—Perdimos en vano más de treinta años. —Y luego, con ternura, le preguntó—: Dime, ¿estuvo bien?

Li Xuelian se sonrojó:

—¿Qué no te da vergüenza decir eso en pleno día?

Luego, con la cabeza en los brazos del Cabezón, en voz baja le confesó:

—Nunca había sentido eso.

Precisamente porque hicieron tan bien el amor, sus planes cambiaron. Zhao el Cabezón destendió la cama, los cubrió a ambos y, apretando la mano de Li Xuelian, le dijo:

—Querida, dime algo: ¿las personas buscan estar con sus pares afines o con los contrarios?

—¡Qué pregunta tan tonta!

—Dime: ¿la gente prefiere estar con los que quiere o con los que odia?

—Otra pregunta tonta.

—Si mis preguntas son tontas, eso demuestra que tú también eres tonta.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó sorprendida.

—Si ya entiendes la diferencia entre lo que quieres y lo que odias, entonces, te suplico que desistas de tu demanda. Al hacerlo, te alejas de lo que quieres y te acercas a lo que odias —y añadió—: Si logras derrotar a tus enemigos, entonces, la demanda vale la pena; pero si llevas veinte años sin lograr nada, este año no pasará nada diferente, porque tanto tú como tus enemigos estarán en el mismo lugar que al principio.

—Yo también comprendí eso y decidí no demandar. Independientemente de las palabras de mi vaca, fueron esos funcionarios corruptos quienes me obligaron a intentarlo de nuevo.

Ellos siempre tergiversaron mis palabras, siempre me consideraron una mala persona. Este año no demandaré a Qin Yuhe: este año demandaré a esos funcionarios podridos.

—Sé que esas lacras son peores que Qin Yuhe y, justamente por ser peores, confrontarlos es perder el tiempo sin conseguir absolutamente nada.

Li Xuelian se sentó.

—Mmm, pero no puedo con este coraje.

Zhao el Cabezón dio un aplauso sonoro.

—Justamente hablo de eso: por un coraje has sufrido veinte años; por un coraje, si sufres otros veinte años, nosotros ya tendríamos setenta. Tal vez desquites tu coraje, pero… ¿y nuestra vida qué? —De nuevo acarició la mano de Li Xuelian. Ella lentamente se recostó y él continuó—: Bien dice el proverbio: "Vale la pena retroceder un paso; al fin y al cabo, la tierra es vasta y el cielo interminable". Cuando los confrontas, estás sola; ellos, en cambio, son muchos funcionarios de diferentes niveles del gobierno; tú sólo tienes tus puños, ellos tienen poder, influencias; pasa algo y pueden movilizar a la policía. ¿Acaso no andan ahora tras nosotros? ¿Crees que tú y yo podemos contra ellos? Finalmente, ya no importa si logramos algo o no. Lo malo es que tú y yo, al pasar los años, seremos más viejos. ¿Cuántos años más planeas rodar en el lodazal de este mundo? ¿Por qué no pensar en salvarnos y vivir juntos y felices el tiempo que nos queda? —y de nuevo, con ternura, preguntó—: Dime, ¿te gustó lo que hicimos?

Sin aquel placer, esa conversación no habría tenido lugar. No era ésta la primera conversación al respecto, pero antes ella no entendía razones. Después del goce que experimentó ese día, las palabras de Zhao el Cabezón tuvieron más sentido. Abandonar ese placer para seguir midiendo fuerzas con funcionarios corruptos significaba seguir atrapada. Veinte años atrás, cuando ella tenía veintinueve años, aún podía darse el lujo de confrontarlos; ahora, con cuarenta y nueve años encima, si seguía haciéndolo, jamás saldría de su propia trampa. Zhao el Cabezón tenía razón: estaba sola en el mundo y su salvación estaba en sus propias manos. O, tal vez, las palabras de Zhao la rescataron. Li Xuelian, con lágrimas en los ojos, permaneció en silencio. Si aún sentía odio y coraje, se debían a los veinte años perdidos. Él, limpiándole las lágrimas, le dijo:

—Si decides cambiar de parecer, podemos regresar y casarnos de inmediato —y agregó—: Una vez casados, podrías olvidar a tus enemigos, a todos aquellos que tanto odias. Si dejamos de confrontarlos, ellos olvidarán que embriagamos a sus policías y dejarán de molestarnos, precisamente porque distinguen lo importante de lo secundario.

—Pero, y si te hago caso y desistimos de la demanda, tampoco es

bueno regresar ahora —argumentó ella.

—¿Por qué? —preguntó Zhao.

—Vamos a hacerlos sufrir por última vez. Si regresamos ahora, sabrán que no habrá demanda. Si no regresamos, pensarán que fuimos a Pekín y eso es lo que más temen. Siempre que he ido a Pekín, me buscan. Deja que vayan a buscarme.

Zhao el Cabezón de inmediato estuvo de acuerdo:

—Claro, tienes razón, hay que hacerlos sufrir una vez más. Si no vamos a Pekín, jamás nos encontrarán y, al no hallarnos, se pondrán muy nerviosos. Pero no podemos quedarnos aquí todo el tiempo. Aún estamos cerca de nuestro condado y puede que nos encuentren.

—¿Y adónde iremos?

—Te llevaré a la montaña Tai. ¿Has ido?

—En estos veinte años sólo me ocupé en demandar —dijo ella recapacitando—. Ahora que lo pienso, aparte de Pekín, no conozco ningún otro lugar.

—El paisaje de la montaña Tai es muy hermoso. Te llevaré a ver el amanecer. Ves el amanecer allí y tu corazón crece y crece.

Cada vez se comprendían más. Zhao el Cabezón le dio la vuelta y nuevamente la montó. Mientras ella lo empujaba, le decía:

—¿Otra vez? ¿Ya se te olvidó nuestra edad?

Él llevó la mano de Li Xuelian a su miembro.

—¿Está grande? —y diciendo esto, de nuevo ancló en su puerto—. Yo tampoco pensé que estando contigo rejuvenecería tanto.

Al otro día guardaron la bicicleta en el hotel, tomaron un autobús y se fueron a la montaña Tai. A la altura de la montaña Liang, estaban construyendo la autopista, por lo que al pasar por el tramo en construcción, el tráfico estaba muy pesado. El autobús, entre circular lentamente y estar detenido la mayoría del tiempo, finalmente llegó a Taian, la ciudad en la cuesta de la montaña Tai, a las cinco y media de la tarde. Ya no era buena hora para subir la montaña, por lo que la pareja buscó un hotel en un callejón escondido. Aquella noche, Zhao el Cabezón tampoco le dio tregua. En la mañana, desayunaron en la entrada del hotel y comenzaron a ascender la montaña para ahorrar dinero y no tomar el teleférico. Siguiendo los miles de escalones, torcidos e inclinados, subían hacia el pico. Junto a ellos había mucha gente escalando. Dialectos de todas partes de China zumbaban a su alrededor. Era la primera vez en su vida que Li Xuelian salía a pasear. Tal vez por ello, escalaba con gran entusiasmo y, de paso, charlaba con algunas mujeres en el camino. Zhao el Cabezón, en cambio, después del desgaste de las dos noches anteriores, estaba visiblemente cansado: subía unos escalones y se ponía a descansar, ya que no tenía fuerzas para charlar con los demás viajeros. Al ver su agitación, Li

Xuelian sonrió y, señalando su frente, le dijo:

—Te luces en las noches… A ver si lo sigues haciendo, ¿eh? Él estiraba el cuello para no reconocer su cansancio.

—No tiene nada que ver con lo de anoche, lo que pasa es que tengo artritis en la rodilla.

Por lo general, los turistas alcanzaban el pico en una mañana; sin embargo, Zhao el Cabezón, torturando de paso a la pobre Li Xuelian, apenas había llegado a la mitad de la montaña al medio día, al lugar conocido como la Puerta del Cielo Medio. A la vuelta estaba un pequeño templo. Él se sentó en el suelo y, mientras limpiaba el sudor de su frente, le dijo:

—Sube sola hasta la cima, yo te esperaré aquí.

Ella respondió algo decepcionada:

—Divertirse es cosa de dos, ¿qué haré sola allá arriba?

Al ver que de plano no podía moverse, ya no quiso insistir:

—No hay por qué subir. Descansaremos un poco y luego vamos a bajar.

—Quería subir a la cima hoy —dijo él con remordimiento—. Si no subimos, ¿cómo veremos el amanecer en la madrugada?

Li Xuelian quiso consolarlo.

—En casa, salgo diariamente a trabajar al campo mucho antes de salir el sol: todos los días veo el amanecer.

—Pero el amanecer del monte Tai es muy distinto a cualquier otro.

—¿Qué puede ser tan especial? ¿Acaso no sale el sol y ya? Entonces, comieron el pan y los huevos bañados en té que habían comprado esa mañana; tomaron juntos de la misma botella de agua y comenzaron a descender. Cuesta abajo, los pasos eran mucho más ligeros. Él se reanimó y dijo:

—El año que viene podemos venir otra vez. No se vale llegar sólo a la mitad del camino.

—Ya vimos la montaña. Gastar dinero para venir de nuevo al mismo lugar no vale la pena. Mejor vamos a otro lado.

Cuando llegaron abajo, buscaron una fonda, comieron unas tortillas asadas con tallarines en caldo de borrego y regresaron al hotel. Esa noche, Zhao el Cabezón, muy quieto, ya no le dio lata a Li Xuelian. Acostados sobre la cobija, recargados en la cabecera de la cama, se pusieron a charlar. Hablaron sobre asuntos de hacía treinta y tantos años, cuando estaban en la secundaria. Li Xuelian le preguntó cuándo había empezado a interesarse en ella.

—Cuando te vi por primera vez —contestó él.

Ella le reclamó.

—Eso fue en primero de secundaria; yo apenas tenía trece años. En la secundaria, nunca me hiciste caso.

Zhao el Cabezón tuvo que reconocer que se fijó en ella hasta primero de preparatoria.

—En la secundaria apenas eras un capullo, fue en la preparatoria cuando mostraste tus cualidades.

Li Xuelian le preguntó de dónde venía el dinero de los caramelos Conejo Blanco que le regalaba con frecuencia.

—Se los robaba a mi padre. Por esos caramelos, a cada rato me golpeaban.

Ella sonrió y besó la cabeza de Zhao. También le preguntó por qué se había asustado aquella noche, en vísperas de la graduación, cuando ella le dio la patada en el campo. Él, arrepentido, dijo:

—En aquel entonces, yo era un cobarde. Si hubiera tenido agallas, la historia de mi vida sería muy diferente —y, meneando la cabeza, continuó—: Fueron necesarios treinta años para cobrar valor.

Li Xuelian de nuevo le reclamó:

—¿Crees que ahora eres muy valiente? En realidad eres un sinvergüenza.

Sonrieron y siguieron hablando de los compañeros y maestros de esos tiempos. En esos treinta años, la mayoría de los maestros ya había fallecido, y los recuerdos de los compañeros de la secundaria eran muy difusos. De los compañeros de preparatoria, ya habían muerto cinco y los demás habían tomado un camino distinto. En esos treinta años, la mayoría de sus compañeros se habían convertido en abuelos y abuelas. Aunque todos habían envejecido, muy pocos eran felices: la vida y los hijos se habían encargado de golpear de diferentes maneras a la mayor parte. Al mencionar a los hijos, Li Xuelian habló de la ingrata de su hija, a quien había criado sola. Jamás imaginó criar a una traidora que siempre le llevaba la contraria. La hija no era desobediente, sino que no estaba de acuerdo con la demanda. Que los demás no comprendieran los pormenores del asunto era perdonable, pero que su hija, quien creció a su lado y era la causa principal de la demanda, no la comprendiera y se avergonzara de ella por insistir en su intento, eso sí la enojaba mucho. La hija se casó a los diecinueve años sólo para huir de casa. Después de casarse, la visitaba muy poco. Sin embargo, el hijo que había crecido al lado de Qin Yuhe sí la quería. Ella eligió su nombre: Youcai, que significa “el talentoso”. El año anterior, mientras caminaba por las calles de la capital del condado, se topó con su hijo Youcai, quien rondaba los treinta años de edad y ya tenía un hijo. Como lo veía poco, casi no lo reconoció. Cuando se cruzaron, Youcai la identificó; se le acercó por la espalda, la jaló y la llamó “madre”. Ambos se miraron y él le dijo:

—Madre, cómo has envejecido —y añadió—: Madre, sé que te han humillado, pero no puedes dejarte tanto.

Antes de partir, le puso doscientos yuanes en el bolsillo. Al recordar el suceso, las lágrimas rodaron por el rostro de Li Xuelian. Mientras Zhao el Cabezón le limpiaba las lágrimas, le dijo:

—Youcai tiene razón.

A continuación, él suspiró y comenzó a hablar de su hijo. Como no le gustaba la escuela, lo llevó consigo para enseñarle el oficio de la cocina, pero tampoco le gustaba la lumbre y prefería andar de un lado a otro. Ahora tenía más de treinta años y vivía una vida sin pena ni gloria. Trabajaba como empleado temporal en la oficina de Ganadería del condado. Como su salario mensual no le rendía para mantener a la esposa y al hijo, constantemente le pedía dinero. El salario de Zhao el Cabezón en el restaurante apenas le daba para ayudar a su hijo. Lo bueno era que también tenía una pensión, que más o menos le alcanzaba. Zhao suspiró de nuevo.

—Al criar hijos, lo que en realidad crías son problemas. Parece como si tuviera una deuda con él desde mis vidas pasadas.

Se quedaron dormidos hablando. Al otro día salieron temprano y caminaron por la ciudad de Taian. No compraron nada: lo que les gustaba estaba muy caro y lo barato no lo necesitaban. Al medio día, ya no querían caminar y volvieron a su hotel. Entonces Zhao sugirió viajar unos cincuenta kilómetros para ir a Qufu y ver a Confucio. Allí era plano: no había que escalar. En la secundaria había estudiado algo sobre Confucio. Se enteró de que ese hombre hablaba mucho y solía decir algunas tonterías, pero jamás lo había visto con sus ojos. Además, ya no había nada que ver en la cercanía, así que Li Xuelian aceptó:

—Vamos, entonces. Si no vemos a Confucio, por lo menos comeremos dulce de cáñamo. Dicen que allí es muy sabroso.

—Claro, vamos a comparar qué es más sabroso, si los dulces de cáñamo que comía Confucio o los caramelos Conejo Blanco.

Como decidieron ir a Qufu por la tarde, Zhao el Cabezón se fue a la estación a comprar los boletos del autobús, mientras Li Xuelian arreglaba la maleta. Al terminar, todavía de mañana, se fue a comprarle un suéter a Zhao, pues, aunque ya se había instalado la primavera, las mañanas y las noches aún eran muy frescas. Al escaparse de su casa, Li Xuelian había traído un suéter, pero Zhao el Cabezón, ocupado en embriagar a los policías, a la hora de salir, se había traído una chamarra muy delgada. Esa mañana, cuando salieron a pasear, Li Xuelian se dio cuenta de que Zhao pasaba mucho frío, incluso, varias veces había estornudado. Ella estuvo a punto de comprarle un suéter, pero como costaba noventa y seis yuanes, Zhao la detuvo, argumentando que estaba muy caro. Sin embargo, ella tenía miedo de que él se enfermara. Comprar medicinas para curar la gripe de frío era más caro que un suéter, así que, después de empacar, salió

del hotel y, siguiendo el callejón, caminó un kilómetro y llegó a la tienda donde había visto el suéter esa mañana. Regateó un poco y logró que le bajaran el precio a ochenta y cinco yuanes.

Con el suéter en la mano, en el camino de regreso al hotel, compró cuatro panes y una bolsa de verduras curtidas para el viaje. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de su habitación, escuchó la voz de Zhao el Cabezón, quien ya había comprado los boletos y, a su regreso, hablaba con alguien. "¿Quién será?", pensó, disponiéndose a escuchar de nuevo. Pronto se dio cuenta de que Zhao hablaba por teléfono. Eso era normal, por lo que Li Xuelian decidió empujar la puerta, pero en ese preciso momento oyó que Zhao discutía.

—Claro que no te estoy hablando a cada rato. Yo ya cumplí con lo mío. ¿Tú ya cumpliste con lo que me prometiste? —Después de unos instantes, Zhao, molesto, le dijo al del otro lado del auricular—: Sólo te interesa reportarle al presidente del condado que ya tienes bajo control a Li Xuelian. ¿Por qué no te atreves a mencionarle el asunto del trabajo permanente de mi hijo? —Y, luego de unos segundos, gritó de nuevo—: ¡No es que no confíe en el gobierno, lo que quiero es ver las cosas con mis propios ojos…! —Y, unos instantes después, volvió a gritar—: ¡Qué palabras son esas! ¿Cómo puedes comparar los dos asuntos? ¿Que quieres ver lo que pasa aquí con tus propios ojos? En primer lugar, estamos en Shandong; pero, incluso, aunque estuviéramos en casa, ¿crees que te invitaría para que nos espíes mientras hacemos el amor? —Y, luego de recibir una respuesta, continuó gritando—: ¿Cómo crees que te voy a fallar? Si ya nos vamos a casar, ¡por supuesto que ella dejará de demandar!

Entonces, la cabeza de Li Xuelian estalló.

9

El miembro especial del Consejo Judicial del Tribunal del condado se llamaba Jia Congming, cuyo nombre significa "el listo". En ese puesto, veinte años atrás, estaba alguien llamado Dong Xianfa. Cuando Li Xuelian lo buscó, Dong Xianfa le dijo que su caso no le correspondía; se pelearon y él la insultó diciéndole "aprovechada", y después le dijo "Lárgate". Entonces, Li Xuelian se escabulló y entró en el Palacio de la Gran Asamblea Popular, y tanto Dong Xianfa como el presidente del Tribunal, el presidente del condado y el alcalde de la capital provincial fueron destituidos de sus cargos. Entonces, Dong Xianfa fue al mercado del ganado para ver cómo vendían los animales y pasó allí el resto de su vida. Hacía ocho años que tuvo un derrame cerebral y tres años después murió; todo aquello ya eran aguas pasadas. Jia el

Listo, con cuarenta y dos años, llevaba tres en el puesto. Medio año atrás, un vicepresidente del Tribunal se jubiló y él quiso ocupar el puesto. Ascender de miembro especial del Consejo Judicial a vicepresidente, en realidad, no era un gran escalón, pero a él no le interesaba un cargo sin poder real. Nominalmente estaba por encima de un presidente de Sala y nunca atendía casos de la Corte, por lo que para ascender a vicepresidente tenía que competir con todos los presidentes de Sala. En el Tribunal estaban las salas Primera y Segunda de lo Penal, las Primera y Segunda de Asuntos Civiles, las Primera y Segunda de Asuntos Económicos, la especializada en Menores de Edad, la especializada en Asuntos Administrativos y otras. En total eran más de diez, pero sólo había diez presidentes de Sala; si se sumaban las cortes de veintitantas comarcas y pueblos que componen el sistema judicial de la provincia, en todo el cuerpo judicial había más de treinta presidentes de Sala, y todos albergaban el mismo deseo de Jia el Listo: ser vicepresidente de la Corte. Sabiendo que el puesto especial era en realidad un cargo sin poder, nadie tomaba en serio a Jia el Listo. Con treinta hombres peleando por un solo hueso, el caldo sale siempre muy aguado. Entre pleitos y confrontaciones, el puesto de vicepresidente permaneció vacío por más de medio año. Jia el Listo y todos los presidentes de Sala estaban muy preocupados, pero el presidente del Tribunal, Wang Gongdao, estaba muy tranquilo. Cuando tienes una uva en la mano y treinta y tantos monos detrás de ella, sólo se la puedes dar a uno; mientras no la sueltas, todos los monos te rodean. Al soltarla y dársela sólo a uno, los demás monos, furiosos, de inmediato se dispersan y el que se quedó con la uva pronto te desconoce. En esos tiempos nadie tenía la estatura para ese puesto. En la política, al igual que en el comercio, hay que amarrar nudos. Al no soltar la uva, además de tener a todos los monos a tu alrededor, hay otros beneficios; esos monos no te rondarán con las manos vacías: alguien más, alguien menos, te ofrecerán uno que otro melocotón. Wang Gongdao sabía cómo se escalaba en el poder, ya que él lo había hecho de esa manera. Ahora le había llegado su tiempo para aplicar la misma medicina. Los demás vicepresidentes también estaban a gusto, puesto que de una u otra manera ellos también sacaban algún provecho. A Wang Gongdao le tocaba el melocotón grande y ellos, de paso, se quedaban con uno que otro dátil, y un dátil es mejor que nada. Con el paso del tiempo, las atenciones aumentaban. Los beneficiados no sólo eran Wang Gongdao y su séquito del Tribunal, sino también los vicepresidentes del condado y el presidente. A todos les tocó algo. Algunos presidentes de Sala, para quedarse con el puesto, eran capaces, incluso, de ir hasta la capital de la provincia. Para ello, necesitaban presupuesto. Jia el Listo, en ese aspecto, no podía medirse con los presidentes de Sala. Al no

tener poder real, las personas involucradas en diferentes pleitos jamás le regalaban cosas. El presidente de Sala tiene puesto constante y sonante: además de lo que acumulaba a diario, en la Corte podía cobrar las facturas de todos sus gastos. Al no tener el respaldo de la caja pública, Jia el Listo simplemente no podía medirse con ellos. Si no podía con recursos públicos, entonces lo haría con dinero propio. El salario del miembro especial del Tribunal apenas llegaba a los dos mil yuanes; el de su mujer, quien trabajaba como enfermera en un hospital, apenas superaba los mil yuanes; su padre, quien vendía jengibre en la calle, apenas sacaba para comprar algo de mandado. Pero a los jefes no les puedes regalar mandado. Sería muy ridículo llegar con un galón de aceite de cacahuate, o dos o tres gallinas y una caja de jengibre fresco, pues hoy en día ni siquiera el regalo más valioso cuenta. Actualmente, lo que se regala es dinero. Con treinta hombres respaldados por el erario público regalando dinero, Jia el Listo, después de medio año de saquear sus recursos propios, simplemente ya no pudo competir. Y no sólo no pudo competir, sino que después de exprimir el aceite de su familia, ya no le quedó nada que dar. Entonces, si le asignaban el puesto a un presidente de Sala, que nominalmente está por debajo del miembro especial, sería haber gastado el dinero en vano y le daría mucho coraje, ya que, además de perder el puesto, vendría un subalterno a darle órdenes. El dinero siempre era una garantía, pero todos sus parientes eran pobres y lo buscaban para pedirle favores; no había ni uno en cuál fijarse. La gente adinerada no frecuentaba a Jia el Listo, un funcionario sin poder. Pensaba y meditaba sin encontrar remedio, y en la oficina no podía manifestar su coraje, por lo que únicamente le quedaba su casa para quejarse y suspirar. Ese día, por la noche, cuando su padre regresó del mercado, al ver a su hijo afligido, le preguntó la razón de su congoja, a lo que Jia el Listo le respondió malhumorado:

—¿Qué no es por tu culpa?

—Ni siquiera sé de lo que me hablas y ya me echas la culpa —contestó el padre sorprendido.

Jia el Listo le contó sus penas. Le dijo que quería ser vicepresidente del Tribunal, pero que, para ello, tendría que soltar dinero y ya no tenía ni un quinto, y lo culpó de nuevo.

—Si estás en el comercio —le dijo Jia a su padre—, ¿por qué no te metiste mejor en bienes raíces? Si fueras uno de la lista de *Forbes*, hoy no estaría lamentándome.

El padre, enojado, le preguntó:

—Además de soltar dinero, ¿no hay algún otro camino?

—Sí lo hay: en lugar de vender jengibre, vete a ser presidente del condado. Así, no sólo no tendría que regalar dinero, sino que vendrían a rogarme para que fuera vicepresidente del Tribunal.

El padre, aún más enojado, agregó:

—Antes de vender jengibre, ¿te acuerdas que le ayudaba al viejo Bi en la venta de licor adulterado? En ese negocio también había que rogarle a la gente a diario. De acuerdo con mi experiencia, además de alabarlos constantemente, si les ayudas a resolver algún problema o alguna dificultad personal, ellos luego te ayudan a ti y eso vale más que el dinero.

Jia el Listo, de pronto, comprendió algo y se aceleró:

—¡Ah, o sea que hace dos años, todos aquellos casos que me encargaste tenían que ver con el licor adulterado! —Y nuevamente suspiró—. Este asunto es mucho más grande que tu licor adulterado. Lo que enfrentamos ahora no son vendedores y tenderos, sino altos funcionarios. Los vendedores y los tenderos nos buscan para pedir favores. Los jefes ¿qué van a necesitar de nosotros? —Entonces, se levantó y se fue.

El cielo nunca cierra todos los caminos del hombre, así que, a los pocos días, Jia el Listo se enteró de las dificultades y las congojas de los jefes. Su padre era amigo de Zhao el Cabezón desde que éste trabajaba como cocinero en la Casa de la Fortuna. Su amistad no era de trabajo ni se debía al oficio de cocinero —quien diariamente ocupa jengibre—, sino por el gusto que ambos tenían por las hablillas. Al viejo Jia siempre le gustó el chisme, pero Zhao el Cabezón, quien hasta los cuarenta y cinco años de edad había sido muy callado, de pronto soltó la lengua. Los que suelen chismear toda la vida están bien entrenados, pero los que sueltan la lengua después de los cuarenta y cinco se hacen adictos fácilmente. Un día sin comer no pasa nada; pero un día sin rumorar te vuelve loco, y Zhao el Cabezón empezó a hacerlo muy seguido cuando falleció su esposa.

Al terminar de trabajar en la Casa de la Fortuna, antes de regresar a casa, el Cabezón buscaba todas las noches al viejo Jia, y así fue como surgió el tema de la próxima reunión anual de la Asamblea Nacional. Hablaron del caso de Li Xuelian, quien de nuevo con el asunto de su demanda puso a todos de cabeza, desde el condado hasta la capital. Cuando hablaron de ella, el Cabezón no pudo quedarse callado y empezó a contar todos los pormenores de su relación con Li Xuelian. Le platicó sobre los caramelos Conejo Blanco que solía regalarle en la preparatoria, sobre cómo la besó en el campo detrás de la escuela, y que, cuando Li Xuelian fue por primera vez a Pekín a demandar justicia, había dormido en su cama y por poco hacían el amor… que esto, que aquello, y le contó muchas cosas con una gran alegría. Jia el Listo estaba en su casa mientras su padre y Zhao parloteaban, mas él no tenía ganas de hablar ni de escuchar. Sin embargo, después de oír la conversación, de pronto reparó en que desde el jefe del Tribunal, Wang Gongdao, pasando por el presidente

del condado, Zheng Zhong, hasta el alcalde, Ma Wenbin, estaban acongojados por el futuro viaje de Li Xuelian a Pekín y, además, sin poder hacer nada para remediar las cosas. Si de pronto Jia el Listo pudiera arreglar este asunto, lograría lo que su padre le había dicho días antes: resolverles problemas y dificultades a los jefes. Si él consumara esta hazaña, ¿acaso no ascendería de inmediato al puesto de vicepresidente del Tribunal? Eso contaría más que cualquier dinero del mundo. Para eso, necesitaba hacerse cargo de Li Xuelian. Además de aconsejarla y vigilarla, a Jia el Listo se le ocurrió otro remedio: casarla de nuevo. El origen de todo su pleito era su exmarido; al volverse a casar, todos los argumentos de su pleito se desvanecerían; además, al hacerlo, ¿acaso la puta no se redimiría? Así, Pan Jinlian dejaría de ser Pan Jinlian. Al pensar en todo eso, de pronto se llenó de alegría, alegría que, sin embargo, no mostró en su expresión al decir:

—Oye, si te llevas tan bien con Li Xuelian, ¿por qué no te casas con ella, ahora que tu esposa ya no está? ¿No crees que es una buena oportunidad?

—¿Qué quieres decir? —dijo el Cabezón algo desconcertado.

—Nunca es tarde para ser perseverante y atraparla. Dicen que, de joven, ella era muy guapa.

—Claro, hombre, si no hubiera sido guapa, yo no habría andado tras ella todos estos años —y añadió con cierta nostalgia—: Siempre fallé en los momentos cruciales.

—Ahora tampoco es tarde.

—Ya pasó el tiempo —argumentó Zhao—, la oportunidad ya pasó. Y aunque quisiera, ella está ocupada con su demanda. No creo que tenga cabeza para esas cosas.

—Precisamente por sus demandas, es que te sugiero que te cases con ella.

—No entiendo, ¿qué quieres decir?

Jia el Listo comenzó a hablar a sus anchas. Le explicó que los funcionarios, desde la Corte hasta la capital, estaban angustiados por las demandas de Li Xuelian. Se lo contó con todo lujo de detalles. Aunque no lo hubiera hecho, Zhao el Cabezón ya lo sabía: después de veinte años, el caso de Li Xuelian era conocido por todo el mundo en el condado y en la capital. Pero Jia el Listo disfrutó narrarlo de nuevo.

—Si lograras amarrarla y casarte con ella, no sólo tendrías mujer, sino que ayudarías a todos los funcionarios, desde el condado hasta la capital.

—Casarse es una cosa y los funcionarios son otra —dijo Zhao el Cabezón, y luego preguntó—: ¿En qué me beneficiaría a mí ayudarles a los funcionarios?

—Si tú les ayudas, ellos te ayudarán.

—¿En qué?

—No puede ser que no tengas alguna dificultad. Piensa bien, seguro tendrás algún problema.

Zhao el Cabezón pensó un rato y, después de unos minutos, dijo:

—¡Quién no tiene problemas! Mi mayor problema es mi hijo. Trabaja en la oficina de Ganado como empleado temporal. Según él está por afianzarse, pero no lo ha logrado; además, diariamente viene a la casa a sacarme todo el dinero que tengo.

Jia el Listo dio un aplauso:

—¿Ya ves? Si les arreglas el problema a los funcionarios, probablemente el presidente del Tribunal no tenga influencias en la oficina de Ganado, pero el presidente del condado y el alcalde, ¡vaya que tienen autoridad! Para ellos, arreglar el asunto de tu hijo es cualquier cosa. Tal vez hasta le den la jefatura de alguna oficina.

Mientras Zhao el Cabezón meditaba, Jia el Listo hablaba:

—¿Qué tanto piensas? ¿Acaso no es matar dos pájaros de un tiro?

—Y si arreglo ese asunto y ustedes me quedan mal, ¿qué voy a hacer? —preguntó Zhao.

—Si te quedamos mal, tú ya tendrás una esposa; si no te quedamos mal, estarás preocupándote en vano.

—Mi mayor preocupación no es la falta de esposa, sino el hijo que todos los días viene a torturarme —dijo Zhao mientras meneaba la cabeza.

—Aunque sea por tu hijo, deberías siquiera intentarlo. De lo contrario, ¿cuándo tendrás la oportunidad de mezclarte con el presidente del condado o el alcalde?

—De intentarlo, claro que puedo hacerlo. Lo que me preocupa es que los funcionarios me queden mal.

Jia el Listo, juró y perjuró, y siguió hablando:

—Hombre, ni siquiera confías en el gobierno. En nombre del Tribunal, en nombre de la ley, te juro que si tú les ayudas a los jefes, ellos no te olvidarán.

Zhao el Cabezón, incrédulo y muy desconfiado, miraba a Jia el Listo:

—¿Y por qué tanto entusiasmo de tu parte? ¿Qué sacas de todo eso?

Jia el Listo se sinceró y le contó a Zhao su deseo de ser vicepresidente del Tribunal. Mientras hablaba, se golpeaba las palmas emocionado.

—Mira, tú y yo, desde ahora, somos saltamontes de una misma rama: pierdes tú, pierdo yo; ganas tú, gano yo. Si tú te luces ante los jefes, yo me montaré en tu brillo. Una vez que sea vicepresidente del Tribunal, ¡ay, Zhao!, ¿no crees que tú y yo seremos los meros meros

de la Corte?

—Eso no es cualquier cosa. Déjame meditarlo un poco —insistió Zhao el Cabezón antes de regresar a su casa.

Según lo que dijo Jia el Listo, si Zhao el Cabezón no lograba casarse con Li Xuelian, Jia no sufriría ningún daño; pero aun cuando Zhao el Cabezón lo intentara, no había ninguna garantía de éxito, por lo que Jia el Listo, después de alborotar las cosas, dejó de pensar en ello. Sin embargo, al día siguiente, Zhao el Cabezón fue a buscarlo para decirle que había decidido intentar la hazaña. De hecho, la decisión tampoco había sido suya: cuando regresó a su casa, le comentó el asunto a su hijo. Lo hizo sin mucho interés y jactándose muy poco de su capacidad para lograrlo, pero nunca pensó que su hijo, angustiado por la inseguridad de su trabajo, fuera a forzarlo para que aceptara la proposición de Jia el Listo. Los hijos del mundo entero, por lo general, se oponen a que los padres contraigan segundas nupcias, pero el de Zhao el Cabezón obligó a su padre a que intentara unirse nuevamente en matrimonio. Una vez en las espaldas del tigre, Zhao el Cabezón ya no podía bajarse. Al comentárselo a Jia el Listo, éste se puso muy contento:

—¡Qué bueno, hombre, adelante! Si lo logras, ambos subiremos al cielo. Si no, ninguno de los dos perderemos un cabello siquiera.

—Yo pensé lo mismo.

Después de despedirse, Zhao el Cabezón fue a buscar a Li Xuelian para arreglar el asunto. Aunque las cosas comenzaron a rodar en la dirección planeada, Jia el Listo no estaba seguro de que Zhao pudiera meterse en la bolsa a Li Xuelian. Y como ninguno de los dos perdería nada en caso de no lograrlo, Jia se olvidó pronto del asunto. Jamás se imaginó que el Cabezón le hablaría a diario para reportarle los avances con Li Xuelian. Pero como al principio las cosas no marcharon muy bien, y Zhao el Cabezón y Li Xuelian simplemente no se ponían de acuerdo, Jia el Listo decidió no reportar el asunto a sus superiores. Tenía miedo de hacerlo, pues pensaba que, si lo hacía, los jefes se emocionarían mucho, y si el Cabezón no tenía éxito, todo sería contraproducente y los jefes se molestarían con él, pues si el arroz no está cocido, no hay que destapar la olla, ya que, si a los demás les llega el olor de la comida, más de uno intentará arrebatarte el éxito.

Lo que Jia el Listo jamás imaginó fue que Zhao el Cabezón, finalmente, paso a paso, convencería a Li Xuelian, no en su condado sino en otro; no en su provincia, sino en la de Shandong, y cuando el Cabezón le mandó un mensaje reportándole su logro, Jia el Listo, aún incrédulo, le contestó: “¿Realmente lo lograste?” Zhao el Cabezón, jurándole, escribió: “Sí, incluso, ya nos acostamos. ¿Crees que estoy mintiendo?” Jia el Listo por fin le creyó. Entonces, la sangre comenzó a hervirle y, de inmediato, hizo el reporte a sus superiores. Después de

escaparse de su casa, todo el mundo buscó a Li Xuelian durante tres días enteros sin encontrarla. Los jefes estaban desconsolados, pero la noticia llegó justo a tiempo. Sin embargo, Jia tuvo dudas sobre a quién reportarle. Lo correcto era informarle a su jefe inmediato, es decir, al presidente del Tribunal, Wang Gongdao; pero Jia el Listo se pasó de listo. Wang Gongdao le caía mal porque interfería en su ascenso laboral por rencoroso, debido a una pelea que habían tenido cuando ambos eran jefes de Sala. Luego de eso, Jia el Listo le llevó no pocos regalos a Wang Gongdao, y ni aun así pudo olvidar su rencor. Un chaparro gordinflón, que además no tenía pelos, ¿qué valor podía tener? Así que se saltó a su jefe inmediato y se fue directamente a buscar a Zheng Zhong; en primer lugar porque, si se lo decía a Wang Gongdao, éste se llevaría el crédito al decírselo a aquél, y eso sería muy estúpido de su parte; en segundo, porque al saltarse a Wang Gongdao le propinaría una buena patada en el trasero, pues Jia el Listo había hecho lo que el presidente del Tribunal no había podido hacer. De esta manera, ¿acaso Zheng Zhong no le tendería un tapete rojo para su ascenso a vicepresidente?

Durante los tres días de búsqueda de Li Xuelian, el presidente Zheng Zhong casi no comió nada, de hecho, ni hambre tenía. Aunque la boca se le llenó de aftas, Li Xuelian aún no aparecía y su angustia aumentaba. Para un miembro especial del Tribunal, ver al presidente del condado no era cosa fácil: los empleados de la oficina siempre se interponían. Pero como eran tiempos difíciles, al decirles que se trataba de Li Xuelian, los empleados le informaron a Zheng Zhong que Jia quería verlo y, de inmediato, lo mandó a llamar. Mientras más escuchaba los pormenores de la pareja, Zheng Zhong más se asombraba. Él nunca pensó en ello, por lo que, al salir de su asombro, le hizo a Jia la misma pregunta que éste le hiciera a Zhao en un mensaje telefónico.

—¿Es cierto lo que dices?

Jia el Listo sacó su teléfono móvil y le mostró a Zheng Zhong todos los mensajes de Zhao. No sólo le mostró los anteriores, como el mensaje donde le informaba que ya habían hecho el amor, sino también el de una hora antes: “Estamos en la montaña Tai. Regresando nos casamos”.

—Presidente, todo está aquí. ¿Aún cree que es mentira? —y añadió —: Si Li Xuelian se casa, ¿cree que seguirá demandando justicia? Aunque escapó, ella está en Shandong. ¿No cree que eso es garantía de que ya no lo hará?

—Éste es un asunto muy grave en el que no cabe el más mínimo descuido —dijo Zheng Zhong dudoso.

—Presidente Zheng, le juro por el Partido Comunista que no habrá descuidos. Gasté dos años en arreglar este asunto, sólo que no me

atreví a reportarlo antes de que se cociera el arroz.

Zheng Zhong por fin le creyó y una enorme piedra se le cayó del corazón. Después de correr durante tres días, luego de haber movilizado a más de cuatrocientos policías, se dio cuenta de que sus esfuerzos iban en la dirección equivocada. La buscaban en Pekín mientras ella estaba en Shandong. Lo que no pudieron hacer más de cuatrocientos policías, Jia el Listo lo hizo. Zheng Zhong sabía lo que le aquejaba a Jia y que en el Tribunal faltaba un vicepresidente.

—Jia, has hecho una gran labor para tu gobierno. Sé que hay una plaza de vicepresidente en el Tribunal. Cuando todo esto acabe, consideraré ese asunto con mucha seriedad.

Jia el Listo se emocionó. Originalmente pensaba decirle a Zheng Zhong el asunto del hijo de Zhao el Cabezón, quien necesitaba un trabajo permanente en la administración local de Ganadería; pero después de oír sobre su pronta promoción al cargo de vicepresidente del Tribunal, le dio pena imponerle más condiciones por temor a que lo considerara codicioso. Por eso decidió callar, por lo pronto, y esperar a que primero se resolviera su asunto del ascenso y luego mencionaría al del hijo del Cabezón. Entonces, Zheng Zhong le dijo:

—No hables de esto con nadie más.

—Claro que no, mi jefe —respondió Jia el Listo y, feliz a más no poder, partió.

Al quedarse solo, Zheng Zhong súbitamente sintió mucha hambre y recordó que durante tres días no había comido. Marcó, le pidió a su secretario un tazón de fideos y se dispuso a hablarle por teléfono al alcalde Ma Wenbin. Tres días antes, Zheng Zhong no pensaba reportar la huida de Li Xuelian, pues quería controlar el problema con sus propias fuerzas, pero Ma Wenbin, al enterarse por otros canales, le llamó por teléfono y lo hizo caer en su propia trampa. Entonces lo regañó por haber olvidado la importancia de los tres proverbios que rezan: “Diques de miles de kilómetros sucumben ante un hormiguero”, “Poner atención en lo diminuto para prevenir lo insignificante” y “Perder un caballo de carrera, tal vez sea señal de que algo bueno está por venir”. Y luego le dijo que estaba algo decepcionado. A causa de esas palabras, la ropa de Zheng Zhong estaba empapada en sudor. Después se dispuso a corretear a Li Xuelian durante tres días, sin ningún resultado. Pero ahora que perdía la esperanza y la boca se le llenaba de aftas, y esperaba más regaños de parte del alcalde e, incluso, una remoción de su cargo, se dio cuenta de que Dios jamás tapa todos los caminos, pues, de pronto, por puro accidente, todo el asunto se arreglaba. Para aminorar los daños causados por la huida de Li Xuelian, Zheng Zhong pensó en darle la buena nueva a Ma Wenbin para tranquilizarlo. Ese día era la inauguración de la reunión anual de la Asamblea Nacional, y Ma Wenbin ya se hallaba en Pekín. Estaba

almorzando cuando entró la llamada. Zheng Zhong le contó todos los pormenores y el alcalde, asombrado, sin imaginar ese final feliz, le preguntó:

—¿Y a quien se le ocurrió esa brillante idea?

Al principio, Zheng Zhong pensó en atribuirse el mérito, pero tuvo miedo de que el asunto saliera a la luz tarde o temprano y, en lugar de beneficiarlo, lo perjudicara. Días atrás, cuando Li Xuelian huyó, Zheng Zhong ya había sufrido las consecuencias de no haberlo reportado de inmediato, así que le dijo la verdad:

—Fue un empleado común y corriente del Tribunal, es pariente de Zhao el Cabezón y conoce a Li Xuelian.

—¿Cómo puedes decir que se trata de un hombre común y corriente? Él es un verdadero político.

Zheng Zhong se asombró, pero como no pudo adivinar lo que venía, decidió no interrumpir a Ma Wenbin, quien continuó hablando.

—En el asunto de Li Xuelian, ese hombre aplicó un procedimiento diferente. Mientras nosotros, todos, nos atoramos en su divorcio, ese hombre pensó en casarla.

Cuando Zheng Zhong oyó los elogios, se alegró como si se los dirigieran a él, e interrumpió:

—Claro, igual que en la guerra, cortó el camino de retirada del enemigo.

—No es eso lo que quiero decir —lo contradijo Ma Wenbin—. Yo me refiero a que nosotros, en estos veinte años, cuando nos dolía la cabeza, curábamos la cabeza; cuando nos dolía el pie, curábamos el pie, y siempre estábamos atorados. Año tras año nos resbalábamos en la cáscara de la misma sandía. Ese hombre, sin embargo, pensó en erradicar la raíz de la enfermedad. Al casar a Li Xuelian, ¿acaso no se resuelve el asunto para siempre?

—Por supuesto, tiene usted toda la razón. De ahora en adelante, Li Xuelian nunca más causará problemas.

—¿Y cómo se llama ese joven? —preguntó el alcalde.

Zheng Zhong sabía que, cuando Ma Wenbin preguntaba el nombre de alguien en los momentos cruciales, iluminaba su futuro político. Así había sucedido cuando él resolvió el asunto de los campesinos del otro condado, y era obvio que, al preguntar el nombre de quien había maquinado la solución del conflicto de Li Xuelian, mostraba su beneplácito hacia él. En un principio, dudó en decírselo, pero sabía que el alcalde tenía muchos recursos para obtenerlo. En asuntos de funcionarios, la palabra de Ma era ley y nadie se atrevía a contrariarlo, por lo que de inmediato contestó:

—Jia Congming, el Listo.

Ma Wenbin se conmovió:

—¡Qué bien le queda el nombre! Pero él no es un listo de mentiras, es listo de verdad.

—Precisamente estamos por ascenderlo al puesto de vicepresidente del Tribunal en el condado —dijo Zheng Zhong de inmediato.

Sin decir nada más, Ma Wenbin colgó. Todos estaban felices.

Lo que nunca pensó Jia el Listo fue que, después de haber arreglado su asunto del ascenso, Zhao el Cabezón iba a mandarle mensajes a cada rato para presionarlo con el asunto de su hijo, quien, sumamente angustiado, esperaba las buenas nuevas. Como Jia pensaba arreglar el asunto del hijo luego de ocupar el cargo de vicepresidente del Tribunal, cada vez que le llegaba un mensaje, se molestaba. Al principio, cuando le contestaba los mensajes, le decía que el asunto de su hijo se resolvería muy pronto, pero Zhao el Cabezón lo presionaba mucho y siempre preguntaba el significado de "muy pronto". "¿Qué es pronto?, ¿tres o cinco días?" Luego, al contestar los mensajes, Jia el Listo comenzó a mostrarse un poco evasivo, por lo que el Cabezón se desesperó y decidió marcarle directamente. No habían intercambiado saludos cuando ya estaban peleando. Ésa fue la llamada que provocó que del plato a la boca se cayera la sopa, pues fue cuando llegó Li Xuelian y escuchó la conversación. Cuando Zhao colgó, ella entró en el cuarto y le preguntó:

—Cabezón, ¿con quién hablabas?

Al ver el fuego en sus ojos, él se dio cuenta de que todo se había ido por la borda. Pero, aun así, trató de remediar las cosas.

—Chu, que vende carne de burro en el condado, me debe dos mil yuanes. Le digo que me los pague y él se enoja.

Li Xuelian levantó la mano y le dio una fuerte cachetada.

—Y encima te atreves a mentirme. Escuché toda tu conversación —y agregó consternada—: ¡Ay, Cabezón!, pensé que sinceramente querías casarte conmigo y, más bien, te dedicaste a engañarme. Además de engañarme, te uniste a aquella bola de funcionarios podridos para cavar mi tumba a mis espaldas.

Entre más hablaba, más se enfurecía. Se quitó un zapato y comenzó a golpear a Zhao el Cabezón en la cara, la cabeza, el cuerpo. Él, abrazándose la cabeza, se metió debajo de la cama.

—No te he engañado, no cavo tu tumba a tus espaldas. Yo quiero casarme contigo. Lo que oíste son otras cosas.

Sin escuchar sus explicaciones, Li Xuelian se dio una chachetada a sí misma.

—¡Qué tonta he sido!, me lo merezco: he demandado durante veinte años para que al final este hombre me engañe. —Y empezó a llorar—. Durante todos estos años, jamás perdí la cara. Ahora me

engañaron: me acosté con un hombre y todo el mundo lo sabe. ¿Cómo viviré de ahora en adelante?

Su llanto estaba lleno de angustia. Zhao el Cabezón salió de su trinchera sin poder remediar la situación. De nada le servía seguir explicando e inventando cosas: Li Xuelian ya no le creía. Lo único que le quedó fue confesar los hechos, y comenzó a tartamudear.

—Ellos me obligaron. La plaza de mi hijo en la oficina de Ganadería depende de esto. Además, no fue mi idea; Jia el Listo me lo sugirió —y, completamente distraído, añadió—: Ya no te preocupes, lo de mi hijo no importa, vamos a casarnos y ya.

Súbitamente, Li Xuelian dejó de llorar y de culpar a Zhao, y comenzó a empacar sus cosas. Aventó su ropa y su botella de agua en una maleta, la cargó y pateó la puerta. A pesar de que todo estaba perdido, él decidió ir tras ella. Mientras la seguía, le rogaba:

—No te vayas. Cualquier cosa, la podemos hablar.

Sin hacerle caso, ella salió del hotel dando grandes zancadas.

—Fue mi culpa, te mentí a tus espaldas. Si tienes coraje, iré adonde sea contigo para desquitarnos de toda esa bola de podridos. ¿Qué te parece?

Sin prestarle atención, ella siguió caminando por el callejón, luego dio vuelta a la derecha hasta llegar a un mercado de verduras, lleno de compradores y vendedores. Ella continuaba caminando, mientras el otro intentaba detenerla.

—Si necesitas seguir pegándome para desquitar tu coraje, hazlo.

Al pasar por un puesto de carne, Li Xuelian agarró una navaja que se hallaba clavada en una oreja de res.

—¡Lo que quiero es matarte, cabrón!

Dicho lo cual, le acercó la navaja al pecho; el Cabezón sudó frío mientras trataba de ponerse a salvo. Los comerciantes y el carnicero se espantaron mucho y pensaron que se trataba de una pelea entre marido y mujer, por lo que se acercaron a tratar de disuadirlos. Rodeado por la multitud, Zhao el Cabezón, gritó:

—Si te quieres ir, vete; pero dime, ¿adónde irás en este mundo de extraños?

Entre la multitud, ella también le contestó gritando:

—No te preocupes, Zhao. Si esto no hubiera sucedido, no iría a demandar justicia, pero después de esto, sí lo voy a hacer. Querías convencerme de no ir para salirte con la tuya, pero voy a voltearlos a todos de cabeza. Háblales por teléfono y diles que dejaré de llamarme Li Xuelian si no acabo con todos ustedes.

Después de que Li Xuelian huyera con Zhao el Cabezón de su casa, desde los funcionarios de su condado hasta los de la capital provincial se habían puesto de cabeza. Pero esta nueva huida provocó más pánico aún. Aquella vez pudieron mandar policías a obstruir los caminos de la provincia, pero como en esta ocasión Li Xuelian huía de Shandong, era un asunto extraterritorial, así que implicaba mucho más pérdida de tiempo y esfuerzo. Además, enviar policías a Shandong tampoco garantizaba el éxito, porque al huir de la capital Taian, Li Xuelian no se quedaría en Shandong sino que iría directamente a Pekín a demandar justicia. Esto sería mucho peor que si se hubiera ido unos días antes, pues entonces las actividades aún no comenzaban; sin embargo, en estas fechas, la reunión anual ya se había inaugurado. Todavía unos días atrás, las cosas habrían podido remediarse, pero una vez inaugurados los trabajos, si ella lograba entrar en el Palacio de la Asamblea, las consecuencias serían mucho más graves que veinte años atrás. Cuando entonces logró franquear los obstáculos y entrar en el palacio, se convirtió en la Lechuguita de los tiempos modernos, pero si la mujer lograba hacerlo por segunda ocasión, sería más famosa, incluso, que el fallecido Bin Laden. Nadie podría saber cuántos funcionarios, desde la provincia hasta el condado, pasando por la capital, serían removidos de su cargo. Cuando el presidente del condado, Zheng Zhong, se enteró de esta nueva huida de Li Xuelian, también se volvió loco y, en lugar de ir a buscarla, llamó al presidente del Tribunal, Wang Gongdao, y al miembro especial Jia el Listo y, furioso, les gritó:

—¿De qué se trata todo esto?

Jia el Listo, como se había enterado de que el asunto se había echado a perder, temblaba de miedo. El presidente del Tribunal, Wang Gongdao, no estaba enojado con Li Xuelian, sino con su subordinado Jia el Listo, quien por iniciativa propia había armado el conflicto. La huida de Li Xuelian de su casa incumbía a las instancias policiales; pero su fuga de Shandong, por culpa de ese imbécil, nuevamente implicaba al Tribunal. Lo que lo enfurecía aún más era que el imbécil de Jia el Listo había armado todo el tinglado, sólo para llegar al puesto de vicepresidente del Tribunal. Que la gente tuviera deseos de prosperar era comprensible, pero que Jia Congming se lo hubiera saltado y hecho su plan sin consultarlo para atribuirse el mérito, no era aceptable, por lo que Wang Gongdao experimentó en secreto una gran alegría. Sin embargo, a pesar de que Zheng Zhong no le había llamado cuando Jia el Listo lo buscó para acreditarse el mérito, ahora que ocurrió el desastre y era hora de fincar responsabilidades, había llamado a Wang Gongdao para cocinarlo en el mismo caldo, y ése era

su mayor coraje. Aun así, cuando el presidente del condado comenzó a escupir fuego, el presidente del Tribunal no se atrevió a abrir la boca: lo único que hizo fue agachar la cabeza.

Jia el Listo sabía que él era el único responsable del desastre. Sabía también que Wang Gongdao le guardaba mucho rencor, por lo que, además de temblar, se puso a narrar el cuento entero. La cosa ya casi estaba arreglada: Zhao el Cabezón estaba a punto de casarse con Li Xuelian. Pero en todo aquel asunto también estaba el hijo del Cabezón, quien esperaba un puesto permanente en la oficina de Ganadería del condado. Cuando el Listo le reportó los avances a Zheng Zhong, jamás mencionó el asunto del hijo del Cabezón, y cuando éste le pidió cuentas, Jia no supo qué contestar y los dos comenzaron a pelear. ¿Quién iba a imaginar que Li Xuelian escucharía la conversación? Fue así como el asunto se echó a perder y ella volvió a huir. Al escuchar los pormenores del caso, Zheng Zhong se enojó más y comenzó a insultarlo.

—¿Por qué no me dijiste todo desde un principio? A eso se le llama ocultar información —y, utilizando la misma frase de Ma Wenbin, espetó—: A eso se le llama "perder lo grande por descuidar lo pequeño".

Wang Gongdao, aprovechando la oportunidad, le echó aceite al fuego:

—Claro, eso es perder lo grande por descuidar lo pequeño. Por supuesto que él sólo pensó en ser vicepresidente del Tribunal. A eso se le llama egoísmo puro —y agregó intencionalmente—: Por pura ambición personal echó a perder un asunto ya casi resuelto. Ahora, de nuevo, todo el gobierno está de cabeza.

Las palabras de Wang Gongdao, como era de esperar, encendieron aún más el fuego de Zheng Zhong, quien, señalando a Jia el Listo, continuó gritando:

—¡Qué bien te queda el nombre! Tú sí que eres un listo de mentiras, y aún más, por querer pasarte de listo, resultaste un verdadero imbécil. —Y, dirigiéndose a Wang Gongdao, le preguntó—: ¿Y dónde está Li Xuelian?

—No sé, señor —le respondió con las manos temblorosas. Al ver que el jefe de nuevo se enfurecía, añadió—: De seguro va a Pekín a demandar.

—Si sabes dónde está, ¿qué haces aquí parado? Ve rápido a Pekín. Encuéntrala y tráemela.

Wang Gongdao, estupefacto, comenzó a balbucear:

—Presidente Zheng, atrapar personas le corresponde al sector judicial y no al Tribunal.

—¿Cómo te atreves a decir que eso a ti no te compete? —Estalló,

estaba tan molesto que parecía que iba a explotar—. Veinte años atrás, ¿no fuiste responsable de la primera resolución de su caso? Además, creo que son parientes, ¿o no?

Wang Gongdao contestó:

—¡Qué parientes ni que nada!

—No te pases de listo tú también. Déjame decirte algo: si este asunto estalla, yo dejaré de ser presidente del condado, pero tú también dejarás de ser presidente del Tribunal —y, con una mirada dura, agregó—: No me engañes: años atrás, ustedes, los del Tribunal, también fueron a Pekín a buscarla.

Wang Gongdao comenzó a sudar frío:

—Presidente Zheng, ya no diga más. En este instante llevaré gente a Pekín para encontrarla.

—No sólo se trata de ir a Pekín. Lo importante es peinar todas las avenidas, calles y callejones hasta hallar a Li Xuelian.

Wang Gongdao y Jia el Listo salieron muertos de miedo de la oficina de Zheng Zhong. Una vez solo, éste se repuso y decidió llamar al alcalde Ma Wenbin, quien asistía a los trabajos de la reunión en Pekín. Dos días atrás, cuando le habló para avisarle que el asunto de Li Xuelian ya estaba solucionado, el alcalde elogió su trabajo; sin embargo, de pronto, la gallina voló y el huevo se estrelló. Pero Zheng Zhong ya no podía ocultarle nada al alcalde, pues la última vez que lo hizo, éste se enteró por otro lado y lo puso en una posición muy incómoda, al grado de decirle que se sentía “algo decepcionado”. La reciente huida de Li Xuelian era mucho más grave que la escapada de su casa, y traía mucho coraje por dentro. En la primera fuga, la reunión anual aún no había empezado; pero esta vez estaba en pleno desarrollo. Si el alcalde se enteraba nuevamente por otro lado, entonces ya no estaría “algo”, sino “sumamente decepcionado”, y no habría vuelta atrás en el descenso de la carrera política de Zheng Zhong. Sin embargo, al tomar el teléfono, sintió pánico: hacía solamente dos días que le había dado la buena nueva. Y en esos dos días las cosas habían sufrido un vuelco total, como cuando se calientan las tortillas: ora de un lado, ora del otro. Zheng Zhong temía que, si le reportaba en ese momento la mala noticia a Ma Wenbin, éste vomitaría sobre él todo su coraje, de la misma manera como él se desquitó con Wang Gongdao y Jia el Listo minutos antes. Marcaba y colgaba, y en la tercera ocasión, se vio iluminado por una gran idea: en lugar de hablarle al alcalde Ma Wenbin, le hablaría al secretario de gobierno, quien acompañaba al alcalde en la reunión de Pekín. Primero quería medir el tono del secretario para poder calcular la respuesta del alcalde. De pronto, suspiró. Él nunca le había temido a nadie ni a nada: cuando era vicepresidente del condado vecino le tocó resolver el asunto de la masa furiosa que rodeaba las oficinas del

gobierno local. Nunca se imaginó que, después de ser promovido para presidente del condado, se toparía con Li Xuelian y comenzaría a ver lobos enfrente y tigres detrás. Lo que no entendía era cómo, en veinte años, a causa de un proceso civil, concretamente, a causa de una demanda de divorcio, súbitamente, los funcionarios de todos los niveles de gobierno en la provincia metían sus manos en los asuntos caseros de esa mujer. Y mientras más se metían, más hondo caían. Cada movimiento de esa campesina ordinaria, de un momento a otro, sacudía a todos los funcionarios conocidos. ¿Cómo había llegado el asunto a tal grado? ¿A qué le temían los funcionarios? Zheng Zhong no entendía muchas cosas, pero suspirar era una cosa y atender el asunto de Li Xuelian era otra. Como el asunto estaba torcido, había que resolverlo de acuerdo con su naturaleza torcida. Entonces, tomó el teléfono, marcó y después de explicarle el vuelco inesperado del caso al secretario, éste, asombrado, preguntó:

—¿Qué no se iba a casar? ¿Cómo es que va a protestar de nuevo?

Zheng Zhong no se atrevió a mencionar la mezquindad de Jia ni comentó que había echado a perder las cosas por querer pasarse de listo. Reportar ante sus superiores que sus subordinados eran incapaces equivalía a decir que uno mismo era incapaz; es decir, son complicaciones innecesarias, por lo que decidió culpar a la pareja de lo sucedido.

—Precisamente estaban por casarse cuando se pelearon, y la mujer corrió.

—Eso nos deja muy desprotegidos —comentó el secretario.

—Claro que nos deja desprotegidos, pero ¿cómo podíamos imaginar lo que pasaría entre ellos?

—Cuando digo desprotegidos, no me refiero a eso. Ayer por la noche, el alcalde Ma acompañó al gobernador. Durante la cena, éste le preguntó cómo iban las cosas con nuestra Lechuguita y el alcalde Ma, en son de broma, le platicó sobre su inminente casorio y todos en la mesa se rieron. ¡Quién iba a pensar que eso realmente hoy sería una broma! ¿Cómo le dará el alcalde esta nueva noticia al gobernador?

Al oírlo, Zheng Zhong comprendió que el asunto era mucho más grave de lo que imaginaba y comenzó a sudar frío, pues el caso ya había llegado al nivel del gobernador. Las tortillas, de tanto voltearlas, se estaban quemando. Que Zheng Zhong no hallara cómo comunicárselo al alcalde era una cosa, pero que el alcalde no hallara cómo decírselo al gobernador era otra. En el primer caso, las cosas llegaban al grado de “algo decepcionado”; en el segundo, llegarían a “sumamente decepcionado”, y, entonces, de inmediato tomarían cartas en el asunto. Ma Wenbin era muy decidido a la hora de utilizar a la gente.

Aunque Zheng Zhong era de los suyos, pues había sido promovido

por él, también era desechable. Ahora y antes eran tiempos distintos. Ahora, si las cosas salían bien, sería su mérito; pero si salían mal, sería su culpa. Con la ropa completamente empapada de sudor, siguió disculpándose:

—Secretario, yo fallé: no hice bien mi trabajo y les he provocado grandes penas a mis superiores. Dígame, ¿cómo debo proceder? —y le rogó—: Usted también es mi jefe: no puede verme ahogar sin tratar de ayudarme.

El secretario era una persona noble. Pensó detenidamente en cómo ayudarlo y, finalmente, le dijo:

—Como están las cosas, no queda otra más que hacer lo más tonto y primitivo del mundo.

—¿Qué es eso, mi secretario?

—Búscate algunos policías del condado, vístelos de civiles y envíalos para que lleguen a Pekín antes que Li Xuelian. Al llegar, que monten una red invisible en los cuatro extremos del palacio. Claro que la policía de Pekín ya tiene un cordón de seguridad alrededor del recinto, pero monta el tuyo un poco más lejos. Si Li Xuelian se acerca antes de llegar al cordón de la policía local, los nuestros la atraparán primero; lo importante es que no pase nada adentro o alrededor del palacio. Si ella arma un escándalo en cualquier otro sitio, las repercusiones serían mucho menores —y agregó—: Piensa que sólo debemos salvaguardar el palacio.

Zheng Zhong, a quien le mostraron la luz después de un largo túnel de oscuridad, lleno de gratitud y emoción, le contestó:

—En nombre de más de un millón de habitantes de mi condado, agradezco la bondad y la gentileza de nuestro secretario. De inmediato iré a organizar el asunto. Quiero pedirle al secretario una última cosa: que por el momento no le diga nada al alcalde. Permítame resolver el problema internamente. Usted conoce el carácter del alcalde… Claro que estoy plenamente consciente de la enorme responsabilidad que usted asumiría…

—Haré lo posible. Pero las cosas dependen de ustedes. Esa red debe ser de plomo y acero.

—Secretario, por favor, confíe en mí. Nos hemos equivocado muchas veces, pero esta vez no lo haremos, se lo prometo: esta vez montaremos una red tan firme que no logrará pasar ni la polilla.

Al colgar el teléfono, Zheng Zhong mandó llamar al jefe de la policía y le ordenó enviar a Pekín a unas cuantas docenas de oficiales, vestidos de civil, para montar el planeado cordón de seguridad.

—La vez pasada, ustedes la dejaron escapar. Si de nuevo lo echan todo a perder, no los voy a destituir, los voy a encerrar en lugar de a Li Xuelian.

El jefe de policía responsable de vigilarla, al enterarse de su huida se tensó como pájaro asustado, pero luego se relajó cuando se enteró de que la fugitiva estaba por casarse. Ahora, con la nueva huida, se estresó de nuevo, aun cuando ya no tenía nada que ver con el departamento de policía. Sí, se trataba de una complicación, pero sin la primera huida, no habría tenido lugar la segunda. Al ver la cara verde del presidente del condado, el jefe de policía contestó:

—Presidente, despreocúpese usted. Inmediatamente elegiré a mis hombres y en la noche tomaremos el tren para Pekín.

—¿Quieres calentar tu culo en el tren? —le gritó—. ¿Qué no pueden tomar un avión? A estas alturas, el tiempo es vida.

—Tomaremos el avión, claro que tomaremos el avión —dijo exaltado el jefe de policía—, lo que pasa es que el presupuesto del departamento antes no nos permitía hacerlo.

Una preocupación más se sumó a las del presidente Zheng Zhong, quien no tenía la intención de comunicar a Wang Gongdao el envío de policías secretos a Pekín, aunque lo había mandado a buscar a Li Xuelian por las calles y callejones de la gran capital. Disparar dos flechas a la vez también era un método tonto, pero ni modo. Zheng Zhong, por último, le advirtió al jefe de policía:

—Esto es ultrasecreto. No lo comentes con nadie, ni siquiera con los del Tribunal.

—Déjese del Tribunal, presidente, no se lo diré ni a mi padre. El jefe de policía salió muy asustado de la oficina.

11

Wang Gongdao y otros catorce colegas del Tribunal tenían tres días en Pekín, y aún no había noticias de Li Xuelian. No estaba enterado de que el condado había enviado varias decenas de policías a montar un cordón de seguridad en los cuatro extremos del cordón de seguridad de la policía local; pensaba que toda la responsabilidad de atrapar a Li Xuelian recaía sobre su equipo, el cual estaba compuesto de quince personas. Conformó cinco grupos de tres personas cada uno y les ordenó dispersarse por todos lados para ir en pos de la fugitiva. Nombró jefes de grupo a dos de sus colegas, que habían venido otros años a buscarla, y los mandó a peinar los pequeños hoteluchos donde Li Xuelian se había hospedado en sus visitas anteriores. Esos hoteluchos, escondidos en callejones sucios o en los sótanos de los grandes rascacielos, apestaban a suciedad. También visitaron a todos los conocidos de Li Xuelian en la capital, desde los paisanos que vendían comida, trabajaban en la construcción y vendían en los

mercados, hasta a los paisanos que mendigaban y recogían desechos reciclables en la capital. A todos los interrogaron. Voltearon de cabeza todos los sitios y a las personas conocidas que ella había frecuentado anteriormente, sin hallar siquiera un rastro mínimo. Los otros tres grupos buscaron en todas las estaciones de trenes y autobuses. Ansiaban tener la suerte de toparse con Li Xuelian, como el cazador del cuento que permanecía días y noches pegado a un árbol, esperando que alguna liebre chocara contra él y se muriera. Sabían también que el presupuesto de Li Xuelian no daba para hoteles, por lo que seguramente pasaría las noches en las estaciones de trenes o autobuses. Pero en los tres días, entre las decenas de miles de chinos que fueron y vinieron, no estaba Li Xuelian. Después de días de búsqueda sin fruto alguno, Wang Gongdao vertió todo su coraje contra Jia el Listo, quien se había negado a ir a Pekín, pero al que obligó a hacerlo, al estilo de Zheng Zhong:

—¿Cómo que no puedes ir? Tú iniciaste todo esto, y si no fuera por ti, el Tribunal no tendría nada que ver en el asunto de Li Xuelian. Por tu codicia, involucraste a todo el Tribunal y ahora te quieres esconder… —Y, después de escuchar la negativa de Jia, le dijo terminantemente—: Nadie te pregunta si quieres o no ir a buscarla. Ahora el asunto está en ¡si la vas a encontrar o no! Si no la encuentras, antes de que el presidente me destituya del cargo, si no me da tiempo de degradarte, le pediré a la Corte que te despidan del Tribunal.

Jia el Listo sabía que tenía todas las de perder, por lo que se fue a Pekín para tratar de encontrar a Li Xuelian y así, eventualmente, remediar su error. No le faltaban fuerzas ni entusiasmo. Pero encontrarla no dependía de ello, pues ni siquiera sabía si Li Xuelian estaba en Pekín. Y si lo estaba, ¿dónde se quedaría? ¿De qué serviría buscarla así nada más? Antes de buscar a alguien en la capital, jamás se imaginó el verdadero tamaño de la ciudad; antes de buscar a Li Xuelian en Pekín, jamás vislumbró la enorme cantidad de gente que hay allí. Entre aquella multitud, encontrarla sería una casualidad, y lo más probable era que no lo harían. No hacerlo significaba seguir buscándola sin ninguna garantía de lograrlo. Los equipos de Wang Gongdao establecieron contacto con las estaciones de policía de cada localidad que rastrearon. Cada vez que visitaban algún hotelucho, alguna obra en construcción, algún mercado de verduras o escondite de pepenadores, siempre se comunicaban con la estación local de policía. También fueron a los cuarteles de policía en todas las estaciones del tren y autobuses; mostraban la foto de Li Xuelian y pedían reconocimiento. Sin embargo, había varios contratiempos. En primer lugar, debido a la reunión anual de la Asamblea Nacional, los policías de todas las esquinas y los cruceros estaban muy ocupados y, en segundo, el caso de Li Xuelian no era el único, pues se presentaban

otros del mismo tipo en toda China: había muchísimos y de ninguna manera tenían exclusividad, por lo que los policías usualmente no alcanzaban a atender tantas peticiones de búsqueda y trataban a los investigadores con mucha impaciencia. Si sacaban la credencial del gobierno del condado, otros sacaban sus credenciales de gobiernos municipales o de provincia, y Wang Gongdao se sentía muy desesperado, a punto de estallar. Incluso, en algunos lugares, al ver sus credenciales, los policías se mostraban muy sorprendidos.

—Por lo general, la policía busca a las personas. ¿Qué hacen ustedes aquí, si son del Tribunal?

En esos casos, Wang Gongdao, sin saber dónde soltar su coraje, señalaba a Jia el Listo:

—¡Pregúntenle a él!

Su respuesta sorprendía a los policías locales. Jia el Listo reaccionaba como un criminal que no sabía dónde esconder su vergüenza. No sólo Wang Gongdao estaba molesto con él, sino también los otros trece compañeros que igualmente lo culpaban argumentando que, debido a su egoísmo, su codicia y sus ganas de ascender, se los había llevado a todos a la hoguera. Ir a Pekín en pos de alguien e ir de vacaciones eran cosas muy diferentes. Cuando vas de paseo, estás relajado y listo para divertirte; pero ir persiguiendo a alguien supone pensar en pleitos y juicios. Si vas de paseo, por la noche descansas cómodamente; pero si vas a buscar a Li Xuelian, diariamente te dan las dos de la madrugada, que es la mejor hora para peinar los hoteluchos y las estaciones del tren y autobuses, entonces, el cansancio es tal que sólo ves chispas y estrellas. Esa noche, cansados y muertos de hambre, regresaron al hotel. Como manada de gansos hambrientos, todos se lanzaron en contra de Jia el Listo, quien para limpiar su falta y contentarlos decidió invitar la cena. Le preguntaron qué tenía en mente, ya que por un plato de fideos no valía la pena desvelarse todavía más. El Listo trajo platillos con pato, pollo y pescado, suficientes para llenarlos a todos; también trajo varias botellas de aguardiente, y apenas así los medio aplacó. Cuando fue a la habitación de Wang Gongdao para invitarlo al banquete, éste, con una expresión gélida, le dijo:

—Sin rastro de ella, ¿crees que tengo ganas de comer?

Era evidente que aquel rechazo, además del pretexto de no haber encontrado a la fugitiva, contenía otros matices. Lo primordial era no darle por su lado y desairarlo. Si el presidente del Tribunal no asistía al banquete, Jia consideró que el gasto sería en vano y, con desesperación, empezó a rogarle:

—Presidente Wang, sé que está furioso, pero por ser usted un caballero, debe tener piedad por los inútiles. —Y se propinó una buena cachetada—. Por favor, ya no me diga más, todo es culpa de mi

padre: fue él quien me sugirió buscar el modo para ayudarles a los dirigentes a resolver sus dificultades.

Finalmente, Wang Gongdao se dejó convencer y fue a cenar. A pesar de no haber encontrado a Li Xuelian, el único consuelo que les quedaba era que en esos tres días no había ocurrido ningún incidente. Wang Gongdao ansiaba que las cosas siguieran así: aunque pasaran otros diez días buscando en Pekín como tontos, si no ocurría ningún contratiempo en los próximos diez días, una vez clausurados los trabajos de la Asamblea Nacional, podrían seguir tranquilamente con su vida. El presidente del condado Zheng Zhong hablaba diariamente, preguntando por el paradero de Li Xuelian. Wang Gongdao, para consolarlo, le expresó sus pensamientos y le comentó que, mientras no se apareciera Li Xuelian en la reunión anual durante los diez días restantes, ellos podrían regresar a su casa habiendo concluido su misión satisfactoriamente. De forma inesperada, Zheng Zhong, al otro lado de la línea, prendió en furia:

—¡Ésas son estupideces! Con esa manera de pensar, de seguro meterán la pata. Esa mujer tiene piernas y pies. ¿Cómo puedes garantizar que en diez días no ocurrirá nada? Apenas corre la tercera parte de las labores de la Asamblea. Con el tiempo, las posibilidades de que algo ocurra son mucho mayores. No podemos descuidarnos. Te repito lo que te dije antes: si no la encuentras, ¡ven a verme con tu carta de renuncia en la mano!

Wang Gongdao, con voz casi inaudible, susurró que aunque no era fácil encontrarla, continuarían buscándola, pero que no tenía nada de malo el hecho de desear que no ocurriera ningún incidente.

Por buscar a Li Xuelian hasta las dos de la madrugada, con el viento y el frío de las noches, al cuarto día, dos de los compañeros se enfermaron. Empezaron a toser durante el día y por la noche ya tenían 39 grados y medio de temperatura. Wang Gongdao los mandó al hospital para que les suministraran suero. Después de todo el maltrato, a la mañana siguiente, la fiebre no cedía y la tos persistía. Entre llantos y lamentos, uno de ellos escupió un poco de sangre. Para seguir buscando con tres hombres menos (los dos enfermos y uno que se quedó en el hospital para cuidarlos), era necesario eliminar un grupo, así que sólo quedaron cuatro grupos de búsqueda. Encima de todo, el viejo Hou, uno de los hombres restantes, se rebeló y amenazó con regresar a su casa. Argumentó que una semana después se cumplirían tres años del fallecimiento de su madre y que, como su padre había muerto muy joven, su madre viuda había tenido que sacarlo adelante, por lo que era su obligación regresar y hacer los preparativos del tercer aniversario luctuoso. Añadió entre dientes que él había pensado que eso terminaría en tres o cuatro días, y que jamás imaginó que sería una guerra prolongada. Al oír sus quejas, los demás

se le unieron. Al inicio, Wang Gongdao empezó a criticarlo argumentando que el trabajo era más importante que los asuntos personales. Le dijo que, en circunstancias normales, no sólo le daría vacaciones para el tercer aniversario de su progenitora, sino que el mero día lo visitaría; sin embargo, ante la amenaza de la llegada de Li Xuelian a Pekín y los trabajos anuales de la Asamblea Nacional, ¿qué era más importante: la reunión de la Gran Asamblea o el tercer aniversario luctuoso de su madre? ¿Cómo era posible que un funcionario de Estado no pudiera discernir entre lo principal y lo secundario? Era como cuando se afeitaba la cabeza y no sabía qué parte pesaba más ni dónde le daba más frío. ¿Cuál había sido la causa que unió el aniversario de su madre con la reunión de la Asamblea? Claro que era Li Xuelian con su demanda, y si había que culpar y odiar a alguien, ese alguien era justamente ella. Además, en caso de que reconsiderara lo importante y decidiera no regresar y seguir en la búsqueda, una vez que la atraparan, al volver, instruiría a la célula del Partido del Tribunal para que considerara la posibilidad de ascenderlo, del puesto de asistente del juez a juez primero. Con una amenaza, un halago, una zanahoria colgando de un palo, apenas así logró Wang Gongdao disuadir al viejo Hou y apaciguar los ánimos bélicos del resto de los compañeros.

Pasaron otros tres días sin haber capturado a Li Xuelian; afortunadamente, tampoco hubo ningún incidente. Wang Gongdao, por un lado, ya estaba desesperado; pero al no ocurrir nada fuera de lugar, también sentía cierto consuelo. Anhelaba que transcurriera otra semana así, tranquilamente, para que llegara la clausura de los trabajos. De esa manera, todos, desde arriba hasta abajo, saldrían ilesos de aquella hoguera. Sospechaba también que Li Xuelian había cambiado de opinión y decidido no demandar, y que, jugando al gato y al ratón, se había ido a otro lugar. Pero luego especuló que, después de veinte años de hacerlo año tras año, el perro no corrige fácilmente su hábito de comer mierda, además de que su pelea con Zhao el Cabezón seguro la había irritado. Probablemente, debido a su rabia, Li Xuelian no sólo había decidido demandar, sino que además buscaría el momento más indicado para hacerlo, y no sólo estaba en Pekín, sino que estaba escondida maquinando alguna estrategia para escurrirse de nuevo al interior del palacio. Al pensar en eso, sudores fríos iban y venían por su cuerpo. El presidente Zheng Zhong lo había regañado con justa razón.

Ese día, en el preciso momento en que se preparaban para salir, el viejo Bai, un paisano que tenía una fonda en la capital, vino a buscarlo. Días atrás, Wang Gongdao y su equipo habían visitado la fonda. Se trataba de un lugarcito insignificante con tres mesas que vendía ravioles aguados, sopas de tallarines y uno que otro entremés.

Wang Gongdao se puso feliz al verlo porque creyó que venía con noticias sobre Li Xuelian. De pronto Bai, señalando a otro hombre, le dijo:

—Presidente Wang, éste es el gerente Mao. También es nuestro paisano y viene a invitarlo a cenar.

A Wang Gongdao de inmediato se le bajaron los ánimos.

—No puedo: estoy en una misión oficial.

Bai sabía que venían a buscar a Li Xuelian para evitar su entrada en la Asamblea.

—La cena es por las noches. En las noches, la Asamblea no sesiona. Aunque Li Xuelian lograra entrar, de nada le serviría. No se preocupe tanto. Después de una semana de agotamiento, hay que tomar un poco para relajarse. —Luego jaló a Wang Gongdao hacia otro lado y, señalando a sus compañeros, le dijo en voz baja—: Y si hay que rastrearla por la noche, que lo hagan ellos. Tú eres el jefe: no debes trabajar tanto.

Dijo cosas inesperadas; pero pensando un poco, aunque las palabras eran rudas, en ellas había mucha verdad, por lo que Wang Gongdao sonrió y, señalando al desconocido, le preguntó:

—¿Y éste quién es?

—¿Para qué nos vamos a engañar? —respondió Bai bajando la voz —. Dice que es gerente, pregona que hace negocios, pero en realidad vende intestinos de cerdo en Pekín.

Wang Gongdao se alebrestó: comer con un vendedor de tripas de cerdo estaba por debajo de la categoría de un presidente del Tribunal. Al verlo titubear, Bai rápidamente agregó:

—Pero él no es cualquier marchante de tripas de cerdo. Es el mayorista que provee a toda la capital. ¿No te parece que es muy rico?

Wang Gongdao asintió, mientras se reprochaba por haber despreciado a aquel hombre sólo por su profesión. Ni el hombre se puede juzgar por su exterior ni el agua del mar se puede medir con cántaros; pero seguía vacilando:

—¿Y para qué me invita a cenar un comerciante de tripas de cerdo?

—Nada en especial. Somos paisanos, y como estás en Pekín, quiere conocerte —contestó Bai.

—No me engañes: justamente cuando dicen que no pasa nada, es cuando suceden las cosas.

A Bai no le quedó más remedio que soltar la verdad:

—En casa tiene un proceso abierto y quiere pedirte ayuda para cerrar el caso.

—¿No se trata de un caso de divorcio, verdad? —preguntó Wang Gongdao como pájaro asustado. Como Bai conocía el caso de Li

Xuelian, rápidamente afirmó:

—No, nada que ver con divorcios. Se trata de una disputa económica.

Wang Gongdao no le temía a las disputas económicas, pero aun así no quería acceder tan fácilmente, por lo que dijo:

—Luego veremos.

Finalmente, partieron a buscar a Li Xuelian. Durante el día, Wang Gongdao olvidó por completo el asunto de esa mañana, pero a las cinco de la tarde, Bai le llamó para preguntarle por dónde andaba para que Mao fuera por él para llevarlo a cenar. Entonces Wang Gongdao recordó el compromiso y, desganado, dijo:

—Estoy en la estación de tren de Yongdingmen. Dejemos la cena para otro día.

Inesperadamente, media hora después, Mao llegó a recogerlo a la estación en un Mercedes Benz, acompañado de Bai. Al ver el resplandeciente Mercedes, Wang Gongdao se dio cuenta de cuántas tripas de cerdo vendía el comerciante. Primero por la insistencia y segundo porque en esos ocho o nueve días, entre vientos y lluvias, no había tenido ni una sola comida decente, aún de mala gana, les ordenó a sus subordinados continuar con la búsqueda y se subió al Mercedes.

Mao era un hombre con sentido común y, en lugar de llevarlos a la fonda de Bai, se dirigió directamente hasta el 888 Palace, ubicado en el extremo oeste del cuarto anillo periférico. Al entrar, la luz de enormes candelabros iluminaban la resplandeciente decoración y dos hileras de bellas ninfas adornaban el pasillo. Wang Gongdao suspiró al sentir que había regresado entre los vivos. Primero entró en el spa: un rato en el vapor, otro rato en el sauna; luego lo bañaron, lo tallaron y, una vez limpio y reluciente, se fue a cenar con su huésped a un privado de más de cien metros cuadrados, bien iluminado y decorado: en medio había un riachuelo con un pequeño puente sobre el que flotaban los suculentos platillos: aleta de tiburón, nido de cangrejo, almejas, langostas, pepino de mar en caldo de mijo… Wang Gongdao había degustado esas suculencias en el Jardín de Melocotones del Otro Mundo; su condado, aunque apartado de la civilización, tenía todos esos manjares. Pero ahora, después de siete u ocho arduos días de carencias en Pekín, el banquete le vino bien.

Wang Gongdao miraba la decoración de aquella habitación, sacada de un cuento de hadas, y suspiraba. ¡Pekín y su tierra natal eran tan diferentes! Los manjares se parecían, pero el ambiente era muy distinto; o tal vez, los manjares se parecían, pero la gente era distinta; o quizá, un mismo hombre, en Pekín y en casa, era como dos hombres diferentes. Simplemente, el antes y el ahora no eran lo mismo. Después de siete u ocho copas, Wang Gongdao estaba algo ebrio. Y

aunque no lo estuviera, pretendería estarlo. Después de aproximadamente ocho años en el puesto de presidente del Tribunal, había aprendido muchas cosas. Entre más manjares hubiera en la mesa, más complicado era el asunto, por lo que era más difícil digerir aquellas delicias, y en esos momentos, mostrarse ebrio era de gran ayuda, pues podría detener un ejército de mil caballos y soldados.

Después de la décima copa, Bai le hizo una mueca a Mao en señal de que ya era hora de hablar de cosas serias. Wang Gongdao lo notó, pero pretendió no haberse dado cuenta. Entonces, Mao dijo que en su tierra natal tenía un primo, quien, aprovechando su éxito en la venta de tripas de cerdo en Pekín, había establecido un negocio de venta de cerdas de puerco con la administración de Comercio Exterior del condado. Al principio trabajaban muy bien, pero el año anterior habían tenido un conflicto y la administración local no quería pagar la deuda adquirida. Después de varias negociaciones infructuosas, estaba a punto de iniciar una demanda legal, por lo que le pedía ayuda a Wang Gongdao. Éste, de inmediato, preguntó:

—¿A cuánto asciende la deuda?

—A más de dos millones de yuanes —contestó Mao.

Wang Gongdao se asombró, ya que jamás había imaginado que el negocio de las cerdas podía llegar a montos tan importantes. Montos mayores, casos más difíciles. Así que, exagerando su embriaguez, dijo con la lengua retorcida:

—Yo estoy algo ebrio.

Mao tenía sentido común.

—Presidente Wang, hablemos de esto otro día. Bien dice el proberbio: "Si bebes, evita hablar de cosas serias; si hablas de asuntos importantes, evita beber".

Wang Gongdao apreció la sensibilidad y decencia de Mao. Pero después de otras diez copas, en estado de total ebriedad, bajó la guardia y comenzó a preguntar detalles del caso. Mao se esforzó por explicárselo, pero Wang Gongdao, con la cabeza revuelta, en la que miles de caballos y soldados corrían y galopaban, no comprendió ni una palabra. Entonces Bai se sumó a la conversación.

—Presidente Wang, este caso es mucho más sencillo que el de Li Xuelian.

Al oír este nombre, la cabeza de Wang Gongdao se aclaró de pronto, y los caballos y los soldados se orientaron hacia el caso de Li Xuelian y se alejaron del de Mao. Entonces, comenzó a hablar sobre ella. A pesar de que no comprendió ni una palabra del caso de Mao, el de ella lo explicó con lujo de detalles. Veinte años atrás, primero atendió y dictaminó su caso; conocía de sobra las tormentas y los huracanes del asunto, y pasó por un sinnúmero de penas y amarguras

sin saber cuándo acabaría todo. De pronto, mientras hablaba, se puso a llorar y, golpeando la mesa, exclamó:

—Li Xuelian, hija de tu puta madre, ¡cuánto me has hecho sufrir!

Bai y Mao se miraron confundidos sin saber cómo consolarlo. Wang Gongdao, balbuceando y murmurando, quería seguir hablando, pero repentinamente se recargó en la mesa y se durmió. Bai y Mao, sin más remedio, lo cargaron, lo subieron al coche y lo llevaron a su hotel.

Al despertar por la mañana, Wang Gongdao no recordaba ni una palabra de la conversación de la noche anterior. La resaca se apoderó de él y sintió que la cabeza iba a estallarle. En la víspera habían tomado Maotai, pero era muy probable que estuviera adulterado. Apretándose la cabeza, Wang Gongdao, arrepentido, sintió que la cena no había valido la pena por haber compartido la mesa con un vendedor de intestinos, y lo que era peor, por no saber siquiera de lo que habían hablado. Haciendo a un lado el arrepentimiento, se dio a la tarea principal: seguir buscando a Li Xuelian por las calles de Pekín. Aún con el dolor de cabeza, salió con su gente a la calle. Durante toda la mañana, no se le bajó el alcohol. Él y sus dos empleados encontraron una fonda de fideos al medio día, y mientras ellos comían a gusto, Wang Gongdao únicamente tomaba agua. Los fideos y el huevo de los platos brillaban en sus ojos y le provocaban asco y náuseas. En ese preciso momento, su celular timbró. El número era de un colega del otro grupo de búsqueda. Wang Gongdao pensó que el viejo Hou iba a hablar de nuevo sobre el tercer aniversario luctuoso de su madre, por lo que dijo con desgana:

—Ya hablamos lo de tu madre, ¿recuerdas?

Pero el viejo Hou, inesperadamente, respondió:

—Acabo de ver a Li Xuelian.

Por la noticia, el alcohol en el cuerpo de Wang Gongdao de pronto salió en forma de sudor helado. La cabeza se le aclaró y su tono de voz cambió:

—¿En dónde estás?

—En la puerta de la estación del metro Songjiazhuang.

—¿Y qué esperas, por qué no la atrapas?

—Estoy solo y aquí hay mucha gente. Temo que, al hacerlo, ella arme un alboroto y escape de nuevo.

—¿Y los otros dos? —le preguntó Wang Gongdao refiriéndose a los compañeros de Hou.

—Están comiendo en una fonda. Yo salí a buscar un baño porque tengo diarrea y de pronto la vi.

Wang Gongdao, apresurado, sin ganas de perder más tiempo, le ordenó:

—No la asustes: vigílala bien, no se vaya a escurrir otra vez. Inmediatamente enviaré refuerzos.

De nuevo sintió que la cabeza iba a estallarle. Les ordenó a sus acompañantes dejar los palillos y caminar trás él, habló por teléfono con los otros dos grupos de búsqueda y les ordenó tomar un taxi a la estación Songjiazhuang. Él también tomó un taxi hacia allá. Después de media hora, llegaron a la puerta de la estación, donde el otro grupo también bajaba del taxi. Cuando Wang Gongdao se acercó al viejo Hou y sus dos colegas, quienes ya habían terminado de comer, Hou le dijo que Li Xuelian se había esfumado.

—¿No te ordené vigilarla? —preguntó Wang Gongdao.

Hou señaló la entrada de la estación del metro, donde un sinfín de gente entraba y salía:

—Se dice fácilmente, pero ¿cómo la vigilas entre tanta gente? En un abrir y cerrar de ojos ya no estaba.

Wang Gongdao, sin tiempo de regañarlo, se puso a organizar la nueva búsqueda.

—Rápido, muchachos, divídanse y pónganse a peinar toda el área. Volteen todo y encuéntrenla.

Cuando estaban separándose, llegó el taxi del cuarto grupo y de inmediato éste se sumó a la pesquisa. Pero varias horas después de haber peinado a conciencia muchas veces la estación Songjiazhuang, los doce hombres no vieron ni la sombra de Li Xuelian. La estación del metro era un sitio de paso y lo más probable era que Li Xuelian se hubiera salido del metro hacía mucho tiempo. De nuevo formaron sus grupos, se subieron en un convoy y se fueron a buscarla en otras estaciones y líneas del metro. Eran muchas líneas: la uno, la dos, la cinco, la ocho, la diez, la trece… además de ocho cruces de varias líneas, con más de doscientas estaciones. ¿Cómo iban a peinar todo ese territorio doce hombres? Después de revisar minuciosamente un vagón o una estación, nadie podría garantizarles que ya eran sitios seguros; es decir, justo después de haber revisado un vagón, Li Xuelian podría subirse en él sin ser notada. Pero no quedaba de otra sino seguir buscando en los vagones y estaciones del metro. Olvidando cenar, buscaron hasta las doce de la noche sin encontrar siquiera un pelo de ella. A la una de la mañana, todas las líneas del metro se detenían y las estaciones cerraban. Los cuatro grupos de búsqueda se reunieron en la estación Songjiazhuang. Antes de reconocerla, no estaban tan angustiados, pero ahora que la habían visto, su angustia creció por no saber dónde se había metido y qué desastres podría provocar, pues aún faltaban varios días para clausurar la reunión anual de la Asamblea. Con Li Xuelian en Pekín, de seguro ocurriría algún desastre, sólo que no sabían si sucedería al día siguiente o dos días después. Por el cansancio y la búsqueda infructuosa, los labios de

Wang Gongdao se llenaron de fuegos. Pero sin fijarse en los fuegos y las aftas, se puso a regañar al viejo Hou.

—Cuando la viste, te le hubieras aventado encima. ¿Cómo es posible que no puedas con una mujer con lo gordo que estás?

Hou no se dejaba:

—Usted me dijo que evitara mover el pasto para no asustar a la serpiente. Además, no traemos uniforme: si me le aviento vestido de civil y la mujer comienza a gritar, la multitud, pensando que soy un ratero, me puede dar una golpiza.

Todos rieron, menos Wang Gongdao.

—¿Estás seguro de que la viste? ¿Estás seguro de que era ella?

De pronto, Hou comenzó a dar evasivas.

—Sólo le vi la espalda; como no volteó, no pude verle la cara.

—Entonces, ¿cómo puedes estar seguro de que era ella?

Cuando la vio, Hou estaba seguro. Ahora ya no lo estaba.

—Me pareció que era ella.

Los colegas comenzaron a reclamarle:

—Ya no vuelvas a deslumbrarte, hombre: nos tuviste buscándola desde el mediodía hasta la medianoche, y ni siquiera pudimos comer.

Wang Gongdao también le reclamaba, pues había visto a alguien que se le parecía, pero no estaba seguro; tal vez era Li Xuelian, o tal vez no. Y si no era, entonces se asustaron en balde, pero ¿y qué tal que sí era?

El peligro aún era grande, por lo que Wang Gongdao no pensaba en relajarse. Al otro día, las estaciones del metro seguirían siendo la prioridad de la pesquisa. Mandó tres grupos a peinar las diferentes líneas del metro, mientras que el cuarto grupo se dedicó a recorrer las calles y las estaciones del tren y de autobuses. Pasaron dos días sin encontrarla por ninguna parte; pero en Pekín tampoco había ocurrido ningún incidente. Wang Gongdao se inclinó a pensar que la mujer de la estación Songjiazhuang no era Li Xuelian y sintió consuelo. Faltaban cinco días para la clausura de los trabajos de la Asamblea. Si esos cinco días transcurrían en paz, atraparla o no ya no importaría mucho: el cielo estaría del lado de Wang Gongdao. Ese día a la media noche, la policía de Pekín, sin embargo, sí atrapó a Li Xuelian. Wang Gongdao y sus acompañantes, después de una búsqueda sin éxito, regresaron a su posada. Cuando Wang Gongdao se quitó la ropa y se recostó, timbró el celular. Le hablaron de una estación de policía al oeste de la ciudad.

Diez días atrás, cuando Wang Gongdao y sus subordinados llegaron a Pekín, primero revisaron un hotelucho subterráneo en la región oeste de la ciudad, debido a que en otros años Li Xuelian se había hospedado allí. Al no encontrarla, llegaron a la estación local de

policía, donde dejaron descripciones y números telefónicos por si acaso. En el teléfono, un policía explicaba que aquella noche, en los alrededores de Zhongnanhai, habían atrapado a una campesina que coincidía con la descripción de Li Xuelian, pero que cuando la llevaron a la estación para interrogarla, la mujer no quiso abrir la boca. Aunque no hablaba, con toda seguridad no era muda, puesto que los mudos también suelen ser sordos y aquella mujer, al parecer, comprendía todas las preguntas de la policía. Wang Gongdao, emocionado, saltó de la cama:

—¿Cuántos años tiene?

El policía de Pekín contestó:

—Alrededor de cincuenta.

—¿Puedes describírmela?

—Es de mediana estatura y tiene el pelo corto.

—¿Gorda o flaca?

—Ni gorda ni flaca.

Wang Gongdao aplaudió emocionado.

—Es ella. Voy de inmediato.

Wang Gongdao les llamó a sus subordinados. Salieron de la posada y se subieron en tres taxis con dirección a la estación de policía. Una enorme piedra salió del corazón de Wang Gongdao. Li Xuelian siempre sí había venido a Pekín. Si ya estaba allí, atraparla antes de cualquier incidente significaba regresar a casa con las manos llenas y lucirse frente a sus superiores. El alivio y la alegría de Wang Gongdao los compartían todos sus acompañantes. Uno de ellos empezó a alabar a los policías locales:

—Los policías de Pekín siempre nos llevan ventaja. Nosotros tenemos más de diez días buscándola y ellos, en una sola noche, la encontraron.

Otro acompañante añadió:

—No importa quién la atrapó, con tal de regresar a casa con ella, el mérito será de nosotros.

Incluso Jia el Listo, quien por más de diez días no hallaba paz ni a sol ni a sombra, se atrevió a bromear:

—Después de atraparla, jefe Wang, deberá invitarnos un banquete a todos.

Wang Gongdao, sin poder ocultar su alegría, ni siquiera le prestó atención al mezquino comentario de Jia el Listo. Golpeó su muslo y dijo:

—Banquete, claro que sí. Han sufrido conmigo más de diez días. Mañana al medio día iremos a comer pato laqueado.

Hablando y bromeando, llegaron a la puerta de la oficina de policía. Entraron y buscaron al personal de guardia, quien minutos

después trajo a una campesina. Al verla, todos se quedaron atónitos, pues no era Li Xuelian; era de la edad aproximada y complexión parecida, pero tenía otra cara.

—Cuando la vimos —dijo el policía de Pekín—, a pesar de que quería pasar por muda, de inmediato nos dimos cuenta de que era la demandante eterna. ¿Verdad que es ella?

El mudo, en ese instante, era Wang Gongdao, quien en medio del asombro, atontado, meneó la cabeza. Al otro día por la mañana, no les quedó más remedio que seguir buscándola por las calles y las avenidas de la capital.

12

Era el duodécimo día de sesiones de la Asamblea Nacional y Li Xuelian aún no se presentaba en Pekín. El presidente del Tribunal, Wang Gongdao, y sus acompañantes la buscaron en vano; decenas de policías del condado también montaron infructuosamente una red de seguridad alrededor del cordón de la policía local de Pekín. Li Xuelian no estaba allí, no porque hubiera cambiado de idea y decidido no demandar, ni porque la hubieran atrapado los policías de Shandong o Hebei, sino porque se enfermó a medio camino. Precisamente por el miedo de ser atrapada por los policías de Shandong o de Hebei, no tomó el tren ni el autobús directo a Pekín, sino que de Taian se fue a Changqing; luego pasó por las ciudades de Yan, Yu y Pingyuan; de Pingyuan a Dezhou; luego a Wuqiao, a Dongguang, Nanpi, Canzhou, Qingxian, Pazhou y Gu´an. Desde Gu´an pensaba llegar a Daxing y de allí dirigirse a Pekín… Sólo tomaba autobuses locales que circulaban por caminos secundarios.

Para evadir a los policías que vigilaban los accesos principales a la capital, iba de pueblos a aldeas y de aldeas a pueblos. Tras veinte años de esquivar a la policía de los caminos y las carreteras había acumulado mucha experiencia y aprendido muchas lecciones amargas. Aunque cambiar a cada rato de autobús era muy cansado y mucho más caro, era mejor que ser atrapada por la policía. Por supuesto que era mucho más lento andar pasos adelante y atrás, pero las reuniones en Pekín aún seguirían durante otros quince días. Ese lapso le permitiría proseguir con su plan original. Sabía que su condado enviaría a la policía a cerrar los caminos y buscarla en la capital, pues tenían veinte años persiguiéndola. Sólo cinco veces logró escabullírseles y arribar a Pekín. Según su experiencia en el juego del gato y el ratón, entre ella y los policías de su tierra, si llegaba a la capital durante los primeros días de las reuniones, los policías aún

andaban muy frescos y la probabilidad de atraparla era mayor, así que llegar más tarde le daba más posibilidades de escurrírseles, dado que sus perseguidores ya estarían muy agotados.

Al salir de Taian, de aldea en aldea, de pueblo en pueblo, cinco días después, Li Xuelian ya estaba en Gu´an en la provincia de Hebei. Aunque algo cansada, en el camino no pasó nada imprevisto. Gu´an está en la frontera entre la provincia de Hebei y la municipalidad de Pekín. Desde allí, la capital quedaba a un brinco. Llena de alegría, al llegar a Gu´an buscó una posada para descansar, recuperar fuerzas y prepararse para entrar en la capital; sin embargo, al despertar por la mañana, sintió la cabeza pesada y las piernas ligeras. Palpó su frente, ardiente como un pedazo de carbón. Li Xuelian comenzó a llorar, pues ése no era momento para enfermarse: precisamente cuando estaba tan cerca de cumplir su propósito, el cuerpo no podía fallarle. Cualquier falla no sólo afectaría su salud, sino que perjudicaría su demanda, lo que era peor. Pekín estaba al alcance de su mano, pero la reunión anual de la Asamblea estaba cada vez más cerca del final y no se podía permitir quedarse en Gu´an a causa de su salud. A duras penas se levantó, se lavó la cara, dejó la posada, caminó hacia la avenida principal y, con mucho esfuerzo, llegó a la central de autobuses. En una fonda cercana compró un plato caliente de sopa aguada de arroz, con el objetivo de sudar un poco y bajarse la fiebre, pero con el primer bocado, se le revolvió el estómago; terminó la sopa y de inmediato la vomitó. Dejó el plato y casi arrastrándose fue a comprar su boleto. Abordó el autobús local hacia Daxing. Una vez en marcha, decidió que su enfermedad se debía al enorme cansancio, provocado por haber cambiado tantas veces de transporte. Para ahorrar dinero, en cada lugar que paraba, se compraba algún panecillo con verduras encurtidas; tenía más de tres días de no comer vegetales ni sopa caliente. ¡Ah, qué arrepentida estaba! Bien dicen que los pobres, al salir de casa, deben comportarse como ricos para no desgastarse mucho. El haberse desgastado no importaba tanto como la demanda. No llegar a la capital debido a su salud, eso sí era grave. Pensó un poco más y decidió que, además del desgaste físico, lo que más daño le había hecho fue el coraje que pasó por culpa de Zhao el Cabezón. Desde la secundaria, él había estado interesado en ella; cuando fue a Pekín por primera vez, le había ayudado mucho, y veinte años después la seguía pretendiendo. Como le ayudó a escapar de su casa y habían huido juntos a Shandong, Li Xuelian creyó que él, sinceramente, quería casarse con ella. Por eso, incluso, se acostó con él en un hotelucho del condado aledaño. Precisamente por haber disfrutado de aquel encuentro amoroso, había decidido desistir de su demanda e ir con él de paseo a la montaña Tai de Shandong. Pero nunca, ni por accidente, habría sido capaz de imaginar que todo

aquello era una trampa, que Zhao el Cabezón, en contubernio con las autoridades locales, había decidido casarse con ella para evitar que siguiera demandando justicia, y que los funcionarios, de mayor a menor rango, por fin se libraran de ella. Para disuadirla de las demandas, hizo varios tratos con los de arriba. Cuando ella por accidente escuchó la conversación telefónica de Zhao, su cabeza explotó, no sólo por el odio que sintió contra él y los funcionarios corruptos, sino por el odio que se tenía a sí misma. Li Xuelian, de cuarenta y nueve años, había pasado veinte años de su vida demandando. Durante ese tiempo, caminando para todos lados, había visto de todo; había cruzado grandes aguas, caudalosos ríos para atorarse finalmente en una zanja y caer en las garras de Zhao el Cabezón. Si sólo hubiera caído en la trampa, no sería tan grave, pero se había acostado con él. Podría vengarse por la trampa que le tendieron, pero ¿cómo limpiaría la vergüenza de su cuerpo ultrajado? Los trastes sucios se lavan y ya, pero ¿cómo lavas el cuerpo manchado? La generala Mu Guiying[6] a los cincuenta y tres años aún estaba al mando de su ejército. Li Xuelian, a los cuarenta y nueve, había manchado su honor. Una de las razones por las que demandaba año tras año era porque su exmarido Qin Yuhe la había comparado con Pan Jinlian. Ella jamás había sido una Pan Jinlian. Pero ahora, al haberse acostado con Zhao el Cabezón, ya lo era. En su coraje pensó incluso en matarlo, aunque matándolo no lograría desquitar su coraje. Por otra parte, al hacerlo, cavaría su propia tumba, y esos funcionarios podridos no sólo no perderían ni un pelo, sino que se librarían de ella para siempre.

Antes de matar al Cabezón, primero debía ir a Pekín a levantar su demanda; ya después podría matarlo. La demanda de este año era diferente a las demás, ya que, además de su exesposo Qin Yuhe, incluía a muchos funcionarios de todos los niveles, como el miembro especial del Tribunal, Jia el Listo, quien hizo el trato con Zhao el Cabezón; el presidente del Tribunal, Wang Gongdao; el presidente del condado, Zheng Zhong; el alcalde Ma Wenbin… todos ellos, paso a paso, la llevaron a ese camino que no conducía sino a demandar. Por aquella rabia contenida, la mujer ardía en el trayecto, y por eso abrió la ventana para respirar aire fresco. Aunque la primavera ya había empezado, el aire que entraba por la ventana estaba helado; el viento gélido convirtió el sofoco en calor y éste se tornó en fiebre. En el trayecto de Gu´an a Daxing, Li Xuelian cerró la ventana del autobús, pero por la fiebre, apoyaba su cabeza contra la ventana. Aquella mañana sólo ardía su frente, pero por la tarde todo su cuerpo era una hoguera. Con el cuerpo ardiendo, entre mareo y confusión, en Daxing, límite entre Gu´an y Pekín, vio muchas patrullas con la sirena encendida. Un policía parado en el camino, con una banderita en la

mano, obligaba a todos los vehículos a orillarse para ser inspeccionados. Un sinnúmero de autobuses, camiones, camionetas y coches, parados en la orilla del camino, esperaban su turno. Li Xuelian sudó frío: al salir de Taian, precisamente por evadir las revisiones, no tomó ni el tren ni el autobús directos a la capital, pero a pesar de dar tantas vueltas, la revisión a la entrada de la capital era inevitable. Por lo visto, había sido en vano andar por tantos pueblos y aldeas, cambiando constantemente de transporte. Incluso aquella fiebre también era en vano.

Después de aquel sudor frío, de momento sintió algo de alivio. La fila de vehículos que esperaban ser revisados era enorme. Después de más de una hora, por fin dos policías abordaron el autobús de Li Xuelian. Uno por uno examinaban los documentos de identidad de cada uno de los pasajeros, preguntaban la razón del viaje a la capital y pedían las cartas expedidas por los gobiernos locales. Aquella revisión era una réplica de la revisión de hacía veinte años, en la frontera entre la provincia de Hebei y la municipalidad de Pekín. Li Xuelian ya tenía vasta experiencia en esos andares y no se ponía nerviosa. Durante la revisión, unos pasaron y otros reprobaron y tuvieron que bajar. Los reprobados bajaban en absoluto silencio. Por fin un policía se le acercó. Le pidió su documento de identidad y ella mostró una credencial falsa. Para esquivar a los policías, tres años atrás, había comprado una credencial falsa por doscientos yuanes en un callejoncito del distrito Haidian de Pekín. De su nombre verdadero sólo quedó Xue, que significa “nieve”. Con el nuevo nombre, Zhao Xue pretendía “restituir la justicia”, pero ¿acaso durante esos veinte años no había hecho otra cosa sino tratar de restituirla? Esa credencial falsa parecía tan real que, durante los últimos tres años, todos los policías, incluso este último, la tomaron por verdadera.

Al regresarle la credencial, el policía le preguntó:

—¿A qué vas a Pekín?

Y, respondiendo lo mismo de hace veinte años, Liu Xuelian dijo:

—Voy al hospital.

Y, como si se repitiera la escena de entonces, él preguntó:

—¿A qué hospital vas?

—El hospital de Pekín.

—¿Qué enfermedad tienes?

—Tócame la frente.

El policía primero se asombró y luego extendió la mano y le tocó la frente. Aunque minutos atrás había sudado frío, su frente aún ardía como caldero. El policía rápidamente recogió su mano:

—¿Dónde está tu permiso de las autoridades locales?

—Hermano, ¿crees que en este estado tuve tiempo para pensar en

el permiso?

—Oh, lo siento mucho, pero tendrás que bajar.

—Tengo la cabeza a punto de reventar; si al bajar me muero, ¿tú te haces responsable?

—Estás mezclando las cosas —respondió él con enfado—. Si estás enferma, vete al hospital local y cuando termine la reunión anual de la Asamblea, vas a Pekín.

La respuesta de este policía era la misma de veinte años atrás. Li Xuelian, con la cabeza afuera de la ventana, dijo:

—Tengo enfisema pulmonar: un instante sin aire y me muero. Aquí, en medio de la nada, no me voy a bajar.

Entonces, el policía empezó a jalarla:

—No me vengas con cuentos. Si no traes el certificado firmado por tus autoridades locales, tendrás que bajar.

Los dos comenzaron a forcejear. En medio del jaloneo, un anciano que se hallaba sentado al lado de ella se paró de pronto. Vestía traje militar; al parecer era un viejo cuadro. Señalando al policía, el anciano le dijo:

—¿Qué certificado quieres, hombre? Mírala cómo está. ¿Necesitas más certificado que éste? Desde que subió al autobús, está ardiendo peor que caldera. Si fuera tu hermana, ¿también la tratarías así?

Lo dicho por el anciano conmovió a Li Xuelian, quien hacía varios días que no escuchaba una sola palabra de consuelo y aliento. Desde el fondo de su corazón, agradecía el apoyo de aquel desconocido. Mientras pasaban por su mente todas las vejaciones de los últimos ocho días, a ellas se sumaron las humillaciones de los últimos veinte años y, de pronto, soltó un llanto inconsolable. Al verla llorar, el policía, temblando, comenzó a dar explicaciones.

—No es que yo no la deje ir a Pekín, lo que pasa es que en estos días se celebra la reunión anual de la Asamblea Popular.

—Y si se celebra la reunión de la Asamblea Popular, ¿el pueblo no puede ir a la capital para tratar sus enfermedades? ¿Que acaso ella no es el pueblo?

Al verla llorar, todos los pasajeros se enojaron, se levantaron de sus asientos y empezaron a señalar al policía:

—¡Qué vergüenza!

—¿Acaso no tienes conciencia, hombre?

Un joven con la cabeza afeitada gritó:

—¡Vamos a quemar el autobús!

Ante la furia colectiva, el policía asustado explicó:

—¿Piensan que a mí me gusta hacer esto? ¡Son órdenes de arriba!

Y salió del autobús, que partió hacia Daxing. Li Xuelian les dio las gracias al anciano y al resto de los pasajeros y dejó de llorar. Antes del

llanto ya estaba muy débil, pero con el llanto, los síntomas se agravaron. Antes, su cuerpo ardía; ahora, temblaba de frío. Por llegar a Pekín, ella aguantaba todo. El frío, de pronto, se convirtió en fiebre, una fiebre seca sin una gota de sudor. Debatiéndose entre la fiebre y el frío, Li Xuelian se desmayó y cayó encima del anciano, quien le pidió al conductor que se detuviera. Cuando la vio desmayada y recordó que le había dicho al policía que tenía enfisema pulmonar, el conductor se asustó, no porque estuviera enferma, sino por miedo a que muriera en su autobús. Que alguien muera en tu autobús no es bueno para el negocio. Entonces, el anciano gritó:

—¿Qué haces ahí parado? ¡Hay que llevarla pronto al hospital!

El conductor salió de su estupor y se desvió del camino principal, tomó una brecha y pisó el acelerador. A quince kilómetros, en la provincia de Hebei, estaba el pueblo de Niutou. Después de mucho dar vueltas, otra vez estaban en Hebei. Al oeste del pueblo estaba el centro de salud.

Li Xuelian estuvo cuatro días en coma en el centro de salud de Niutou y luego despertó. Sólo entonces supo que estaba acostada en la cama de un hospital, pegada al suero y con muchas bolsas y cajas de medicamentos. En los veinte años de demandas, entre vientos y mareas, nunca se había enfermado, ni siquiera había padecido dolores de cabeza, pero aquellos vientos y mareas, con el transcurso de los años, debilitaron sus fuerzas. Justamente por ello, de pronto, todos los síntomas guardados por más de veinte años salieron a la luz. Al despertar, el médico le dijo que, al principio, tenía una simple gripe que pronto se convirtió en paludismo, y también tenía gastritis e inflamación de los intestinos. ¡Quién sabe dónde había comido algo descompuesto! Y durante los cuatro días de coma, había tenido diarrea, producto de la disentería; además de todo, Li Xuelian, con voz de profeta, había dicho tener enfisema pulmonar y era cierto. Todos los síntomas se relacionaban con infecciones por todos lados y, por ello, la fiebre no cedía. Los leucocitos estaban altísimos. La clínica de salud del pueblo carecía de muchos medicamentos y ella había acabado con todos los antibióticos en cuatro días. Li Xuelian, mientras le agradecía al médico, intentaba ponerse de pie. Sus ansias no se debían a su enfermedad, sino al calendario que colgaba de la pared. Mientras ella estuvo en coma, la reunión de la Asamblea continuaba. Comenzó a hacer cuentas: en cuatro días sería la clausura de la reunión. Si no llegaba a Pekín de inmediato, no podría aprovechar la reunión anual para entablar su demanda. Y el efecto definitivamente no sería igual: si no lo hacía durante la reunión, entonces, la tigresa se convertiría en gatita. Su demanda sería como cualquier otra y nadie, ni en su condado ni en la capital, le tendría miedo. Cuando el médico se fue, Li Xuelian hizo un gran esfuerzo para ponerse de pie. Acostada

en la cama, no se sentía tan mal, pero al levantarse se dio cuenta de lo mal que estaba: el mareo se intensificó. Lo peor de todo fue no sentir la fuerza de sus piernas, que, blandas como tallarines, no le permitieron caminar. ¿Cómo saldría del hospital? ¿Cómo llegaría a Pekín? Li Xuelian suspiró y nuevamente se acostó.

Pasaron otros dos días; dos más y la reunión de la Asamblea Popular terminaría. Li Xuelian ya no podía seguir acostada. ¿A qué le llaman “ansiedad”? Si antes no lo sabía, en esos momentos conoció el significado de la palabra. Su ansiedad no se debía a su enfermedad: si ese año no lograba demandar, todos los funcionarios, desde el condado hasta la capital, se revolcarían de alegría, y como se había acostado con Zhao el Cabezón, sin la demanda, todo aquello sería en vano y ahora sí sería una Pan Jinlian. Entre más pensaba, más se angustiaba, por lo que decidió salir del hospital de inmediato. Así fuera arrastrándose, tenía que llegar a la reunión anual de la Asamblea Nacional antes de la clausura. Les pidió a los otros enfermos que llamaran al médico para decirle que debía abandonar el hospital. El médico, un hombre de mediana edad, tenía todos los dientes podridos; pero después de tratarlo, Li Xuelian concluyó que no era malo. Al oír que la mujer pensaba irse, él se puso más nervioso que ella.

—¿Ya no quieres vivir, mujer? ¿Quieres irte, así de débil como andas?

A Li Xuelian le daba vergüenza confesarle su propósito. Entonces pensó que si decía otra cosa, la dejarían salir.

—No tengo dinero.

El médico la miró estupefacto. Al salir de su asombro, se dio la vuelta y desapareció. Un cuarto de hora después regresó acompañado por la directora del hospital. Ésta, una mujer gordita de mediana edad, con permanente en el pelo, le dijo:

—¿Cuánto dinero tienes?

Li Xuelian tomó su bolsa, que se hallaba debajo de la almohada sacó un monedero escondido entre su ropa, lo abrió y se puso a contar todos sus billetes y monedas. En total, tenía quinientos dieciséis yuanes con ochenta centavos. La directora se angustió:

—¿Qué es eso? Estuviste aquí seis días; recibías sueros a diario y acabaste con los mejores medicamentos de la clínica. La hospitalización y los medicamentos suman más de cinco mil yuanes.

—Es por eso que quiero salir.

—Si no pagas, ¿cómo quieres salir?

—Si no salgo, la cuenta crecerá.

Como Li Xuelian tenía razón, la directora le dijo:

—Pídeles a tus parientes que te traigan dinero.

—Mi casa está a más de mil quinientos kilómetros de aquí y todos

mis parientes son pobres. Si les mando dinero, tal vez alguno se anime a venir, pero ninguno va a gastar dinero en el camino para, además, venir a prestarme.

—Y entonces, ¿qué hacemos? —preguntó la directora. Después de pensar un rato, Li Xuelian dijo:

—Pekín está a cien kilómetros. Tengo un pariente que vende aceite de sésamo en el mercado agrícola Gaodi, al este de la capital. Pídale a alguno de sus empleados que me acompañe por el dinero.

13

Al otro día por la mañana, Li Xuelian entró en la capital en una ambulancia. Propiedad del pueblo de Niutou, la ambulancia estaba vieja y destartalada como un anciano enfermo de enfisema pulmonar; además de hacer mucho ruido, sacaba humo al avanzar. Las ambulancias sirven para salvar gente, pero ésta ni salvaba a Li Xuelian ni la llevaba a otro hospital, sino a recoger dinero en el mercado agrícola. Si sólo fuera por el dinero, la clínica no habría utilizado la ambulancia para llevar a Li Xuelian, pero como hacía tiempo que debían ir a surtirse de medicamentos, la mandaron en ella. De acuerdo con el plan inicial, irían un día después, aunque debido a la deuda, decidieron adelantar el viaje para matar dos pájaros de un tiro. Para Li Xuelian, ir a Pekín en un autobús local e ir en una ambulancia no era lo mismo. La ambulancia, después de avanzar unos cuantos kilómetros por la terracería del pueblo, entró en la autopista; al llegar a la frontera entre Hebei y Pekín, Li Xuelian vio decenas de patrullas que inspeccionaban a todos los vehículos. Si hubiera estado en un autobús, de seguro tendría que pasar nuevamente por la inspección de la policía, pero ahora, sentada en una ambulancia, aunque vieja y destartalada, vio cómo los policías detenían los demás vehículos y les abrían paso. Li Xuelian entró en la capital sin ningún percance.

Aun cuando iba a Pekín a demandar, primero tenía que ir al mercado. Quien la acompañó era un joven de treinta y tantos años que venía con dos encargos: cobrarle a Li Xuelian y surtirse de medicamentos. El chofer se llamaba Anjing, que significa “tranquilo”; sin embargo, aquel hombre no tenía nada de quieto, y durante todo el camino se quejó de la clínica y de Li Xuelian:

—Lo planeado era ir mañana. Hoy tenía cosas que hacer —y agregó renegando—: Siempre he dicho que antes de curar a la gente, ésta primero debe pagar. Mira lo que pasa por no hacerme caso: salí perjudicado. Siempre que quieren profesar el humanismo, se topan con listos como tú.

Li Xuelian quería explicarle que ella no tenía la intención de enfermarse, mucho menos de hospitalizarse en su clínica, y como se desmayó, alguien la había llevado. Tampoco era su intención pasar tantos días en el hospital y consumir tantos medicamentos, prueba de ello era que había estado en coma cuatro días. Además, era obvio que si había gastado todo ese dinero, no huiría con la deuda, por lo que iban al mercado Gaodi a conseguirlo. Por sentirse débil no tuvo ganas de discutir con aquel hombre al que, probablemente, jamás volvería a ver en su vida. Discutir con alguien cuerdo, valía la pena; pero desgastarse en darle explicaciones a un necio, francamente no lo valía, por lo que Li Xuelian, tan pronto abrió la boca, la cerró de inmediato y se puso a mirar por la ventana. Una hora después de haber entrado a Pekín, la ambulancia llegó al mercado. Un primo de su tía, llamado Le Xiaoyi, que significa "la pequeña justicia alegre", había llegado siete años atrás a Pekín y se puso a vender aceite de sésamo en el mercado. Li Xuelian le llevaba doce años. Cuando él tenía tres años, su madre se enfermó de hepatitis. Para llevar a su esposa al médico y evitar el contagio, el padre llevó a Le Xiaoyi a la casa de Li Xuelian y lo dejó allí durante tres años. Cuando el niño llegó, aún no hablaba, ni siquiera podía articular una frase entendible. Li Yingyong, el hermano de Li Xuelian, quien tenía en aquel entonces ocho años, lo despreciaba y con frecuencia lo montaba como a un caballo. Li Xuelian, por el contrario, lo protegía; lo montaba en sus hombros, lo llevaba al campo a cortar pasto y lo ponía a jugar con saltamontes. Le Xiaoyi jamás olvidó aquella bondad y cada vez que volvía a su casa, iba a visitarla. Una de las veces, años atrás, que Li Xuelian fue a Pekín, le pidió hospedaje a Le Xiaoyi, quien no le cobró por el alojamiento ni la comida, y por las noches se ponía a desmenuzar el caso de Li Xuelian sin comprender cómo aquella semilla de sésamo crecía hasta convertirse en una sandía, y la hormiga, en elefante. A pesar de ello, siempre defendía a Li Xuelian y ella agradecía su compasión. Ahora, en momentos de necesidad, decidió buscarlo. Ella recordaba que el puesto de su primo estaba en la esquina noreste del mercado, entre un puesto de carne y tripas de burro y otro de gallinas vivas. Una vez ahí, Li Xuelian atravesó el mercado arrastrando los pies, acompañada del Tranquilo; llegó a la esquina noreste y se dio cuenta de que su primo no estaba. Los puestos de carne y tripas de burro y de gallinas vivas aún estaban allí, pero en el sitio de su primo vendían fritangas. Li Xuelian, preocupada, le preguntó al expendedor:

—¿Dónde está Le Xiaoyi, el vendedor de aceite de sésamo?

—No lo sé. Cuando me mudé aquí, el puesto estaba vacío.

Li Xuelian fue a preguntarle al vendedor de carne y tripas de burro:

—¿Y Le Xiaoyi, quien vendía aceite de sésamo en el puesto de al

lado, dónde está?

—Se fue hace tres meses.

—¿Adónde?

—No lo sé.

Li Xuelian fue a preguntarle al vendedor de gallinas, quien estaba matando a una. Éste, enfadado, sólo meneó la cabeza. Li Xuelian se desesperó, así como el conductor de la ambulancia. El Tranquilo pensó que la mujer le estaba tomando el pelo y la sujetó con gran fuerza:

—Estás mintiendo, ¿verdad? No tengo tiempo para andar dando vueltas. Aún tengo muchas cosas que hacer.

Li Xuelian trató de apartarse:

—Cuando vine la vez pasada, él estaba aquí.

—Nada de lo que dices me importa, quiero el dinero —dijo el Tranquilo—. Si no me pagas, te llevaré de vuelta al pueblo de Niutou.

Ella, sin querer, soltó el llanto. No lloraba por no encontrar a Le Xiaoyi y no poder pagar la deuda, sino porque en caso de que Tranquilo la llevara de vuelta al pueblo, a más de doscientos kilómetros de Pekín, no alcanzaría a llegar a tiempo al Palacio de la Asamblea. Faltaba un día y medio para la clausura de la reunión anual. Muchos comerciantes del mercado, al ver al joven sujetar a una mujer y gritarle sin piedad, los rodearon. Cuando la vieron llorar, algunos pensaron acercarse para consolarla, pero al enterarse que se trataba de dinero, sólo se dedicaron a mirar. En medio del circo, pasaba por ahí un carnicero gordinflón con mandil de hule, cargando la mitad de un cerdo y un enorme cuchillo. Al ver el círculo, dejó la carne, se metió en el tumulto y comenzó a indagar los pormenores del espectáculo. Al enterarse de los detalles y saber que Li Xuelian estaba buscando al vendedor de aceite de sésamo, la jaló hacia al puesto de carne y tripas de burro. Ella le preguntó al del expendio:

—¿Adónde se mudó el vendedor de aceite de sésamo?

—No sé —contestó el vendedor sin voltear a verla.

—Los puestos de ustedes estaban juntos —comentó el carnicero—. ¿Acaso no dijo ni una palabra antes de irse? —Y, señalando a Li Xuelian, añadió—: ¿Qué no ves que la mujer está llorando? Debe dinero y está en problemas.

—No sé —respondió nuevamente el vendedor de carne y tripas de burro, estirando el cuello.

—¿Qué no piensas contestar? ¿Qué te traes? —dijo el carnicero y, señalándolo con su cuchillo, lo amenazó—. Si sigues así, patearé tu puesto, ¡eh!

Ya levantaba una pierna para cumplir su promesa, cuando el vendedor de carne y tripas de burro se le acercó y lo detuvo:

—Amigo Zhang, no te sulfures, el vendedor de aceite de sésamo se

agarró a golpes con el vendedor de gallinas hace tres meses. Dicen que se mudó al Yuegezhuang. Eso dicen, ¿eh? —Luego barrió a Li Xuelian con la mirada y gritó para que todos lo oyeran—: ¿Cuándo se ha visto que alguien espere que le den una respuesta gratis? ¿Por qué no me compra algo y luego pregunta?

Yuegezhuang era otro mercado agrícola ubicado en el extremo sur de la ciudad. Al saber que Le Xiaoyi aún estaba en Pekín, Li Xuelian se tranquilizó. También reconoció su culpa por preguntar sin comprarle nada al vendedor y le agradeció su ayuda a aquel hombre valiente, quien, agitando la mano, contestó:

—No puedo ver que humillen a los pobres.

Entonces, el comerciante levantó la carne de cerdo que había dejado en el piso y se alejó. Al ver aquella espalda alejarse, Li Xuelian de pronto recordó al carnicero Hu, quien veinte años atrás vendía carne en el mercado de su aldea. En aquel entonces, ella le pidió ayuda para matar a varias personas, pero el carnicero Hu, muy macho en palabras, se encogió al escuchar la palabra “matar”. Li Xuelian, hundida en aquellos recuerdos, suspiró profundamente.

La ambulancia salió del mercado Gaodi para dirigirse al Yuegezhuang. Una hora después llegó. Li Xuelian y Tranquilo fueron a buscar a Le Xiaoyi. El vendedor de carne y tripas de burro sólo había dicho que Le Xiaoyi se había mudado al mercado Yuegezhuang, pero nunca precisó en qué lugar había instalado su puesto de aceite de sésamo. Caminaron por todo el mercado, lo peinaron de norte a sur y de oriente a poniente, y no sólo no encontraron a Le Xiaoyi, sino que ni siquiera vieron un solo puesto de aceite de sésamo. En el otro mercado, en el sitio de Le Xiaoyi, había dos ollas enormes. El sésamo, después de tostarse en la primera olla, se prensaba dentro de un molino eléctrico y su líquido se escurría en la segunda olla; ésta se unía a otro motor con dos montacargas, uno arriba y otro abajo, donde flotaba el aceite. Era fácil saber que aquello era un puesto de aceite de sésamo. Además, se percibía su olor a cientos de metros alrededor. Li Xuelian pensó que no se habían esforzado lo suficiente, por lo que decidió recorrer nuevamente el mercado, pero seguían sin encontrar el puesto. La mujer se angustió de nuevo al pensar que Le Xiaoyi se habría mudado a otro mercado o que probablemente nunca se había instalado en ese lugar y el comerciante de carne y tripas de burro la había engañado. Fuera como fuera, Le Xiaoyi simplemente no estaba allí. Ella no sabía qué hacer y Tranquilo se enfurecía.

—¿Dónde está ese maldito puesto? Yo no tengo tu tiempo para buscarlo. —Y, mirando su reloj, añadió—: Ya son las doce y tengo que ir a recoger las medicinas. Ya basta: mejor regresa conmigo al pueblo. Te entregaré a la directora y luego ustedes se ponen de acuerdo.

Al oírlo, Li Xuelian se angustió aún más, primero, por no encontrar

a su primo y, segundo, por retrasar su asunto de la demanda. Al día siguiente estaba programada la clausura de la reunión anual y el tiempo llegaba a su fin. Li Xuelian decidió que de ninguna manera regresaría a aquel pueblo, sin importar si encontraban o no a Le Xiaoyi; sin importar si pagaba o no su deuda. Pero ella, una mujer de casi cincuenta años recién salida del hospital, que sudaba y se agitaba a cada paso que daba, ¿cómo podría escapar de aquel muchacho robusto y lleno de vigor? Iba pensando en eso, cuando escuchó a sus espaldas:

—Pulpooo, pulpo de Zhoushan a diez cincuenta la libra.

Li Xuelian reconoció la voz. Volteó y vio a un hombre que vestía botas y guantes de hule. Con un enorme cuchillo en la mano cortaba en pedazos un gran pulpo congelado. Ese hombre no era otro sino su primo. Se le ablandaron las piernas al darse cuenta de que Le Xioayi realmente se había mudado a ese mercado, sólo que en lugar de aceite de sésamo, ahora vendía pulpos. Ella agarró fuerzas y gritó:

—¡Le Xiaoyi!

Él levantó la mirada y observó a la mujer que gritaba su nombre. Pasó un rato antes de reconocerla. Primero se asombró, pero no porque Li Xuelian hubiera logrado encontrarlo en ese mercado donde se había mudado recientemente…

—Hermana, ¿cómo es que estás tan flaca? Eres un saco de huesos. Nunca antes te había visto así de delgada. Por poco y no te reconozco.

A ella se le asomaron las lágrimas:

—Enfermé. Pero ¿cómo fue que dejaste el aceite de sésamo por vender pulpos?

—Este año, la semilla de sésamo subió mucho de precio —le contestó mientras la jalaba hacia una pared—. El aceite ya no es negocio. ¿Viniste de nuevo a demandar? —Al ver que ella asentía, le comentó—: Me lo imaginaba. Con razón los del condado han dado más de diez vueltas por aquí. Días atrás venían cada tercer día; ahora vienen dos veces al día.

Al escucharlo, Li Xuelian se preocupó pensando que pronto la encontrarían sus perseguidores.

—Entonces, debo irme.

Cuando se daba la vuelta para partir, Tranquilo, el chofer de la ambulancia, se acercó y la detuvo.

—¿Adónde vas? ¿Y el dinero?

Li Xuelian recordó entonces la razón por la que había ido a buscar a su primo. Le contó a Le Xiaoyi el asunto del hospital y de la deuda; le dijo que apenas completaba quinientos yuanes y aún debía cuatro mil ochocientos. Al oírla, Le Xiaoyi se mostró solidario y le dijo al chofer:

—Yo te pagaré la deuda de mi hermana, sólo que no tengo conmigo tanto dinero.

—Entonces, tú no vas a ningún lado —le dijo el chofer a Li Xuelian, mientras la sujetaba con fuerza.

—Espérenme aquí: voy al banco a sacar el dinero —respondió apresuradamente el primo.

Encargó la carreta llena de pulpos al vendedor de vísceras de cerdo, se quitó el mandil y los guantes de hule, y salió del mercado. Li Xuelian y Tranquilo se quedaron a esperar; sin embargo, cinco minutos después de que el primo salió, llegaron Wang Gongdao y sus acompañantes.

Al ver a Li Xuelian brincaron de alegría; parecían moscas muertas de hambre delante de una gota de sangre. Corrieron y la rodearon. Puesto que la mujer no había cometido ningún crimen, no la esposaron. Aunque estaba exhausto por correr, al acercarse, Wang Gongdao esbozó una gran sonrisa:

—Prima, ¡qué difícil ha sido encontrarte!

Li Xuelian, sin hacerle caso a Wang Gongdao, empezó a insultar a Tranquilo.

—Por tu culpa se echó a perder mi asunto.

Tranquilo se quedó estupefacto. Al ver a toda esa gente tras Li Xuelian, pensó que a todos les debía dinero. Soltó a la mujer y se dirigió hacia Wang Gongdao.

—Aquí hay fila. Después de que me pague mi dinero, les tocará su turno.

Como los hombres vestían de civiles, el joven no imaginó que fueran funcionarios del Tribunal. Antes de que Wang Gongdao abriera la boca, Hou se acercó y empujó al chofer:

—Vete a esperar allá. Si te deben dinero, levanta una demanda. Nosotros estamos cumpliendo nuestro deber, ¿entiendes?

Tranquilo pensó que eran policías, por lo que no se atrevió a armar un escándalo. Por lo general era valiente, pero al toparse con más fuertes, solía replegarse. Wang Gongdao, aún sonriente, le dijo a Li Xuelian:

—Prima, ya olvida la demanda, regresa con nosotros a casa. Le Xiaoyi es nuestro pariente, por lo que me imaginé que tarde o temprano vendrías a buscarlo.

Ella estiró el cuello:

—Les dije que no pensaba demandar, pero no me creyeron; ustedes me obligaron a venir, y si no me permiten ir a demandar justicia, me verán morir ante sus ojos.

Wang Gongdao señaló la calle. Hasta ese momento, Li Xuelian se dio cuenta de que un carro oficial del Tribunal estaba estacionado

frente al mercado. Varias personas bajaron del automóvil y caminaron hacia ellos. Ella pensó que se trataba de más empleados del Tribunal; pero de pronto, entre ellos, divisó a su hijo Qin Youcai. Al verlo, se sorprendió.

Cuando Qin Youcai apenas tenía seis años, Li Xuelian se embarazó y, por ese motivo, ella y Qin Yuhe habían planeado su divorcio provisional. Después de medio año, parió a su hija sin imaginarse que su esposo cambiaría de parecer y tomaría lo falso por verdadero o, dicho de otra manera, que lo verdadero jamás volvería a ver la luz y, como bola de nieve, junto con él arrastraría a funcionarios de todos los niveles: el sésamo crecería hasta ser una sandía, y la hormiga, un elefante. La hija, que se crió a su lado, jamás la comprendió, mientras que el hijo, a pesar de haber crecido con Qin Yuhe, de grande mostraba cariño y compasión por ella. El año anterior, cuando se toparon en las calles del condado, Qin Youcai le regaló a escondidas doscientos yuanes. Al verlo en Pekín, pensó que los del Tribunal lo utilizaban como anzuelo para obligarla a regresar. Pero de pronto se sintió incomoda: aunque su hija no la quería y su hijo sí la apreciaba, aquélla era suya y él, de Qin Yuhe. En el pleito de pareja no era justo utilizar al hijo para persuadir a Li Xuelian de que no demandara; pero después de tantos años de lidiar con esos funcionarios podridos, recordó que eran unos tramposos y sacaban sus ases cuando ella menos los esperaba. Qin Youcai, al acercarse, primero se abrumó:

—Madre, ¿por qué estás tan delgada?

Sin prestar atención al comentario, Li Xuelian le preguntó:

—Youcai, ¿ellos te atraparon?

—No, madre, no me atraparon. Vine para decirte que olvides la demanda.

—Si viniste a decirme eso, puedes regresar de inmediato. Si me lo hubieras pedido antes, tal vez te habría hecho caso. La demanda de este año es muy diferente y no tengo otro camino.

—No es que venga a aconsejarte que no lo hagas, digo que tu demanda ya no tiene fundamento.

—¿Por qué?

Qin Youcai, de pronto, comenzó a llorar. Con la cabeza entre los brazos, se hincó en el suelo:

—Mi padre murió.

Li Xuelian, estupefacta, no comprendió de momento las palabras. Pensó largo rato y luego captó que el padre de su hijo era Qin Yuhe. Al oír que su exesposo había muerto, le explotó cabeza, no por la pena de su muerte, sino porque su demanda ya no tenía ningún sentido. Su falso divorcio de hacía veinte años, que pronto se convirtió en verdadero, era el meollo de las demandas de todos esos años. A eso se

había sumado el pleito de si era o no una Pan Jinlian y luego entraron en el juego un montón de funcionarios. Ahora que Qin Yuhe estaba muerto, todos los eslabones de la cadena se rompían y ni siquiera había argumentos para seguir el pleito contra los funcionarios. Zhao el Cabezón, quien se había unido a ellos para confabular en su contra, no sólo la había engañado, sino que ensució su cuerpo y finalmente la había convertido en una Pan Jinlian. Para venir a levantar su querella, por poco se muere en el camino. Nunca pensó que, llegando a la capital, las cosas terminarían de esa manera. Todo su sufrimiento de los últimos diez días, ¿acaso había sido en vano? Los funcionarios se salvaban y ella se convertía en una Pan Jinlian por nada. Sin digerir aún la noticia, angustiada, preguntó:

—¿Cómo es que de pronto murió? Estaba sano.

Qin Youcai, quien seguía hincado, se puso de pie.

—Sí, estaba sano, pero tuvo un accidente en la carretera. Falleció hace cinco días. La noche del accidente, él y mi madrastra discutieron. Lleno de coraje, salió a la carretera para transportar fertilizante. Al llegar al puente grande del río Yangze, para esquivar un carro que venía rebasando, chocó contra los postes y el camión cayó en el río. —Enseguida, Qin Youcai empezó a llorar—. Olvidó su edad. Ya tenía problemas de la vista; además, como estaba enojado, no puso atención en la carretera.

Hasta ese momento, Li Xuelian comprendió que Qin Yuhe estaba muerto. Mientras él moría, ella estaba en coma en la clínica del pueblo de Niutou. Al comprender la situación, la mujer de pronto se puso a maldecir.

—Qin Yuhe, hijo de puta, me maltrataste durante toda tu vida. Muerto tampoco me dejas en paz. De la nada te mueres y de paso acabas conmigo. Nuestro asunto aún no se acaba. Hijo de puta, ahora que estás muerto, todas las cosas que quedaron pendientes jamás se aclararán.

Y, en medio de la multitud expectante, se puso a llorar a todo lo que daba. Una vez suelto el llanto, ya no pudo detenerse. Lágrimas y mocos corrían por su rostro. Ella no tenía ninguna intención de limpiarse. A pesar de que Qin Yuhe y ella eran enemigos, jamás habría llorado lágrimas tan amargas si lo hubiera hecho por un ser querido. Enfrente del mercado Yuegezhuang había una torre de negocios de ochenta y seis pisos, en la pared frente a la torre había una enorme pantalla que transmitía en vivo los acontecimientos del Palacio de la Gran Asamblea Popular. Esa mañana, los legisladores resumían los acuerdos importantes de la reunión. Todos se sometían a votación y, después de ser apoyados por una aplastante mayoría, se consideraban aprobados. En el palacio sonó un estruendoso aplauso.

Qin Yuhe tenía cinco días de muerto. Los primeros dos nadie relacionó su muerte con las demandas de Li Xuelian; sin embargo, tres días atrás, Zheng Zhong lo hizo. Ese día, al regresar de la capital de la provincia, pasó por la fábrica de fertilizantes, ubicada en el extremo poniente del condado, al lado de la carretera que lo unía con la capital. Zheng Zhong vio desde su atuomóvil una multitud enfrente de la fábrica. En la entrada, delante de una corona de flores, estaban arrodillados una mujer de mediana edad y un niño vestidos de luto. La mujer traía en la mano un cartel que decía: "Qin Yuhe, tu muerte es muy injusta". Al principio, Zheng Zhong no relacionaba las cosas, pero al ver que la multitud de la puerta armaba un lío, le pidió a su chofer detener el auto. Éste se estacionó en la orilla. Zheng Zhong le ordenó a su secretario, sentado en el asiento de enfrente:

—Ve a preguntar qué pasa. Ésa es la entrada al condado. Tanto alboroto causa una imagen negativa.

El secretario bajó y a los cinco minutos regresó y le informó al presidente que un empleado de la fábrica de fertilizantes había tenido un accidente. Los dolientes peleaban con las autoridades sobre el monto de la indemnización. Zheng Zhong comprendió que se trataba de un asunto interno de la fábrica y que él no tenía ninguna vela en el entierro. Si interfirieran funcionarios superiores, los de abajo protestarían aún más fuerte. Si nadie más se mete, en diez o quince días, ambas partes ceden un poco y el asunto se resuelve. Ese tipo de casos hay que tratarlos con la cabeza fría. Pensando así, Zheng Zhong ordenó partir. Cuando el auto llegó a la puerta del gobierno del condado, súbitamente recordó algo:

—¿Quién es Qin Yuhe? Ese nombre me es familiar.

El secretario tampoco recordaba quién era Qin Yuhe y telefoneó al director de la fábrica para preguntarle. Cuando Zheng Zhong entraba en la oficina, el secretario lo siguió:

—El muertito es el exmarido de nuestra Lechuguita.

Al principio, Zheng Zhong no le dio importancia, pero al sentarse en su escritorio, relacionó la muerte con las demandas de Li Xuelian y, en seguida, lleno de alegría, golpeó en la mesa del escritorio.

—¡Eso no es cualquier cosa!

—¿Cómo que no es cualquier cosa? Es un simple accidente de carretera —comentó el secretario.

—En el caso de cualquier otra persona, sería un simple accidente, pero en el de Li Xuelian, es mucho más que eso. Su principal motivo de la demanda es su falso divorcio con su exmarido. Ahora que él está muerto, ¿cuál sería el fundamento? Al morir uno de los cónyuges, el

matrimonio cesa de inmediato. Con su exmarido muerto, ella, aunque quiera demandar, ya no tiene argumentos para hacerlo.

El secretario entonces también se iluminó.

—Es decir que éste fue un accidente afortunado.

Zheng Zhong, sin ganas de comentar lo bueno o lo malo del accidente, tomó el teléfono para hablar con Wang Gongdao, quien perseguía a Li Xuelian en Pekín. En un principio, al escuchar la noticia, Wang Gongdao se sorprendió. Pero como era presidente del Tribunal, pronto comprendió el asunto.

—¡Qué bueno que se murió! —exclamó—. Con el exmarido muerto, Li Xuelian ya no tendrá fundamento para demandar justicia —y luego, lleno de alegría, agregó—: Presidente Zheng, ya nos vamos a casa.

Zheng Zhong no sólo no compartía su alegría, sino que estaba muy angustiado.

—Por el contrario, con estos nuevos acontecimientos, es aún más apremiante encontrarla.

Wang Gongdao no comprendía:

—Si ya no hay caso, ¿por qué hay que atraparla? ¿No son esfuerzos inútiles?

—Qin Yuhe acaba de morir y ella todavía no lo sabe. Con seguridad, aún piensa ir al palacio a levantar su demanda.

—Sin fundamentos para hacerlo, si va al Palacio de la Asamblea será en balde. Nosotros ya no tenemos de qué preocuparnos.

—¡Qué tonto eres! Es ahora cuando más cuidado debemos tener. Si ella entra en el palacio, los altos funcionarios no se irán por las causas de la demanda, sino que lo tomarían como incidente político y se irían contra todos nosotros. Ahora que las cosas mejoraron a nuestro favor, ¿vale la pena que nos destituyan nada más porque sí?

Fue entonces cuando Wang Gongdao comprendió a su jefe. Pero tenía más de diez días buscando a Li Xuelian por todo Pekín. Ya había peinado todas las calles, avenidas y callejones, y explorado todos los rincones, incluso bajo tierra, sin encontrar siquiera rastros de ella. Y no sólo no la había encontrado, sino que no tenía noticias sobre su posible paradero. En una capital tan grande, buscar a una persona no era fácil; pero a Zheng Zhong eso no le importaba. En tono muy serio, ordenó:

—¡Encuéntrenla y díganle que su exmarido murió y, entonces, podrán regresar a su casa!

Wang Gongdao estaba furioso.

—Y aunque la encontremos, ¿piensa que nos va a creer que su exmarido murió? Ella creerá que es una treta para hacerla desistir de su intento.

Zheng Zhong le dio la razón y decidió enviar al hijo a Pekín. Si otros le dicen que Qin Yuhe murió, ella no les creerá; pero si su hijo se lo dice, tendrá que creerle. Zheng Zhong le colgó a Wang Gongdao y le marcó al jefe de la policía del condado, quien también buscaba a Li Xuelian en Pekín. Ese jefe era el que, encabezando a varias decenas de agentes, había montado un cordón de seguridad fuera del cordón de la policía de la capital.

Diez días después de haber montado aquel cordón, el resultado aún era nulo. Zheng Zhong, además de comunicarle la muerte de Qin Yuhe, le ordenó seguir buscando a toda costa a Li Xuelian; le demandó ser aún más cauteloso para no permitir que lograra entrar al palacio en los últimos días de la reunión. Le explicó que, si llegaba a hacerlo, todos serían castigados y perderían sus puestos. Sería una gran pena que eso sucediera ahora que el exmarido estaba muerto. También lo previno sobre el cansancio de los últimos días, que los volvía más vulnerables y más propensos a descuidos. Le recordó que quince días atrás, la huida de Li Xuelian del condado se había debido, precisamente, al descuido de los elementos de la policía local. Aquello había quedado en el ámbito distrital, pero ahora las cosas llegaban hasta la capital. El asunto era por demás serio y no permitiría ningún descuido. El jefe de la policía lo escuchaba y asentía.

Para llegar a tiempo, un carro oficial del Tribunal llevó a Qin Youcai a Pekín. Al verlo, Wang Gongdao no dijo ni una palabra. El vicepresidente del Tribunal, quien venía con Qin Youcai, le informó a Wang Gongdao que Zheng Zhong, además de enviarlo a él a buscar a Li Xuelian, también había mandado al jefe de la policía local al frente de varias decenas de subordinados. Días atrás los del Tribunal no sabían nada de eso, pero al no ver a varios de sus colegas de la policía, el secreto salió a la luz. Al enterarse de ello, Wang Gongdao se asombró, primero, porque consideró que el presidente Zheng Zhong era un malnacido por enviar a dos grupos de gente sin avisarles y, segundo, porque era evidente que no confiaba en los funcionarios del Tribunal ni en Wang Gongdao; sin embargo, se sintió reconfortado. En caso de no atraparla y de que Li Xuelian lograra entrar en el Palacio de la Asamblea, la responsabilidad la compartirían el Tribunal y la policía local. Por un lado, había muchos más elementos de policía buscándola, por lo que la mayor parte de la culpa recaería sobre ellos; por el otro, aquellos policías comían y se hospedaban en la capital, por lo que sus gastos eran mucho mayores que los del personal del Tribunal. Aun cuando Qin Youcai ya estaba en Pekín, Wang Gongdao no albergaba grandes esperanzas de encontrar a Li Xuelian, y sólo faltaban tres días para la clausura de la sesión anual. Si esos días trascurrieran sin incidentes, aunque no la atraparan, podrían regresar a casa sin graves consecuencias. Sin embargo, no compartió sus

pensamientos con sus subordinados; por el contrario, les ordenó redoblar esfuerzos en la búsqueda, utilizando el mismo tono grave de Zheng Zhong. Hacía más de diez días que habían llegado con catorce hombres a Pekín, y los dos policías que se enfermaron una semana atrás, ya se habían recuperado.

Entre los catorce policías, el vicepresidente y el chofer que trajo a Qin Youcai, junto con Wang Gongdao, sumaban diecisiete personas. Una vez robustecido el ejército de búsqueda, podría cumplir con mayor facilidad las órdenes de Zheng Zhong de encontrar a Li Xuelian a como diera lugar antes del cierre de los trabajos de la Asamblea. Si en ese periodo ocurría algún incidente, a Zheng Zhong no le temblaría la mano para destituirlos a todos antes de perder su puesto. Los subalternos de Wang Gongdao, al ver su rostro serio, no pudieron sino creerle y, con ímpetu renovado, continuaron la búsqueda de Li Xuelian.

Todos se dieron cuenta de que sólo faltaban tres días y no podían echar a perder las cosas ahora que el final estaba tan próximo: después de diez días sin incidentes, no podían permitir que cuando aún no se roban el burro, se derribe el poste en el que está amarrado, y si algo sucediera en el último estirón, sería como si el burro pasara pero la silla se atorara, y a todos les tocaría pagar los platos rotos. Wang Gongdao perdió las esperanzas de encontrar a Li Xuelian, pero ante el entusiasmo de sus subordinados, inspeccionaron de nuevo todos los sitios que ya habían revisado; lugares a los que iban cada tercer día, ahora los visitaban dos veces al día. Jamás pensaron que, dos días después, la atraparían en el mercado Yuegezhuang. Aunque estrictamente hablando, en realidad no la habían atrapado. Después de jugar al gato y al ratón durante varios días, finalmente coincidieron en el mismo sitio. Esa feliz coincidencia no se debía a los esfuerzos de Wang Gongdao y sus subalternos, el mérito era de Tranquilo, el chofer de la ambulancia de la clínica de Niutou. Si no fuera por su insistencia y paciencia, aquel feliz encuentro jamás habría tenido lugar. Fuera cual fuera la razón, Wang Gongdao estaba inmensamente feliz por encontrar a Li Xuelian; finalmente una enorme roca salió de su corazón y cayó al suelo. Aunque aquel malnacido de Zheng Zhong había enviado, sin avisarle, a los del Tribunal y a la policía local a buscar a Li Xuelian, finalmente, quien logró atraparla fue Wang Gongdao, por lo que el gran mérito era suyo. Las varias decenas de policías que comían y se hospedaban en Pekín, ¿acaso no habían gastado el dinero en vano? Mientras la fugitiva lloraba a moco suelto en medio del mercado, Wang Gongdao le habló a Zheng Zhong para informarle sobre la captura.

—Presidente Zheng, ¡por fin la atrapamos! Finalmente, este arroz de más de diez días ya se coció. Ya le dijimos que su exmarido murió.

—Y, dirigiendo el teléfono hacia Li Xuelian, le dijo—: Oiga, escúchela llorar. Después de conocer la noticia, ya no tendrá por qué ir al Palacio de la Asamblea.

Al saber que por fin habían atrapado Li Xuelian, a Zheng Zhong también se le cayó una enorme roca de encima. Pero su roca y la de Wang Gongdao eran muy diferentes: éste estaba feliz por cumplir el encargo, colgarse encima un gran mérito y poder regresar a casa; aquél lo estaba porque era muy distinto atrapar a Li Xuelian ahora que haberlo hecho en años anteriores. En esta ocasión, su exmarido estaba muerto, y Li Xuelian ni ese año ni el próximo ni ningún otro volvería a Pekín: la raíz del incidente había sido arrancada para siempre. Durante veinte años, Li Xuelian había crecido, “la Lechuguita de los tiempos modernos” se había hecho famosa; ahora, por fin, la Lechuguita se ahogaba en la olla. Y lo más extraordinario del asunto era que nadie la había ahogado: las circunstancias lo hicieron. Nadie tumbó la silla del burro: las circunstancias lo hicieron. El sésamo y la hormiga se habían esfumado; la sandía y el elefante también se habían desvanecido. Nunca antes la muerte de una persona les había traído tanta liberación y alegría. Y, precisamente por eso, Zheng Zhong decidió perdonar todas las faltas de Wang Gongdao cometidas en el pasado.

—Diles a todos que les agradezco su esfuerzo. Cuando regresen a casa, personalmente los invitaré a un gran banquete de celebración.

Al escucharlo, Wang Gongdao se dio cuenta de que todas las rencillas pasadas entre ellos se habían esfumado como el humo, por lo que, lleno de regocijo, dijo:

—Se lo agradezco en nombre de todos mis colegas. Cuando Li Xuelian se canse de llorar, la llevaremos de regreso a casa.

Zheng Zhong le colgó a Wang Gongdao y le marcó al alcalde Ma Wenbin. Ahora que el asunto estaba resuelto, tenía que informárselo. Su llamada era muy distinta a la de Wang Gongdao, quien sólo pretendía atribuirse el mérito. Zheng Zhong no lo hacía para presumir su logro, sino para ayudarle a descargar aquella pesada roca que todos traían en el corazón. Tampoco lo hacía sólo por eso: por el asunto de Li Xuelian, en alguna ocasión, el alcalde le había dicho que estaba “algo decepcionado”. Zheng Zhong sólo quería revertir aquellas palabras lo más pronto posible, liberarse del peso del “estoy algo decepcionado”. Cuando Li Xuelian huyó de la provincia de Shandong, Zheng Zhong prefirió hablarle a su secretario, contarle todo y pedirle tiempo antes de comentarle el desafortunado incidente a Ma Wenbin. Ahora que el asunto estaba resuelto de raíz, tenía que darle a éste la buena nueva personalmente. Para las malas noticias, prefería al secretario; para esta noticia inmejorable, era mejor saltarse al secretario y hablarle directamente al alcalde, quien aún estaba en

Pekín atendiendo la reunión anual, cuya clausura estaba programada para el próximo día.

Al establecer la comunicación, en un suspiro contó con lujo de detalles y gran claridad la muerte de Qin Yuhe y la captura de Li Xuelian, dijo que ella jamás volvería a demandar ni ahora ni nunca, pues la semilla de sésamo y la hormiga habían desaparecido; la sandía y el elefante se habían esfumado. En realidad, Ma Wenbin se había enterado de la huida de Li Xuelian de Sandong la misma noche del telefonazo de Zheng Zhong. ¿Cómo se atrevía su secretario a ocultarle un asunto de tal magnitud? Pero el alcalde decidió darle tiempo antes de hablarle para regañarlo. Finalmente, no serviría de nada. Pero ya no estaba “algo” sino “totalmente decepcionado” de Zheng Zhong, y mandó a su secretario a ordenarle, con tono muy severo, que atrapara pronto a la fugitiva. Si no la capturaban a tiempo, si algún incidente ocurría por su culpa, ni modo, serían designios del cielo: la lluvia y los casorios nadie puede frenarlos. Ma Wenbin suspiraba sin remedio pensando que la política era una profesión por demás peligrosa. La gente sólo ve la carne que comes, nunca los palos que recibes. El alcalde jamás imaginó que el caso de Li Xuelian se esfumaría cual semilla de sésamo, cual hormiga. Después de oír el reporte detallado, una enorme roca cayó de su corazón. Pero no compartió la alegría de Zheng Zhong y sólo comentó:

—Eso fue inesperado.

Zheng Zhong pensó que el alcalde se refería a la muerte de Qin Yuhe:

—Claro que fue inesperado. Todo el camión terminó en el río.

—Lo que quiero decir es que el desenlace de esta situación no se debió a nuestros esfuerzos —comentó Ma Wenbin—, sino a un accidente inesperado que puso punto final a esta historia. El asunto se resolvió sin resolverse. Esto no era lo que esperábamos —señaló Ma Wenbin ante el asombro de Zheng Zhong, y mientras más hablaba, más se alteraba—: Aunque ya concluyó el asunto de Li Xuelian, nuestra forma de pensar todavía es obsoleta y anticuada, nuestra capacidad de liderazgo no mejoró, nuestro nivel de conducir los asuntos no progresó. Zheng, sigue vigente el proverbio que reza: “Un dique de mil leguas sucumbe ante un nido de hormigas”. ¿Acaso no acabas de mencionar las hormigas? Pero olvidas otros dos: “Evitar lo minúsculo y prevenir lo insignificante” y “Perder lo grande por descuidar lo pequeño”. Este año sufrimos con el asunto de Li Xuelian, y ya llevamos veinte años padeciéndolo. ¿Dónde está el problema? Si está en lo grande no digo nada, pero, como siempre, las cosas dependen de lo pequeño, de los detalles —y ordenó—: Zheng, te aconsejo no bajar la guardia. No pienses que el asunto está concluido. Debes aprender la lección, de lo contrario, mañana Li Xuelian se irá y

Wang Xuelian aparecerá.

Zheng Zhong nunca se imaginó que ése sería el resultado de su reporte. La llamada para dar buenas nuevas se convirtió en una amarga lección. Entonces sudó frío y respondió:

—Despreocúpese, alcalde Ma, sin duda vamos a estudiar a fondo el caso de Li Xuelian para aprender la lección: entraremos por lo pequeño, por el detalle, para hacer el trabajo a conciencia. Confíe en que cuidaremos lo minúsculo para prevenir lo grande. No perderemos lo grande por descuidar los detalles, para que un dique de mil leguas no sea derribado por un hormiguero.

—Aunque esa mujer ya no puede demandar —añadió Ma Wenbin—, hay que llevarla de inmediato a casa. Aún falta un día para la clausura, así que hay que prevenir que su furia la lleve a hacer cosas extremas. Mientras esté en Pekín, representa un peligro; ése es otro detalle que no pueden descuidar.

15

El alcalde Ma Wenbin le ordenó al presidente del condado, Zheng Zhong, llevar a Li Xuelian de vuelta a casa. Éste, a su vez, se lo ordenó al presidente del Tribunal, Wang Gongdao; pero Wang Gongdao no obedeció las órdenes: no porque no quisiera hacerlo o porque Li Xuelian insistiera en armar un alboroto, sino porque mientras ella lloraba amargamente en medio del mercado, rodeada por una gran multitud, de pronto se desmayó. A la angustia que sentía por su salud —de por sí ya muy deteriorada—, por la gran deuda que tenía que pagar y por la urgencia de su demanda, de pronto se le sumó la noticia de la muerte de Qin Yuhe. Sentía como si el sufrimiento de todos esos días hubiera sido en balde. Y no sólo eso, sino que el sufrimiento de los últimos veinte años de su vida también había sido en vano. Con todos esos problemas juntos, y cada uno mayor que el otro, era comprensible que, después de sufrir y llorar tanto, se desmayara. Wang Gongdao estaba asombrado. Qin Youcai se apresuró a levantar a su madre. En ese instante, Le Xiaoyi regresó del banco. Varios hombres cargaron a Li Xuelian hasta el pequeño cuarto que su primo había rentado a espaldas del mercado. Li Xuelian, postrada en la cama, ardiendo en fiebre, no despertaba. Una enferma inconsciente y con fiebre era obvio que no podía viajar. Pero como Li Xuelian no se daba cuenta de nada, otros podían disponer de ella y llevarla a donde quisieran. Sin embargo, Wang Gongdao no se atrevió a hacerlo, pues temió que falleciera a medio camino. Que muriera su exesposo era una cosa, pero que, de pronto, ella también pereciera, podría ser algo

desastroso, ya que la responsabilidad sería suya. Indeciso, le marcó a Zheng Zhong, quien claramente tampoco quiso cargar con la responsabilidad y divagaba en el teléfono.

—¡Qué complicado es todo esto! —Y, después de mucho tiempo, añadió—: Ni modo, la reunión anual se clausurará mañana; ya que no pueden traerla, envía a alguien para que la vigile. Una vez clausurada la reunión, todos pueden regresar.

No había otra alternativa. Wang Gongdao reunió a su gente y empezó a delegar tareas. Dispuso a tres hombres por equipo y les ordenó turnarse cada cuatro horas enfrente del cuarto donde yacía Li Xuelian. Cada uno de los equipos debía entrar cada media hora al cuarto para ver a la enferma. Sentados en la patrulla estacionada en la calle podían vigilar la puerta durante las cuatro horas del turno. La buena noticia para todos fue que Li Xuelian no recobró la conciencia sino hasta la mañana del día siguiente. A las once y media del último día, en la gran pantalla colgada en la pared frente al mercado Yuegezhuang anunciaron la clausura de las sesiones de la reunión anual de la Gran Asamblea Nacional, que dio a luz al nuevo gobierno de la República. Un estruendoso aplauso sacudió el gran palacio. Wang Gongdao y sus colegas rebozaban de alegría: después de varios días de arduo trabajo, finalmente había llegado el final feliz. Todo el mundo se había librado de aquella pesadilla, y no sólo de ahora, sino de los últimos veinte años, así como de los años venideros. Wang Gongdao, encabezando a sus subalternos, comenzó a organizar el viaje de regreso a casa. Qin Youcai, al ver que su madre no despertaba, después de negociar con Wang Gongdao, decidió quedarse.

Li Xuelian, quien se hallaba en el cuarto de Le Xiaoyi, seguía sin recobrar la conciencia. Era necesario llevarla al hospital, pero el primo apenas había pagado la deuda de Li Xuelian y no le quedaba dinero; Qin Youcai tampoco traía dinero consigo. Ante esta situación, Le Xiaoyi decidió llamar a un médico de una clínica local para que le inyectara un poco de suero a la enferma. Después de dos días de sueros, Li Xuelian seguía sin recobrar el sentido. A Qin Youcai, como sentado sobre espinas, le urgía regresar: necesitaba encargarse del entierro de su padre. Habló con Le Xiaoyi y luego emprendió el camino a casa. Dos días después, Li Xuelian despertó. Cuando abrió los ojos, no sabía dónde se encontraba. Miró a su primo, observó las paredes, y entonces se dio cuenta de dónde estaba. Poco a poco comenzó a recordarlo todo. Aunque volvieron todas sus remembranzas, parecían sucesos de otro mundo. Le Xiaoyi, al verla reaccionar, se puso muy contento y le arrimó un tazón de arroz.

—Hermana, ¡cuánto me asustaste!

—Xiaoyi, otra vez vine a darte molestias —respondió ella con voz entrecortada.

Él era el mismo primo de siempre. Con gran paciencia y cariño, le contestó:

—Hermana, ¿qué dices? ¿Acaso la vida no es lo más importante? Ella, muy conmovida, continuó:

—Xiaoyi, no te preocupes por la deuda: en el pueblo aún queda la casa y con el dinero de la venta alcanzaré a pagarte.

—¿Por qué dices eso, hermana?

A Li Xuelian le rodaron las lágrimas. Él conocía todos los pormenores de las tribulaciones de su prima y los últimos acontecimientos que la colocaban en una situación tan incómoda. Con gran ternura, le aconsejó:

—Hermana, una vez que te recuperes, si no quieres volver a tu casa, quédate conmigo: juntos venderemos pulpos.

Nuevamente le brotaron las lágrimas a Li Xuelian, y exclamó:

—¡Xiaoyi!

Finalmente, tres días después la fiebre cedió y ella pudo sentarse en la cama. Tres días más tarde, comenzó a caminar por el cuarto y a preparar el desayuno. Al verla mejor, Le Xiaoyi decidió dejarla para ir a vender pulpos. Después de que su primo partió, ella lavó los platos y se puso a preparar la comida; sirvió en tazones los guisos y los colocó en la mesa; luego se sentó a escribir una nota: "Xiaoyi, muchas gracias. Me voy. En cuanto a la deuda, ya te dije lo que hay que hacer, no es necesario repetirlo". Cargó su morral y salió. No planeaba regresar a su casa: sólo quería encontrar un lugar para morir. Ya sabía cómo: se iba a colgar. La razón de ello no era la muerte de Qin Yuhe ni la falta de argumentos para seguir demandando, ni la vergüenza que jamás podría lavar, decidió hacerlo porque, con la muerte de Qin Yuhe, los veinte años de demandas la convertían en el hazmerreír público, pues habían perdido sentido. En esos veinte años, la semilla convertida en sandía y la hormiga convertida en elefante se esfumaron, y los eslabones de la demanda se quebraron. Una vez rota la cadena, todo el pleito se convertía en un chiste cruel. El pleito de ese año era un chiste, las demandas de los últimos veinte años eran un chiste, incluso la demandante era un chiste de dominio público. A la semilla de sésamo se la llevó el viento, y a la hormiga la destruyó su propio nido. Ese año todo era diferente: además de engañarla a ella, le mintieron a su cuerpo, y esa vergüenza ya era conocida por todos. Ahora sí, Li Xuelian era una Pan Jinlian y ese desenlace, en sí, también era un chiste cruel. Perder el juicio de por sí era una pena; que sus demandas se convirtieran en burla era vergonzoso. Se puede vivir con dolor en el alma, pero la vergüenza simplemente no te deja respirar.

Bien dice el proverbio que "La vergüenza no deja vivir en este

mundo", y Li Xuelian sentía eso. Pero su preocupación actual era dónde quitarse la vida. Ella habría querido ahorcarse frente la casa de sus enemigos; por ejemplo, frente a la de Zhao el Cabezón o enfrente del Tribunal, a las puertas del gobierno del condado o enfrente del gobierno de la capital de la provincia, para condenar para siempre a todos esos funcionarios podridos, pero ahora que sus demandas eran una burla, colgarse en esos sitios ya carecía de sentido. Y si insistiera en hacerlo, su muerte también sería un chiste cruel. No sólo su vida, sino su muerte sería una broma de mal gusto. Li Xuelian ya ni siquiera tenía dónde morir y eso también daba risa. Hay gente que, por malvada o pobre, no encuentra un lugar ni para su tumba. A Li Xuelian le pasaba lo mismo, pero sus motivos eran la vergüenza y la burla.

Al salir del mercado Yuegezhuang, caminando y pensando, en lugar de ir hacia la ciudad, Li Xuelian se dirigió a la periferia. Ya que nunca descansaría en una tumba merecida, se calmó y decidió buscar cualquier sitio para morir. Al medio día llegó a una colina cuyas laderas estaban repletas de árboles de durazno. En los últimos veinte días, preocupada por la demanda y sus problemas, nunca se fijó en el paisaje que la rodeaba. En esos días, ya entrada la primavera, las flores de durazno estaban en todo su esplendor. Al entrar en el bosque de duraznos, divisó una cabaña. Se asomó por la puerta y vio un saco de dormir, ollas y sartenes; en el suelo había sierras, tijeras, escaleras y otras herramientas de jardinería. Evidentemente, ahí vivía el trabajador de aquel huerto. En la primavera se podan los huertos de durazno. Li Xuelian subió a la cima de la colina y comenzó a descender. Esa ladera de la colina daba hacia el sol, por lo que las flores eran aún más rojas. Se adentró en el bosque y encontró un sitio hermoso.

—Éste es el lugar —pensó mientras veía el hermoso paisaje con aquellas flores que tapizaban la montaña. Había querido encontrar un sitio cualquiera, pero éste no lo era.

Abrió el cierre de su bolsa y sacó una cuerda ya preparada. Miró a su alrededor y eligió un tronco robusto, alto y frondoso. Aventó la soga, que se atoró en un nudo del árbol y, de paso, tiró al suelo unas flores rojas. Amarró un nudo y buscó una piedra. Se subió en ella. Metió la cabeza en el dogal, empujó la piedra con el pie y quedó colgada. Pero mucho antes de exhalar el último suspiro, un hombre agarró sus piernas; mientras trataba de descolgarla, gritaba muy enojado:

—¡Hermana, nosotros no somos enemigos! ¿Por qué te empeñas en dañarme de este modo?

El hombre, de mediana edad, por fin logró bajarla.

—Te he observado todo este tiempo. Primero pensé que venías a

robar las cosas de la cabaña, pero jamás pensé que vinieras a quitarte la vida.

Li Xuelian se sintió avergonzada.

—¿En qué te perjudica que yo me muera?

—¡Ay, qué fácil se dice! Asumí la responsabilidad de este bosque de duraznos. En el otoño vienen los citadinos a divertirse cosechando los frutos. Entonces puedo ganar algo de dinero. ¿No viste la tabla que dice “jardín de duraznos”? Si se enteran de que alguien se colgó aquí, ¿crees que volverían a venir?

Mientras comprendía sus motivos, pasmada, Li Xuelian se daba cuenta de que realmente no hallaba lugar para morir.

—¿Y en dónde sería bueno que me colgara?

—¿De verdad quieres morir? —preguntó el jardinero, notablemente sorprendido.

—Cuando alguien decide morir, nadie puede detenerlo.

—¿Por qué, mujer?

—Unas cuantas palabras no son suficientes para explicar mis motivos. Si bastaran, no pensaría en morir.

El hombre, señalando la colina de enfrente, le dijo:

—Si estás decidida a morir, entonces hazme un favor: vete a aquella colina, también es un bosque de duraznos lleno de flores. El dueño de allá es el viejo Cao, mi competencia —y agregó—: Bien dice el proverbio: “No te cuelgues del primer árbol que veas; busca otro, al fin y al cabo no perderás mucho tiempo en hacerlo”.

Al oír esto, Li Xuelian sonrió.

CAPÍTULO III

JUGANDO

1

En una provincia había un condado. En el poniente de la cabecera del condado había una fonda muy famosa llamada Un Lugar de Tantos. Su fama se debía a su sopa de carne pegada al hueso. También se vendía menudo, tortilla tatemada, entremeses fríos y una gran variedad de licores, pero su especialidad, definitivamente, era la sopa de carne pegada al hueso. Esta sopa se preparaba en todas las fondas, pero a la hora de cocinarla, la carne se desprendía de los huesos, y sólo en Un Lugar de Tantos, por más que cocinaban la carne, ésta se quedaba pegada al hueso, por lo que el sabor no sólo se impregnaba en la carne, sino en ellos. Una vez que se acaba la carne, se roen los huesos, por cierto, nada salados; se chupan y se roen hasta extraerles todo el sabor, que es muy particular: salado lleno de aroma, del que se desprende un regusto dulce, del cual emana a su vez otro ligeramente picante, fresco y resbaladizo. Todos los que visitan el condado, para banquetes se van a La Ciudad de los Mariscos a comer comida corrida y, obligadamente, visitan Un Lugar de Tantos para degustar la sopa de carne pegada al hueso. La forma adecuada de comerla es recién retirada del fuego: un bocado de carne hirviendo y un trago de vino. Si regularmente sólo se toman dos copas, con esta sopa hay que consumir hasta un cuarto de litro.

Un Lugar de Tantos hierve dos ollas de sopa diariamente, una al mediodía y otra al anochecer. Los que quieren comerla deben esperar su turno en la puerta de la fonda. La preferencia la tienen los comensales que se quedan a comer; solamente si sobra, les venden a quienes quieren comprar para llevar, y como casi nunca sobra, incluso los que comen en la fonda difícilmente tienen oportunidad de llevar un poco más a casa. Todo depende de si se está entre los primeros o los últimos de la fila y de la cantidad de comensales.

—Patrón, si el negocio va tan bien, ¿por qué no cocinas más ollas?

—preguntan frecuentemente los de la fila.

El dueño de la fonda, el viejo Shi, casi siempre contesta:

—No quiero cansarme tanto.

2

El viejo Shi tiene ahora sesenta años. Además de vender carne, le gusta el mahjong. Si prepara sólo dos ollas de sopa, le queda tiempo libre para jugar. Como no desea que ni la fonda ni el mahjong lo cansen demasiado, sólo juega una vez por semana. El horario es fijo: todos los jueves, desde las tres de la tarde hasta las once de la noche; en total: ocho horas. Los compañeros de juego también son fijos: el viejo Bu, dueño de la fábrica de licores; el viejo Wang, mayorista de licor y tabaco; el viejo Jie, dueño del spa. Cambian los años, los meses, las horas, pero los jugadores jamás. Si hicieran cuentas de ganancias y pérdidas, estarían muy parejos. En realidad, el juego se trata de matar el tiempo. Se reúnen en la fonda. Los jueves por la tarde, el viejo Shi reserva un apartado de su negocio y ordena preparar una olla extra de sopa, pues los compañeros de juego cenan y beben. El viejo Bu suele llevar aguardiente de la marca Yimapingchuan. Después de comer la sopa de carne pegada al hueso y de beber Yimapingchuan, comienzan a jugar.

3

Un viernes, el viejo Shi recibió una llamada telefónica. Una tía suya, que vivía en Liaoyang, había fallecido. El hijo de la tía, su primo, le llamó para pedirle que se encargara de los funerales. Shi le preguntó si la tía antes de morir había dicho algo. El primo le explicó que había expirado por la noche y en la madrugada ya estaba tiesa, por lo que no dejó ni una palabra. Shi, además de suspirar, decidió ir a Liaoyang a atender los funerales. Su decisión de ir no se debía ni al inesperado fallecimiento de la tía ni a las ganas de verla por última vez, sino porque recordó cosas de su infancia. En aquel entonces, el tío era soldado en Liaoyang, y la tía, por seguirlo, se fue a trabajar a una fábrica textil en la misma localidad. Durante cinco años no regresaron a su condado ni una sola vez; pero cuando Shi tenía ocho años, los tíos decidieron ir a su casa a visitar a sus padres. El padre de Shi, algo mezquino, al enterarse de que los tíos trabajaban fuera, ni tardo ni perezoso les pidió prestado. Antes de que el tío abriera la boca, la tía

se negó y aclaró:

—Cuñado, no es que no quiera prestarte. Lo que pasa es que tenemos muchos parientes pobres. Si te presto a ti, los demás se sentirán, y para prestarles a todos, tendría que vender hasta los calzones.

A la hora de la cena, la tía jaló al pequeño Shi y le dio dos yuanes sin que nadie se diera cuenta, y le dijo:

—Fui la primera que te cargó cuando naciste.

Los dos yuanes de aquel entonces ahora valían más de cien. En aquellos tiempos, los salarios eran de unos cuantos yuanes. Shi los guardó desde el segundo hasta el sexto año de primaria, cuando tomó sólo veinte centavos para comprarle un pañuelo floreado a una niña que le gustaba. Él aún recordaba que, entre las flores, volaba una pareja de mariposas.

Desde su condado hasta Liaoyang había más de dos mil kilómetros. Después de cambiar varias veces de transporte, al llegar, el primo lo recibió. Shi le expresó sus condolencias; hablaron de cosas del pasado y ya. Terminaron los funerales y, antes de regresar a su casa, Shi primero pasó por Pekín, sin percatarse de que entre la ida y la venida había llegado el fin del año. La estación del tren estaba atiborrada de gente de todas partes de China que quería regresar a su casa a celebrar el Año Nuevo. Por lo general, no ponía atención en las fechas, pero, de pronto, se dio cuenta de que había volado otro año. Después de cuatro horas haciendo fila, no logró conseguir boleto ni para ése ni para los próximos tres días, y ya era el veintisiete del último mes. Entre más se acerca el fin del año, más difícil es comprar boletos. Entonces, Shi pensó que la tía había escogido muy mal momento para morir. Decidió buscar una posada cerca de la estación y esperar a que pasaran las fiestas, pensando que tal vez el día primero, después de que toda la gente hubiera partido, los trenes estarían vacíos. También pensó que si en su casa nunca se ponía ansioso por nada, ¿qué necesidad tenía de hacerlo ahora? Sólo porque se había quedado varado en Pekín por culpa de las fiestas de primavera no valía la pena angustiarse. Dejó la estación y caminó hacia el sur. En un callejón, encontró muchas posadas llenas de personas de todas partes que hablaban diversos dialectos y cargaban muchas bolsas y bolsitas. Entró en una de las posadas. Cuando estaba a punto de preguntar por el precio, sonó su teléfono. Era el viejo Bu, dueño de la fábrica de licores, quien quería llevar a su casa aquella noche una olla de sopa de carne pegada al hueso. Unos parientes queridos habían llegado a felicitarlo por el fin del año y, de paso, a comer aquella sopa tan famosa. Shi miró el reloj y, al darse cuenta de que eran las seis de la tarde, se angustió. Si Bu le hubiera pedido prestado, sin pensar habría accedido, pero le costaba mucho trabajo cambiar las rutinas de su

fonda. A esa hora, mucha gente se encontraba haciendo fila y no era justo sacar una olla por la puerta trasera. El viejo Shi vacilaba, cuando Bu le dijo:

—Iré a buscarte a la fonda.

—Si vas, no me encontrarás.

—¿Por qué?

—Porque estoy en Pekín.

—Oh, ése sí es un problema —respondió Bu angustiado.

—¿Y si tus parientes no comen la sopa, se morirían?

—Yo no hablo de la sopa: hoy es miércoles y mañana es nuestro día de mahjong.

En ese momento, Shi se angustió: había olvidado que ese día era miércoles y que el siguiente estaba predestinado para su juego.

—No logré comprar el boleto, así que no podré regresar. Ni modo, mañana no jugaremos.

—No podemos dejar de jugar —alegó el viejo Bu y, contundente, afirmó—. Debemos jugar.

—Hombre, sólo se trata de saltarnos un jueves. ¿Acaso moriremos por no jugar una semana?

—Yo no moriré —afirmó Bu—, pero Jie sí.

—¿Qué quieres decir?

—El viejo Jie ha tenido un dolor en el pecho durante todo este mes. Fue al médico y le detectaron un tumor. Empezando el Año Nuevo lo operarán. Aún no saben si es benigno o maligno. Si es benigno, qué suerte; si es maligno, pobre de Jie. Temo que ésta será su última partida antes de someterse a la intervención.

Dijo eso y colgó. Incluso el asunto de la sopa se le olvidó. Por su parte, Shi también sintió que aquello era un gran problema. El viejo Jie era uno de los cuatro jugadores fijos y era el dueño del spa del condado. En el juego, Jie era el peor; al ganar, solía presumir, chiflar y cantar; al perder, tiraba las fichas, escupía en el suelo y se ponía a proferir insultos a los cuatro vientos. Pero un día del invierno anterior, Shi pudo realmente conocer al viejo Jie.

Un día al anochecer, después de pelear con su esposa, Shi comenzó a beber, y entre más lo hacía, más se enojaba; entre más se enojaba, más bebía, hasta que se perdió de borracho y salió de la casa. La esposa, también muy molesta, no lo detuvo. Al salir, Shi se percató de la nieve. Mirando las hojuelas, no sabía adónde ir. Tambaleándose, desde la calle poniente llegó hasta la del sur y divisó el spa del viejo Jie. En el preciso instante en que se disponía a entrar, se desplomó frente la puerta y perdió el conocimiento. Al despertar, se dio cuenta de que estaba acostado en los baños calientes. A su lado estaban sentados Jie y dos talladoras con toallas en la mano. Shi se percató de

que tenía agujas y ventosas en el hombro y que de la cabeza le colgaba una botellita con algún remedio. Señalando con la mano sana la botellita, preguntó:

—¿Qué es eso?

—Ayer, al ver que no despertabas, el patrón llamó al médico —contestó una de las talladoras.

—Sólo fue una borrachera, ¿qué podría pasar?

—El médico dijo que lo llamaron a tiempo —respondió la otra talladora—. Tu pulso estaba arriba de cien. Si el patrón se hubiera esperado un poco, ahora no estarías aquí para contarlo.

—Y si me muero, ¿qué pasa? Todos vamos a morirnos —obstinado, Shi, obstinado, lo retó.

—¡Ah, eso sí que no! —decía Jie, meneando la cabeza—: Si te mueres, ¿adónde iremos a jugar?

En ese instante, a Shi se le subió el fuego a la cabeza, no porque Jie le hubiera salvado la vida, sino porque en el momento clave, realmente lo conoció. Ahora, al saber que Jie podría tener cáncer y que tal vez ese mahjong sería el último para él, era imprescindible regresar. Y más valía llegar antes de las tres de la tarde del día siguiente para estar a tiempo para la partida. Pero ya no había boletos. ¿Cómo subirse en el tren? Shi llegó nuevamente a la estación con la esperanza de que alguien hubiera devuelto su boleto. Pero ¿quién lo haría, si todos querían llegar a casa? Shi fue a suplicarle al jefe de la estación con el cuento de que en su pueblo tenía a un enfermo grave. El jefe, con mucha compasión, le dijo que le daba muchísima pena, pero que ese día le habían llegado más de treinta casos como el suyo. Los asientos del tren estaban contados, ¿de dónde iba a sacar un asiento extra? Shi pensó en buscar revendedores, pero como era fin de año, la estación estaba llena de policías y los revendedores habían huido. Como una señal de que la noche había llegado, las luces de la estación se prendieron. En medio de la angustia crece la sabiduría, así que a Shi se le ocurrió una brillante idea: sacó de la bolsa un lápiz y un papel y escribió: “Agraviado por la injusticia” y se lo pegó en la frente. En menos de un minuto, cuatro policías lo rodearon y lo tumbaron en el suelo.

4

Dos policías auxiliares fueron los responsables de llevar al agraviado Shi a su casa. Uno se apellidaba Dong y el otro, Xue. Los policías auxiliares, en realidad, son ayudantes de la policía que, sin serlo, hacen trabajo policiaco. Aunque el tren estaba a tope, siempre había

lugar para llevar a casa a un “agraviado por la injusticia”. Mientras más se acercaba el Año Nuevo, menos agraviados por la justicia circulaban por las calles. El jefe del vagón les cedió dos camastros a Shi y sus acompañantes. Como demandar justicia no era contra la ley, los policías auxiliares lo trataron bien. Por miedo a que se les escapara a medio camino, lo hicieron objeto de muchas atenciones; le dejaron una camilla y ellos dos se acomodaron en la otra. El tren partió y los tres hombres se relajaron. Dong y Xue observaban a Shi, mientras éste miraba por la ventana. Cuando pasaron por Fengtai, uno de los policías preguntó:

—Hermano, ¿qué pena te obligó a venir a Pekín a demandar en Año Nuevo?

—Explicarles mis penas no sirve de nada: ustedes no tienen manera de ayudarme —les respondió Shi sin quitar la vista de la ventana.

Dong y Xue se miraron y, reconociendo que no tenían ninguna capacidad para ayudarle, comenzaron a darle consejos.

—No importa qué te trajo aquí, lo importante es que sepas que las cosas se resuelven en el lugar donde se originan.

—Despreocúpate, en el mundo no hay problemas sin soluciones —añadió Xue.

A la hora de la comida, Dong compró tres cajitas de comida:

—La demanda es una cosa y la comida, otra. Lo importante es comer.

Shi comió y Dong se relajó:

—Bien, muy bien.

Después de la comida, Xue sirvió una taza de té y se la ofreció a Shi, quien la aceptó. Comido y bebido, Shi se acostó en su cama y se durmió. Al verlo así, los dos policías decidieron vigilarlo en turnos, cada uno durante tres horas. En la madrugada, cuando le tocaba el turno a Xue, aprovechando que Shi dormía, decidió acomodarse al lado de su compañero y descansar un poco. Al despertar, el sol ya estaba en lo alto del cielo. Xue, pensando que Shi había huido, sudó frío, pero al ver que continuaba acostado en su cama ya despierto, se tranquilizó. Suspiró hondo, y señalándolo con el dedo gordo, le dijo:

—Hermano, eres misericordioso.

5

En alguna ciudad bajaron del tren y tomaron un autobús que recorrió la carretera durante dos horas. A las dos de la tarde, los tres hombres llegaron a la estación de policía del condado donde vivía Shi. Los

policías locales, clientes frecuentes de Un Lugar de Tantos, conocían muy bien al viejo. El policía de guardia se apellidaba Liu. Al verlo entrar escoltado por dos policías, Liu se sintió confundido. Vio la carta del policía de Pekín y, sin entender absolutamente nada, le preguntó a Shi:

—¿De qué se trata todo esto? ¿Fuiste a Pekín a levantar una demanda y estos policías te trajeron de regreso?

Shi contó toda la verdad.

—No fui a demandar a nadie. Lo que pasó fue que no pude encontrar boleto para regresar y, como tenía prisa, se me ocurrió este remedio —y agregó con tono de broma—: Estaba jugando, hombre.

Dicho eso, se dio la vuelta, salió y dejó a aquellos tres hombres estupefactos.

—¿Qué pasó aquí? ¿Cómo es posible que alguien pueda engañarnos de esta manera? —dijo Xue tartamudeando.

Dong, golpeando la mesa, escupió.

—¿Quién se cree que es ese hombre?

Liu les habló brevemente de Shi.

—Se llama Shi Weimin. Durante veinte años fue el jefe de otro condado; luego, debido a un caso, perdió el puesto. Dicen que fue el caso de una mujer agraviada. Shi, tal vez por manifestar favoritismo o tal vez por algún acto de corrupción, quién sabe, fue removido del cargo. Como no podía mantener a su familia, decidió regresar a casa y abrió en la calle poniente una fonda de comida que se llama Un Lugar de Tantos y vende una sopa de carne pegada al hueso conocida en toda la región. El abuelo de Shi Weimin, quien había sido cocinero en Taiyuan, le dejó la receta de la sopa. Aunque el negocio va muy bien, el viejo Shi sólo prepara dos ollas diariamente y su única pasión es jugar mahjong todos los jueves del año, llueva o truene.

6

Después de escuchar la explicación de Liu, los policías de Pekín no sabían si reír o llorar. Primero, por curiosidad de ver nuevamente a aquel hombre; segundo, por las ganas de probar aquella sopa tan renombrada. Ya que estaban en aquel condado, decidieron ir a la fonda. Preguntando, llegaron. Una empleada los llevó al apartado donde cuatro hombres acalorados jugaban en una mesa. Al ver a Shi sentado entre ellos, Dong comentó:

—Shi, hombre, ¡qué exagerado eres! ¿Te atreves a engañar al gobierno y al Partido para jugar mahjong?

Xue también intervino.

—Deja tú al gobierno y al Partido, hasta a nosotros nos engañaste durante todo el camino.

—Hermanos —dijo después de tirar una carta—, tergiversaron las palabras; el Partido, el gobierno y ustedes deben agradecerle al mahjong.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Xue.

—Originalmente tenía toda la intención de levantar una demanda, pero recordé el mahjong y cambié de opinión. De no ser así, mientras ustedes dormían plácidamente, yo me habría escapado. Y si hubiera huido, ¿qué habría sido de ustedes dos?

Dong y Xue se quedaron sin palabras por un instante, hasta que Dong logró responder:

—No mientas, para levantar una demanda necesitas una razón. Shi dejó las cartas.

—¿Saben que hace veinte años fui jefe de un condado?

—Apenas nos enteramos.

—Haber perdido mi puesto fue la mayor injusticia de este mundo. Lo que debí haber hecho fue demandar año tras año. Pero, por el bien del Partido y del gobierno, me tragué la pena y la injusticia y me dediqué a cocinar sopas. No tengo nada contra ustedes, que sólo hacen su trabajo.

Los jóvenes se quedaron mudos. Bu, el dueño de la fábrica de licores, meneando las manos, dijo con impaciencia:

—¡Ya basta de decir tonterías! Aquí pasan cosas serias. —Aun con mayor enfado, regañó a Wang, el mayorista de licor—: ¿Qué tanto piensas, hombre? Ya tira una ficha.

El viejo Jie, saltando de alegría al darse cuenta de que ganaría el partido, tiró la ficha. Luego se puso a cantar. Wang culpó a Bu y empezaron a pelear sin tregua. Shi, rojo de alegría, exclamó:

—Así se hace.

7

Dong y Xue salieron del apartado y se dispusieron a pedir sopa de carne pegada al hueso, pero se dieron cuenta de que la fila se extendía más de quinientos metros. Al entrar no se percataron, pero al salir supieron lo grandioso de aquella sopa. Se asomaron a la cocina y sólo vieron una olla en la lumbre. No les serviría de nada ponerse en la fila. Dong se acercó a un vendedor y le dijo que ellos dos venían desde Pekín y querían probar la especialidad del restaurante. El vendedor les

dijo que de ningún modo podría hacer una excepción, pues si los de la fila lo veían hacer trampa, lo matarían. Dong y Xue dejaron el lugar pensando en buscar otra fonda para saciar su hambre. Entonces, la empleada que los había conducido al apartado de Shi los llamó.

—¡Oigan, deténganse!

—¿Qué pasa? —le preguntaron.

—El patrón dice que en el tren ustedes le compraron comida, así que ahora él quiere invitarlos a comer.

Dong y Xue se miraron y siguieron a la empleada, quien los condujo a un apartado. Sobre la mesa había un platón humeante de sopa de carne pegada al hueso, un tazón de carne y dos botellas de Yimapingchuan. Ambos se pusieron muy contentos.

—El viejo Shi, corrupto de joven, se ha enderezado —comentó Xue.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a pellizcar la suculenta carne. Al probarla se dieron cuenta del motivo de su fama. Lo salado esparce aroma, en el aroma se saborea lo dulce, de lo dulce se desprende el sabor picante y toda la combinación es fresca. El sabor estaba en la carne y en el hueso. Después de comer hasta chupar el hueso, no sentían sabor salado en la boca. Dong y Xue no sabían beber, pero saboreando aquella carne, el aguardiente se resbalaba solo. Pronto vieron el fondo de la primera botella. Abrieron la otra, cuando Dong le preguntó a Xue:

—¿Qué le diremos a nuestro jefe de regreso?

—Creo que no podemos decir la verdad. Si la decimos, seremos la burla de todos —contestó Xue.

—Deja que se burlen de nosotros: pareceremos unos tontos por no habernos dado cuenta de nada durante los dos mil kilómetros de camino. Incluso hay la posibilidad de que perdamos el trabajo.

—Le diremos que todo fue sin novedad y con el mayor orden —dijo Xue y añadió—: En el camino, después de escuchar nuestros consejos, el individuo expresó que jamás volverá a demandar. Así, hasta alguna remuneración podríamos obtener.

—Pero si el hombre decidió reconsiderar, por lo menos deberíamos conocer las causas de su demanda —dijo Dong.

—Hablemos de hechos: diremos que quería derrocar al jefe de su condado. Eso suena grave.

—Claro, un asunto tan serio jamás se convertiría en una burla —comentó Dong.

—Salud por eso, hombre.

Xue también levantó la copa y ambos brindaron hasta el fondo.

La noche se asomó. Comenzó el Año Nuevo. Afuera de la fonda sonaron cohetes. Alguien aventó fuegos artificiales, cuyas luces,

radiantes y esplendorosas, se esparcieron por todo el cielo.

Pekín, junio de 2012

NOTAS

[1] Lin Yurong (1907-1971), conocido como Lin Biao, fue el máximo líder del ejército chino, quien desempeñó un papel decisivo en la Guerra Civil, al mando de las campañas de Liaoshen y Pingjin. También dirigió parte de las tropas del Ejército Popular de Liberación cuando entraron a Pekín y cruzaron el río Yangtze en 1949. Fue nombrado oficialmente sucesor de Mao y vicepresidente del Partido en 1958 y ministro de Defensa en 1959. Participó en la Revolución Cultural en los años sesenta, al frente de los guardias rojos. Sin embargo, tras haber perdido la confianza del presidente, a principios de los años setenta, en dos ocasiones intentó infructuosamente dar un golpe de Estado. Luego de ser descubierto, murió en un accidente aéreo junto con dos de sus hijos, en su intento por huir a la Unión Soviética en 1971.

[2] En la política china, se le conoce como "cuadro" a los miembros de una jerarquía del Gobierno o del Partido Comunista de China.

[3] Proverbio chino contenido en *Huainanzi Renjianxun*, escrito por Liu An de la dinastía Han. Sai Weng, un criador, perdió un caballo de carrera. A los pocos días, el animal regresó al frente de una manada de caballos silvestres. Su hijo, al montar al caballo, se cayó y quedó cojo. Más tarde, cuando los emisarios de la corte reclutaban a jóvenes para la guerra, el hijo de Sai Weng pudo quedarse en casa debido a su cojera.

[4] Deidad mitológica de tres cabezas y seis brazos.

[5] Sun Wukong, también conocido como el rey Mono, es el protagonista de la novela épica china *Viaje al oeste*, que tiene sus orígenes en la dinastía Tang. Nacido de una piedra inmortal mítica formada por las fuerzas primarias del caos, buscó su inmortalidad combatiendo por cielo y tierra. Poseedor de una increíble fuerza, el rey Mono tiene la habilidad de cargar su báculo dorado Ruyi Jingu Bang, de 8,100 kilos, y librar 54,000 kilómetros de un solo salto. Tiene el don de la transmutación, y puede convertirse en 72 animales y objetos diferentes, aunque muestra dificultades para volverse en

persona, ya que no logra transformar por completo su cola; puede convertir sus vellos en clones, animales, armas u otros objetos. Entre sus poderes mágicos, puede dirigir el viento, separar el agua, congelar hombres, demonios y deidades.

[6] Mu Guiying, personaje de la novela *Romances de la dinastía Song del norte* escrita durante la dinastía Ming. Entre otros personajes, narra las hazañas militares de la generala Mu Guiying, experta en artes marciales.